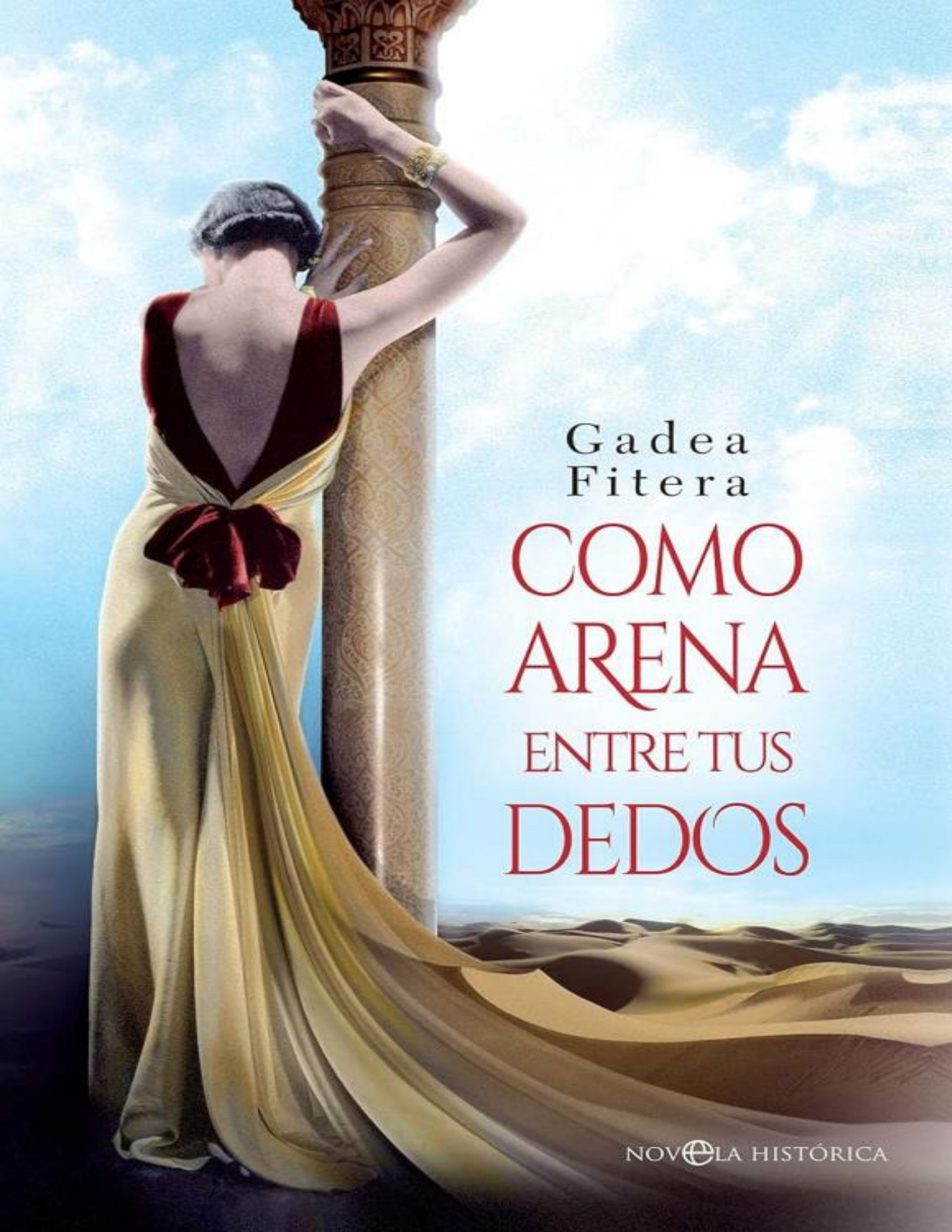

Gadea
Fitera
COMO
ARENA
ENTRE TUS
DEDOS
NOVELA HISTÓRICA

Índice

Dedicatoria
Cita
Prefacio

I. MARRUECOS

1. Tetuán
2. Los recuerdos son frágiles
3. La muerte de cerca
4. La noche era sofocante
5. Ricardo
6. Una tarde de 1919
7. El abandono
8. Llovía en Madrid
9. ¿Ha estado usted alguna vez en Tánger?
10. En la boca del lobo
11. Dris Ben Said llegaba tarde a su cita
12. El hijo del cadí
13. La danza de los halcones
14. El hilo del Rif
15. Ahmed El Raisuni tenía las cosas claras
16. Puede llamarme Paco
17. La aguja en el pajar
18. Mersida

II. AMÉRICA

19. Nada fue como yo había esperado
20. ¿Quién eres para mí?
21. Fantasmas del pasado
22. El sol castigaba las calles de Madrid
23. Septiembre de 1923
24. Al otro lado del mar
25. Manuel
26. Cambio de rumbo
27. Anoche tuve un sueño
28. El chipotle amarillo
29. El huracán
30. Nueva York
31. Henry
32. El abanico
33. Un negocio más que lucrativo

III. ESPAÑA

34. Miguel había muerto

35. Isabel
36. Mi hermana
37. Aquella mujer estaba desnuda
38. Entre los muertos
39. Al borde del precipicio
40. Luis
41. Cierra los ojos
42. Mujeres libres
43. José María Bassols
44. ¿Quién anda ahí?
45. La espía
46. El misterio de la mano cortada
47. Albacete
48. Margot
49. Extracto del informe sobre el estado mental y psicológico
50. Margarita
51. La regina

Colofón
Nota de la autora
Agradecimientos
Notas
Créditos

A mi padre, el doctor Miguel Ágreda Gamarra, porque sé que te hubieses divertido aún más que yo con este libro, buscando documentación durante horas, comentándome ideas, aportando tu enorme sabiduría, humor e inteligencia. Esta novela es tuya, espero que la disfrutes ahí arriba.
Te echo muchísimo de menos, te quiero.

«Toda vida vista desde su interior
es una serie de fracasos demasiado
humillantes y vergonzosos como para
que se la pueda contemplar».

GEORGE ORWELL

¿¡Qué ha sido eso!? ¿¡Qué es lo que acabo de ver!?

En lo alto de la colina el viento sopla con fuerza.

A lo lejos se escuchan los tambores de los yezidíes. Están terminando el ritual. Miro a Mohammed a mi lado, que los observa como el halcón a su presa. Me rodea la cintura y me cuenta en un susurro.

Aquel anciano sin ojos, ni lengua, ni manos… ¿lo ves? Aquel cuerpo que no sangra, sin cabellos, sin vida… Estoy mareada. Sí, lo veo.

No puedo apartar la mirada de aquel cadáver. Mohammed me cuenta: el *sheij* iniciaba el rezo del anochecer, y orientados al sol la tribu reunida adoraba a sus ángeles. Abría el Libro Negro, el sagrado *Mishefa Res*, y leía en voz alta. Sobre el bien y el mal que conviven en nosotros. El hombre debe elegir entre ambos. Un ser supremo les guía: Melek Taus, el ángel de Dios, el Shaytan.

Trajeron al anciano, que al parecer había muerto hacía poco. Su piel aún no estaba del todo fría. Le habían lavado el cuerpo y cortado los cabellos hasta que no quedó ni rastro de ellos. Lo cubrieron con una tela blanca sobre la que vertieron agua perfumada. El *sheij* llevaba un largo cuchillo curvo, se arrodilló junto al anciano y le destapó la cabeza.

Contengo la respiración.

Muy despacio le sacó los ojos. «Allí donde va no es merecedor de ver la grandeza de Melek», me susurró al oído Mohammed. Le corta la lengua para que no hable, y solo escuche las enseñanzas de Melek. Le corta la mano derecha, para que allí donde va no pueda robar los secretos de Melek. Y luego introducen todos aquellos despojos sanguinolentos en un cofre de plata, y lo sellan.

I

MARRUECOS

1

Tetuán

Margarita desembarcó en Ceuta cargada con tres enormes baúles, dos maletas, varias sombrereras y un bolso de viaje. Era un cálido mes de junio de 1922 y soplaba una leve brisa. Las banderas españolas ondeaban en uno de los pocos muelles construidos. Tras mirar con satisfacción a su alrededor, sintió que la vida empezaba de nuevo. Sonrió. Su rostro se iluminó y notó cómo el corazón se le agitaba.

Por fin. Estaba en África.

Tras conseguir que un mozo se hiciese cargo de las maletas y las cargara en un simón, se acercó al edificio del Alto Comisariado donde, ante uno de los funcionarios, anunció su presencia en Marruecos y mostró las credenciales que llevaba consigo, tanto del director del periódico como de Miguel Primo de Rivera. El asombro del funcionario fue mayúsculo. Una mujer joven y sola recorriendo Marruecos era algo que desde luego no se veía todos los días. Aun así, después de leer atentamente las credenciales, le facilitó la documentación pertinente para que pudiera moverse sin problemas por la zona española. Le informó de que para llegar a Tetuán, la mejor opción era coger el tren, pues acababan de terminar la única línea férrea construida hasta ese momento.

Después de comprar los billetes en primera clase y acomodarse, Margarita escuchó el silbido de la máquina anunciando la partida y vio cómo la estación, los árboles y las casas se iban desdibujando a medida que la velocidad del tren aumentaba. Estaba sola en el compartimento. Bajó la ventanilla y respiró hondo. Qué diferente se veía todo allí, el sol tenía un brillo y una fuerza que cegaba los ojos, lo teñía todo de oro y convertía el paisaje en un espejismo. Se veían kilómetros y kilómetros de tierra clara, salpicada aquí y allá por algún árbol, una palmera o un rebaño de cabras. Hacía calor, pero gracias al viento que soplaba era soportable.

Se quitó el sombrero y se miró en el espejito de su neceser. Algunos cabellos se habían soltado de las horquillas con las que los había enganchado tras las orejas, y se notaba en sus ojos el cansancio de muchas horas seguidas de viaje, pero a pesar de todo pensó que no tenía mal aspecto. Se dio unos ligeros toques de polvos traslucidos en las mejillas y el escote, repasó el color rojo de sus labios, y con cuidado vertió unas gotitas de Chanel nº 5 en las muñecas y el cuello. Sintiéndose refrescada, agradeció que en ese momento apareciese un moro jovencito que ofrecía té y pastelitos árabes. Qué deleite probar aquel té verde, fuerte y dulce, al que la hierbabuena añadía un maravilloso toque de frescor. Probó varios pasteles, algunos con pistachos y otros con nueces o almendras, pero todos con un hojaldre muy delicado y un almíbar denso y oloroso que sabía a azahar. Delicioso.

Tras varias horas de viaje, llegaron por fin a Tetuán. La nueva estación la recibió con toda su majestuosidad, inmensa en su blancura y espacio, con los arcos y los techos llenos de molduras, con los tonos verdes en los azulejos con que habían recubierto algunas paredes. Al descender de su compartimento, y mientras esperaba a que cargaran sus maletas, vio aparecer ante ella a un hombre alto, muy moreno y con un gran bigote negro que, vestido a la usanza mora con una larga chilaba color ciruela y un turbante beige en la cabeza, la miraba con atención. Se le acercó despacio y, tras observarla unos segundos, se presentó.

—¿Doña Margarita Ruiz de Lihory? Señora, soy Mohamar Yessef. El Alto Comisariado en Ceuta me ha puesto a su disposición durante todo el tiempo que dure su viaje por mi país. El señor Primo de Rivera ordenó que usted contase con toda la ayuda posible.

—¿Y cómo ha sabido de mi llegada?

—Si hay alguien que lo sabe todo aquí es el Alto Comisariado, señora.

—Habla usted muy bien mi lengua.

—Gracias, siempre he tenido un don especial para los idiomas, no me cuesta aprenderlos, sobre todo si me gustan —contestó sonriendo mientras ayudaba a amontonar las maletas sobre un carromato que había acercado un mozo—. Domino varios dialectos, aunque alguno de ellos creo que no tendré necesidad de usarlos con usted, pues son de poblaciones situadas en la zona francesa.

—Ah sí, se me olvidaba que el país está dividido por zonas, y aquí estamos en el protectorado español —comentó Margarita distraída, comprobando que habían cargado todo su equipaje y no se habían olvidado de nada en el vagón del tren.

—Hace ya varios años de eso, *madame*.

—Ya… ¿Y cuántos idiomas habla usted exactamente? —preguntó Margarita, por decir algo.

—Realmente, dominar, dominar, solo domino el árabe, el español y el francés, aunque puedo hacerme entender en chjebl berebere y en correischita, que es el lenguaje de las élites musulmanas…

No pudo seguir hablando porque en ese momento Margarita le interrumpió. Desde luego, debía de ser muy listo para recordar tantas palabras de tantos idiomas diferentes. Pero se hallaba exhausta tras un viaje largo y agotador, y necesitaba con urgencia llegar al hotel y descansar. Ya tendrían tiempo para conversar más adelante. Mohamar hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y la guio hacia el exterior de la estación, donde les esperaba un simón. Después de cargar todo el equipaje, pusieron rumbo al hotel Alfonso XIII.

Tetuán olía a tierra y moscas, a bullicio, sudor y sol, a gentío que hormigueaba llenando sus calles y callejuelas con una jerga extraña e incesante. Olía a té y a cordero, a miel y a comino, a excrementos de palomas y pan recién horneado. Al paso de los caballos se iban desplegando ante Margarita la sensualidad de su arquitectura, con las mezquitas como joyas relucientes, los palacios moros, las fuentes, los jazmines o el barrio judío. Observaba fascinada el crepúsculo que comenzaba a anunciarse y coincidía con la llamada a la oración del muecín. Las montañas abruptas del Ajmás, cuyas cumbres brillaban en la lejanía.

El hotel era suntuoso, lleno de maceteros de cerámica con palmeras verdes. Su habitación era pequeña pero coqueta, con una cama con baldaquino de la que colgaba un dosel de mosquitera, la colcha bordada, los cojines de seda, sillas de cuero y una cómoda de caoba

taraceada en nácar. El baño, también pequeño, estaba decorado de suelo a techo con cerámica blanca y azul, y en el centro una bañera de cobre que más parecía un barreño que una bañera. Margarita sonrió satisfecha. Aquello era mejor de lo que podría haber soñado nunca. Estaba en Marruecos. Su hotel era un deleite para los sentidos y, por si fuera poco, podía contar con Mohamar para ayudarla en lo que necesitase.

Miró su pequeño reloj de pulsera y vio que era la hora de cenar, así que se lavó las manos, retocó su maquillaje y cambió su ropa de viaje por un sencillo vestido de noche azul nattier, realizado en piel de ángel con medias mangas de gasa. Largo hasta casi tocar los tobillos, llevaba bordadas unas pequeñas cuentas de acero en el escote y los bajos, cuyo color combinaba a la perfección con el brillante collar de perlas grises que colgaba hasta su cintura. Supuso que a aquella hora habría refrescado un poco, así que cogió un chal de seda en color humo, del que colgaban largos flecos en sus extremos, y bajó al comedor.

El comedor se abría bajo un lucernario como una flor ante la luz del sol. No era muy grande, pero parecía acogedor. Ocho o diez mesas como mucho, con sillas de mimbre y manteles de un blanco inmaculado, donde unos pequeños fanales daban calidez con sus velas encendidas en el interior. El *maître* la acompañó a su mesa. Se oía hablar español, pero también francés, alemán y árabe.

La cena no pudo ser más deliciosa. Le sirvieron primero una ensalada cuyos ingredientes quizá fueran normales, al fin y al cabo tomates y pepinos se encontraban también en Valencia, pero el aliño era lo que hacía la diferencia. Creyó reconocer el sabor del limón, del perejil, la pimienta negra, y algo más picante que entonces no supo identificar. El pan era oloroso y de forma plana, diferente a cualquier otro que hubiese probado en su vida, casi sin miga y con un curioso dibujo circular. A continuación sacaron una cazuela de barro a la mesa, donde humeaba todavía una pierna de cordero reluciente en su grasa, y en la que asomaban aquí y allá trozos de cebollitas doradas, dátiles enteros y semillas de sésamo.

El postre consistió en una especie de torta esponjosa que sudaba almíbar de azahar, cuya parte superior parecía una cuajada blanca espolvoreada de almendras y la inferior un lecho de pistachos troceados. Para beber le sirvieron un té con menta, que tomó a pequeños sorbos. Si aquella iba a ser la tónica en las comidas, tendría que vigilar su dieta.

Había prestado tanta atención al placentero banquete, que no se dio cuenta de que la sala poco a poco se había ido quedando vacía. Al terminar su té, dejó la taza sobre la mesa, pidió al camarero que felicitase al chef, y le preguntó si había un bar en el hotel donde tomar un espirituoso antes de subir a su habitación.

El camarero le informó de que en el hotel, y en Marruecos en general, le iba a resultar difícil encontrar alcohol, ya que estaba prohibido, aunque en Tetuán había quizá un par de bares en hoteles donde solo los extranjeros podían beber. De todos modos, añadió, los distinguidos huéspedes del hotel Alfonso XIII solían quedarse a tomar algo por las noches en la terraza, junto a la fuente octogonal. Margarita se encaminó hacia allí preguntándose cómo podía sobrevivir un país sin alcohol.

Al llegar descubrió un patio lleno de naranjos donde se escuchaba el murmullo del agua en la fuente. Habían dispuesto junto a ella varias alfombras sembradas de almohadones y mesas bajas, sobre las que chispeaban lo que parecían un millar de candelas. El ambiente era mágico, las estrellas refulgían en lo alto formando una hermosa bóveda. Olía a cera derretida y a humo de

tabaco. La mayoría de las mesas estaban ocupadas por extranjeros, que fumaban de unas largas pipas sentados en el suelo, cosa que la llenó de asombro. Notó que algunas miradas, sobre todo de hombres, se volvían hacia ella. Vio que dos de ellos le hacían señas con la mano y se acercó. Ambos se pusieron en pie al unísono y se presentaron.

—Disculpe nuestro atrevimiento, pero la hemos visto antes en el comedor y nos ha parecido que es usted española. Nosotros también lo somos, llevamos aquí algún tiempo y nos gusta acoger y ayudar a nuestros compatriotas en el país. Permítame que nos presentemos, él es fray Emilio Revilla, capellán del tercio de legionarios, y yo soy Víctor Ruiz Albéniz, médico de la Compañía de Minas. Ambos estamos encantados de conocerla.

—Un placer caballeros, soy Margarita Ruiz de Lihory, baronesa de Alcahalí.

—Un placer, baronesa. ¿Le apetece acompañarnos? Hace una noche magnífica y sería una pena desperdiciarla —dijo Víctor, señalando con un gesto de su mano la alfombra.

—¿Pero cómo? ¿Ustedes también se sientan en el suelo? —respondió ella sobresaltada.

—Pues sí, al principio puede parecer chocante, pero descubrirá usted con el tiempo que ciertas costumbres morunas están muy bien pensadas para disfrutar de los placeres terrenales —contestó Víctor sonriendo, mientras se sentaba descalzo sobre su alfombra y arrellanaba la espalda contra un enorme cojín.

Desconcertada, Margarita los observó a ambos, que no parecían encontrarse incómodos allí tumbados sin sus zapatos. Miró los pies descalzos y pensó que era una grave falta de decoro mostrarse así en público, y mucho más si lo que se mostraba era algo tan antiestético como unos pies masculinos. Se giró a uno de los camareros que había por allí, y le pidió una silla para ella. ¡Cómo se habían atrevido a proponerle que se sentase en el suelo, a ella, la baronesa de Alcahalí!

—Oh, venga, vamos, baronesa, no sea tan española, estamos en 1922, en Marruecos y libramos una guerra, no pasará nada porque se siente en el suelo, ¿o es que teme que veamos sus hermosos pies? —dijo Víctor, mirando apreciativamente los zapatos de medio tacón que llevaba.

—Entiendo que, a lo mejor porque llevan ustedes aquí un tiempo, sus costumbres se han relajado. Podríamos decir, caballeros, que son un poco indígenas para mi gusto. Mi educación me impide hacer como usted sugiere, señor Ruiz, así que me sentaré en esta silla que me acaban de traer, y eso sí, si les parece bien compartiré con ustedes la costumbre de fumar, aunque por lo que estoy viendo aquí no se estilan los cigarrillos.

—También los hay, aunque es mucho más voluptuoso fumar en estas pipas a las que ellos llaman narguile o *shisha*. El tabaco, que es como una melaza, se pone en este adminículo de cerámica de aquí arriba. Sobre él colocan el carbón encendido y el agua cumple la función de limpiar el humo antes de que pase a nuestros pulmones —aclaró fray Revilla, mientras hacía una seña al camarero y le pedía más té.

—Emilio, no pidas más té —dijo Víctor, recolocándose su chaqueta, que había quedado parcialmente atrapada entre dos almohadones—. Sabes que no dormiremos nada, aquí lo hacen demasiado fuerte.

Margarita asistía encantada a aquella primera toma de contacto con sus compatriotas. Era como ver una obra de teatro donde ella era la única espectadora, secretamente regocijada. Tras comprender cómo funcionaba el mecanismo de la pipa, pidió una para ella, lo que hizo que Víctor le aclarase que normalmente se fumaba en grupo. El narguile era una forma tradicional

moruna de demostrar confianza, amistad, un ritual de humo donde el dulzor del tabaco simbolizaba el vínculo entre los presentes.

Agradeció ella la aclaración, y contestó que en ese caso fumaría sus propios cigarrillos hasta que dicho vínculo se estableciese. Si ya le parecía bárbaro descalzarse y tumbarse por el suelo como una vulgar actriz, chupar de la misma pipa que dos hombres que acababa de conocer le resultaba algo por completo inaceptable.

—Sé que acaba de llegar, baronesa, que es su primera noche en Tetuán y que todo le parecerá muy extraño. Nosotros, al principio, también pensábamos como usted, pero verá que lo mejor que puede hacer es relajarse, adaptarse a las maravillosas costumbres morunas y disfrutar como nosotros llevamos haciendo estos meses. Ha dejado atrás la civilización, señora baronesa, y todos los prejuicios que la acompañan. Disfrute de la oportunidad de ser por una vez usted misma —dijo fray Revilla, chupando con fruición la pipa.

Margarita lo miró unos segundos y sonrió. Le gustaba cómo sonaba su título en labios de aquel hombre.

—Imagino que tiene usted razón, pero deme unos días para aclimatarme. Estoy segura de que mi labor aquí va a requerir algo más que descalzarme —respondió con mirada enigmática.

—Vaya, su frase suena como una película de espías, una con Marion Davis si puede ser, me encanta esa mujer —dijo Víctor.

—Sin duda sería divertido, pero siento decepcionarle. De momento no tengo pensado ser espía. Mi intención es únicamente escribir una serie de artículos sobre la guerra, para un periódico de Madrid, *La Correspondencia de España*.

—Asombroso, ¿tanto ha cambiado España? Me parece increíble que un periódico español haya escogido para sus reportajes en Marruecos a una mujer, deben de ser estos locos años veinte. Si yo hubiese sido el director, desde luego no la hubiese contratado. El frente del Rif no es precisamente un salón de té —respondió Víctor muy serio.

—Entonces soy muy afortunada de que usted no sea mi director, ¿no cree?

Y se echaron los tres a reír. Tras unos minutos en silencio escuchando el murmullo de fondo de las otras conversaciones, Margarita se decidió finalmente a saciar su curiosidad.

—Disculpe mi atrevimiento, fray Emilio, pero no parece usted un fraile, al menos no uno al uso. No lleva usted alzacuellos, y por su porte y ademanes, tiene más aspecto de militar que de cura.

Fray Revilla se rio.

—Tiene usted razón, es muy perspicaz. Estudié en la academia de infantería y cursé náutica y aviación, carrera militar que abandoné por la de fraile en 1906. Llegué a Marruecos en un avión que piloté yo mismo, imbuido del deber de dar asistencia espiritual a mis compatriotas. Asisto como capellán en el tercio de legionarios y, aunque no ha surgido la ocasión y espero que eso no ocurra nunca, si tuviese que empuñar un fusil estoy seguro de que lo haría mejor que muchos de ellos.

—La modestia nunca fue una de tus virtudes, querido Emilio —dijo Víctor con sorna.

—Mejor que no hablemos de las virtudes de las que tú careces, querido amigo, o tendremos despierta toda la noche a la señora baronesa enumerándolas.

Los dos prorrumpieron en carcajadas, con tal alboroto, que desde algunas mesas se giraron a mirarlos.

—La verdad es que no me alojo en este hotel, eso solo lo puede hacer alguien como Víctor, al que la rica compañía minera le paga sus gastos. Yo vivo en el cuartel, con los legionarios. Me encuentro a gusto en ese ambiente austero y bullicioso. Pero me gusta también evadirme de vez en cuando, y disfrutar de la paz que este cielo estrellado, esta *shisha* y la buena conversación me deparan.

—Te hace falta, llevas demasiada carga encima, y aún no te has repuesto del todo de las heridas de Tazarut —dijo Víctor con el ceño fruncido.

—¿Resultó usted herido en batalla, fray Emilio? —preguntó ella con curiosidad fingida por seguir la conversación.

—Nada grave.

—¿Nada grave? —saltó Víctor—. Pero, por favor, Emilio, cuéntalo todo, no quieras ser modesto ahora. Baronesa, tiene usted delante al único misionero en Marruecos que cuenta no solo con apoyo de la casa real, sino también de la Liga Africanista. Fue uno de los pocos que tuvo los arrestos de acercarse al monte Arruit, a ayudar a los heridos de aquella carnicería e identificar a los numerosísimos muertos. Es un hombre que vive de forma perenne en primera línea de fuego, de hecho hace unos meses cayó herido en la toma de Tazarut.

—Dios mío, qué apasionante. Diría que parece más un monje templario que un sencillo fraile.

—Puede ser, ¡aunque no sé manejar la espada! —respondió fray Revilla, riendo—. A veces pienso que tenía que haberme hecho jesuita…

—Si me lo permite, me gustaría mencionarle en alguno de mis artículos. Creo que será interesante hablar de nuestros heroicos españoles en el Rif, además de sobre la contienda en sí, aunque ahora la situación parece que se ha calmado algo. Imagino que poca acción voy a ver…

—Baronesa, vivimos tiempos convulsos tras la Gran Guerra. Suceden cosas extrañas que antes eran inimaginables, como que Egipto se haya independizado de Inglaterra, que España tenga un Partido Comunista, o lo que aún es más extraño, que las mujeres escriban sobre los horrores de la guerra. Porque no se equivoque, señora, en la guerra del Rif va usted a ver sangre y destrucción, miseria y dolor, y nadie está nunca preparado para verlo, y mucho menos para vivirlo. Pero bueno, la dejaremos disfrutar de esta su primera noche en el moro, y fumar un narguile todo para usted sola —dijo Víctor mientras se levantaba a pedirle uno.

2

Los recuerdos son frágiles

Los recuerdos son frágiles. Pensamos que un hecho ocurrió de una determinada manera, pero realmente ¿sucedió así? Casi con seguridad hemos olvidado las decenas de matices que lo conformaban. Quizá piense usted que el ser mayor hace que mi memoria sea débil. Se equivoca. La vida me ha dado la oportunidad de atesorar recuerdos maravillosos, y los he custodiado con celo todo este tiempo. No por ello se los voy a contar así como así. No piense que voy a soltarlos como un torrente, para que usted los diseccione. Durante los días que llevo aquí encerrada, sin merecerlo, me he dedicado a analizar cómo he podido llegar a esta situación, a rememorar por primera vez la historia de mi vida. La vida primero se vive y luego se recuerda, y yo, hasta hace poco, estaba muy ocupada en vivirla.

¿Acaso cree usted que porque es joven, muy joven, puede sentarse delante de mí y pedirme que le cuente mi vida? Pero déjeme que le diga algo: no ha nacido aún un varón que me pueda exigir nada. Piensa que porque estoy aquí encerrada, yo, que he tratado con reyes y presidentes, que he brillado como la joya más preciada de Valencia, voy a ablandarme, voy a rebajarme hasta hacerme tan pequeña e insignificante como la mujer que barre la calle debajo de mi casa. Llega usted y se sienta disparando preguntas a cada cual más estúpida, sin siquiera mostrar un poco de deferencia o respeto hacia quien soy yo. Para empezar, podría haberme ofrecido un té, ¿no cree? Claro que en eso no piensan ustedes los jóvenes.

Me siento aquí a observar estas paredes y los barrotes de la ventana, con el pleno convencimiento de que muy pronto todo esto pasará. Sé que los hechos que se me imputan, y que me llenan de espanto y dolor, acabará demostrándose que yo no los cometí. He tenido una vida azarosa, llena tanto de anécdotas brillantes como de oscuras sombras, en las que podría haberme entregado a la autocompasión y el sufrimiento, pero jamás lo hice. Soy la baronesa de Alcahalí, nací para suceder a mi padre y continuar su legado, y la debilidad no forma parte de mí, como no formaba parte de él.

No entiendo aún de qué artimañas se han valido para conseguir que yo terminase en este lugar horrible, ni qué crédito da la justicia a quien me acusa, mi propio hijo, sangre de mi sangre, al que siempre he dado cuanto ha necesitado. Mi hijo Luis, que nunca se comportó como un auténtico Ruiz de Lihory, que ha estado preso en más cárceles de las que puedo recordar, que me ha estafado y engañado, y al que aun así he vuelto a perdonar. ¿Qué madre podría soportar este ultraje?

Llevo tres días aquí, ¿pero han sido tres o he perdido la cuenta? Tres días que se han hecho eternos, de lluvia y niebla que ni siquiera me han dejado ver algo a través de la diminuta ventana. Saber quién soy es lo que me ha dado fuerzas para enfrentarme a toda esta confusión, aunque estoy acostumbrada a luchar, lo hice contra mi primer marido y contra una sociedad que no

estaba preparada para alguien como yo. Superarme es el motor que me impulsó siempre, que me hizo alcanzar cimas que ninguna mujer de mi época habría soñado, que me alimenta y me da fuerzas ahora para volver a gritar que estoy aquí injustamente, que soy inocente. ¡Completamente inocente!

Me mira usted y ahora calla. De vez en cuando apunta en su libreta con ese lápiz casi sin punta. A lo mejor piensa que su silencio hará más fácil que yo quiera llenarlo hablando, que quiera contarle cómo hemos acabado así, con Margot muerta, con Luis en la cárcel, con mi marido y conmigo encerrados en este triste lugar. Pero aún no, aún no ha llegado ese momento.

Mire, ha salido el sol, se ven desde aquí las copas de algunos árboles que el viento mece despacio. Bajo estos barrotes se escucha el bullicio de la calle, hasta me parece oír a los periodistas que ansiosos esperan a poder verme, a poder entrevistarme para diseccionarme como hacía yo con mis adorados perros.

Soy una mujer ya mayor a la que usted observa con la mirada que se le dedica a los ancianos y a los niños, una mirada con un punto de conmiseración que no le hace justicia a mi persona. Si me hubiese visto hace treinta años, mi belleza que encandilaba a cualquiera, mi enorme pasión ante todo, la fuerza que me animaba, quizá dejaría usted de mirarme así, como a una vieja.

El cielo se ve ahora azul pero no ilumina, no ciega con su brillo como aquel cielo bajo el que crecí, y que me hizo convertirme en la mujer que llegué a ser. Tendría que haberme conocido en mi niñez, junto a mi abuela y mi madre, jugando con mi querida hermana Soledad, aprendiendo francés con la institutriz, escuchando a mi padre contar sus reuniones en el Gaster Club o leyéndonos, a pesar de nuestra corta edad, sus nuevos escritos. Mi infancia en esa Valencia que en pocos años pasó de las farolas de gas a las lámparas de luz eléctrica, que se engalanó de modernismo y en la que conocí a Ricardo.

Quizá ya no deba luchar más contra este lugar, quizá deba entregarme como una vestal en sacrificio.

No sé qué espera de mí, pero si es la confesión de ese hecho repugnante, pierde el tiempo. Lo observo y empiezo a pensar que me he equivocado, que no viene usted a exigirme respuestas, sino a descubrir que no lo hice. Puede que haya malinterpretado su actitud, que lo que yo pensaba que era la altanería propia de su sexo, sea en realidad una irreprimible curiosidad por saber si soy culpable o no. Pero dicha curiosidad solo se la podría satisfacer yo. Este lugar no es donde debo estar. Quizá estar enojada solo me perjudica a mí. Tal vez debería decidirme a hablar, quién sabe si así conseguiré salir antes de aquí.

Ha cerrado usted su libreta, me alegro, de repente hay intimidad entre nosotros. Esa libreta era como un continuo interrogante, como una barrera, un duelo, y ahora no tengo ganas de pelea. ¿Sonríe usted? Hace bien, cuando sonríe parece un poco menos tétrico y más amable. Ha venido todos los días a verme y me trata como a una más, y eso me enfada porque yo no soy una más, nunca lo fui, aunque si sigue sonriendo así no voy a poder negarle por más tiempo mi historia. Qué no daría yo por volver a ser joven…

Echo de menos el sol, echo de menos la libertad.

¿No hace frío aquí?

Es tarde ya, debería irse. Déjeme sola para que pueda seguir recordando lo que fui y olvidando en lo que me han convertido. Déjeme para que pueda sentarme sobre la cama, cerrar

los ojos y rememorar cuando yo fui una reina.

Y déjeme también algunos cigarrillos, por favor.

3

La muerte de cerca

Imagino que usted, que ha vivido la Guerra Civil, como todos nosotros, pensará que no puede haber nada peor que una contienda entre hermanos. Puede ser. Debo decir que yo creí que no iba a poder resistir una guerra. El estallido me cogió en Barcelona, de donde no pude huir, pues mi condición política era tan harto conocida que si me hubiesen encontrado me habrían fusilado en el acto. Aquellos años escondida pasé mucho miedo, pero sobre todo tanta hambre que estuve a punto de comerme la silla del comedor, y no comí ratas porque en aquel momento no tuve la suerte de encontrarlas. Me mira usted con incredulidad, se ríe, será porque no ha pasado hambre de verdad, de esa que hace que los días transcurran lentamente, que el estómago duela, que te despiertes llorando y gimiendo por un mendrugo de pan. El hambre te vuelve loca, te hace incluso desear estar muerta.

Pero no morí, como tampoco lo hice algunos años antes en una cabila berebere, de donde me salvó mi fiel servidor Mohamar. Porque la primera vez que yo vi la muerte de cerca, tan de cerca que hasta pude saludarla y sentir su aliento, fue en Marruecos. Lo que vi en el Rif fue algo terrible. Los legionarios españoles mostrando orgullosos las cabezas de los moros ensartadas en sus fusiles, cabezas que habían decapitado para que no pudiesen ir al paraíso a reunirse con Mahoma… Los rifeños amputando los testículos de los españoles caídos y metiéndoselos en la boca, para castrar el valor de los soldados. La bestialidad se coló en ambos bandos, y los que vivíamos en tierras moras asistimos a todo horrorizados e impotentes, sin otro consuelo que el de escribir unas pocas palabras para contarlo.

Recuerdo bien mi primer artículo. Llevaba poco tiempo en Tetuán y había conocido a dos amables caballeros, a Víctor Ruiz Albéniz, médico de la Compañía de las Minas del Rif y escritor, y a fray Emilio Revilla, capellán del tercio de legionarios, que acabarían siendo grandes amigos míos. El primero era un ferviente anticolonialista, como mi amigo Miguel Primo de Rivera, y sus razones, aunque yo no las compartiera, a veces parecían muy sensatas. Si lo piensa usted bien, la situación en la que se inició la intervención colonial en Marruecos no pudo ser peor. Habíamos perdido Cuba y Filipinas y nuestro ejército estaba sin recursos, sin moral. Los problemas se acumulaban.

Pero con todo, aquello no fue lo peor. Lo malo, lo terrible, lo espantoso de la situación, era el odio visceral que el pueblo sentía hacia el ejército. ¿Querría usted ir a luchar al moro, después de ver las imágenes del desastre de Cuba? Aún recuerdo las lágrimas que vertían las criadas en casa, cuando sus hijos y maridos debían ir obligados a la guerra. Pero alguien tenía que ir.

En aquel entonces no era muy recomendable decir todo esto en voz alta. Primo de Rivera lo hizo y le costó ser enviado a una convulsa Barcelona. Recuerdo que, en mi primer artículo, Víctor quería que escribiese sobre las dificultades que él veía para poder ocupar de forma

efectiva nuestra adusta franja de tierra de protectorado. En aquellas semanas que transcurrieron tras mi llegada, visité Larache, Xauen, e incluso me acerqué hasta el río Kert, que era la frontera natural del indómito Rif. Durante todo ese tiempo, no pude dejar de recordar las palabras de mi amigo Miguel. Aquel territorio era inhóspito, con barrancos escarpados y sendas invisibles, con una población dispersa y belicosa y, por si eso fuera poco, con los franceses haciéndonos boicot en todo lo que podían. ¿Cómo podríamos conquistarlo de una forma rápida, efectiva y con la menor cantidad de bajas? Parecía imposible, daba la sensación de que Miguel y Víctor tenían en el fondo razón.

Lo que vi aquellos primeros días, jamás podrá borrarse de mi memoria. *Los campos de batalla ejercían una extraña fascinación en mí y, aunque al principio estaba muy impresionada, al final, como suele suceder siempre, terminé por acostumbrarme al placer acre, sutil y refinado de contemplar de lejos y de cerca la muerte.*[*] Veo el asombro en sus ojos. Sí, he dicho placer.

Yo no compartía las opiniones políticas de mi amigo Víctor, en todo aquel dilema sobre si debíamos abandonar o no Marruecos. Yo siempre pensé que debíamos perseverar, abandonar era para mí un concepto inconcebible. Sé que podría hablarme usted de las numerosas bajas, del infierno que significa una guerra, de que fue el fin para la monarquía de Alfonso XIII, de nuestro desprestigio a nivel internacional, de tantas cosas, de tantos descalabros… Pero por esos mismos motivos tendrían que haber abandonado la India los ingleses, y ¿acaso lo han hecho? La patria, señor, no es una mera palabra, es un sentimiento fundamental para muchas personas que piensan como yo, y la patria exige sacrificios, ¿o no piensa usted lo mismo?

Durante aquellos años en Marruecos me sentí orgullosa de ser española, de haber podido participar en aquella hazaña bélica, y sobre todo de mi propia valentía. Fui una mujer sola en el moro, que entendió que la gloria de nuestro país pasaba por asegurar el dominio español a ambos lados del estrecho. Esta voluntad africanista fue la que me llevó a acercarme a primera línea de fuego, a arriesgar mi vida en numerosas ocasiones, a granjearme un nombre gracias a mi astucia y mis artículos. Ya sé que los intereses económicos de España parecían la causa principal de aquel conflicto, como lo son de todos los conflictos, pero el pueblo y los militares lo veían de un modo muy distinto.

No sé si todo esto que le cuento le parecen hechos muy lejanos, es usted joven y el Rif es nuestro desde hace ya muchos años. Lo que pasó en Annual o en el barranco del Lobo le puede sonar a batallitas, pero ¿sabe usted todo el horror que se vivió allí?

Sea como fuere, mi experiencia en Marruecos me marcó profundamente para el resto de mis días. No sé si le sorprenderá lo que le voy a decir, pero en el fondo yo admiraba a aquellos moros, a nuestros hermanos árabes que dieron muestras sobradas de valor. Muchos de ellos nos ayudaron en la lucha contra los rifeños y muchos otros trataron de expulsarnos de allí, *pero aunque el árabe aprecia más el fusil que el arado, el caballo que la familia y el clan antes que la nación, es mejor morir por un ideal que vivir sin ideal alguno*.

No mentiré si le digo que pasé miedo, que hubo ocasiones en las que deseé con todo mi ser no estar allí. Cerraba los ojos y me imaginaba paseando en un landó por *les Champs Élysées*; me tapaba los oídos y mi mente trataba de convertir los disparos en los petardos que explotaban en las fiestas de Valencia. Pero la realidad volvía pertinazmente a mí, con la fuerza de un huracán que todo lo arrasa. De modo que, para sobrevivir, no me quedó más remedio que convertirme en

otra persona, en alguien que representaba todo aquello que yo no era pero que en cierto modo me habría gustado ser: un hombre, un militar, un espía.

De mi pluma nació el Capitán Alí, quien desde entonces iba a ser el protagonista de mis crónicas, para que en España no se supiese que era yo en realidad la autora de tales hazañas. Gracias a él, pude escribir sin las limitaciones que mi sexo, por desgracia, imponía, describir lo que ocurría a través de los ojos de un actor principal. Pasé de ser una corresponsal en Marruecos al protagonista de una misión especial. Todo esto no me lo inventé por capricho. Determinados hechos que allí sucedieron me obligaron a mantener en secreto mi identidad. Y es que lo que al principio fue el simple trabajo de una corresponsal en tiempo de guerra acabó convirtiéndose en mucho más.

Aún no sé qué extraña concatenación de acontecimientos, qué insólito azar, fue lo que me impulsó aquella noche de verano con fray Revilla, a proponerle un plan descabellado. Un plan que luego resultó ser todo un acierto. Y el preludio de un fin.

4

La noche era sofocante

La noche era sofocante y el viento cargado de arena todo lo enredaba. El calor se pegaba al cuerpo como una lengua de fuego que recorriese cada poro, dejando una película de sudor sobre la piel. Margarita no soportaba el sudor, ni siquiera el propio. Era un julio asfixiante y se preguntaba si podría sobrevivir a un agosto que, según decían, siempre era peor. Imposible llevar el pelo en condiciones, por no hablar del maquillaje y la ropa. Así que decidió cambiar su estilo para poder sobrevivir a aquella calima que lo sumía todo en el sopor. Cambió faldas y vestidos por caftanes y chilabas, zapatos por babuchas, pamelas de tela por rafia, y se sintió más libre, más voluptuosa, disfrutando de la caricia de las telas en su cuerpo cuando el siroco soplaba.

Aquel día los tres amigos habían sido invitados a cenar a la casa que tenían en Tetuán Aurora Blasco y su esposo, Joaquín Márquez, cónsul de España en Tánger. Era una buena amiga de la infancia de Víctor y al parecer hacía mucho tiempo que no se veían. Margarita, deseosa de causar una gran impresión, se olvidó en aquella ocasión de vestimentas orientales y repasó con cuidado su vestuario de Paul Poiret. Cierto que el modisto ya no estaba tan de moda como años atrás, pero eso quién lo sabía allí, y además, sus diseños era perfectos para la sensualidad oriental que se respiraba en aquel ambiente. Sus pantalones harem de color verde agua llevaban en los laterales dos largas aberturas que recorrían la pierna de arriba abajo, y se cerraban con decenas de pequeños botones dorados, dejando entrever la piel aquí y allá. Sobre ellos llevaba una túnica sin mangas que llegaba justo por debajo de la rodilla, en un color ciruela intenso. La túnica iba bordada con hilos de oro, dibujando decenas de pequeñas figuras geométricas. En el cabello, recogido a un lado, se había puesto unas plumas rosadas, y en los pies unos delicados zapatos de medio tacón.

Nada más llegar a casa de los cónsules, fueron recibidos con un jerez, en vez del habitual té, algo que causó gran alborozo debido a la dificultad de encontrar alcohol en el país. Era el lugar un *riad* cuyo portal estaba disimulado en un callejón, de manera que desde la calle solo podían apreciarse unos altos muros con algunas ventanas. La discreta entrada daba paso a un gran patio cuadrado decorado con exquisitez. En el centro había una azulada lengua de agua en forma de piscina rectangular, bordeada toda ella por fanales plateados en los que brillaban las velas. Enmarcando los arcos del patio había toda una hilera de naranjos. De fondo se escuchaba «Whispering».

Un ambiente mágico los envolvió con su manto. Mecidos por la música pasearon por el patio respirando el aroma a naranjo, a cera caliente y a jerez. Tras unos minutos salieron los cónsules a recibirles y Aurora Blasco fue corriendo a saludar a Víctor, al que abrazó con gran cariño.

—Mi querido amigo, tantos años y aún te peinas con raya en medio —le dijo con una gran sonrisa.

—Sabes, querida, que siempre fui un hombre de costumbres.

—Más bien un poco cabezón, diría yo. —Y todos se rieron al tiempo.

Tras las presentaciones de rigor, pasaron al comedor, donde Margarita felicitó a la anfitriona.

—*Ma chérie*, qué magnífica decoración. *J´adore*.

Las paredes estaban recubiertas hasta la mitad por una bellísima cerámica de colores. La mesa había sido dispuesta con gran gusto. Sobre ella habían colocado un mantel a franjas en color calabaza y lino. En el centro un enorme jarrón contenía decenas de ramas, cuya altura con facilidad podía ser la de un hombre.

Se sentaron a la mesa. A los *briouats* de gambas y la ensalada de burgul, les siguieron una pastela de pichón y un *tajine* de pollo con aceitunas. El ambiente era distendido y cordial, la conversación pronto se convirtió en un diálogo entre amigos.

—¿Cómo va la compañía, Víctor? Imagino que las minas siguen funcionando a alto rendimiento —preguntó el cónsul con interés.

—La verdad es que las minas no dan tanto como quisiéramos, en el reparto de este bendito país no nos tocó la mejor zona… Yo tengo mucho trabajo y me pagan bien, no me puedo quejar, aunque desearía no tener que atender a tanto herido por balas rifeñas. A ver si ahora, con el nuevo general, la cosa mejora.

—Ah sí, el general Burguete, el nuevo comisario superior, se me había olvidado su nombre… Tendré que ir a recogerle a la estación de los Castillejos mañana —dijo el cónsul con cara sonriente—, y quiere entrar a caballo en Tetuán. Estos militares…

—Démosle una oportunidad, Joaquín, peor que Berenguer no creo que pueda ser —respondió Aurora—, y mientras no se dedique a darnos más trabajo del necesario, será siempre bienvenido en esta casa.

—*Un âne à deux pieds peut devenir général et rester âne* —dijo Margarita.

Todos rieron la ocurrencia.

—Peor que Berenguer dudo que haya nadie… Esperemos que el nuevo tome ejemplo del general Sanjurjo, gran hombre y gran militar —dijo fray Revilla, paladeando la copa de vino tinto que acababan de servirle—. Ha ordenado el desmantelamiento de nuestra avanzadilla en Ankis y del blocao del valle de Bukrus, sabia decisión a mi juicio, teniendo en cuenta que ambas posiciones eran innecesarias.

—Caramba, para ser fraile está usted muy versado en cuestiones militares, ¿no? —respondió sorprendida Aurora.

—Eso mismo pensé yo, querida —añadió Margarita—. Tras un primer sobresalto descubrimos que fue militar de carrera, y muy bueno al parecer. Por lo visto hay cosas que nunca se pierden, por mucho que uno cambie de «hábitos».

—Así es —sonrió fray Revilla—, procuro mantenerme informado de lo que ocurre, mantiene mi cabeza activa. Por cierto, ¿se ve ya solución a lo de Tánger, señor cónsul?

—Por favor, llámeme Joaquín, y aunque no debo hablar mucho sobre el tema, le diré que todo va muy despacio. Es una pena, porque en el catorce lo teníamos ya todo listo para firmar, y estalló la guerra. Sé que muy pronto se va a celebrar una conferencia en Londres, y esperemos

que en ella no prevalezcan las ya clásicas argucias ni sutilezas diplomáticas que tanto daño nos han hecho, sobre todo por parte de los franceses, que son unos auténticos maestros en el arte de la manipulación…

—Pero no lo entiendo —interrumpió Margarita—. Tánger está incluido en la zona española según dos convenios, que son los que sientan jurisprudencia para la resolución de este problema. ¡Francia está obligada a respetar cuanto se convino entonces!

—¿Es usted jurista? —le preguntó el cónsul.

—No, aún no, aunque espero poder llegar a serlo algún día. He aprendido mucho leyendo los artículos de Wenceslao Fernández Flórez. Seguramente saben que tiene una columna en el *ABC*, que yo sigo habitualmente. Me gusta mucho cómo escribe y lo que escribe, es un hombre que habla muy claro, cosa que hoy en día es de agradecer. Él es firme partidario de que se depure la responsabilidad de Berenguer por el desastre de Annual.

—Como verán, nuestra baronesa es una caja de sorpresas —dijo Víctor, encendiendo un cigarrillo.

—Debo decir que tienes unos amigos sorprendentes, querido Víctor, y te estoy muy agradecida por ello.

Y una vez más, estallaron en carcajadas.

Fray Revilla, poniéndose de repente serio, continuó la conversación.

—Annual, Sidi Dris, Abarrán, Igueriben… demasiadas bajas, demasiado dolor. Imagino señor con… digo Joaquín, que las consecuencias de todo ello las estará sufriendo usted.

—En efecto, así ha sido. He estado muy cerca de dejarme llevar por el desánimo, pero gracias al inestimable apoyo de mi querida Aurora —dijo, enviándole un beso con la mano— y a la esperanza de que esta guerra acabe pronto, he podido seguir adelante. Aún queda mucho que solucionar de Annual, supongo que saben ustedes que hay cientos de soldados españoles prisioneros desde hace meses.

—Tengo entendido que el propio marqués de Santo Domingo ha escrito al rey para pedirle que intervenga, ya que su hijo es uno de los cautivos —apuntó Margarita.

—Este es otro de los motivos por los que estoy aquí —dijo fray Revilla—. Mi labor en Marruecos no solo es espiritual, sino que consiste asimismo en mediar para lograr la liberación de nuestros compatriotas de los rifeños. Pero son gente muy dura, muy obstinada, curtida por el sol y el desierto, y no es nada fácil tratar con ellos.

—Más que gente dura, yo diría que están bajo las órdenes de un hombre terrible —intervino Aurora con un estremecimiento.

—¿Terrible? Vamos, querida, no seas tan generosa, Mohammed Abd el-Krim es humano, antes o después cometerá un fallo que le costará su sueño de conseguir una república del Rif unida. Además, seamos sinceros, la situación no es nada sencilla ni tiene visos de ir a solucionarse pronto. Llevamos muchos meses de negociaciones y nadie ha conseguido que liberen a uno solo de los prisioneros. Y eso que han intervenido desde el intérprete del Alto Comisariado, el señor González, hasta la Cruz Roja francesa.

—Los rifeños, como casi todos los marroquíes, son gente hospitalaria, no creo que el trato que les estén dispensando sea tan malo —apuntó Margarita.

—Siento decirle señora que es aún peor. Da la casualidad de que tengo en mi poder la copia de una carta, que me reenviaron desde la embajada, escrita por un capitán de infantería. Estaba

dirigida al abogado Hipólito Jiménez, y es de febrero de este año. Lo que cuenta es francamente preocupante. Voy a pedirle a mi secretario que la traiga, pues creo que puede darnos una idea de lo que quiero decir mejor de lo que podría hacerlo yo mismo.

Señor don Hipólito Jiménez:

Le envío estos renglones para que sepa algo de lo que aquí ocurre. Puede decirse que en la primera temporada, estuvimos los prisioneros tratados considerablemente y recibiendo encargos que resolvían el problema de nuestra alimentación.

Desde octubre empezó a cambiar esto y sucesivamente hemos llegado a la condición de cautivos. Estamos encerrados en habitaciones que son verdaderos calabozos, sin ventilación y tan reducidos que es un verdadero milagro no se hayan registrado casos de asfixia. Una habitación de nueve metros de largo, 2,30 de ancho y 2,10 de altura, que ocupamos catorce oficiales.

Teníamos cinco horas de paseo por el patio y hacíamos una sola comida; desde el 11 del actual febrero se suprimieron esas horas de libertad y permanecemos en encierro permanente e incomunicados con los que habitan en otra casa situada a cien metros escasos.

Cuando Joaquín terminó de leer, se miraron unos a otros.

—Dios bendito, no podía sospechar algo así —dijo Aurora con la cara descompuesta—. Esto es inhumano, un trato absolutamente denigrante. Joaquín hay que hacer algo inmediatamente.

—Querida, llevo varios meses dejándome el sueño, las energías y parte de mi sueldo en conseguir algo, por pequeño que sea, pero todo ha sido en vano, Abd el-Krim no cede ni un ápice.

—Tiene que haber algo que pueda hacerse, ofrecerles dinero, su puñetera república, ¿a nosotros qué más nos da? —dijo Víctor airado.

—Amigo mío, yo de usted evitaría ciertas expresiones derrotistas en público. No todo el mundo es tan comprensivo con las críticas a la política colonial del Gobierno como nosotros —lo reconvino el cónsul.

—Sí, Víctor, ten cuidado, mira lo que le pasó a Miguel Primo de Rivera por decir que no entendía qué hacíamos aquí —añadió Margarita—. Castigado en Barcelona, teniendo que lidiar con todo el mundo. Qué situación tan complicada…

—Yo trabajo para una compañía que lo único que quiere es sacar el máximo beneficio a esas dichosas minas. El problema es que quiere hacerlo en medio de un conflicto armado, y no se puede hacer como si este no existiese y mirar hacia otro lado. Siento si comparto la opinión del señor Rivera, no entiendo por qué estamos aquí —respondió Víctor con amargura.

—Pero ¿cuál es el problema? ¿Por qué cuesta tanto liberarlos? —quiso saber Aurora.

—Querida mía, acceder a Abd el-Krim es harto complicado. Nuestros emisarios se entrevistan siempre con su hermano, o con algún otro de sus acólitos, pero hasta hoy no hemos podido llegar a él directamente. Eso por no hablar de que el pliego de condiciones que exige para liberarlos, no solo es ridículo, sino ofensivo para nuestro orgullo y nuestro ejército. Nadie en su sano juicio accedería a tales pretensiones, no imagino a un francés o un inglés haciéndolo, mucho menos nosotros —respondió Joaquín.

—En ese caso, señores, creo que yo podría ayudarles —dijo con afectada naturalidad Margarita.

Se giraron todos a mirarla asombrados y, tras unos segundos de silencio, el cónsul le pidió un cigarrillo a Víctor al tiempo que, mientras se lo encendía parsimoniosamente, dijo:

—Si eso es así, señora baronesa, ¿dónde ha estado usted metida todo este tiempo?

5

Ricardo

No sé por qué quiere que le hable de mi primer marido, al fin y al cabo poco tiene que ver con lo que yo soy. Cierto es que me dio cuatro hijos, los cuatro soles de mi vida, pero tan pronto como lo dejé salió de mi corazón y de mi mente como si nunca hubiese existido. Ricardo era un joven no muy apuesto, aunque lo suplía con una enorme inteligencia, un linaje impecable y una ambición que, en el momento en que le conocí, casaba a la perfección con mis propios deseos.

Debo decir que lo único que llegué a admirar de él fue la rapidez y sagacidad con la que fue capaz de integrarse en los círculos de mi padre, que era para mí el modelo a seguir. El barón era un hombre excepcional. Cuando yo todavía no había nacido fue alcalde de Valencia en 1885, un año terrible pues se propagó una espantosa epidemia de cólera que acabó con gran parte de la población. No solo fue diputado y gobernador civil, sino que además fue premiado con la Gran Cruz de Isabel la Católica que, como usted sabe, es una de las distinciones más altas que concede el Estado español. Supo inculcarnos el amor a la cultura, al arte, y yo disfruté sabiéndome la niña de sus ojos. A pesar de que mi hermana mayor Soledad era la heredera del título, ya que no tuvimos un hermano, nunca fue digna de ostentar la baronía. Yo creo que mi padre lo sabía y conforme a ello he actuado desde pequeña.

¿Quiere que le hable de mi hermana? Ya desde la infancia su debilidad de carácter, su simpleza y su falta de ambición eran evidentes. No puede hacerse una idea de lo frágil que era su personalidad. No podía a todas luces competir conmigo que, claramente, había heredado todos los dones que un varón primogénito debía poseer. Hablaba con fluidez el francés, me licencié en derecho en dos años en una época en que las mujeres no asistían a las universidades, estudié dos cursos de medicina, y tenía toda la gallardía y la clase de los barones Ruiz de Lihory. Era yo quien merecía ese honor. ¿Qué méritos hizo ella en la vida comparada conmigo? Pero creo que estoy empezando a divagar. Dejemos a mi pobre hermana.

Hablábamos de Ricardo, ¿no? En efecto, sí, fue muy listo. Consiguió entrar en la Hermandad del Santo Cáliz, donde tuvo ocasión de frecuentar a mi padre. Su ascendencia irlandesa se veía como una anécdota, ya que pertenecía a una notable familia valenciana. Estaba empleado como ejecutivo en una importante empresa norteamericana de seguros, La Equitativa, que aunque no era un trabajo de relumbre como otros, le iba muy bien y llamaba la atención por su extrema pulcritud y elegancia a la hora de vestir. Sus fracs eran los más almidonados, sus bastones de paseo los más refinados y sus abrigos los del mejor paño inglés. La primera vez que hablé con él fue en una comida ofrecida a la infanta Isabel, la Chata, como la llamaban, que era muy simpática aparte de chata. Debo decir que Ricardo fue amable conmigo, pero no me prestó excesiva atención, parecía más interesado en mi padre, con quien no dejó de hablar durante todo el aperitivo hasta que nos sentamos a comer. Una semana después lo vi en mi casa.

Recuerdo que había salido a pasear con mi hermana y Suzette, la institutriz francesa, como deducirá por su ridículo nombre, por la calle de la Paz. Hacía sol y cuando volvimos ambas estábamos acaloradas. Entramos corriendo en la casa para ir a refrescarnos, cuando al pasar por la puerta de la biblioteca oí unas risas. Llamé a la puerta y al entrar vi a mi padre y a Ricardo sentados frente a la chimenea, fumando los cigarrillos marca París que guardaba el barón en una caja de palo santo y a los que era muy aficionado. Al verme, ambos se levantaron, y dejando sus cigarros en un cenicero de alabastro, me saludaron. Mi padre con un beso en la mejilla y Ricardo con una inclinación de cabeza. En ese momento me sentí muy incómoda, debía de tener las mejillas encendidas por el calor, lo que no resultaba muy favorecedor y restaba blancura a mi cutis, por no hablar de lo cansada que me sentía. Quizá si me hubiese quedado, las cosas no hubieran sido como fueron, pero, años después, mi exmarido me confesó que el irme en aquel instante de la habitación y no mostrar ningún interés por él fue el acicate que lo decidió a conquistarme.

La cuestión, si lo piensa, es bastante ridícula, pues estaba segura de que yo ya le había gustado en mi coronación como reina de Lo Rat Penat. ¿Quiere que le hable de mi coronación? ¿No? Bueno, otro día se lo contaré, fue muy emocionante. Siendo sincera, debo reconocer que la baronía de mi padre y sus contactos le cautivaban aún más que yo. Pero ya ve usted, fue un sencillo y tonto gesto el que lo acabó de conquistar, ¿se lo puede usted creer? Cómo son los hombres.

A partir de aquel día comenzó a frecuentar mi casa un par de veces por semana con la excusa de visitar a mi padre, hasta que reunió valor y pidió permiso para salir a pasear conmigo. Así empezamos a salir Suzette, él y yo en el landó tirado por cuatro caballos, con las dos capotas al descubierto si hacía buen tiempo, y disfrutábamos de un paseo que nos llevaba a los jardines de Monforte o al palacete de Ayora.

Ricardo causaba sensación por lo excepcional de sus atuendos, y porque siempre llegaba a casa a recogerme con el sombrero en la mano izquierda y un ramo de rosas blancas en la derecha. Si hacía buen tiempo, llevaba un sombrero Panamá tocado con cintas de algodón de vistosos colores. Su conjunto favorito eran unos pantalones rayados de color oscuro de estambre, que solía acompañar con un chaleco a juego con la americana, corbata de plastrón, zapatos de caña de cabritilla y gemelos de nácar. Iba siempre impecable.

Fuimos novios durante tres años en los que nunca faltaron ramos de flores en mi habitación; en los que recibía una cestita a la semana de peladillas finas, piñones y anises del horno y pastelería de San Francisco, mi favorito; en los que asistimos a la inauguración del teatro Eslava o vimos la Exposición Regional, a la que acudió de nuevo la infanta. Corría el año 1909 y debo decir que aquella fue una época tranquila pero extraña. Mi mundo seguía todavía intacto y a salvo.

Creo que estaba enamorada, o al menos, en aquellos días, creía estarlo, lo cual me vendó los ojos, me abrió el corazón y me llevó de cabeza hacia el matrimonio. Me casé con Ricardo el 16 de julio de 1910, y no me pregunte a qué edad, esa pregunta jamás se le hace a una mujer, y menos a una baronesa. Solo le diré que era muy joven y que hoy habría esperado unos años más para dar ese paso.

Me vestí de blanco porque era símbolo de riqueza, no de pureza como se suele entender. Lo había puesto de moda la reina Victoria de Inglaterra en su boda. Era un color costosísimo de

mantener impoluto, sobre todo en una época en la que las calles no estaban asfaltadas y se levantaba mucho polvo al caminar. Conseguí que una lejana tía materna me enviase desde Madrid una revista *Vogue*, que aunque era americana se podía encontrar en ciertos establecimientos de la capital, y me empapé de las nuevas tendencias que, por aquel entonces, eran claramente orientalistas y a mí me encantaban.

Mi vestido era de una delicadeza asombrosa. Recuerdo que llevaba un velo de tul bordado, cosa que nadie había lucido antes en la ciudad, así como el tejido del propio vestido, que era de plumeti. En la parte frontal de la falda se habían cosido con canutillo de plata unas guirnaldas, de las que caían unas pequeñas borlas. Las mangas eran cortas y transparentes, y a juego portaba unos guantes blancos, largos, que llegaban por encima del codo. En el cuello lucía un collar de tres vueltas de perlas de mi madre, en la muñeca la pulsera de platino y brillantes que había sido mi regalo de compromiso, y en la cabeza un tocado en forma de corona con hojas de laurel plateadas. Mi ramo era una cascada sublime de rosas de pitiminí y fresias.

Ya ve que no he olvidado ni un detalle.

Guardo nítido en mi memoria el asombro que causé al entrar en la iglesia de San Nicolás, donde celebré mi boda. ¿Conoce la iglesia de San Nicolás? Pues no deje de visitarla si algún día va a Valencia, es preciosa. Por supuesto, Ricardo tampoco defraudó con su elegancia.

Sin duda, la mía fue la boda del año en Valencia. Acabamos con las existencias de flores de al menos tres floristerías de la ciudad, ya que yo quería que tanto la iglesia como el restaurante de la celebración fuesen el fiel reflejo de mi nobleza. San Nicolás nunca ha vuelto a estar tan magnífico. El altar estaba lleno de cestas y columnas de hortensias, de rosas y de palmeras. Era todo de una riqueza y un lujo excepcionales.

Después celebramos una comida, con un menú tan variado y exquisito que jamás he vuelto a tomar algo así en unos esponsales. Recuerdo las soberbias costillas al jerez, el capón asado o el lenguado de Colbert, al que se añadieron unos deliciosos sorbetes servidos en forma de buñuelos calientes. Lo más granado de la sociedad de la época asistió, incluso vino el célebre fotógrafo Antonio García, suegro de Sorolla, que me había fotografiado ya en varias ocasiones. Pero bueno, como ya sabrá usted, Sorolla era un gran amigo de la familia.

A las dos semanas partimos de luna de miel cargados de baúles y maletas. Viajábamos con una doncella y un mayordomo de servicio, e hicimos un recorrido de un mes por París y Roma. Creí volverme loca en la capital francesa escogiendo los nuevos modelos de Worth, Doucet o *madame* Paquin. Pero, sin duda, el diseñador más increíble de todos era Paul Poiret, que llenó mi armario de un delicado y refinado aire oriental, con sus abrigos de sedas chinas y cuellos de piel.

No sabría decir si fui feliz en mi matrimonio, pues no pude pararme a pensar en ello ya que estuve casi todo el tiempo embarazada. Primero tuve a Margot, y después, en rápida sucesión, a José María, Juan y por último a Luis, ¡ay, Luis!, que nació en 1917. Tenía en casa a mi madre y a mi abuela que me ayudaron a educarlos, ya que de su crianza se ocupaban las tatas. No tengo un buen recuerdo de esos años, la casa se llenó de bebés y de niños muy pequeños que no paraban de alborotar, y aunque yo los adoraba, por algún motivo no acababa de ser feliz. En realidad, cuanto más pasaba el tiempo, más me parecía que la vida a la que se me había destinado no era para mí.

¿Tiene usted hijos? ¿No? Entonces hay cosas de las que no puede hacerse una idea.

El año 1920 representó un antes y un después en mi vida. Murió mi padre. No sabría explicarle qué sucedió en mi interior, pero fue como si el mundo se hubiese puesto del revés. Nada me satisfacía, no quería estar con mi marido, disfrutaba poco de mis hijos y entablé una ardua batalla legal con mi hermana para reclamar la baronía.

Me sentía como si estuviese encerrada en un armario pequeño y con un solo agujerito por el que poder respirar. La muerte de mi padre significó una revolución en mi vida, una reafirmación como la baronesa que yo debía ser, y en esa nueva existencia ciertas cosas ya no tenían cabida, como por ejemplo mi marido. Sí, mi marido, no ponga usted esa cara. En el fondo fue un buen marido y nunca dejó que nos faltara de nada, al contrario, vivíamos en la abundancia. Pero Ricardo tenía una costumbre, muy común al parecer en la época, que yo acabé por despreciar: la de frecuentar cabareteras y cupletistas.

Era esta una afición que llenaba los teatros de hombres enfervorecidos, que cantaban y silbaban al son de la que se paseaba más o menos vestida por el escenario. Quizá usted recuerde un caso famoso, cuando la Chelito actuó en un teatro de provincias cantando «La pulga». Allí estaba ella, enseñándolo todo, vestida como una cualquiera, pidiendo que por favor alguien la desnudase porque una hormiga muy mala la recorría sin pudor, y eso le daba mucho miedo. Imagine usted los gritos de aquellos bárbaros mientras ella hablaba de la pobre hormiga, de lo picarona que era que la recorría por arriba y por abajo, y que a ver quién se la quería coger. No le digo más que el primer piso del teatro se hundió por el peso y los saltos de los allí reunidos. Por increíble que parezca, solo murió una persona aplastada en la caída. A su viuda, ya se imaginará usted, no quisieron contarle la verdad, así que se inventaron que su marido se había caído de un naranjo nada menos. Aún a día de hoy, creo que la pobre mujer se pregunta qué hacía su marido subido a un árbol.

Cuando la Fornarina llegó a Valencia cantando con desvergüenza el famoso «Polichinela» en el teatro Principal, mi marido estuvo silbando la cancioncilla durante días. Le descubrí además un resguardo de la joyería de José Sugrañes, donde solía comprarme las joyas a mí, por un collar de gran valor que jamás me regaló. *Yo no estaba dispuesta a servirle de coneja, a que me hiciera un hijo cada año y por añadidura me contagiara alguna enfermedad.* Así que, como usted comprenderá, hice lo único que podía hacer: lo abandoné.

Lo abandoné todo para iniciar una nueva vida, una vida que me pertenecía y que no pensaba malgastar más. Una vida que me llevaría a viajar por media Francia. Dejé a mis hijos al cuidado de mi madre y de la abuela, consciente de haber tomado una decisión difícil y trascendental: la de liberarme de una sumisión marital, que a lo único a lo que me hubiese conducido habría sido a una gran infelicidad. Ricardo y mi familia se lo tomaron muy mal, como podrá imaginar, pero mi marido más por lo que pudieran decir de él que por el hecho en sí, pues no creo que me echara mucho de menos en su cama.

En la época fue un escándalo. Si mi padre hubiese estado vivo jamás me habría atrevido a hacerlo. Mi osadía se vio como la huida de una mala madre y una mala esposa, y la aristocracia valenciana de la época me lo hizo pagar muy caro, tan caro, que preferí el exilio.

Nunca me ofrece usted un cigarrillo, con lo que me gustan…

En fin, viéndolo en perspectiva, me convertí en una especie de Carmen de Burgos, la famosa periodista conocida como Colombine, y a la que apodaban la Divorciadora. Curiosamente, nuestras vidas tuvieron ciertos paralelismos. Yo era aún muy joven y el ansia por

descubrir y beberme el mundo, tal y como ella hizo, no se me despertó hasta que don Miguel Primo de Rivera apareció en mi vida.

Ahí se trastocó todo.

6

Una tarde de 1919

Una tarde de 1919, Margarita fue con su padre y su marido a merendar al salón árabe del café España. Se acomodaron en una de las mesas de mármol y, mientras esperaban a ser servidos, observaron una vez más los elegantes arcos llenos de complicados arabescos, las molduras en blanco y dorado, y la colorista cerámica que decoraba las paredes. Justo cuando el camarero apareció a tomar nota, hizo su entrada por la puerta el entonces capitán general de Valencia, don Miguel Primo de Rivera. El barón, que le conocía, le hizo una seña con la mano y, al acercarse, lo invitó a sentarse a su mesa.

Al verlo aproximarse, Margarita pensó que nunca había conocido a un hombre como aquel, un hombre que emanaba tanta virilidad y poder de una forma tan magnética. Su mirada era directa y serena, las manos firmes y duras, la postura marcial y el habla tranquila, pero con carácter. Parecía muy seguro de sí mismo. Fue sentarse a la mesa y Margarita tuvo la impresión de que los demás empequeñecían a su lado.

—Mi estimado capitán general —dijo el barón—, ha llegado a mis oídos que quizá en breve no podamos seguir disfrutando de su grata compañía, y tenía yo pensado invitarle a unas angulas en un pueblecito que conozco cerca de la Albufera. No me dirá usted que va a ser imposible, ¿verdad?

—Querido barón, ojalá pudiese aceptar su ofrecimiento, sabe que las angulas son muy de mi agrado, pero los rumores son acertados: dentro de poco tendré que dejar esta plaza, aún no sé si para marchar a Madrid o a Barcelona, y la segunda opción no me satisface mucho precisamente.

—Lo entiendo, vivimos tiempos convulsos, y más en Cataluña. Llevamos una sucesión de Gobiernos de coalición que no hacen nada a derechas, o eso me parece a mí, y el país cada vez está más revuelto.

—Cierto, cierto, pero la crisis que arrastramos no es ninguna tontería y lo de Barcelona tiene traca —apuntó Ricardo, removiendo su café—. La huelga general trajo nefastas consecuencias.

—Bueno, ya sabe usted cómo son estos catalanes, muy reivindicativos, y bastante tenemos ya los militares, que llevamos unos lustros bastante penosos.

—Es que la humillación de Cuba es algo que creo que nos ha lastrado a todos, no solo a ustedes —dijo el barón, mirando a su alrededor para ver si alguien podía escucharles.

—Si quiere que le diga la verdad, a mí, Cuba no me importa. No voy a perder ni un segundo de mis pensamientos en una isla que está a miles de kilómetros y que no nos ha dado más que dolores de cabeza —respondió don Miguel, de repente muy serio—. A mí lo que de verdad me preocupa, porque creo que no se acaba de comprender su verdadero alcance y naturaleza, es el problema de Marruecos. Llevamos años con un conflicto que cada vez es más impopular, en el

que dejan su vida nuestros hijos, nietos y hermanos, que está al otro lado del estrecho y tras la Conferencia de Algeciras, sigue sin quedarme claro que el reparto con los franceses fuera del todo justo.

—Coincido con usted, y por desgracia nuestro ejército está siendo cada vez más denostado por la opinión pública, sobre todo entre las clases populares —dijo el barón.

—No crea que solo entre las clases populares, Marruecos ha creado problemas también entre los propios militares. Los oficiales de la península no están muy contentos al ver que sus colegas africanistas obtienen los ascensos más rápido y, en muchos casos, de forma no del todo clara.

—Pues yo no lo veo tan mal, al fin y al cabo corren más riesgo luchando contra los indígenas que estando en casa —intervino riendo Ricardo, haciendo una seña al camarero para pedir otro café.

—El problema es que nunca debimos estar en Marruecos, no es España, no es nuestro país y este problema no irá a menos —contestó rotundo don Miguel.

—Curiosas palabras viniendo de un militar de prestigio como usted, y que estoy segura que no serán muy populares en ciertos círculos —observó Margarita, sin poder reprimirse.

Don Miguel Primo de Rivera la miró durante unos segundos, primero con asombro y después con curiosidad. Iba a responder algo, pero el barón se adelantó:

—Excuse a mi hija, señor, quizá la culpa de que hable tan a la ligera y sin pensar no sea solo de ella. Llevo años dejándole leer los libros de mi biblioteca y haciéndole participe de mis cuitas como gobernante, lo cual ha debido de dejar un poso en su cabeza no apto desde luego para ser compartido. ¿Has comprendido, querida? Hablamos de cuestiones de las que tú, Margarita, no tienes por qué preocuparte.

—Cierto, padre, nada más lejos de mí pretenderlo. Pero es imposible no enterarse de ciertas cosas cuando toda Valencia las comenta, hasta oigo a nuestro servicio en casa susurrar sobre los conflictos con los moros. El desastre del barranco del Lobo salió en todos los periódicos, así como el nuevo reparto de Marruecos, o las operaciones que se están llevando a cabo ahora mismo contra los rebeldes dirigidos por Abd el-Krim.

—Es increíble la memoria y la capacidad de retención que posee usted, señora, digna de elogio. Veo que disfruta leyendo la prensa, y hasta es capaz de acordarse de un nombre tan complicado como el de ese cabildo rifeño. ¡Muchos de mis hombres tendrían problemas para saber quién es! —dijo riendo don Miguel.

Margarita enrojeció de placer; que la halagasen de esa manera hinchó su corazón de orgullo, a la vez que notaba cómo un intenso calor crecía desde su vientre y se extendía por todo su cuerpo. Se sintió atraída de una forma inesperada y violenta hacia aquel hombre, una sensación que no había conocido nunca antes, como si de él emanase algo irresistible e incomprensible para ella. Estaba por completo subyugada, y apenas acertó a responder.

—Así es, me gusta estar informada de lo que ocurre en mi país, y no dude de que sería mejor servidora de la patria que muchos de los que la están sirviendo ahora.

—Pero menos mal que tienes cuatro hijos y un marido que te necesitan en casa, paloma mía —respondió Ricardo, cogiéndola suavemente de la mano.

Margarita sonrió forzadamente e inclinó la cabeza, no por vergüenza, sino para ocultar la ira que en ese momento afloró a sus ojos. Ella había nacido mujer, no hacía falta que se lo

recordaran, no había podido ser el hijo que el barón deseaba, ni siquiera ser la primogénita que ostentase un día la baronía y diese ejemplo de nobleza. Pero no se resignaba a aquel papel al que Ricardo la había relegado. Cuánto deseó en ese momento haber nacido hombre, para poder sentarse entre ellos como un igual y hablar con franqueza de lo que opinaba de la situación. Porque estaba convencida de su inteligencia, por no hablar de su instinto. Se había dado ya cuenta en el colegio cuando era pequeña; no le costaba mucho estudiar, los datos se quedaban fijados en su memoria sin esfuerzo y siempre era la primera de la clase. Aprendió francés con Suzette con gran rapidez, y era capaz de decir frases enteras, mientras su hermana aún estaba con el *«je m'appelle Soledad»*.

Era verdad que su padre le había proporcionado una sólida educación, y cómo la había disfrutado ella. El barón era miembro de las Reales Academias de Historia y Bellas Artes de San Fernando, y a todas las exposiciones a las que acudió llevó siempre a su hija, y todos los libros que le regalaban acababan indefectiblemente en manos de Margarita.

Gracias a la afición de su padre por la geografía, había descubierto lugares tan exóticos como las islas Cook. Le había hecho leer los poemas de Espronceda, las novelas de Baroja, Juan Valera, Galdós, Pardo Bazán o Blasco Ibáñez; y disfrutaba escuchando a las bandas de músicas tocar piezas de Isaac Albéniz o Enrique Granados. También supo transmitirle sus inquietudes por temas ocultistas, y el universo esotérico se desplegó ante ella por primera vez con un libro escrito por el propio barón, *Los endemoniados de la Balma*. A partir de entonces, hubo una parte de su ser que anheló conocer los secretos de la reencarnación, de los rituales paganos, del exotismo oriental, de la transmigración de las almas.

Hay que decir que Margarita era al mismo tiempo una devota creyente, adoraba a la Virgen de los Desamparados. Pero su catolicismo convencido no estaba en contradicción con su creciente curiosidad, con la sed de acumular más y más conocimientos, de descubrir qué había más allá. Cierto es que en aquel entonces no había nada más de moda que las sesiones espiritistas, aunque no participaba en ellas. Tal vez algún día.

El barón había sido amigo de don Santiago Ramón y Cajal en los años en que este fue catedrático de anatomía en Valencia. Entre otras cosas le había hablado de las virtudes del hipnotismo terapéutico, llegando a crear un Comité de Investigaciones Psicológicas. Ambos convenían en que el gran defecto del cerebro humano era que es muy sugestionable, lo que lo convertía en un órgano débil a la hora de luchar contra la ignorancia y el atraso que poblaba abundantemente el mundo de la brujería y el ocultismo. Esta fue la primera lección que Margarita aprendió de su padre a ese respecto, que en el esoterismo casi todo era un engaño, aunque había ciertas cosas que seguían siendo inexplicables y merecía la pena investigarlas o, al menos, intentarlo.

Ricardo no compartía ninguna de sus inquietudes, era una persona práctica para quien sus negocios eran su única fuente de interés. Era un hombre que no se parecía en nada al barón, casi podría decirse que representaba su antítesis.

Tan enfrascada estaba en sus pensamientos, que hasta que no pasó un buen rato no volvió a prestar atención a la conversación entre los tres caballeros, y entonces se percató de que don Miguel Primo de Rivera la estaba observando. Al momento desvió los ojos, pero de vez en cuando volvía a mirarlo con disimulo. Quizá fuesen imaginaciones suyas, pero creía sentir que

albergaba un interés especial hacia ella. Tenía la impresión de que el capitán general quería transmitirle algo que no alcanzaba todavía a comprender.

Terminada la merienda, se levantaron todos para despedirse. Aprovechando que en ese momento Ricardo había ido a pagar y el barón estaba saludando a unos señores en otra mesa, don Miguel miró a Margarita directamente a los ojos y, cogiéndole de la mano, le dijo:

—Margarita, es usted una mujer excepcional, no he tenido la suerte de conocer a muchas personas como usted en mi vida. Si alguna vez necesita algo, no dude en acudir a mí. No sé lo que me deparará el futuro, si acabaré en Madrid, en Barcelona o en Marruecos, pero esté donde esté, siempre estaré disponible para usted.

Margarita se quedó turbada, temblaba no solo por sus palabras, sino por el ímpetu con el que fueron pronunciadas, por la ardiente mirada que las acompañaba, por la mano ruda y áspera que, sin dejar de agarrarla, se llevó a los labios para despedirse. No acertó qué decir y se quedó allí de pie, viendo la ancha espalda del capitán general alejarse entre las mesas del café, con paso firme y decidido.

Durante los días siguientes, Margarita seguiría sintiendo el tacto de aquella mano sosteniendo la suya, de aquellos labios sobre su piel, y aquellos ojos encendidos que parecían querer decir algo que no podía expresarse con palabras.

7

El abandono

¿Por qué quiere que le hable de mi separación otra vez? Creo que el otro día ya hablé bastante, aunque supongo que quiere conocer mejor mis verdaderas razones. Me pregunta usted por mis hijos, imagino que extrañado de que una madre pudiese irse así, sin más, y dejar de verlos durante tanto tiempo. Sí, es eso, lo leo en su mirada. Estamos en los años cincuenta y ahora todo es muy diferente, la mujer fuma, bebe alcohol, viaja por el mundo y trabaja si quiere. Pero entonces no hacíamos nada de eso, o muy pocas lo hacían, y las que lo hacían no eran precisamente consideradas modelos de conducta.

¿No tendrá usted un cigarrillo, verdad?

Mi padre, aunque hombre culto y de mundo, decía siempre una frase que guardo en mi memoria: «*Una mujer podrá ser doncella veleidosa o esposa tibia, pero no puede ser mala madre ni abandonar a sus hijos, porque todas viven por y para ellos, lo contrario sería una conducta monstruosa. Este incumplimiento no alcanza al hombre, por la confianza ilimitada que le merece su esposa*».

¿Qué le parece eso a usted? Así es como hablaba mi padre, así es como se pensaba en su época. Llevo ya varios días mirando el cielo a través de estos feos y fríos barrotes, y recordando cuando lo dejé todo atrás y me convertí en una mujer libre. Porque solo fui libre, libre de verdad, cuando abandoné mi casa.

No se puede imaginar el placer de descubrir que te puedes valer por ti misma, que no necesitas a un hombre a tu lado para dirigir tu vida, tus finanzas, tus intereses o inquietudes. Yo era independiente por primera vez en mi vida, y el precio que tuve que pagar fue renunciar a todo lo que tenía en ese momento. Me separé de Ricardo para poder respirar y, a la primera bocanada, descubrí un mundo tan enorme y seductor que cómo iba a desear volver al matrimonio.

Yo quería vivir mi vida, hacer mi voluntad, no dar explicaciones a nadie. La muerte de mi padre rompió el yugo, y me permitió abrir los ojos y decidir por mí misma.

Pero mis hijos siempre estuvieron bien cuidados, y aunque seguramente echaban en falta el amor materno, estoy convencida de que mi madre y mi abuela suplieron con creces el cariño que yo en aquel momento no podía darles. Napoleón decía que en las madres está el porvenir de las naciones, mi padre remachaba, parafraseando al conde de Segur, que los hombres hacen las leyes y son las mujeres las que hacen las costumbres. Pero en realidad *la mujer no debe ser instrumento más que de sí misma. Debe buscar su placer, y no el del hombre. Debe buscar su realización en la vida activa y no solo en el matrimonio. Debe participar en la política, en el trabajo, en la lucha*.

Deje usted de mirarme así, por favor, he sobrevivido a Marruecos, a una guerra civil, a la muerte de Margot, a unos hijos desagradecidos… En comparación, no es un gran pecado haber

pensado en mí misma. Es usted muy joven y no vivió aquellos años en los que estábamos excluidas de cualquier formación intelectual superior, en los que cantar, pintar o bailar eran nuestras grandes dotes. Estábamos enclaustradas en una rutina doméstica asfixiante, encargadas de todas las obligaciones familiares y con una vida social que se circunscribía a las parroquias o los centros de caridad. Bueno, no siempre, lo reconozco. Algunas éramos mucho más afortunadas.

Las primeras que nos atrevimos a romper con aquellas cadenas fuimos tachadas de marimachos, de excéntricas o locas. Aún recuerdo haber leído o escuchado a alguien comentar que hasta la misma reina Victoria de Inglaterra había dicho que la cuestión de los derechos de la mujer era una locura perversa. Partíamos con todas las desventajas y, a pesar de ello, quisimos luchar.

Yo tenía conciencia de clase, sí, conciencia de clase, no crea que solo la tienen los obreros. Conciencia de pertenecer a la nobleza a la que siempre he procurado honrar, y jamás pensé que todas las mujeres fuésemos iguales, pues, dígame, ¿qué podemos tener en común una humilde lavandera y yo?

Pero sí pienso, en cambio, que todas las mujeres sin excepción tenemos derecho a escoger nuestra vida, a caminar por el sendero que libremente decidamos. Tenemos derecho a equivocarnos como se equivocan los hombres, a defender lo que nos pertenece, como también hacen los hombres, a ser la mujer que queremos ser o, al menos, a intentarlo.

Creo que una de las personas que comenzó a hacerme pensar en mi situación, que depositó en mí la semilla de la duda sobre mi vida conyugal, fue el doctor Gómez Ferrer. Lo conocí cuando era vicepresidente de la Junta de Protección a la Infancia, y estaba intentando sacar adelante un gran proyecto que, por desgracia, no llegaría a ver materializado: la fundación de un hospital infantil. Yo participaba también organizando recogidas de donativos, y lo observaba siempre atareado, preocupado por el bienestar de los más pequeños. Era un hombre perspicaz, muy trabajador y constante. Gracias a esa curiosidad que siempre he tenido, le pedía que me dejara algunos de sus ensayos para poder leerlos, y comprenderlo mejor. Leí horrorizada en su obra el papel al que se nos había relegado a las mujeres, los problemas de los partos, de la crianza, de la falta de higiene, de la falta de derechos y oportunidades. Aquello me impresionó profundamente.

Pensar. Sí, pensar. Ese ha sido para muchos mi gran defecto, que yo pensaba demasiado decían. A lo mejor usted opina lo mismo, al fin y al cabo no hago más que hablar sobre los derechos de la mujer, y estoy empezando a parecer ya un panfleto. Creo que al final todo se resume en que no era feliz.

Como ya le comenté, la muerte de mi padre fue ese estallido que provocó la revolución y sé que si no me hubiese ido, no habría tenido la suerte de vivir la vida tan extraordinaria que he vivido. La felicidad se instaló en mí y era una droga demasiado poderosa, no he podido renunciar a ella y la he buscado ávidamente en los peores momentos. Pero ahora me duele hasta respirar cuando pienso en Margot, me arrancaría los ojos si con ello pudiese devolverle la vida, y me cuesta creer que pueda volver a ser feliz de nuevo.

Hoy ya he hablado demasiado.

¿Que cuándo fue la última vez que fui feliz? No lo sé, tengo la mente tan nublada… y no es la primera vez que me siento encerrada, debió usted ver cómo sobreviví a la Guerra Civil, y

mucho antes mi vida corrió serio peligro en Marruecos. Pero creo que siempre conseguí encontrar algo que me aportase felicidad, o quizá no era tal, a lo mejor era presunción o tozudez, ¿cómo saberlo? He sido siempre de una tenacidad tremenda, muy luchadora, muy obstinada. Mi vida la he pasado combatiendo: contra mi familia para poder independizarme, contra la sociedad que me decía que no lo hiciese, contra los prejuicios que imponían que no trabajase, contra mi hermana por un título que no merece y unas tierras que me pertenecen, contra los americanos que querían desposeerme de un imperio construido de la nada, contra el bando republicano. Y ahora contra mis hijos.

¿Que qué es eso de los americanos? Ya se lo contaré en otro momento.

Dice usted que debo estar agotada tras todo ello, y debería estarlo, pero todo lo vivido lo recuerdo con orgullo y cariño. Es la vida que elegí, yo construí mi camino, lo cimenté piedra a piedra y he pisado siempre sobre él con seguridad. Me he equivocado muchas veces, por supuesto, pero todo contribuyó a crear lo que ha sido para mí una vida de fábula. No exagero, créame.

Me pregunta usted por los años posteriores a mi separación, y no negaré que no vi mucho a mis hijos, aunque siempre les escribí y pregunté por ellos, y cuando se instalaron los primeros teléfonos en España, llamaba continuamente para escuchar sus vocecitas y que me contaran sus aventuras. Todas las veces que volví a Valencia, corría a verles cargada de regalos y estaba con ellos todo el tiempo del que disponía, hasta que tenía que volver a marchar. Es verdad que los viajes que emprendí fueron por voluntad propia, por gusto si usted quiere, nadie me obligaba a ello. Pero gracias a todo aquel esfuerzo, a la vida en tantos países, pude proporcionarles una esmerada educación y una vida de lujo que, tras la muerte de Ricardo en 1942, ellos no habrían podido seguir disfrutando.

¿Le gustaría saber cuál fue mi primer trabajo? Creo que se quedará asombrado si le digo que fui la primera mujer corresponsal de prensa en la guerra de Marruecos. ¿Que cómo lo conseguí? De la manera más asombrosa e inimaginable, en una tarde de invierno en el hotel Ritz, cenando con don Miguel Primo de Rivera.

8

Llovía en Madrid

A finales de noviembre de 1921, llovía en Madrid. Hacía un día frío y muy ventoso que dificultaba poder caminar por la calle con los paraguas abiertos, lo que significaba que uno terminaba por guarecerse donde podía. Margarita abrió las puertas del balcón de su habitación del hotel Ritz, y aspiró el aire fresco mientras observaba las gotas mojar las hojas de los árboles. Unos segundos después, un ligero estremecimiento sacudió su cuerpo, y volvió al interior. Entró en el baño donde la blanca bañera de porcelana estaba perfumada por las sales de rosas que había echado hacía un instante. Se desnudó, se metió en el agua y dejó que el agradable calor la envolviese como un tierno abrazo. Con el cabello cubierto con una gruesa toalla para no mojarlo, echó la cabeza hacia atrás y, mientras se acariciaba la cara con los dedos, sonrió satisfecha.

Ir al teatro era una de sus pasiones favoritas, y en Madrid podían verse a los mejores actores y la mejor cartelera. Esta vez el reclamo era la grandiosa María Guerrero, que iba a actuar en la obra *Dentro de un siglo,* de Muñoz Seca. Con ese pretexto había ido a pasar unos días a la capital y aprovechó para dedicarse a ella misma: desde aplicarse una mascarilla estética en uno de los primeros centros de dermatología de la ciudad, hasta hacer algunas compras en las tiendas de lujo de la Gran Vía. Compró trajes bordados, abrigos con enormes cuellos de piel, bolsos de cocodrilo o el recién creado perfume de Chanel nº 5, que hacía furor entre las mujeres elegantes. Tenía un deseo enorme de poder conseguir uno de los diseños de la famosa modista francesa Gabrielle Chanel, pero, por desgracia, aún no podían encontrarse en la ciudad. Suspiraba pensando en ellos, había oído que eran los primeros que una mujer podía ponerse sin ayuda, ya que carecían de las complicadas y molestas botonaduras que utilizaban el resto de modistos. Ella usaba el perfume N'Aimez que Moi, de Caron, pero le parecía que su aroma se había quedado anticuado, que en aquel momento Chanel simbolizaba a la mujer independiente y segura en la que ella quería convertirse.

Su imagen ya no era la de la tierna jovencita que había puesto Valencia a sus pies hacía ya unos años. Margarita era considerada una de las mujeres más bellas de la ciudad por su encantadora cara, su brillante melena, su cuerpo redondeado y su voz cantarina. Pero renunció a sus curvas y a su cabello con gusto, en cuanto los vientos de cambio comenzaron a soplar; al fin y al cabo, ella siempre había ido por delante de todos en todo. Comenzó a comer menos ya que las curvas femeninas, de la noche a la mañana, se habían convertido en algo plebeyo y anticuado. No había mujer que no quisiera ser como Thera Bara, con aquella languidez elegante y chic, aquella cara perfecta, la enigmática sonrisa y la mirada atrevida. Acudió a un famoso gabinete de belleza de Madrid para que modificasen su rostro, y allí le eliminaron el vello facial, le cerraron los poros y le depilaron completamente las cejas para después pintar dos arcos perfectos, como los de la fascinante Isadora Duncan que había cautivado a medio mundo. Le pusieron unas

larguísimas pestañas postizas de seda que se unían a un semipárpado de cera, y su mirada se volvió felina y sensual.

Se perfiló la boca como la de Mary Pickford haciendo los labios carnosos y anchos, y los ojos los delineó en negro kohl. Se tiñó el pelo de color castaño y lo cortó justó por debajo de su oreja, enmarcando el óvalo de su cara. La ondulación Marcel hacía furor, pero su rizo natural no tenía nada que envidiarle, y decidió que se adaptaba bien a la moda de la época.

Si el cambio en su físico fue sustancial, el cambio en su armario no fue menor. Sustituyó sus vestidos de siempre por otros más cortos pero con el talle más largo, con cinturones a la cadera y sombreros sin adornos. La sobriedad en el vestir durante el día se había convertido en la nueva religión, la simplicidad era su credo.

Recostada en la bañera, Margarita cogió una pequeña esponja, la mojó y se la pasó despacio por la cara para limpiar cualquier resto de maquillaje que hubiese llevado aquella tarde. Tenía que volver a empezar de nuevo, volver a pintarse, escoger con cuidado lo que llevaría para cenar, porque tenía una cita con don Miguel Primo de Rivera. Había sido una casualidad que justo cuando pasaba caminando por delante del Palace, saliese del hotel el capitán general. Caminaba con paso apresurado, el ceño fruncido y los labios apretados en una mueca de preocupación. Tan concentrado iba que no reconoció a Margarita cuando esta lo llamó por su nombre, y se acercó a saludarlo. Primo de Rivera la observó perplejo unos segundos, y entonces ella se presentó.

—¿Tan cambiada estoy que ya no me reconoce?

—Lo siento muchísimo, señora, pero no creo tener el gusto de conocerla.

—¿Y si le dijese que leo la prensa y que sigo las escaramuzas del caudillo rifeño Abd el-Krim?

Primo de Rivera la miró fijamente y en ese momento un destello de luz despertó sus recuerdos, aunque en dicho destello la mujer que él recordaba era sencilla pero voluptuosa, y desde luego no iba vestida así. Ahora lo que podía ver era a una mujer moderna, que enseñaba las pantorrillas, y cuyo pelo no le llegaba más abajo del lóbulo de su oreja. Iba, por supuesto, muy elegante con un abrigo corto y estrecho de pelo de camello, y un cuello inmenso que le tapaba la nuca. Lo acompañaba de un gran bolso de lagarto, y un sombrero cloché bien calado que remataba el conjunto. Naturalmente, todos estos detalles le pasaron desapercibidos al capitán general, pero sin duda causaron el efecto deseado.

—¿Doña Margarita Ruiz de Lihory? ¿Pero de verdad es usted? Dios mío jamás la hubiera reconocido, su aspecto es como el de una artista de cine, brilla usted más que el sol.

Ella sonrió satisfecha, su cambio de imagen había valido la pena.

—Se lo agradezco, pero no es nada, un corte de pelo y un maquillaje nuevo, poca cosa más.

—¿Y qué hace usted por Madrid, ha venido de turismo con su marido?

—No, no exactamente. Ricardo y yo nos separamos hace poco.

Margarita aguardó expectante la reacción de él. El hecho de estar separada se veía entonces como una lacra, y no sabía si iba a afectar negativamente a la imagen que el capitán se hubiese forjado de ella.

En ese momento se dio cuenta de cuánto necesitaba su aprobación, de cuánto quería volver a sentirse inteligente, volver a expresar sus opiniones en voz alta, que alguien la escuchara y la tomara en serio. Sobre todo un hombre como él. Quería sentirse importante, saber que don Miguel no consideraba sus opiniones tonterías.

Primo de Rivera la miró sonriendo y dijo que tenía un poco de prisa, debía acudir a una reunión en el Ministerio de Guerra y llegaba tarde. Margarita sintió como el corazón se le aceleraba en el pecho, aquello parecía una excusa para irse lo antes posible y dejarla allí plantada, para no tener que opinar sobre su separación o preguntarle cómo estaba, qué hacía, dónde o cómo vivía. Qué tonta había sido, se había tomado un cumplido en serio. Se habían visto solo una vez y, aunque le había hablado con fervor y le había dicho que contase con él cuando hiciese falta, aquello no había sido quizá más que buena educación, al fin y al cabo había sido amigo de su padre.

Así que sonrió de igual forma y le dijo que ella también tenía prisa, pues tenía una cita para tomar café con un amigo. Le deseó un buen día y se dio media vuelta agarrando con fuerza el bolso en su mano izquierda, resonando con nervio su medio tacón sobre la acera. Margarita sintió su mirada, pero no se volvió. Cuando había dado tres pasos, don Miguel Primo de Rivera la alcanzó y le preguntó si estaría libre para cenar, a él le habían cancelado una cena que tenía esa noche y tal vez a ella no le importaría acompañarle.

Margarita quiso responder inmediatamente que sí, pero algo en su interior le dijo que no lo hiciese. Miró un momento al suelo y al alzar la vista, sorprendió en Primo de Rivera la misma mirada de aquel café de Valencia, con tal intensidad y atención, que no pudo evitar volver a ruborizarse como entonces. Dijo sí, y tras quedar en el restaurante del hotel Ritz, donde se alojaba, se despidieron dándose la mano.

Salió de la bañera y se miró en el espejo con detenimiento, aquella noche debía ir perfecta a la cena, no podía equivocarse en un solo trazo de maquillaje, un color de vestido, un gesto. Qué curioso, pensó, ella que toda la vida se había preocupado por tener la piel lo más blanca posible, y ahora se maquillaba como antes solo lo hacían las prostitutas y las coristas. Dibujó con pericia dos trazos para delinear sus cejas, pintó sus ojos con sombras oscuras y sus labios de un rojo encendido. Se quitó la toalla de la cabeza y cepilló despacio sus rizos hasta darles la forma deseada, con la raya a un lado. Vendó su pecho para reducir volumen y se puso una faja ligera del recién inventado tul elástico, lo que dotó a su cuerpo de un aspecto más andrógino.

Abrió el armario y contempló los vestidos de fiesta que había allí colgados. Escogió uno negro todo bordado de *paillettes* de una sola pieza, con un vertiginoso escote en la espalda y cinturón dorado a la cadera. La falda apenas cubría las rodillas y dejaba ver unas piernas torneadas y largas, cubiertas por unas medias de seda tan delicadas y transparentes, que solo la costura posterior las hacía patentes. Los zapatos eran de punta aguda y escotados con un tacón altísimo, confeccionados en cabritilla dorada. Como única joya, un larguísimo collar de azabaches. Cubrían sus brazos dos largos guantes de seda negra que le llegaban por encima del codo, tan finos que eran casi transparentes.

Encima se puso un abrigo estampado con motivos orientales, cuya orla y cuello estaban enmarcados por una esplendorosa piel de zorro negro. Cogió la bolsita en malla de oro donde metió la pitillera en esmalte azul, la boquilla con aro de oro, el pañuelo de crespón rojo para poder disimular el retoque de los labios, la polvera que tenía un zafiro incrustado en su tapa y el lápiz de labios rojo en su estuche también de oro.

Margarita se miró en el espejo por última vez antes de salir, y sonrió con aprobación. Era la imagen de una mujer fuerte y emancipada, una mujer seductora que a su paso haría que muchos

hombres se volviesen a mirarla. Deseó que esa fuerza que emanaba su aspecto le contagiase también el alma, se sentía muy nerviosa y no quería que eso le arruinase la noche.

Bajó al restaurante donde, nada más entrar, vio el uniforme militar del capitán general que estaba sentado en una de las mesas esperándola. Se acercó despacio para darle tiempo a verla, a observarla en todo su esplendor. Cuando llegó, él se levantó para quitarle el abrigo, que se llevó un camarero, y le acercó la silla a la mesa mientras le decía que estaba en verdad radiante. Pidieron champán y ella dejó que fuese él quien eligiese el menú, que consistió en gambas flambeadas y pastel de carne.

Tras ordenar la cena, ella abrió su bolso y sacó la pitillera. Colocó uno de los cigarrillos en la boquilla y miró a Primo de Rivera esperando a que este se lo encendiese, pero él se disculpó alegando que no fumaba. Uno de los camareros, con presteza, sacó un mechero de su bolsillo y se lo encendió en un gesto rápido y hábil.

Margarita dio una honda calada a su cigarrillo y lo miró. Permanecían callados bebiendo de sus copas de cristal, parecía como si ambos estuviesen esperando a que el otro diese el pistoletazo de salida. Como él seguía callado, se decidió ella a iniciar la conversación.

—Esta mañana parecía salir usted del Palace preocupado, espero que no sea nada grave.

—Depende de cómo se mire. El año que viene mi próximo destino va a ser Barcelona, lo que no me llena precisamente de alegría, hay demasiadas tensiones por allí. Pero bueno, sabía que me iban a castigar de algún modo después de lo del Parlamento…

—¿Castigarle? ¿Qué ha hecho usted? —dijo Margarita, interesada, mientras probaba las gambas flambeadas.

—¿No se ha enterado? Debe de ser la única… Hace unos días asistí a una reunión en el Parlamento en la que se discutía sobre el reciente desastre de Annual. Aquello ha sido una carnicería, otro tremendo error de nuestra política colonial, y así se lo hice saber a los señores diputados. Les dije que yo estimaba que desde un punto de vista estratégico, un soldado más allá del Estrecho era perjudicial para España.

—Ya veo —dijo Margarita, dejando los cubiertos sobre el plato—. Tuvo usted el valor de decir algo así a un Gobierno que es ferviente partidario de permanecer en África y conservar a toda costa sus colonias. Por eso lo van a castigar… Lo siento mucho, creo que me he equivocado al preguntarle.

—No se preocupe, no es culpa suya. El problema lo tienen ellos que no quieren entender lo que realmente ha supuesto Annual, no solo por el coste en vidas españolas, sino también por el desprestigio de nuestro ejército en Europa. La monarquía ya es bastante impopular y esto no sé cómo va a afectarle, aunque es de suponer que no muy bien.

—Alfonso XIII es un buen rey, liberal, no creo que pase nada —aventuró ella, encendiendo otro cigarrillo tras acabar el primer plato.

—Me gustaría pensar como usted, pero me temo que la situación es muy diferente. Yo mismo me he visto afectado de manera particular; mi hermano falleció en el monte Arruit por herida de un casco de granada, y también mi tío Fernando, por desgracia.

—Qué terrible… No puedo imaginar el dolor de perder a dos seres queridos en tan poco tiempo, ha debido de ser muy triste para usted. Lo siento mucho. Pensándolo bien… entonces ahora es usted el marqués de Estella, ha heredado el título, ¿no?

—Sí, aunque habría preferido no hacerlo —respondió muy serio don Miguel, apurando su copa de champán.

—Será mejor que pidamos algo más de beber, si la conversación continúa por estos derroteros mejor hacerlo un poco achispados, ¿no le parece? —dijo Margarita, intentando quitarle hierro al asunto.

Llamaron al camarero y mientras el capitán general pedía otra botella, ella lo contempló arrobada. Aquel hombre era fascinante, capaz de decir lo que pensaba delante de los hombres más importantes de España, y sabiendo que lo hacía en una jaula de leones. Estaba admirada, un hombre tan valiente que ponía en riesgo su carrera por una idea contraria a la del resto. Barcelona, vaya destino. Si había un lugar en ese momento en el que todas las tensiones políticas estaban en ebullición, era allí. Sin duda un castigo ejemplar el que el Gobierno le había impuesto.

—La veo ensimismada, Margarita, espero que nuestra charla no la haya desanimado —dijo Primo de Rivera con una media sonrisa.

—No, no, discúlpeme, estaba pensando en Barcelona. El panorama desde luego no es alentador, pero bueno, si lo piensa bien toda la península anda revuelta, ¡hasta se ha formado un Partido Comunista de España! Fíjese usted, qué disparate, vivimos una época enloquecida…

—¿Qué le parece si con el segundo plato hablamos de cosas más agradables? Me gustaría saber qué es de su vida, Margarita, imagino que ha tenido que cambiar mucho en los últimos meses.

Ella lo miró y vio auténtico interés en sus ojos, sintió que quería que aquel hombre la conociera mejor, y se lanzó a hablar sobre su vida en Valencia. De su desafortunado matrimonio con Ricardo, de la muerte de su padre. Durante todo el tiempo que habló, don Miguel la escuchaba atento mientras comía despacio, y cuando terminó de hablar le hizo una pregunta:

—¿Y qué piensa usted hacer ahora?

Aquella sencilla pregunta, que tendría que haberse hecho ella misma, la pilló desprevenida. Había disfrutado tanto de su recién estrenada libertad, que no se había parado a preguntarse qué iba a hacer con el resto de su vida. Se quedó desconcertada. Es verdad que ella sabía pintar muy bien, escribía y tocaba el piano, pero dudó sobre si con esas cualidades podría ganarse la vida. Tras pensar unos instantes, se le ocurrió una idea.

—Me gustaría escribir, si alguna revista me diese la oportunidad podría escribir artículos de moda, que me encanta, o incluso de viajes, aprovechar mis experiencias por el mundo. Necesito salir de aquí por un tiempo y respirar otros aires. Sé que podría hacerlo muy bien y todo me interesa.

—Pero no tiene usted experiencia.

—No… Imagino que haber viajado mucho no sirve, ¿no? —dijo ella riendo.

—Me temo que no. Tengo un amigo que está buscando redactores para una de sus revistas, aunque creo que a ninguno de los dos le interesará la colaboración. A él porque es usted mujer, y a usted porque el trabajo es en Marruecos.

—Oh, en eso se equivoca, nada podría gustarme más.

—Me parece que no se da cuenta de lo que está diciendo. Tendría que ir a vivir a un país con el que tenemos un gran conflicto en estos momentos, una mujer sola en medio de todos esos musulmanes, escribiendo sobre una guerra terrible. No me malinterprete, Margarita, sé que es

usted una mujer fuerte y decidida, pero no me parece un trabajo adecuado para una dama. Yo no estaría dispuesto a poner en peligro la vida de la hija de mi querido barón.

—¿Qué tal si me deja hablar con su amigo, y luego decido? A lo mejor tiene usted razón y él no quiere cogerme para el trabajo, o a lo mejor la tengo yo y sí lo hace. Pero al menos déjeme intentarlo —pidió ella, poniendo morritos de niña buena.

Riendo, Primo de Rivera aceptó y le dijo que al día siguiente hablaría con su amigo, a ver si podía concertarle una entrevista lo antes posible. Ella se lo agradeció, feliz, y continuaron cenando mientras conversaban animadamente sobre algunos conocidos que tenían en la capital. Al terminar, cogieron los abrigos y se dirigieron al vestíbulo del hotel, presidido por una preciosa mesa redonda de caoba sobre la que reposaba un enorme jarrón verde celadón, lleno de ramas con camelias y crisantemos.

Una vez allí, Margarita dudó si debía invitarle a tomar una copa, no sabía cómo hacer para continuar aquella velada en la que tantas esperanzas había depositado. Tampoco sabía cómo podía reaccionar el capitán general, así que se le ocurrió la excusa de agradecerle la cita con su amigo del periódico. Se lanzó y le dijo con una sonrisa si le podía invitar a tomar una copa, por su amabilidad para con ella. Él, tras pensarlo unos segundos, respondió que había sido un día muy largo y estaba cansado.

Se despidieron dándose la mano. Camino de su habitación, Margarita sentía la corriente de electricidad que la había sacudido como un rayo poderoso cayendo sobre ella. La piel se le erizaba al pensar en él, en su olor a cuero y colonia suave, en su abundante pelo negro y su mirada penetrante.

Entró en su cuarto y camino del baño fue dejando abandonados el bolso, el abrigo, los zapatos y el collar. Se miró en el espejo y se vio a sí misma joven y bella, y deseó que aquel hombre la hubiese acompañado. Se desnudó, se quitó la banda del pecho y la faja y se puso un conjunto *Tea for two*, un *deshabillé* de precioso *georgette* rosa. Cogió un algodón y justo cuando iba a empezar a desmaquillarse, llamaron a la puerta. Se quedó quieta un instante mientras se miraba en el espejo. Alcanzó su nuevo frasco de perfume Chanel y se puso unas gotas en el cuello y el interior de los codos, y después, con paso liviano, fue a abrir.

9

¿Ha estado usted alguna vez en Tánger?

¿Ha estado usted alguna vez en Tánger? Ya veo que no. Si hubiese estado, jamás habría podido olvidarlo. Llevo encerrada aquí más de una semana y las paredes comienzan a caérseme encima, los barrotes de la ventana me parecen cada vez más anchos, y usted viene todos los días y sigue sin hablar. Pero si cierro los ojos puedo oler el mar y las especias, escuchar el bullicio del zoco y los pasos en las callejas, ver el colorido de los caftanes y las casas encaladas. Volver allí.

¡Cuánto tiempo ha pasado! Y sin embargo lo recuerdo todo perfectamente, se dibuja cada detalle en mi memoria con una perfección tal, que si tuviese aquí mi caballete y mis óleos podría pintarlo con detalle. Pero llegar hasta allá no fue fácil. Antes tuve que convencer a mucha gente de que era capaz de hacerlo.

Fue don Miguel Primo de Rivera, como ya le conté ayer, quien me presentó a un conocido suyo que dirigía el periódico *La Correspondencia de España*. Se llamaba Leopoldo Romero, había sido redactor antes que director, y quería darle un aire fresco a los contenidos, el diseño e incluso a la forma de publicar. Lo recuerdo como alguien lleno de ideas, de ganas de hacer cosas… Pobre, qué poco le dejaron hacer al final. Nos citamos en la redacción una tarde de diciembre, y recuerdo que hacía tanto frío que los periodistas que estaban allí escribiendo llevaban mitones y bufandas gruesas. Recuerdo el vaho que salía de sus bocas, los cristales empañados, las luces encendidas…

Tras unos minutos de espera, la secretaria me hizo pasar a su despacho. Leopoldo era un hombre menudo y con gafas, que llevaba el pelo engominado con una perfecta raya en el centro. Tenía un bigotito ridículo que se mesaba continuamente, en un gesto muy característico de él. Vestía de forma desastrada, como si no tuviese gusto para los colores ni por la moda, como he observado que les pasa a muchos hombres solos. Los cuellos de sus camisas estaban siempre sucios, aunque por contraste sus chaquetas estaban bien cepilladas. Lo mejor que tenía era unas manos de dedos largos, muy expresivas, con las que tocaba las cosas con suavidad, más parecía un pianista que el director de un periódico.

Después de las fórmulas de cortesía habituales, me preguntó por qué quería escribir y por qué pensaba que podía ser no solo una periodista, sino una buena redactora. Yo esperaba aquellas preguntas, así que respondí con rapidez que desde muy pequeña mi padre me había inculcado la pasión por la letra escrita. Había sido una niña y adolescente precoz, y ni recordaba cuándo había sido la primera vez que cogí una pluma y comencé a escribir cuentos. Le hablé de mis relatos que, aunque solo habían sido leídos por gente de mi entorno, siempre recibieron los mejores elogios y le llevé una muestra de ellos que hojeó con más curiosidad que interés. Puede

que usted piense que fui una ingenua presentándome así, sin experiencia, sin formación, pero ansiaba de corazón aquel trabajo y no tenía otras armas disponibles para conseguirlo. Vi que dudaba.

Apelé a su razón, aduje que el oficio solo se podía aprender ejerciéndolo y que estaba dispuesta a ser la mejor aprendiza del mundo. Apelé a su corazón diciendo que sería cruel privarme de poder realizar una de las grandes pasiones de mi vida.

Cuando acabé de hablar, Leopoldo enterró su enorme nariz en las hojas que yo había agitado ante él y estuvo unos minutos en silencio leyendo. Sus facciones no se alteraron un ápice, ni para bien ni para mal. Al cabo dejó los folios sobre la mesa y cruzando los dedos de las manos se quedó pensativo. ¡Dios mío, qué nerviosa me puse! No se puede usted hacer una idea de todo lo que sufrí. Notaba cómo el deseo de que saliese bien se apoderaba de mí como una ola frenética, e instintivamente me puse a rezar a la Virgen de los Desamparados, mi Geperudeta, pidiendo que aquello, de alguna forma, llegase a buen puerto.

Tras lo que a mí me pareció una eternidad, comenzó a hablar pausadamente con una cadencia muy particular, casi parecía extranjero por la peculiar pronunciación. Me dijo que él necesitaba a una persona que viajase a Marruecos, que contase la guerra y todo lo que la rodeaba, que describiese el país y sus gentes, lo llamativo y lo trivial, lo distinto y lo único. Precisaba a una persona activa y bien relacionada, que supiese moverse en diferentes ambientes, que tuviese la capacidad de escuchar y entresacar lo importante. Y esa persona, en su mente, era un hombre.

Le honraba, continuó, el que una dama como yo hubiese ido a pedirle trabajo, pero aun a pesar de que pensaba que, en efecto, yo escribía muy bien, mi falta de experiencia y, sobre todo, mi condición sexual, hacían inviable la colaboración. Enviarme a Marruecos sería ponerme en una situación de enorme peligro, de la que él no estaba dispuesto a responsabilizarse de ninguna manera. La guerra del Rif no era ninguna tontería. Ahora bien, si más adelante surgía la posibilidad de escribir artículos de otra índole, cuentos infantiles o tal vez artículos de moda, me avisaría sin falta.

Me sentí tan ofendida, que no pude evitar echarme a llorar. Pensará usted que quizá fue un ardid de mujer para intentar conseguir el trabajo, pero no, o tal vez, aunque también lo sentía en el alma. Me quemaba la congoja como un fuego vivo, me dolía como si me hubiesen arrancando un brazo. Salí de allí sintiéndome muy desgraciada, había conseguido una oportunidad y no había sabido aprovecharla. Pero naturalmente no me rendí. Lo primero que se me ocurrió fue llamar a Miguel Primo de Rivera para contarle lo sucedido, pero al final decidí que lo mejor sería no molestar a Miguel, y recurrir a otros contactos que pudiesen ayudarme a hacer cambiar a Leopoldo de opinión.

Moví Roma con Santiago, hablé con los diputados que habían sido compañeros de mi padre y que aún vivían, con los importantes socios de mi exmarido en la capital, con parte de la nobleza que había frecuentado nuestra casa de Valencia, a todos les pedí ayuda pues muchos de ellos habían estado en deuda con mi padre. Y así, poco a poco, me hice con una abultada colección de cartas de recomendación, que le habrían dado envidia al mismísimo diablo. No se puede imaginar usted mi cara de satisfacción, y la de estupefacción de él, cuando, una semana después, me presenté en el despacho de Leopoldo Romero con ellas, las dejé sobre su mesa y le dije que aquellas eran mis credenciales. Que yo era tan válida o más para el puesto que cualquier hombre. Que retaba a quien quisiera a hacerlo mejor que yo, que estaba capacitada de sobra para

realizar el trabajo y hacerlo muy bien, y que la responsabilidad sobre mi vida era solo mía. Terminé diciéndole que si no me daba el puesto iba a cometer uno de los mayores errores de su carrera, solo tenía que ponerme a prueba un mes y si no le gustaba mi labor, volvería a España en cuanto lo ordenase.

Aguardé de pie ante él, nerviosa y excitada, tanto que por poco me olvido de mis palabras y no me echo a sus pies a suplicarle. No sé si fue el ardor que había puesto en mi discurso, mi tono decidido, la cara iluminada o más probablemente las firmas que vio al pie de las cartas, pero lo cierto es que tras una ligera vacilación me dijo que de acuerdo, que confiaba en mí. El puesto era mío. Como antes había hecho mi admirada Carmen de Burgos, iba a lanzarme a la aventura de ser corresponsal en Marruecos, y al pensarlo me puse a temblar como un flan. Aquel era sin duda el mejor regalo de Navidad de mi vida.

Acordamos que partiría en junio de 1922, así tendría tiempo de conseguir la documentación necesaria para el viaje, de organizarlo todo, de despedirme de mis hijos, y sobre todo de escoger un vestuario adecuado para el país. Pactamos también mi sueldo y que mis artículos irían firmados con el pseudónimo de Margarita Alcahalí, que tenía la resonancia del título nobiliario por el que aún estaba luchando en aquel entonces con mi hermana. Pero más tarde, para encubrir mi identidad y dar verosimilitud a mis crónicas, decidí firmar como el Capitán Alí. Leopoldo Romero estuvo de acuerdo en todo.

Recuerdo con cariño aquellos días de ansia y preparativos, la sensación de saberme afortunada por haber conseguido el trabajo, toda la alegría y curiosidad por irme a vivir a otro país. Vivir por mis propios medios por primera vez, dejar atrás una ciudad que no me comprendía.

¿Mis hijos? ¿Me pregunta usted por mis hijos? Debo decirle que ellos se lo tomaron bien, o al menos eso creí siempre. Estaban perfectamente atendidos y cuidados por mi madre y un amplio servicio. Además, aquella era una oportunidad única no ya para mí, sino para cualquier persona que quisiese… en fin… que quisiese llevar una vida nueva. Renunciar a ella habría sido una locura, un suicidio.

Viéndolo en perspectiva, quizás cumplir aquel primer sueño de mi vida fue la piedra en el camino que cimentó mi fama, un camino que no siempre fue fácil. Sí, tal vez mis hijos pudieron haber echado en falta a una madre, pero ¿cuántos padres ausentes hay a los que no se les reprocha ni se les exige nada? Pone usted cara de no entenderlo, de nuevo ese reproche mudo, ese querer hacerme sentir como una mala madre que abandonó a sus hijos, pero le repito, la realidad es que mis hijos tuvieron siempre todo mi amor, y al crecer se convirtieron en personas independientes con capacidad propia para pensar y elegir. Lo sé, puede parecer una excusa, pero créame que no lo es. Y el que hayan decidido a estas alturas que se me debe incapacitar me deja perpleja, máxime cuando hasta hace nada me escribían amorosas cartas diciendo lo buena madre que siempre he sido, y lo generosa que había sido manteniéndolos siempre.

Usted, que ya me ha dicho que no tiene hijos, no puede comprender cómo me siento. Nunca cruzó por mi cabeza el pensamiento de renunciar a irme a Marruecos por quedarme con mis hijos, aquello estaba fuera de consideración, y ahora veo que la elección fue acertada. He tenido la vida más estimulante, apasionada y maravillosa de cuantas vidas pueden vivirse, no me arrepiento de nada. Hoy mis hijos parecen incapaces de entenderlo. Ahora bien, puedo asegurarle

una cosa, lucharé hasta conseguir no solo salir de aquí, sino que la sociedad me haga justicia y mis hijos me pidan perdón de rodillas y llorando, no tenga usted la más mínima duda.

10

En la boca del lobo

Desde que llegué a Marruecos no hacía sino oír hablar de los problemas para rescatar a los prisioneros españoles, una contrariedad cada vez más angustiosa a la que nadie le veía entonces una solución. Como ya le adelanté, todo se fraguó en la cena en casa de un amigo, el cónsul de España en Tánger, Joaquín Márquez, un hombre extraordinario del que ya le he hablado. Aquella noche Abd el-Krim fue el centro de la conversación, y yo escuchaba a mis amigos asombrada de que no se pudiese hacer nada para obligarle a que liberase a nuestros hombres. Tenía ya experiencia suficiente como para saber que cuanto más alta es la posición que un hombre ocupa, o cree ocupar, más grande es su ansia de reconocimiento. Así que los pasos a seguir se dibujaron en aquel preciso instante en mi mente, con la misma claridad que un amanecer en el desierto.

Todos los esfuerzos diplomáticos y militares, siempre se habían encaminado a intentar intimidar a aquel hombre y a forzarle a liberar a los prisioneros, con la amenaza más o menos velada de represalias. ¿Entiende usted el error? Mohammed Abd el-Krim se autoproclamó emir del Rif en 1922, él no estaba dispuesto a tolerar amenazas, él buscaba la gloria y yo iba a ser la persona encargada de facilitársela.

La belleza del plan residía en su sencillez.

La idea era muy simple: como acreditada corresponsal de guerra, yo solicitaría una entrevista con el rifeño para que fuese él quien me contase lo que aspiraba a conseguir con aquella guerra, y después lo publicaría en mi periódico con una fotografía suya en pose marcial. Naturalmente, podía salir mal, no picar el anzuelo, pero yo estaba segura de que no iba a poder resistir la tentación de darse publicidad en el extranjero, aunque fuese por medio de un infiel y encima mujer. Verse publicado en España en un periódico, seguramente sería motivo suficiente para que su ego cediese. Una vez me hubiese concedido la entrevista, debía tratar de averiguar dónde estaban retenidos los prisioneros, ya que esa información era fundamental, algo que nadie había conseguido adivinar hasta la fecha.

Si le soy sincera, creo que el problema que tenían los españoles en Marruecos era que no habían reparado en que no estábamos tratando con un cabrero, sino con un hombre ilustrado, un abogado y periodista que hablaba varias lenguas. Esta es una característica muy española, subestimar siempre al enemigo, y aquel había sido el primero aunque no el único error. El segundo fue subestimar también a su hermano, Amhamed, la auténtica alma del ejército del Rif, pues Mohammed era sobre todo un político. Pero estoy adelantando acontecimientos…

No puede imaginar usted la emoción que sentí, al ver cómo uno a uno, todos en aquella cena iban convenciéndose de mis palabras y sugiriendo ideas aquí y allá para el plan. Era desde luego muy arriesgado, «una locura *dangereuse*», recuerdo que dijo Aurora, la mujer del cónsul. La veo ahora sentada en aquel maravilloso patio, sobre uno de los sofás, fumando un cigarrillo y

mirándome con una sonrisa. «Creo que no sabe dónde se mete, querida —me dijo—, puede que haya leído demasiadas novelas de Maurice Dekobra, y se ve usted como su heroína. Va usted directa a la boca del lobo».

Yo era consciente de que no iba a ser una empresa fácil, que tendría que convencerles primero para que me dejasen ir a su cabila, después para que me permitiesen verlo a él y no a su hermano, y que finalmente tendría que entrevistar a Abd el-Krim, a ser posible sin testigos. Todo ello teniendo en cuenta que, en cualquier momento, podían pegarme un tiro o algo peor. Era problema tras problema, un camino plagado de obstáculos, pero reconocerá usted que era emocionante… A fin de cuentas, no había ido allí como turista.

Así que me lancé con un empeño digno de mi padre, me preparé para todo lo que pudiera avecinarse y acepté que, si todo salía bien y conseguía adentrarme en territorio rifeño, aquello podría significar el no volver nunca más… Me mira usted con asombro e incredulidad, veo que no conocía esta parte de mi vida y me extraña, pues se le dio mucha publicidad en los periódicos cuando volví a España. Porque, ¿cuántas mujeres podían presumir de haber convivido con una cabila rifeña?

Los preparativos no fueron fáciles, ya que nadie debía sospechar cuál era en realidad la finalidad de mi viaje. Además, teníamos que conseguir que alguien de la confianza de Abd el-Krim me introdujese en su círculo íntimo. Para ello debía coincidir de manera casual con la persona que iba a abrirnos la puerta en todo aquel asunto: Dris Ben Said. Este antiguo compañero de estudios de Abd el-Krim en la Universidad de Fez era una de las pocas personas que tenían su confianza plena, y se movía a su antojo tanto por el protectorado como por la zona rifeña. Trabajaba con los españoles, así que tenía esperanzas de que de alguna forma colaborase con nosotros.

Gracias a los contactos del cónsul, conseguimos averiguar cuál era más o menos su rutina diaria en Tetuán. Solía ir todos los días a un café cerca del zoco, pero aquel era un sitio donde solo entraban hombres, y mi presencia allí hubiera llamado poderosamente la atención. Tras mucho dar vueltas al asunto, Joaquín, el cónsul, tuvo una brillante idea. Iba a tener lugar una recepción en el palacio del emir, para celebrar la llegada del general Burguete. Él nos proporcionaría invitaciones, y una vez allí, con algo de suerte, podríamos conseguir que yo entrase en contacto con Ben Said.

Aquella tarde me costó abrochar mi vestido bordado en plata, peinar mis cabellos, colocar mi diadema y cerrar mis zapatos de fino tacón. Temblaba por la emoción. Me vestí como una europea, mi presencia no debía pasar inadvertida, y esto yo ya sabía cómo hacerlo. Cuando salí del hotel y caminé hacia el simón, donde me aguardaban Víctor y Emilio, ambos me miraron sonriendo con grandes muestras de aprobación. Me sentí hermosa en un lugar donde enseñar las pantorrillas era casi un pecado, ¡pero qué piernas tenía yo entonces! Lo que hubiera sido un pecado habría sido no lucirlas, ¿no cree usted?

Mi sirviente Mohamar estaba ya en la puerta del palacio del emir cuando llegamos, y guiándonos a través de los corredores, nos acompañó al interior. He tenido la suerte de poder ver el lujo en todos sus múltiples matices a lo largo de mi vida, he sido una mujer afortunada, primero por haber pertenecido a una familia noble, y después, por haber tratado con grandes personalidades con las que he llegado a entablar buenas amistades. He visitado mansiones y palacios, he comido en los mejores restaurantes del mundo, y he podido vestirme en las más

caras casas de moda. Pero nunca había visto, ni he vuelto a ver jamás, un lujo tan excesivo y refinado como en aquel palacio marroquí.

No se puede usted imaginar el esfuerzo que me costaba contener las emociones, el asombro, los gritos de sorpresa, mientras caminaba impasible entre todas aquellas maravillas como si llevase años haciéndolo… Porque no nos olvidemos de que allí yo era Margarita Ruiz de Lihory, baronesa de Alcahalí, y ningún moro del mundo, por muy emir que fuese, iba a conseguir que quedase como una paleta boquiabierta que no hubiese salido nunca de su casa.

Tendría que haber visto aquel patio donde nos recibió el cónsul, nuestro amigo Joaquín, y parte del Alto Comisariado español. Una obra de arte sencillamente magnífica. Me sentía como si hubiese caído en mitad de un cuento de las mil y una noches, como si me encontrara por fin en la cueva del tesoro.

Deambulé entre los invitados sintiéndome observada, mientras me daba aire con indolencia con un enorme abanico de plumas de avestruz. Acompasé mis andares con la dulce cadencia de la embriagadora música árabe, que provenía de un grupo de músicos que tocaban en un rincón los tamboriles, las chirimías y los crótalos de metal. A mi alrededor se veían pocas extranjeras, y puedo asegurarle que aquella tarde ninguna era tan hermosa y elegante como yo, vaporosa como una tenue acuarela veneciana.

De repente se escuchó un murmullo de expectación y, mientras se abrían dos grandes puertas taraceadas en nácar en uno de los laterales del patio, nos invitaron a pasar a la gran sala donde el emir nos recibiría y tendrían lugar los discursos y el cóctel. Una vez allí dentro, sonaron unas flautas y apareció el emir acompañado del general Burguete. Este vestido de gala con el fajín al cinto, las condecoraciones bailando sobre el pecho y el bigote bien encerado. Pequeño y robusto, daba cierta impresión de solidez al lado del emir, que aun con aquella maravillosa chilaba bordada en hilo de oro y los enormes brillantes que lucía tanto al cuello como en el turbante, era todavía más bajo y bastante más gordo. Y encima sudaba profusamente, lo que hacía que toda su oronda cara brillase.

Tras los discursos tópicos y ligeramente aburridos de paz, colaboración y hermandad entre ambos pueblos, dio comienzo el cóctel. Me acerqué a Joaquín acompañada de mi sirviente, quien me indicó que ya había localizado a Ben Said, mientras señalaba disimuladamente con la mirada hacia un grupo de tres hombres marroquíes vestidos a la europea, que hablaban en uno de los extremos de la sala. «Es el más alto, el moreno con chaqueta azul», me dijo.

Dris Ben Said era efectivamente el más alto y bien parecido del grupo. Conseguir hablar con él me pareció en ese momento algo imposible, pero mi sirviente Mohamar tuvo una idea. Me sugirió caminar hasta situarnos cerca de ellos y, una vez allí, yo debía pedirle que me trajese algo de beber. Mientras él se iba y yo me quedaba sola, debía dejar caer mi abanico a lo que a buen seguro alguno de los caballeros del grupo se ofrecería a recogerlo. Sonreí. Cómo no se me había ocurrido a mí aquella pueril treta. Lo que pasara a continuación ya solo dependería de mí.

Así lo hicimos y la idea funcionó a la perfección, como ha funcionado siempre. Ya le he dicho antes que la belleza del plan reside en su sencillez. El que estaba justo junto a Ben Said me recogió inmediatamente el abanico, mientras yo, con una seductora sonrisa, comentaba lo torpe que era a veces y lo maravillosa que estaba siendo aquella recepción.

—*Madame*, una mujer como usted no es torpe, habrá sido el abanico el que ha decidido caerse —me dijo quien lo había recogido con galantería. Qué hermosos son los tópicos a veces.

—Muchas gracias, es usted muy amable, la verdad es que no podría prescindir de él, pues su país es demasiado caluroso para nosotros los españoles, aunque eso no le quita un ápice de su belleza, ¿verdad?

—¿Le gusta Marruecos? —me preguntó Dris Ben Said.

—*J'adore*. Llevo poco tiempo aquí y aún me quedan muchos lugares por ver, pero es desde luego uno de los lugares más extraordinarios que he conocido, y le aseguro que he conocido muchos. Cada vez que escribo sobre él, y lo hago a diario, créame, es siempre con palabras de alabanza.

—Vaya, ¿es usted escritora? —dijo el tercero del grupo cuyo pelo era de un color pelirrojo oscuro.

—Oh no, qué más quisiera yo, solo soy una simple periodista, trabajo para *La Correspondencia de España*, un periódico de Madrid, escribiendo sobre la campaña del Rif.

—Asombroso, no se ven periodistas mujeres por aquí, y veo que no ha utilizado usted la palabra guerra, muy prudente por parte de una española —contestó Ben Said.

—Negar que estamos en guerra sería absurdo por mi parte, señor, pero soy de las que creen que tarde o temprano llegaremos a un acuerdo. No somos tan diferentes. Aunque cuanto más me adentro en la cultura marroquí, más cosas me sorprenden y me llaman la atención. Me encantaría poder ver una cabila rifeña por dentro y poder describirla —añadí, poniendo mi sonrisa más encantadora.

—Difícil lo veo, señora, no corren tiempos para que una mujer se adentre sola en el Rif —contestó el pelirrojo.

—Sí, el Rif no es sitio para usted —dijo Ben Said—. Para empezar, se le estropearían esos hermosos zapatos, y sería una verdadera lástima, ¿no cree?

Aquella observación no pareció precisamente muy galante, y tras un ligero ademán con la cabeza a los otros, se alejaron los tres de allí, dejándome sola y confundida. Mohamar, que había estado observándolo todo desde lejos, se acercó rápidamente en cuanto se fueron, y me puso un vaso de algo en las manos mientras me acompañaba al patio. ¿Qué había pasado? ¿Qué había dicho? ¿Cuál había sido la palabra equivocada?

Le aseguro que repasé mentalmente una y otra vez la conversación, obsesionada por encontrar cuál había sido el fallo, qué palabra fatídica había pronunciado que los había alejado de mí, sin darme siquiera la oportunidad de sonsacar algo, cualquier cosa por pequeña que fuera. Me acerqué a Víctor y a fray Revilla que, en ese momento, conversaban con Aurora, y les conté lo sucedido mientras retorcía con tanta fuerza el abanico que acabé por romperlo.

—Señora baronesa, disculpe si le soy sincero, pero no era una cuestión sencilla la de conseguir, no ya que Ben Said escuchase su propuesta de entrevistar a Abd el-Krim, sino la de meramente hablar con él —comentó fray Revilla—. Desde el principio supimos que su idea era complicada de ejecutar y los riesgos muy altos. No se preocupe usted, buscaremos otras formas.

—Sí, Margarita, no le dé tantas vueltas, ha hecho usted todo lo que ha podido, *ma chérie* —me dijo Aurora con una sonrisa.

En ese momento la odié. Hubiera borrado su sonrisa de una bofetada. Ese «ha hecho usted todo lo que ha podido, *ma chérie*» sonó de una condescendencia insoportable. Margarita, Margarita… Yo era la baronesa de Alcahalí, ¿acaso no se había enterado todavía aquella cursi? Me fui de allí alegando un repentino dolor de cabeza.

Mientras las bandejas cargadas de deliciosos pasteles pasaban a mi lado, salí del palacio del emir indignada sobre todo conmigo misma, con Aurora, con Dris Ben Said y con el mundo entero. ¿Qué habría hecho mi padre?, era lo que siempre me preguntaba en semejantes ocasiones. Desde luego no se habría quedado sentado esperando un milagro.

Cuánto lo eché de menos en ese momento, cómo me hubiera gustado poder hablar con él y consultarle. Sé que mis amigos habrían estado encantados de que les confiase mis preocupaciones al respecto, pero no eran mi padre ni de lejos, no tenían su perspicacia, su ingenio, su sagacidad… No, no merecía la pena, tendría que apañármelas yo sola.

Volví al hotel y me encerré en mi habitación. Me preparé un baño de agua fría para relajarme y quitarme el pegajoso calor de encima. No sé cuántas horas pasé en remojo pensando, pero cuando salí, mi cuerpo estaba tan arrugado como el de una vieja y había tomado una firme decisión: tenía que hablar con Ben Said costara lo que costara.

Sabiendo que iba al café Mouadi todos los días en el zoco, no tenía más que provocar un encuentro fortuito a la entrada o a la salida. Y eso es lo que decidí hacer.

Día tras día, durante casi un mes, paseé por el zoco cargada de bolsas de papel como si estuviese de compras. Debió de coincidir que en aquella época el marroquí estaba de viaje, pues no conseguí verlo nunca. Mis amigos se extrañaron de que mi vida social se redujese tan drásticamente, pero no dije nada a nadie de mi plan. Si tenía éxito se lo contaría, si no, nadie sabría de mi fracaso. Esta también ha sido siempre una de las normas básicas de mi vida. Mi orgullo no me permite dejar traslucir ninguna debilidad.

Pero continúo. Durante aquel mes de verano, el zoco era un horno encendido, del que salía un aire tan caliente que embotaba los sentidos. Paseaba arriba y abajo por la calle donde estaba el café, vigilando con disimulo la entrada, mientras miraba una y otra vez los mismos puestos de especias, cerámica, chilabas e higos chumbos. Al principio me ofrecían cosas que yo rechazaba educadamente, pero luego dejaron de hacerme caso, quizá me tomaban por loca.

Y una vez más, Dios vino en mi ayuda. Una tarde de sol inclemente vi aparecer al marroquí. Caminaba con paso veloz hacia el café, con su fez calado en la cabeza y un bastón de paseo. Se acercaba muy rápido a la entrada y tuve miedo de tener que esperar más horas hasta que saliese, así que me lancé hacia él con todo el ímpetu de mi juventud y tropecé de forma estrepitosa. Esta vez no fue adrede, sencillamente no vi la alfombra que, enrollada, descansaba apoyada contra la puerta de una tienda de tapices. Pero fue providencial. El resultado fue que Dris Ben Said, las bolsas que cargaba y yo, caímos al suelo.

11

Dris Ben Said llegaba tarde a su cita

Dris Ben Said llegaba tarde a su cita en el café Mouadi, y odiaba llegar tarde. Caminaba lo más deprisa que podía apoyando su bastón de forma rítmica sobre el suelo, mientras iba pensando en la negociación que le aguardaba. Desde que conoció en la universidad a Abd el-Krim, el camino de ambos había dado muchas vueltas, pero invariablemente, de una forma u otra, siempre acababan encontrándose.

Su vida no había sido fácil, creció en una familia rica que de un día para otro pasó a ser muy pobre. Los franceses le arrebataron la fortuna a su padre como castigo porque, según dijeron, había colaborado con los alemanes en la Gran Guerra.

No fue el hijo perfecto. Sus padres habían acabado echándole de casa, por las numerosas deudas de juego que había contraído. Aquella maldita afición había sido su gran demonio durante muchos años. Y muchas veces había llegado a pensar que sus progenitores no habían merecido tener un hijo como él. Ellos, que le habían dado una sólida educación, que habían pagado sus viajes a Europa para que aprendiese idiomas, que le cuidaron y alimentaron siempre, que le enseñaron a estar orgulloso de sus raíces, y él no había sabido corresponderles.

Pero ahora, por fin, el destino parecía sonreírle.

El año anterior le había contratado un importante empresario español llamado Echevarrieta, para poner en marcha una serie de explotaciones mineras en el país, sobre todo en la zona del Rif, donde se decía que había unos yacimientos minerales, cuya ubicación precisa nadie conocía. Ni Ben Said ni nadie creían en su existencia, pero callaba, pues aquello podía suponer para él la fuente de una enorme suma de dinero.

Pero no había previsto las dificultades que toda empresa, y más aún si es una empresa utópica, conlleva. Muy pronto había tropezado con tres importantes escollos, el primero de los cuales era que tenía que colaborar con el excapitán Antonio Got, y aquel hombre no le gustaba ni un pelo. Nunca comprendió cómo alguien tan serio como Echeverrieta podía hacer negocios con él.

La segunda contrariedad era que tenía que conseguir que el grupo de ingenieros españoles visitara las zonas donde se suponía que estaban las minas, y las cabilas rifeñas diseminadas por todos aquellos territorios no hacían la situación precisamente fácil. Si las cosas no cambiaban, los ingenieros no podrían levantar sus mapas y hacer prospecciones, y entonces el negocio se iría a pique antes de empezar con funestas consecuencias para su economía.

Y ese era el motivo por el que había tenido que recurrir a su viejo amigo Mohammed Abd el-Krim, para que le ayudase en las negociaciones con las cabilas. Precisamente en ese momento

se dirigía al café para tratar del tema con uno de sus hombres.

El tercer problema que le preocupaba eran los propios españoles. Trabajar para ellos había sido bastante fácil, incluso placentero, hasta que el general Silvestre se enteró de su colaboración con Echeverrieta, y decidió sacar también él partido del asunto.

De repente Ben Said se vio envuelto en varios y peligrosos frentes. No solo debía tratar de encontrar unas minas de cuya existencia dudaba y controlar los tejemanejes del capitán Got, sino que debía facilitar asimismo la llegada de los soldados españoles a la bahía de Alhucemas, dentro de la campaña de la conquista del Rif. El cómo lo hiciese era una cuestión a la que el general le había dicho sin pestañear que «le importaba un pimiento lo que tuviese que hacer para conseguirlo». Si no era capaz de llevarlo a cabo, le había insinuado que se revisaría su recién adquirida nacionalidad española.

Si no odiase tanto a los franceses, se hubiera pasado en el acto a su bando. Así pagaban los perros españoles su gloriosa intervención en el monte Arruit, donde consiguió liberar a cincuenta prisioneros. Aquella guerra iba a acabar con él…

En estas cavilaciones andaba, cuando de improviso sintió un fuerte impacto y cayó al suelo, mientras una lluvia de bolsas de papel lo cubría. Sin poder levantarse, notó un fuerte dolor en la cadera, un escozor en la mano derecha y, sobre todo, un dolor descomunal en su pie izquierdo.

Lo primero que pensó fue que alguien lo había atacado. Tras percatarse de que no había sido así, trató de incorporarse y agradeció que dos manos suaves y delicadas le ayudasen a sentarse en uno de los escalones de la entrada del café. Entonces vio el rostro sudoroso y preocupado de la mujer que le había socorrido. Aquel rostro le resultaba vagamente familiar.

—No sé si me recordará, nos conocimos en la recepción del general Burguete. Mi abanico se cayó al suelo y uno de sus acompañantes fue tan amable de recogerlo. Siento muchísimo el choque, iba distraída y no le vi venir, lamento haberle hecho daño. Oh, no se mueva por favor —dijo Margarita con una solícita sonrisa—. He avisado para que mi criado Mohamar traiga el coche, así le podremos acercar a un hospital para que le examinen ese pie. Parece que se está hinchando cada vez más…

En efecto, el pie no solo se estaba hinchando, sino que estaba adquiriendo un color amoratado que no presagiaba nada bueno y el dolor era cada vez más punzante. Se había formado una algarabía de gente a su alrededor, en la que la mayoría reía por el choque, mientras otros acusaban a la española de haberlo hecho adrede, y los menos observaban en silencio esperando el desenlace de todo aquello.

Ben Said aún estaba aturdido y no entendía bien todo aquel galimatías de voces, aunque era inimaginable pensar que aquella elegante señora, que no debía pesar más de cincuenta kilos y llevaba siempre costosos zapatos, por lo que podía observar, hubiese sido capaz de tirarle al suelo adrede.

No tardó en aparecer el coche con el sirviente, y fueron todos al hospital militar que era el que quedaba más cerca. Dris Ben Said observaba asombrado la energía que desplegaba aquella mujer, en aquel barracón enorme que hacía las funciones de sanatorio, yendo de un lado para otro para que pudiesen atenderle lo antes posible. Sin duda, era una mujer decidida y acostumbrada a salirse con la suya, dueña por lo demás de una de las sonrisas más hermosas que él había visto.

En un par de horas le habían examinado el pie y se lo habían vendado. Luego, mientras lo acompañaba a su casa, Ben Said se sintió en la obligación de dirigirse a ella.

—Aún no sé cómo agradecerle toda la ayuda que me ha prestado, señora…

—Baronesa, me llamo Margarita Ruiz de Lihory, baronesa de Alcahalí, y no tiene nada que agradecerme, cualquiera habría hecho lo mismo en mi lugar.

—Eso no lo sabemos, señora baronesa. Ha conseguido que me curen el pie con prontitud, y ahora me está llevando a mi casa. Lo que hace que me sienta en deuda con usted.

—Qué deuda ni qué deuda, cualquier buen cristiano sabe cuál es su deber, y yo no he hecho más que cumplir con el mío. Ahora vaya a casa, descanse y si me lo permite volveré esta semana a ver cómo evoluciona. Si necesita alguna cosa, no tiene más que mandarme recado al hotel Alfonso XIII, donde me hospedo.

Él no pudo ver su sonrisa mientras se marchaba.

Tras dejarle y volver a su habitación, Margarita se sentía como si hubiese escalado la montaña más alta del mundo: eufórica. No solo había conseguido hablar con Dris Ben Said, sino que ahora este se sentía en deuda con ella. ¿Qué más se podía pedir?

Aquella noche, tras la cena, y aunque se había propuesto lo contrario, no pudo resistir la tentación de contar toda la aventura a sus dos amigos, que la felicitaron con efusividad y brindaron por los tobillos rotos. Ahora venía la parte más complicada, dijo Víctor, ya que la idea de llevarla a la cabila de Abd el-Krim debía partir del mismo Ben Said. Para conseguir que el plan siguiese funcionando, Margarita no debía mostrar ningún interés por el rifeño, y debía limitarse a hacer su papel de buena samaritana. Un descuido ahora podía ser fatal.

Margarita fue dos días a la semana a visitarle, acompañada siempre de su fiel sirviente Mohamar. Le llevaba periódicos y algo de fruta, se entretenía hablando unos minutos con él sobre temas intranscendentes, y después se iba, alegando y como de pasada que debía terminar un artículo para el periódico. Al comienzo de la cuarta semana, Ben Said le envió una nota, en la que le anunciaba su curación y le indicaba que pasaría esa misma tarde por su hotel, a darle las gracias de nuevo.

Margarita le esperó en el patio sentada sobre un mullido diván, hojeando una de las revistas de moda que le habían enviado desde España. Ben Said se presentó puntual y, tras saludarla con una gran sonrisa, se sentó en una silla a su lado mientras se pasaba el bastón de una mano a otra con nerviosismo. Ella le observó con detenimiento, pero no dijo nada. Pidió té con hierbabuena para ambos, y esperó a que fuese él quien hablase primero.

—Señora baronesa, ante todo, me gustaría agradecerle una vez más su inestimable ayuda y su interés por mi salud durante estas semanas. Sé que usted no lo consideraba una obligación, sino un deber moral, pero, aun así, poca gente existe hoy en día que sea tan generosa con un desconocido. Por favor, no vuelva a decirme que no ha sido nada, pertenezco a un país que ha hecho de la hospitalidad un arte, y sé distinguir cuando alguien actúa de corazón, y usted lo ha hecho.

—Me alegro de que piense así, ya que así ha sido.

—Lo sé, por ello me gustaría que me diese la oportunidad de poder corresponder a su amabilidad. Recuerdo que comentó que era periodista, debe ser una mujer muy valiente para venir al Rif usted sola a cubrir una guerra.

—También esto lo considero un deber —dijo ella riendo—.Espero poder escribir algún día un gran artículo sobre el Rif, con imparcialidad. Le confieso que siempre he pensado en escribir algo sobre una cabila, pero claro, eso…

—Pues me gustaría ayudarle a escribir ese artículo. No puedo prometerle que conocerá a El Jatabi, pero lo intentaré, y le aseguro que va a ser usted la única persona, la única mujer, que podrá decir que convivió con el otro bando —respondió orgulloso, mientras se encendía un cigarrillo.

Margarita vio el cielo abierto.

—No se imagina usted lo que esto significa para mí. Le aseguro que sabré aprovechar la ocasión —replicó sin poder reprimir una sonrisa—. Aunque discúlpeme, ¿quién es El Jatabi?

—Mohammed Abd el-Krim, El Jatabi, hijo del cadí de la tribu de los Beni Urriaguel.

12

El hijo del cadí

Margarita cerró los ojos con fuerza, pero el sol siguió penetrando a través de sus párpados como un castigo divino. Cuando los abrió, le costó un momento enfocar la vista. El calor fundía las piedras, desdibujaba el horizonte y derretía cada poro de su piel. Miró a su alrededor mientras se recolocaba la pamela de rafia, y se secaba el sudor de la frente. No soplaba el viento, no había una sombra bajo la que guarecerse, solo kilómetros de montañas de tierra y rocas en un paisaje desértico.

El sol parecía estar siempre en el cenit, y no se veía ni una nube en el cielo desde hacía tres días. Las noches en cambio eran frías e inclementes, no quedando más remedio que encender un fuego y taparse con una manta. Qué lugar tan extraño era aquel, donde de día viajaba cegada por la luz, y de noche no dejaba de temblar, ni siquiera cuando estaba sentada junto a los troncos ardiendo.

Cuatro personas, Margarita, Ben Said y sus respectivos sirvientes, eran todo el convoy. A veces miraba a sus compañeros mientras cabalgaba sobre su yegua cargada de fardos, y se enorgullecía de sí misma: una mujer viajando sola por Marruecos con tres hombres, a los cuales hacía poco tiempo que conocía. Qué locura de situación, qué peligro, pero a la vez qué emoción más grande. Si aquella misión salía bien, volvería a Valencia con la cabeza bien alta, y recibiría los honores que sin duda le brindaría el Gobierno español. No era para menos, pensó.

Víctor y fray Revilla habían tratado de convencerla de que era una locura, que no debía viajar sola con aquellos moros, que si era necesario la acompañarían para velar por su seguridad. Pero ella les recordó una vez más que el plan solo funcionaría si se adentraba sola en territorio rifeño para realizar la entrevista, y ahora no era el momento de echarse atrás. Tuvieron una cena de despedida donde corrió el champán, del cual Víctor se negó a revelar el origen, y por primera vez, fumaron los tres de la misma *shisha*. Margarita pensó que aquella bien podía ser su última noche en Tetuán, su última ocasión de beber, fumar y hasta descalzarse, pues quizá nunca más pudiese volver a hacerlo.

Durante dos días cabalgaron sin cesar descansando únicamente para comer o dormir. Margarita no tardó en resentirse de aquel ritmo. Comenzó a sentir su cuerpo maltrecho y dolorido a todas horas, pero lo que peor soportaba era el color tostado que estaba adquiriendo su piel, que siempre había sido de un blanco marfileño. Aun con la pamela puesta, era imposible evitar la invasión de pecas en su cara, que se iba extendiendo de forma incontenible hacia sus brazos y sus pies. Sudaba como nunca antes lo había hecho, y a todas horas echaba de menos su preciosa habitación de hotel, donde el agua corría a raudales en la perfumada bañera. Necesitaba con urgencia una cena digna y una conversación agradable en un idioma comprensible.

Al tercer día llegaron a la costa. Abandonaron los caballos y embarcaron en un pequeño velero, con el que fueron recorriendo el litoral hasta que varios días después atracaron cerca de Villa Sanjurjo. Habían dejado atrás el sector de Yebala y el de Xauen, y acababan de desembarcar en el sector del Rif, en la playa de Souani. Margarita bajó de la barca y sintió la arena gruesa y los guijarros bajo sus pies. Contempló las olas que golpeaban la barca formando una nube de espuma a su alrededor, las dunas doradas y los pinares que enmarcaban la playa. Aquel lugar era como el paraíso.

Un hombre los estaba esperando con nuevos caballos de repuesto, con los que se adentraron en la cabila de Beni Urriaguel. El camino discurría paralelo a la costa, desde donde se divisaba el mar de un azul casi transparente; la mañana era clara, soplaba una leve brisa. Todo parecían buenos presagios.

Estaba atardeciendo cuando por fin divisaron Axdir, la ciudad natal de Abd el-Krim, situada en una colina sobre la hermosa bahía de Alhucemas. Margarita siempre se había imaginado que se dirigían a un escondido campamento lleno de tiendas bereberes, cuando la realidad era que el jefe rifeño vivía en una auténtica ciudad. El atardecer teñía de ocres y rojos las casas encaladas, las chumberas crecían por todas partes llenas de frutos amarillos, aquí y allá se veían hombres a caballo o en burro. Conforme avanzaban por las calles olía a pan recién horneado, a cordero asado, a cilantro, a semillas de hinojo y a comino.

Atravesaron un gran portalón de madera pintado de verde, y se encontraron en un patio donde había tres casas, independientes la una de la otra. Ben Said les explicó que ellos se alojarían en la casa de la derecha, la más pequeña, que era la destinada a los invitados. La central y más grande, era el hogar de la familia Abd el-Krim y, en la última, se encontraban los establos y las habitaciones de los sirvientes en el piso superior.

Su habitación era sencilla: una cama blanca, una mesilla de madera, un armario, dos cuadros con caligrafía árabe y una ventana desde la que se veía el mar. No necesitaba más. Le presentaron a Saida, una niña de unos doce años morena y sonriente, que le ayudaría durante su estancia allí. Entre ambas comenzaron a sacar la ropa de los baúles y la fueron colgando en el armario, hasta que se dieron cuenta de que no cabía más, así que el resto tuvieron que volver a guardarla cuidadosamente doblada. Después, la niña le indicó dónde estaba el baño y le dio una toalla. Tras refrescarse, Margarita se puso una blusa de plumeti blanca, una falda azul claro que le llegaba hasta la pantorrilla y unos zapatos de medio tacón grises. Podía haberse puesto una chilaba para estar más cómoda, pero para su encuentro con El Jatabi pensó que lo mejor sería parecer lo más europea posible, quería causarle una gran impresión. A las ocho en punto, Saida fue a buscarla y la acompañó al edifico principal.

El salón donde la introdujeron era tan austero como el resto de la casa, una habitación grande y blanca cuyo único toque de color era el enorme sofá azul que se alineaba junto a una de las paredes. Delante había tres mesas bajas de madera y varias alfombras de rayas en tonos ocres. Le ofrecieron un vaso de té y le presentaron a unas mujeres que eran la mujer del hermano de Abd el-Krim, y varias hermanas y primas del mismo. En un determinado momento hicieron su aparición los hombres. Ben Said iba en cabeza acompañado de unos desconocidos.

A Margarita le llamó la atención uno de ellos, alto y muy delgado, con cara de pájaro y ojos inteligentes, que la observaba sin disimulo. Cuando él hablaba los otros le escuchaban con respeto, su actitud era como si fuese el dueño de todo aquello y daba órdenes a diestro y

siniestro. «No hay duda, es él, es El Jatabi», pensó ella, y no supo muy bien qué hacer. No conocía cuál era la costumbre a la hora de realizar las presentaciones; en Tetuán era todo mucho más fácil pues prácticamente solo trataba con españoles, pero allí, en Axdir, ¿qué debía hacer? Nerviosa, se quedó de pie junto a ellos esperando a que Ben Said les presentase, pero él no hizo ningún gesto en su dirección, como si no existiese.

Tan inquieta estaba por la situación, que no se percató del hombre bajo y fornido que se le había acercado hasta que este no le dirigió la palabra.

—¿Le ocurre algo, señora? La veo preocupada —le dijo en español aquel hombre con cara de media luna, y un fino bigotito sobre el labio superior.

—¿*Pardon*? No, no, muchas gracias. Solo estoy esperando mi turno para que me presenten a Mohammed Abd el-Krim —dijo, señalándolo con la cabeza—. Qué bien que hable usted mi idioma, me siento un poco perdida, ¿cree usted que debería acercarme yo y presentarme?

—Ah, entiendo… Si le soy sincero, no creo que sea una buena idea. Las costumbres aquí son algo diferentes a las españolas. Por otra parte Abd el-Krim es bastante estricto respecto al protocolo, y dar la mano a una mujer a la que no se conoce, máxime si es extranjera, no creo… en fin… yo en su lugar esperaría —respondió sonriendo.

—Gracias, entiendo lo que me quiere decir, es usted muy amable —contestó Margarita desviando los ojos de Abd el-Krim, y fijándose en su interlocutor.

Parecía un hombre sencillo, un hombre de campo, aunque llevaba una chilaba de buen paño. Tenía el pelo escondido bajo un gran turbante, el bigote bien recortado, las uñas limpias y una pose natural y relajada. Miraba a su alrededor confiado y a gusto, como si estuviese en una fiesta muy divertida y él fuese el que mejor se lo estuviese pasando. No era guapo, aquella cara redonda y los ojos pequeños le daban un cierto aire porcino, que contrarrestaba con su agradable sonrisa, unos ademanes pausados y una voz clara y serena que le confería cierta autoridad.

Margarita vio cómo Ben Said, que había estado todo el tiempo con el grupo de hombres que hablaba con El Jatabi, se giró a mirarla y tuvo un sobresalto. El color de su cara mudó en una palidez profunda, y se les acercó rápidamente muy nervioso. Saludó con gran deferencia al hombre un poco rechoncho que estaba junto a ella, como si se estuviese disculpando. Margarita veía asombrada cómo Ben Said agachaba la cabeza y empezaba a sudar. Tras unos minutos de conversación entre ellos, Ben Said se volvió hacía ella y con un gesto teatral dijo:

—Baronesa, tengo el honor de presentarle a Mohammed Ben Abd el-Krim Ben El Jatabi, hijo del cadí de la cabila de Beni Urriaguel.

Margarita, confundida, miró hacia el hombre con cara de pájaro y después al que tenía a su lado.

—Permítame, señora baronesa, que aclare su confusión. Aquel de allí al que usted mira es mi hermano Amhamed, al que ha confundido con mi persona. Yo soy Mohammed, los nombres suenan muy parecidos —dijo sonriendo El Jatabi.

—Dios mío, qué embarazosa situación. *Je suis desolée*. Discúlpeme, por favor, no sé por qué he pensado que aquel hombre era usted, ¡si no se parecen en nada!

—Mi madre opina que el Profeta a veces tiene mucho sentido del humor, cuando hace que dos hermanos sean tan diferentes físicamente, pero tan parecidos de carácter. Y en eso somos idénticos, según ella.

—Lamento de nuevo mi torpeza, espero que no me lo tenga en cuenta. Ha sido usted muy amable al recibirme en su casa —respondió Margarita con la mejor de sus sonrisas.

—No se preocupe; al fin y al cabo, no nos habían presentado. El agradecido soy yo de que haya querido acceder a visitarnos. Veo que nos avisan de que la cena está lista, espero que la disfrute, baronesa.

A Margarita la sentaron entre dos hermanas de Mohammed, en un rincón aparte de los hombres, y degustó un guiso de carne que se había asado durante horas dentro de una jarra de barro, cocida en un horno bajo tierra. Aquel era el cordero más tierno que había probado nunca, y la mezcla con el tomate, la cebolla, la hierbabuena y una combinación de especias difícil de identificar, lo convertían en un plato insuperable. El pan era redondo y sin miga, y permitía ser usado como plato sobre el que depositar el guiso para comerlo. El postre consistió en unos pequeños pasteles de higo y miel, acompañados de leche de cabra y los dátiles más grandes, dulces y perfumados que ella había visto nunca.

Al finalizar sirvieron un té fuerte de color verde oscuro, en una complicada ceremonia. Primero derramaban un poco de té en un pequeño vaso de cristal, y lo volvían a verter en la tetera, y así una vez tras otra con todos los vasos. Después llenaban hasta arriba los vasos, escanciando el té desde una buena altura. Intrigada, preguntó a una de sus acompañantes, y le dijeron que era para calentar los vasos y airear el té, lo que le confería más aroma y un mejor sabor.

Tras terminar, los hombres se quedaron hablando y las mujeres desaparecieron, así que Margarita, al no saber qué hacer, decidió salir a tomar el fresco sin percatarse de la presencia de una sombra que la acechaba.

La noche era clara. La luna brillaba en lo alto, y el patio se asemejaba a un marco de plata. Se paseó por él rememorando la deliciosa cena, y disfrutando de la fresca brisa que soplaba y ahuyentaba el calor. El aire olía a las rosas que poblaban unos inmensos rosales junto a la tapia, a la hierba que crecía bajo ellas, a la arena y el salitre del mar que se oía en la lejanía. Se sentó en uno de los bancos de piedra que había junto a los rosales, y mientras estaba allí ensimismada, notó cómo alguien se sentaba a su lado.

Mohammed se había cambiado la chilaba por otra más abrigada, y llevaba en la mano un plato con almendras que comía con parsimonia. Mirándolo más atentamente, Margarita pensó que, bajo aquella luz, El Jatabi tenía algo especial. No hubiera podido decir si era la perenne sonrisa, los ojos llenos de inteligencia o el tono de su voz, pero desde luego no era un hombre como los demás.

—¿Le ha gustado la cena? —preguntó él.

—Mucho, gracias, nunca había probado el cordero preparado de esa forma y es realmente delicioso. Me gustaría saber la receta, aunque, por desgracia, no soy buena cocinera.

—Tendrá ocasión de aprender si quiere, y de probar muchos otros platos de nuestra cocina.

—Sus hermanas han sido muy amables, me han ido explicando detalladamente qué era lo que comíamos y me han hablado de Axdir y de sus gentes. Le confieso que les he preguntado sobre cómo es usted, pero debo decir que son muy discretas y no han querido decirme nada.

—Mejor así —dijo riendo Mohammed—, a un hombre es mejor descubrirlo poco a poco.

—Es una pena que no tenga tanto tiempo, dispongo solo de unos pocos días tras los que tendré que volver a Tetuán. Recuerde que tengo un trabajo que realizar y un jefe al que rendir

cuentas, el periódico necesita mis crónicas y yo debo cumplir con mi cometido.

—En ese caso, procuraremos que su estancia, aunque corta, sea lo más placentera posible. Entiendo que es usted una persona responsable, pero la vida está hecha sobre todo de pequeños momentos mágicos, que solo se nos presentan una vez y que hay que aprovechar. ¿No piensa usted lo mismo?

Margarita no acertó qué responder. Algo en el tono con el que dijo la frase, casi en un susurro, algo en su expresión mientras miraba a la luna en aquel poético ambiente que los rodeaba, le hizo sospechar que sus palabras querían insinuar algo más.

—Mañana temprano, si le apetece, podemos dar un paseo a caballo. Le enseñaré mi ciudad. Pero antes, me gustaría que me respondiese a una pregunta: ¿para qué ha venido exactamente usted aquí? —preguntó Mohammed muy serio mientras se ponía en pie y la miraba fijamente.

Ella lo miró a su vez y sintió un escalofrío. Aquellos ojos que la observaban parecían poder leer su corazón y su mente, explorar cada uno de sus pensamientos como si nada en su interior se pudiese ocultar. ¿Sabría Abd el-Krim algo de la misión? ¿Le estaría preguntando para ver si ella era sincera o si mentía? ¿La estaba poniendo a prueba?

Margarita respiró hondo y se convenció de que era imposible que él supiese nada, así que se puso de pie a su vez y mirándole de frente le dijo que ella tenía la esperanza, tal y como le había contado a Ben Said, de escribir un artículo sobre la guerra del Rif en el que contar el punto de vista de los rifeños, en el que explicar a los españoles cómo era el otro bando en aquella horrible contienda. Le dijo que ella era la llave a través de la cual contarle al mundo su verdad, y quizá así hacerles ver que no todo era blanco o negro en aquella guerra.

El Jatabi no la miró, ni siquiera se despidió cuando comenzó a caminar hacia la casa y desapareció por la puerta de entrada.

Margarita se quedó con la duda de si él lo había adivinado todo.

13

La danza de los halcones

Aún no había amanecido cuando la pequeña Saida despertó a Margarita. Esta se puso los pantalones, la blusa y las botas de montar, y se acercó a la casa a desayunar. Mohamar, que la estaba esperando ya, le informó de que estaba todo listo para el paseo. Eran en total diez personas, ya que a Abd el-Krim, Margarita y su sirviente se unieron también los miembros de la guardia personal de El Jatabi. Ella no pudo disimular su admiración. Los jinetes eran unos hombres curtidos, de fiero aspecto, que cabalgaban como si hubiesen nacido sobre el caballo, con tal ligereza, tal dominio del animal, que más que hombres a caballo parecían centauros.

Recorrieron primero las calles de Axdir que, a pesar de ser muy temprano, ya estaban llenas de gente. Pudo ver las constantes muestras de afecto y respeto que los lugareños profesaban al jefe rifeño. Se acercaban a regalarle pan o pasteles, le ofrecían pescado recién traído de las barcas, los niños tocaban su túnica y se llevaban la mano al corazón. Luego se percataban de su presencia y reían mientras la señalaban. Mohamar le explicó que en aquella zona no solían verse muchos extranjeros, y menos todavía mujeres que vistieran y cabalgaran como un hombre, y no a la manera inglesa, como era costumbre entre las amazonas.

Continuaron cabalgando hasta que, con las primeras luces del alba, llegaron a una playa amplia y despejada desde donde se podían ver kilómetros y kilómetros de arena de color tostado y un mar de olas con rizadas crestas. El viento soplaba cada vez con más fuerza, cosa que ella agradeció, pues el calor no les había abandonado en todo el camino. Al poco apareció un grupo de jinetes más pequeño, portando unos impresionantes ejemplares de halcones sobre sus antebrazos, con la cabeza tapada con un capuchón.

En aquel momento Abd el-Krim situó su caballo junto al de ella y le fue explicando lo que veían, como un maestro encantado de instruir a una alumna particularmente dotada.

—Baronesa, no muchos tienen la fortuna de poder ver lo que va usted a presenciar hoy. Desde que yo era muy pequeño, tanto mi abuelo como mi padre me llevaban a ver la danza de los halcones, y hoy va a ser usted la que por primera vez la vea. Los secretos que encierra esta milenaria tradición solo pasan de padres a hijos —iba diciendo Mohammed con la mirada fija en los dos pájaros—. Los halcones son unos animales peculiares, fieros y audaces. Observe su orgulloso porte sobre el guante del halconero.

En aquel momento les retiraron la capucha de cuero ricamente ornamentada, y aparecieron dos cabezas perfectas, de ojos agudos y crueles, que lo observaban todo a su alrededor con aparente indiferencia. Parecían ser ellos los amos.

—No se deje engañar por su aparente docilidad. Amaestrar a un halcón peregrino como estos requiere técnica y tiempo —continuó Abd el-Krim—. Piense usted que los capturan en libertad, y que no solo hay que acostumbrarles al contacto con el halconero, su amo, sino que

deben perder el miedo a la esclavitud. Adiestrarlos es un proceso largo y paciente, como ocurre con casi todos los animales salvajes que el hombre somete a su voluntad.

Margarita no podía apartar los ojos de aquellas aves, su plumaje pardo y arena, las garras afiladas y el pico curvo, la tenían completamente fascinada.

—¿Para qué les ponen la capucha? —preguntó con curiosidad.

—Para que el animal no se asuste, es fundamental para que pueda cazar mejor —respondió Mohammed—. Mírelos ahora cómo levantan el vuelo.

En efecto, en aquel preciso instante ella vio cómo los halcones echaban a volar a una velocidad de vértigo, tan rápido que a veces la mirada los perdía de vista. Los halconeros espolearon sus monturas tras las aves, gritándoles palabras de ánimo y orientándoles tras la presa.

—¡Dios mío, qué rápido vuelan! —exclamó Margarita.

—Sí, es verdad, yo no conozco otra ave que vuele tan veloz como ellos. Mire, mire ahora cómo planean. Es un pájaro pequeño que no pesa mucho, pero su agilidad durante el vuelo es extraordinaria —dijo él emocionado—. El alcaraván que escojan no tiene ninguna posibilidad, pobre pajarillo. —Aquella era realmente una danza espectacular—. Fíjese bien, baronesa, porque aunque parezca que solo están volando, en realidad están preparando la emboscada a su presa. Una vez que avisten al alcaraván, comenzarán a plegar sus alas y caerán en picado sobre él.

De hecho, no tuvieron que esperar mucho para presenciarlo. De repente, uno de los halcones cayó en vertical como un rayo y al tocar a su presa, extendió sus afiladas garras y con un leve golpe partió al pajarillo prácticamente en dos. Con grandes gritos los halconeros se acercaron al galope a por el alcaraván muerto, mientras el halcón tornaba a posarse con suavidad en el brazo de su amo.

—Ha tenido usted suerte de poder presenciarlo, baronesa, no siempre cazan a la primera —dijo Mohammed.

—Ha sido extraordinario, es maravilloso ver cómo cazan los halcones mientras… —pero Margarita no pudo terminar su frase, pues en ese momento Abd el-Krim se lanzó al galope hacia donde estaba el otro halcón, que volaba con su presa atrapada entre sus garras.

Vio cómo Mohammed cabalgaba ajeno a cualquier otra cosa que no fuese la cacería, la capa de su túnica al viento, las manos sujetando con fuerza las bridas, la sonrisa de triunfo en su cara, y sintió que aquel hombre era una fuerza de la naturaleza desatada, un huracán hecho de arena y viento.

Cuando volvió a su lado jadeaba por el esfuerzo, tenía la cara empapada de sudor y las manos enrojecidas, pero la sonrisa con que la obsequió aturdió a Margarita. Sus manos comenzaron a temblar y un ligero mareo la llevó a bajarse del caballo y sentarse en la arena. Tan patente fue su turbación que Abd el-Krim desmontó rápidamente y, acercándose, le preguntó si se encontraba bien. Respondió que no era más que un leve mareo, seguramente producido por el calor.

Con un gesto de la mano, Mohammed indicó a uno de los jinetes de la guardia que se acercara, y le ofreció de beber. El agua, a pesar del calor asfixiante, estaba fresca. Margarita se sintió algo mejor, desapareció el mareo, pero continuaba temblando. La sensación que notaba en su corazón palpitante no la abandonaba.

Ya de regreso, Margarita sentía los ojos del anfitrión clavados en ella, y tal y como había ocurrido la noche anterior, no pudo evitar tener la sensación de que aquel hombre podía leer su mente.

De vuelta en la casa, la previsora Saida le había preparado un baño. Margarita se contempló desnuda en el espejo durante un tiempo. Pese a haber tenido cuatro hijos, su vientre no era demasiado abultado. Su pecho continuaba siendo firme y lleno, la curva de sus hombros suave, las caderas prominentes. El agua estaba deliciosamente fresca y perfumada, y Mohammed volvió a ocupar su mente. Cuanto más pensaba en él, más sentía cómo su cuerpo se tensaba como las cuerdas de un violín.

Una tensión que le hacía sentir un deseo desconocido, que le hizo recorrer con las manos su sexo palpitante, sus pechos endurecidos, su boca húmeda y hambrienta. Salió de la bañera, y mientras se secaba y se vestía con ayuda de la niña, sus pensamientos seguían anclados en la visión de aquel jinete que devoraba el viento.

Tras la comida, Ben Said fue a hablar con ella para anunciarle que aquella misma tarde podría tener su ansiada entrevista con El Jatabi, en la que también estarían presentes su hermano y dos jefes de cabilas amigas. Margarita se alarmó.

—Lo siento, señor Ben Said, pero no creo que sea una buena idea. Preferiría una entrevista a solas, sin testigos. Yo me sentiría más libre para realizar las preguntas. Desde luego, no estaría nada cómoda con un auditorio delante de mí, escuchándonos. ¿Entiende lo que quiero decir?

—No se preocupe, baronesa, procuraremos que se sienta lo más cómoda posible.

—No lo dudo. Pero, en cualquier caso, no he recorrido cientos de kilómetros para hacer mal mi trabajo, y esta es una gran oportunidad para mí. Así que, si es tan amable, dígale de mi parte a su jefe que cuando esté dispuesto a hacer la entrevista los dos solos, me lo indique. Yo estaré encantada, y no le decepcionaré.

—¡Pero, señora, no se da cuenta de lo que está usted diciendo! ¿Cómo va a reunirse a solas con él? Discúlpeme pero no creo que sea posible —dijo, mirándola pasmado, Ben Said.

—Se asombraría usted de las cosas imposibles que he conseguido, así que no me diga lo que debo o no debo hacer.

—Es usted una extranjera en mi país, aquí soy yo quien sabe lo que se puede hacer y lo que no, y no va usted a darme lecciones…

—Por supuesto señor, no lo pretendo, quizá me he expresado mal —reculó Margarita temerosa de perder la pieza—. No estoy pidiendo nada extraordinario, y no significa que no pueda haber otras personas en la misma habitación. Solo me gustaría que estén sentados en otro lugar. Lo único que pido es que se me permita hablar a solas con él.

—Siendo así… aunque todo esto es muy irregular… espere aquí.

Ben Said se alejó. Volvió al cabo de una hora más sereno y acompañado de un muchacho que portaba una bandeja con té y dátiles. Se sentó junto a Margarita, y estuvo en silencio todo el tiempo que duró la larga ceremonia de verter el té en los vasos. Una vez terminada, el chico se fue y se quedaron un tiempo callados mientras Mohamar los observaba desde la puerta. Jamás perdía de vista a su señora.

—Señora, El Jatabi está de acuerdo. Hoy, tras la cena, podrá hablar a solas con él en el jardín. Es eso lo que quería, ¿no?

Dicho lo cual se fue, y Margarita no volvió a verle más durante todo el tiempo que duró su estancia en Axdir.

No podía dejar escapar aquella oportunidad, esa noche tenía que estar deslumbrante. Su túnica verde agua lucía los bordados de plata más exquisitos, sus babuchas eran de la más fina cabritilla. Una delgada línea de pelo asomaba bajo el turbante morado, del que había prendido un broche de diamantes con tres plumas de faisán. Quizá su vestuario era excesivo para la velada, a fin de cuentas no se trataba más que de una entrevista, pero no tendría muchas más oportunidades y aquella debía ser la noche en la que Mohammed cayese rendido a sus pies. Cuidó que el maquillaje resaltase sus ojos, así que los enmarcó con el kohl negro que usaban las moras y que había comprado antes de su marcha de Tetuán. Cuando Saida la vio, sonrió y le dijo que parecía una princesa de cuento.

Tras la cena, tan copiosa y deliciosa como la noche anterior, cogió su cuaderno de notas y un lápiz y se dirigió a un banco apartado del jardín, donde esperó mientras sentía que el corazón se le aceleraba. Al cabo de unos minutos, vio salir de la casa a unos criados, llevando una mesa y unos candiles encendidos que colocaron junto a ella. A continuación, en un rincón no muy alejado de los rosales, depositaron mantas y almohadones sobre el suelo. Entonces aparecieron las hermanas de Mohammed, que fueron a tumbarse con desenfado y, sin mirarla en ningún momento, iniciaron una animada conversación.

Los minutos pasaban lentamente hasta que por fin apareció Abd al-Krim y fue a sentarse a su lado. Margarita respiró profundamente y en ese instante se sintió inundada por el aroma de los pétalos, de las estrellas centelleantes, de las risas cantarinas de las hermanas.

—Aquí estamos, baronesa. Su extraña petición, como verá, ha sido aceptada. Nos hallamos ambos a solas como usted quería, así que espero que sus dotes como periodista justifiquen su petición.

Margarita sonrió y abrió su cuaderno, donde llevaba escritas una larga lista de preguntas que quería hacerle. No sabía por dónde empezar. En aquel momento aquellas preguntas tan meditadas, le parecieron irrelevantes y carentes de sentido. ¿Qué piensa usted de la situación en el Rif? ¿Quién tiene la culpa de que la guerra se haya enquistado? ¿Es posible todavía una solución pacífica al conflicto? No, esta no era la forma de empezar.

Así que no lo pensó más, abrió una página en blanco y se lanzó a preguntar olvidándose del guion.

—Usted también fue periodista, así que entenderá perfectamente mi situación.

—Ya hace mucho de eso… y cuando escribía para *El Telegrama del Rif* en Melilla, todo era muy diferente. Yo trabajaba para los españoles, y entonces parecía que estos iban a ayudarnos, no a conquistarnos…

—No creo que «conquista» sea la palabra más adecuada. El protectorado no es una conquista precisamente, creo yo.

—El protectorado, baronesa, es el nombre que se ha dado al modo de someter nuestros derechos —respondió Mohammed con voz agria.

—Siento que lo vea así. Me gustaría entender el origen de todo, la razón por la que tanto usted, como su padre o su hermano, dejaron de ser nuestros amigos.

—Mi padre fue un hombre de estudios que quería lo mejor para el Rif. Por ello trató de darnos la mejor educación, y prepararnos para lo que él veía como algo inevitable: la unión con España a través de un protectorado. El problema —siguió diciendo— es que cuando por fin se ha producido, no se han respetado nuestras tradiciones, sin contar con que los abusos han ido demasiado lejos. Unión no quiere decir sumisión, baronesa.

—¿Cómo puede usted decir eso, después de los miles de soldados españoles muertos en Annual?

—Señora, el problema de leer periódicos españoles es que dan una visión muy interesada y parcial de los acontecimientos. Espero que el suyo no haga lo mismo. Fui yo quien hizo prisioneros a todos los soldados que encontré vivos, para evitar que los soldados de las otras cabilas los mataran. Fui yo quien evitó el saqueo de Melilla, que estuvo tres días indefensa. Tuve que enviar a seiscientos de mis hombres una semana al Gurugú, hasta que el general Berenguer consiguió establecer una línea defensiva. Ya sé que en su país se nos considera unos bárbaros, unos indígenas salvajes, poco de fiar, pero somos un pueblo digno y valiente que se merecía otro trato. No somos tan diferentes a ustedes. Recuerde lo que pensaban sobre los íberos los romanos.

—Pero no puede usted negarme que sus hombres actuaron con excesiva ferocidad.

—¿Conoce usted alguna guerra donde no haya sido así? No sea tan ingenua, baronesa, la guerra es cruel y sangrienta en todas partes. La guerra es la guerra.

En ese momento se acercó un joven portando una bandeja, y les sirvió un café. Margarita lo había probado con anterioridad, y le gustaba la intensidad con que lo hacían en Marruecos. Pero aquel café moro era el más espeso, oscuro y lleno de delicados aromas que había degustado. Casi se podía tomar con una cucharilla, parecía chocolate derretido. Tras la pausa continuó hablando, aunque con más calma. No quería dejar escapar el momento.

—¿Qué es lo quiere usted conseguir con esta guerra, señor?

—Lo saben ustedes muy bien. Esa pregunta debería hacérsela a sus amigos. La paz es algo que yo siempre he querido, desde el primer momento. Y a partir de ahí…

—Dígame entonces cuáles son sus condiciones, y las publicaré.

—La independencia absoluta desde el Kert hasta Tetuán. Nada de protectorado, nada de militares, y que el Gobierno nos envíe a un civil con capacidad de negociación.

—Pero, señor, aunque España reconociese su independencia seguirían expuestos. Otras naciones querrían ocupar nuestro actual lugar… ¿cómo va a luchar usted contra todos?

—Por eso mismo le interesa a su país que nos entendamos. Les ofrecemos un pacto de colaboración, un regalo para todos, y no dude que lucharíamos contra todos los países que viniesen a intentar conquistarnos —respondió con fiereza.

—¿Entiende usted que, para que España quiera negociar, primero debería entregar a nuestros prisioneros, como señal de buena voluntad?

—¡Si lo he intentado ya varias veces! No son libres porque nadie se ha preocupado de ellos.

— ¡Pero qué está usted diciendo! Sé de forma fehaciente que varias personas e instituciones han tratado de hacerlo, incluso un amigo mío, fray Revilla. ¿Le suena el nombre?

—¿Fray Revilla? Déjeme que le diga algo de su amigo… —respondió El Jatabi con desdén —. Se entrevistó con mi hermano, quien le dijo que podían liberarlos de manera inmediata, en cuanto se satisficiesen dos condiciones de sentido común: liberar a su vez a nuestros prisioneros, y el pago de una compensación económica. Le invitamos a venir a verlos, y ni siquiera se tomó

la molestia. Le repito que si no están libres los prisioneros, es porque no viene nadie a tratar seriamente el asunto.

—No doy crédito a sus palabras.

—Pues pregúntele a su amigo por qué tergiversó lo que se le dijo, por qué tras hablar con mi hermano dijo que no solo no queremos soltar a los prisioneros, sino que no estamos dispuestos a negociar… Vaya, vaya usted y pregúntele por qué miente, a ver qué le responde.

¿Y si lo que decía Abd el-Krim era cierto? Sonaba tan convincente, tan sincero en sus respuestas. Margarita se sintió muy confusa; hubiese querido gritarle que era un mentiroso, un manipulador, pero se tragó el disgusto y disimuló. No iba a permitirle a aquel orgulloso moro, por mucho que le atrajese, que la viese en aquel estado.

—No finja que no le afecta lo que le digo, baronesa —dijo él, adivinándole el pensamiento —. Pero entiendo su posición, usted se debe a su país, como yo me debo al mío. En fin, yo quiero la paz y estoy deseoso de conseguirla, y ese es el mensaje principal que debe usted trasmitir de esta entrevista. Pero la paz tiene un precio para ambos bandos. Nosotros estamos dispuestos a pagar el nuestro, paguen ustedes también el suyo. ¿No le parece?

Poniéndose en pie, la miró sonriente. Margarita se levantó a su vez y juntos volvieron caminando. Las hermanas de Mohammed seguían sentadas, charlando.

Mientras se acercaban a la casa de invitados, ella sintió que ese calor abrasador, ese deseo incontrolable que había sentido durante la caza del halcón volvía de nuevo con más fuerza. Cuando ya en la entrada Margarita le tendió la mano para despedirse, no pudo evitar mirarle a los ojos, y se sintió como una felina hambrienta.

En ese instante, dos vigorosas manos la agarraron con fuerza de los brazos, y la empujaron hacia el interior. La oscuridad los rodeó y ella notó la pared en su espalda y el abrazo de Mohammed envolviéndola como un manto suave y poderoso a la vez. La besó y el calor se convirtió en lava ardiendo que bajaba por su pecho, su ombligo, sus piernas.

Antes de darse cuenta, las manos de Margarita agarraban con fuerza su pelo, su chilaba, lamía con ansía su boca, mientras él la cargaba en brazos y subía las escaleras.

14

El hilo del Rif

Poco más de un mes, ese fue el tiempo que pasé con Abd el-Krim en su cabila.

Llegué para estar una semana y creo que, si me lo hubiese pedido, me habría quedado allí mucho más tiempo. Me gustaría decirle que me enamoré de él, pero al hablar de amor una debe ser muy cuidadosa. El amor es a veces una emoción estúpida, que hace que te encapriches de quien no debes y luego lo pagues caro. ¿Que si me ha pasado a mí?, pues claro que sí, a quién no.

Decir lo que es el amor es complicado, y en este caso concreto creo que intervinieron también otras fuerzas, no menos poderosas y cegadoras. No me juzgue usted muy duramente. Ya sé que era moro y enemigo de nuestro país, pero ¿cómo extinguir el fuego que nos consumía?

No puede usted imaginar siquiera todo lo que viví, todo lo que experimenté en aquel mes por primera vez. Pues sí, aquella fue la primera vez, mi matrimonio no cuenta, y… en fin… Sentir por primera vez cómo tu cuerpo se abandona al placer, cómo cada centímetro de tu piel vibra con una caricia. Aquel hombre me hizo sentir cosas que jamás experimenté en todo lo que duró mi matrimonio. Llámelo como quiera, amor, pasión, curiosidad, deseo, pero la realidad es que nunca me había sentido tan viva, tan entusiasmada, tan pletórica.

Cuando tras la primera noche juntos, me desperté por la mañana sola en mi habitación, toqué las sábanas despacio y aspiré su olor. Todavía lo recuerdo. ¡Era tan dichosa! Me levanté y me asomé a la ventana. A lo lejos se veía el mar. El sol me daba en la cara, el cielo era azul y la luz, esa increíble luz marroquí que jamás he vuelto a ver en ninguna otra región del mundo, lo inundaba todo.

Conseguí sosegarme un poco, y me dediqué a escribir la entrevista, lo que me llevó prácticamente todo el día, ya que no quería que se perdiese ningún detalle. No debía omitir ninguna palabra, ningún gesto, y todo debía ser contado lo más fielmente posible para que el lector en España se hiciese una idea lo más exacta posible de quién era Abd el-Krim. Pero a mi mente acudían pensamientos muy distintos.

En fin, hablé de mi viaje a Axdir, de la amable acogida de que fui objeto y de las personas que allí conocí; pero, sobre todo, hablé del jefe rifeño y de mis impresiones sobre él. De forma comedida, claro, y disfrazando mis sentimientos que, a fin de cuentas, no interesaban a nadie más que a mí. Cuando terminé metí el cuaderno en un sobre sin releerlo y lo guardé en mi baúl. Pensaba volver a Tetuán en pocos días, y allí ya tendría tiempo de mecanografiar la entrevista y enviarla por correo a Leopoldo, mi jefe. Pero como tardé más en volver de lo que tenía previsto, se publicó casi dos meses después.

Fue todo un éxito. Las aventuras de una española en una cabila rifeña causaron sensación. Me extraña que usted no sepa nada de esta historia, pues en su día fue tan comentada que mis

hazañas aparecieron en todos los periódicos del país. Si mi padre hubiese estado vivo, se habría sentido muy orgulloso de mí. Incluso me hubiese perdonado la huida de mi hogar, estoy segura.

Es verdad que los primeros días en casa de Mohammed estuve algo perdida, me encontré escalando una montaña de emociones a cada cual más intensa, extraña y apasionada que la anterior. Pero debo decir en mi descargo que nunca perdí de vista mi auténtico objetivo: los prisioneros españoles. Cuando El Jatabi hablaba con su hermano, con sus hombres o con otros jefes, y yo estaba presente, cosa que ocurría muy pocas veces, no lograba entender más que alguna palabra suelta, y eso con suerte.

Durante los días que estuve en Axdir, pedí a mi sirviente Mohamar que anotase todo lo que escuchase en árabe, tanto si se lo oía a la servidumbre como si se lo oía a los numerosos invitados que solían frecuentar la casa. Era más fácil por su condición y conocimientos, que él pudiese conseguir cierta información. Y fue así, gracias a su discreción y prudencia, como mi sirviente averiguó que Abd el-Krim se había dado cuenta enseguida de lo útiles que los prisioneros podían llegar a ser para sus planes. Como medida cautelar, los había dividido encerrando a algunos en una casa que tenía a tres kilómetros de la playa y a otros en Annual.

Me enteré de que dos de sus más fieles hombres eran los encargados de todo lo relacionado con los prisioneros, y que Amhamed controlaba que todo se hiciese siguiendo las órdenes estrictas de su hermano. Como descubriría más tarde, Abd el-Krim no era un militar, sino un hombre de Estado. Todo lo relacionado con la guerra, se lo dejaba a su hermano pequeño, que era quien realmente tenía un cerebro militar digno de Napoleón.

Cuando Mohamar me dijo que sabía dónde estaban los prisioneros, volví a ver el cielo abierto. La cosa fue así: Amhamed y su hermana más pequeña se habían sentado a la mesa de la cocina a hablar, y no vieron a Mohamar, que fingía dormitar en la terraza junto a la puerta. Gracias a aquella conversación, nos enteramos de muchas cosas, no solo de lo más importante, que era su ubicación exacta, sino también de otras informaciones útiles como qué comían, cuándo dormían o cuántos guardias los vigilaban.

Por fin conocíamos la localización precisa y ahora solo era cuestión de enviar tropas para rescatarlos. En aquel momento pensé con tristeza que El Jatabi debía de estar equivocado. Fray Revilla era un buen hombre, un exmilitar, era inconcebible que actuase de una forma tan vil. Decidí que al volver hablaría con él, pues seguramente todo había sido un malentendido.

Los días que pasé en la cabila fueron inolvidables para mí. Aprendí a montar a caballo como ellos, a disfrutar de la danza de los halcones, a pasear por la playa mojando mis pies en el mar, mientras a mi alrededor la vida parecía haberse detenido. Me gustaría decir que conseguí que Mohammed confiase en mí, que me abrió su corazón y me contó sus temores y sus anhelos. Pero aquí de nuevo entraríamos en el terreno del amor, y no sé si alguno de los dos llegó siquiera a rozarlo alguna vez. Aunque es verdad que a veces mi corazón palpitó con más fuerza… y que él parecía amarme… Si hubiese podido usted conocerle, ¡qué hombre tan extraordinario era!

Recuerdo que una vez paseando por las ruinas de Nékor, de repente se quedó ensimismado. Miraba al vacío y parecía totalmente ausente, cuando comenzó a hablarme de él en un tono íntimo que no había usado hasta entonces, y que nunca volvió a repetirse. Me habló de su procedencia berebere, de los ojos azules y el pelo rubio que muchos de sus congéneres tenían,

del idioma *tarifit* que hablaba desde pequeño con su madre, a la que adoraba. Me contó sus tardes de caza, su gran pasión, sus experiencias como periodista, la vida en Melilla y la dura pérdida de su padre y su reacción al saber que había sido envenenado.

Resumiendo, Abd el-Krim habló de su amor por el Rif, por aquellas montañas y aquel mar que hacían latir su corazón con más fuerza. Era un hombre reflexivo, inteligente, y así había tratado yo de que se reflejase en la entrevista. Quería dar la imagen más amable de él, del enemigo. Durante el tiempo que estuvo hablando, yo escuché en silencio, temerosa de romper el hechizo que se había ido tejiendo entre nosotros. Nos envolvió una mágica burbuja en la que todo lo que nos rodeaba, las ruinas, sus hombres, Mohamar, los caballos o el ruido del mar, desapareció de repente.

Hacíamos el amor cada noche, y cada mañana yo me despertaba dichosa. Me regaló una pulsera de plata para el tobillo, que todavía conservo con cariño, a pesar de los muchos años transcurridos. Lo que viví durante aquel mes me transformó en otra mujer, en esta que ahora se sienta frente a usted y le narra su vida.

Mohammed nunca me habló de la guerra, salvo el día de la entrevista, y porque yo tuve la astucia o la imprudencia de sacar el tema. Se convirtió en un asunto que, simplemente, no existía. Pero a veces, cuando pensaba que yo no me hallaba presente o que estaba ocupada en alguna otra cosa, solía hablar consigo mismo mientras revisaba la correspondencia o escribía sus notas, costumbre esta que he vuelto a encontrar en algunos hombres importantes. Siempre estuve muy atenta a esos murmullos casi inaudibles, a veces en francés, otras en árabe, pocas en español. Así, poco a poco, entre lo que Mohamar me contaba y lo que yo escuchaba, fui desenredando la madeja que constituía el hilo del Rif.

Pero no todo fueron alegrías, en una ocasión estuve a punto de morir. Aunque la muerte, de una forma u otra, siempre me rondó en Marruecos. Era como un amante solícito e insistente. ¿Ha estado usted a punto de morir alguna vez? Ya veo que no… Si le hubiese pasado, entendería mejor lo que le voy a contar. Escuche.

Habíamos salido al amanecer Mohamar y yo a caballo, a dar una vuelta por los alrededores de Axdir. Nos dejaron ir solos con el permiso de Mohammed, pensando que no corría ningún peligro, pues aquel era su territorio. Probablemente nos perdimos y nos debimos de alejar más de lo que pensábamos, pues al atardecer nos encontramos de improviso en un paraje donde los verdes pinos daban paso a un desierto de arena. Vimos unas tiendas y decidimos acercarnos a preguntar por el camino de vuelta, y de paso pedir un poco de agua ya que nuestros odres estaban casi vacíos. En cuanto nos acercamos, Mohamar se dio cuenta de que habíamos cometido un error.

Aquellos eran hombres de otra cabila, y apenas descabalgamos observé asustada que nos miraban con ojos de saqueo. Mi sirviente me hizo una seña con la cabeza para que volviese a montar, pero en cuanto lo intenté me lo impidieron. Él podría fácilmente haber huido, pero no me abandonó. Me siguió al interior de la tienda donde me llevaron, y trató de explicar quiénes éramos y qué hacíamos allí, pero todo fue en vano. No era eso lo que les interesaba.

El que parecía el jefe recorrió mi cuerpo despacio con los ojos y, cuando se detuvo en mi cara, supe que aquella noche querría hacerme suya. Aquel viejo, feo, sucio, de barba enmarañada

y que escupía al hablar. Dios mío, qué asco y qué miedo pasé. Me encomendé a la Virgen de los Desamparados y recé con más fervor que en toda mi vida. ¡Si me hubiese visto! Junté las manos sobre mi pecho y en ese momento pensé en mi padre. Una baronesa no podía dar muestras de flaqueza, y una Ruiz de Lihory menos todavía. Fue el orgullo de mi casa lo que me dio fuerzas, así que levanté la cabeza y encaré la mirada torva de aquel hombre. El fuego de la ira debía arderme en la mirada, pues se echó a reír al verme y me invitó a sentarme cerca de él.

La situación en la que nos encontrábamos no podía ser peor. Aquella era una cabila enemistada con la de los Beni Urriaguel, lo que significaba que ser amigos de Abd el-Krim era una invitación a matarnos, o al menos a que no se sintieran en la obligación de tratarnos como a huéspedes. Observé que muchos hombres allí reunidos, iban y venían al parecer con prisas, y pronto nos enteramos de que el hijo del jefe estaba muy enfermo y habían llamado a todos los curanderos de los alrededores. Mi sirviente temió que si la vida de aquel chico llegaba a su fin, también sería el nuestro.

Angustiada por la situación, no hacía más que retorcer mi falda entre las manos y rezar, rezar y rezar. Hasta que de repente tuve una idea. Siempre llevaba en mi bolsa cuando salía a montar un pequeño botiquín, por si me caía del caballo o me lastimaba de alguna forma. Recordé que tenía morfina, y aun desconociendo la enfermedad del chico, pensé que algo le aliviaría. Le pedí a Mohamar que me tradujese, y me dispuse a representar una de las más grandes interpretaciones de mi vida.

Le conté al jefe que en mi país yo era una reputada doctora, y que en mi bolsa de viaje, en mi caballo, llevaba las medicinas necesarias para curar a su hijo. Tras un momento de silencio, todos los allí presentes se echaron a reír de forma estruendosa. Pensaban que era imposible que una mujer supiese curar, pero aun en el caso de creerme, no iban a consentir que una infiel tocase a su hijo. Iba a seguir rogando cuando una voz me interrumpió. Desde el fondo de la enorme tienda se escuchó la voz de una mujer, que poniéndose en pie le dijo al jefe que no tenía nada que perder probándome. Si lo curaba, se salvaría; si no, ella misma me mataría.

Me llevaron a otra tienda más pequeña, donde un joven de unos quince años yacía tumbado sobre unas pieles de oveja, rodeado de mujeres llorando. Le toqué la frente. Ardía de fiebre y me quedé allí mirándolo sin tener ni idea de qué era exactamente lo que le aquejaba. Notaba mi cuerpo sudar con profusión por los nervios que me atenazaban. Qué miedo tenía. Disimulando mi terrible estado, le dije a su madre que necesitaba agua, vinagre y paños limpios, que debían abrir la tienda para que entrase el aire y lo ventilase todo, que debía quitarle al enfermo la pesada chilaba que llevaba, y ponerle lo más ligero que tuviesen. Y sobre todo que saliesen de la tienda todas aquellas mujeres. Aquel muchacho necesitaba tranquilidad.

Una vez cumplidas mis órdenes, mezclé el vinagre con el agua y, tras mojar los paños, se los fui colocando en la frente, las muñecas y los tobillos, tal y como había visto hacer muchas veces a las criadas en mi casa. Después vertí la poca morfina que llevaba en un vaso con agua, y se lo di a beber.

Dos horas más tarde, el muchacho estaba mucho mejor, tanto, que se levantó y quiso comer. Bendita morfina. Para celebrar su mejoría, sirvieron de cena un cuscús que en otras circunstancias me habría parecido magnífico, pero que en aquel momento supo a ceniza en mi boca. Yo sabía que el efecto analgésico de la morfina no duraría mucho más, así que imagine

usted qué pensamientos terroríficos me asaltaban al imaginar qué nos sucedería si seguíamos en el campamento cuando el efecto de la droga pasase.

Mohamar, al tanto de la situación, actuó entonces de una forma heroica y nos salvó a los dos. Poniéndose en pie soltó un largo discurso en el que, como más tarde me contaría, agradeció al jefe el habernos dado de comer, habló de la antigua tradición de la hospitalidad del pueblo marroquí, del poder de la sanación y de cómo su hijo había mejorado. Habló de la feliz casualidad de habernos encontrado y de nuestra necesidad de volver a casa, pues mis hijos me estaban esperando. Él, como padre, debía entender que yo era responsable de mi familia, pues mi marido había muerto hacía poco, y mis hijos estarían preocupados al ver que no regresaba.

Comprenderá usted que en ese instante no entendí una sola palabra de lo que Mohamar dijo, pero sí pude ver el efecto de su alegato en los que le escuchaban. El jefe seguía mirándome como un lobo a una oveja, y si de él hubiese dependido no nos habría dejado ir. Pero mi sirviente fue más listo, se acercó a la esposa y mirándola a los ojos con la mano en el pecho, habló del amor de una madre, de su deber para con sus hijos, de lo ingrato de la separación. Hasta yo, que no le entendía, vi por su tono de voz y sus ojos brillantes que la estaba hipnotizando. Y así fue cómo aquel encantador consiguió que la serpiente bailase a su son, ya que la esposa convenció finalmente a su marido de que nos diese los caballos y nos dejase marchar.

¿Entiende usted que le debo la vida a aquel moro? Aquel hombre inteligente supo leer el corazón de la mujer, y se la jugó por mí, cuando no me debía nada. Siempre estaré en deuda con él, y aunque al volver a Tetuán traté de darle dinero o comprarle lo que necesitase, jamás quiso aceptar nada. Hombres de honor como él hoy en día ya no existen, mire si no a los ingratos de mis hijos…

Recuerdo que mientras cabalgábamos huyendo de allí, sé que no va a creerme, pero me quedé preocupada por la salud de aquel muchacho.

Qué sería de él…

Regresar a casa de Abd el-Krim fue una tortura ya que se hizo de noche, no sabíamos el camino de vuelta y temíamos estar cabalgando en círculo y volver donde no debíamos. Pero, por fortuna, nos encontraron un grupo de sus hombres que nos habían estado buscando, y que nos escoltaron hasta Axdir. Una vez allí, Mohamar contó nuestra aventura a El Jatabi y sus hermanas quienes, entre gritos de angustia, siguieron su relato con horror. Quiso Mohammed partir de inmediato a castigar a quienes así nos habían tratado, pero se lo impedí. ¿Sabe por qué lo hice? Por aquella pobre mujer. No quise que el castigo sobre su inmundo marido pudiese, sin querer, alcanzarla a ella.

Después de aquello no volvieron a dejar que saliésemos solos, pero no me importó. Los días siguieron pasando con la misma rutina, hasta un atardecer en que me encontré apoyada en una barca varada en la playa, mirando al mar. Me dije que aquello no podía durar mucho más, mi tiempo y mi misión debían llegar a su fin. Custodiaba en mi cuaderno todas las conversaciones apuntadas, las notas o lo que me contaba Mohamar, y estaba segura de que el cónsul sabría muy bien qué hacer con toda aquella información. Debía volver a mi vida, a aquella vida real en la que yo era la baronesa de Alcahalí, y no alguien atrapado en un sueño que solo podía acabar convirtiéndose en una pesadilla.

Me disponía a decírselo a mi sirviente para que preparase la partida, cuando sucedió algo totalmente inesperado y que hizo que me retrasase unos días más. Aquella noche se presentó en

Axdir el bandido más buscado de todo Marruecos, El Raisuni, y solo podía haber una razón para su presencia allí. Una muy mala razón, por cierto.

15

Ahmed El Raisuni tenía las cosas claras

Como siempre, Ahmed El Raisuni tenía las cosas claras. Sabía cuáles eran los pasos que debía dar y los que no, y nada lo apartaría de hacerlo. Solo necesitaba un poco de suerte, y conseguir convencer a Abd el-Krim de su sinceridad. Aquello era sin duda lo más complicado de todo. Desde muy pequeño, Ahmed había hecho lo que se había propuesto. Su padre había intentado convertirlo en un buen caíd, como él, pero Ahmed hizo un uso muy distinto de sus grandes y variadas habilidades. En su juventud fue un conocido delincuente que robaba ganado, y cuando lo recordaba de vez en cuando, una sonrisa afloraba a su boca. ¡Qué joven impetuoso era entonces! Más tarde se convirtió en lo que estaba predestinado a ser: el jerife, el jefe de todos ellos. Pero para llegar hasta ahí, tuvo que recorrer un largo camino.

Él era Mulay Ahmed El Raisuni, el Águila de Zinat, que proviniendo de una familia pobre, había llegado a pachá de Arcila. Asombroso. Él, el ladrón de vacas y ovejas, pachá de una ciudad… Irónico destino tras haberse pasado la vida luchando no solo contra el protectorado español, sino también contra el emir alauita. Pero la vida a veces era así de inesperada.

Su única obsesión era conseguir un Marruecos libre e independiente, y llevaba más de treinta años combatiendo para conseguirlo. Todos los que le conocían quedaban admirados por su despierta inteligencia, por su astucia, por su capacidad para negociar, y además conocía a su pueblo en profundidad. Le llamaban bandido y héroe, aunque él siempre supo que era en realidad un bandido más en tierra de bandidos.

Mulay Ahmed no lo tuvo fácil para llegar a ser quien era, en el camino había tenido que aprender a resistir. Su propio primo, su hermano de leche, lo traicionó y lo entregó al emir. Casi cinco años pasó en una cárcel de Mogador, cinco años en los que sobrevivió gracias a que su familia y amigos le llevaron comida. Jamás olvidaría ni uno solo de aquellos instantes, ni el olor a cloaca y a muerte, ni las palizas, ni sentir como si su piel se estuviese descomponiendo de no lavarla. Salió de allí con un plan en la mente, un plan ambicioso que le llevaría finalmente a ser el dueño de Marruecos. Pero por el camino, se equivocaría demasiadas veces.

Durante la Gran Guerra cometió su primer gran error al aliarse con el bando equivocado. Aún a día de hoy, El Raisuni no entendía cómo aquellos teutones habían podido perder, con su fría eficacia, su orden, su método. Él había cambiado de bando por culpa de ellos, de sus generosas promesas de entregarle el norte de Marruecos. Había pasado de ser amigo de los españoles a hostigarlos continuamente y cuando la guerra terminó, las cosas no le fueron nada bien.

El general Silvestre se había encargado personalmente de hacerle la vida imposible, lanzando campaña tras campaña contra él. Las pérdidas que sufrió fueron cuantiosas, pero Ahmed era demasiado listo como para no saber que en la guerra del Rif lo importante era aguantar vivo y no equivocarse esta vez de aliados. Así que decidió aliarse con Abd el-Krim para luchar contra los españoles.

Aquello tampoco salió bien. Dos gallos no pueden estar en un mismo corral. Se distanciaron y él continuó atacando a los colonizadores desde su sede en Arcila. Hubo quien dijo que sentía celos de Abd el-Krim y de su popularidad entre los rifeños. Tonterías. Él era más grande, más importante, más sagaz, y estaba destinado a mayores empresas.

Pero un día, tras una escaramuza de la que salió muy mal parado, se dio cuenta de que su estrategia no era la mejor. No podría aguantar más tiempo peleando él solo contra los españoles. Había perdido ya a muchos de los bandidos que luchaban junto a él, y encima sus relaciones con las otras cabilas eran bastante malas tras separarse de Abd el-Krim, cosa que dificultaba su movilidad y limitaba la ayuda que todavía recibía. Necesitaba armas, hombres, apoyos, y no contaba con ninguna de las tres cosas. Quería expulsar a los españoles, pero también ser el dueño del norte, ese deseo que los alemanes habían hecho anidar en su corazón hacía tanto tiempo.

Al final se impuso su ansia depredadora. Él se adueñaría de todo.

A principios de septiembre de 1922, y tras entrevistarse con el coronel Riquelme, se sometió junto con sus bandidos a las autoridades españolas. O eso fue aparentemente lo que hizo. La realidad en cambio era muy distinta.

Aquel día Mulay Ahmed cabalgaba hacía Axdir para entrevistarse de nuevo con Abd el-Krim, y proponerle un plan más arriesgado, más ambicioso y de éxito asegurado. Solo debía convencerle de que su alianza con los españoles era una tapadera para conseguir el tiempo precioso que necesitaba para desarrollar sus planes.

Margarita estaba sentada en el salón hablando con Mohamar, su sirviente, mientras esperaban a que les avisasen para ir a cenar. Poco después llegó Mohammed con sus hermanos y un hombre enorme, que parecía que no iba a caber por la puerta. Era como una montaña oscura, coronada por unos ojillos inteligentes y una barba negra y espesa. Cada uno de sus dedos era grande como una maza de almirez, sus pies calzaban unas babuchas gigantescas. Había oído hablar de Mulay Ahmed El Raisuni, pero jamás se lo habría imaginado así, con aquel aspecto tan salvaje que contrastaba con sus maneras educadas y sus modales corteses. Hablaba español, así que no tuvieron problemas entre ellos para entenderse.

Lo que a Margarita no se le escapó desde el primer instante fue la excesiva cortesía con que la trataba, los segundos de más que se demoraba en besarle la mano, la mirada apreciativa con que la obsequiaba. Abd el-Krim también se dio cuenta pero no hizo caso, y como más tarde le diría a ella con regocijo en la intimidad de su alcoba: «La señora baronesa debería sentirse muy halagada, los dos hombres más importantes de Marruecos se la disputan».

Tres días estuvo allí el Águila de Zinat, y pasó la mayor parte de ellos reunido con Mohammed y su hermano. Pronto todos en la casa supieron lo que ocurría: Mulay Ahmed El Raisuni quería una nueva alianza, traicionar a los españoles y acabar con ellos de una vez por todas.

Mohamar captaba retazos de conversaciones aquí y allá, que luego le traducía a su señora, ya que en su presencia todo el mundo callaba. Margarita se sentía cada vez peor, tenía miedo de que la descubrieran, que adivinaran por qué estaba allí. A tal punto de ansiedad llegó su estado, que guardó bajo su ropa el cuaderno donde anotaba todo lo que iba descubriendo. Tenía pánico de que registraran su habitación. Aquellas páginas valían su peso en oro, ya que junto a la información recopilada sobre los prisioneros españoles se había añadido ahora lo de El Raisuni. Con su pequeña caligrafía lo apuntó todo: la traición que planeaba Mulay Ahmed, su idea de aliarse con Mohammed y derrotar a los españoles juntos, su precaria situación en aquel momento.

Lo que más le inquietaba era conseguir averiguar de dónde iban a sacar las armas. Porque aquella guerra no estaba siendo corta, los gastos eran muchos y para vencer se necesitaba un ejército numeroso y bien armado.

Su sirviente consiguió escuchar una noche una conversación entre el hermano de Abd el-Krim y un lugarteniente, en la que decían que El Raisuni había contactado con un importante traficante de la zona. Al parecer este podía conseguir abundantes armas para los rifeños en lucha, pasándolas desde la zona francesa del protectorado.

No podía retrasar por más tiempo su partida, debía acudir lo antes posible a ver a su amigo el cónsul, y contarle todo lo que estaba pasando. La vida de muchos españoles estaba en juego y ella tenía información vital que podía inclinar la balanza de la guerra hacia la victoria. Solo le faltaba conseguir el nombre del traficante, pero por más que Mohamar espiase las conversaciones, por mucho que ella estuviese atenta a todo lo que escuchaba, no lograba averiguar nada. Solo consiguió saber una cosa: la persona a través de la cual El Raisuni negociaba con los españoles era Dris Ben Said.

Finalmente, una templada mañana de mediados de septiembre, Margarita cerró la última de sus maletas y salió de la casa de invitados sin mirar atrás. Abd el-Krim la esperaba junto a los caballos que habrían de llevarles de vuelta, y al verlo sintió cómo su corazón se le encogía.

—Señora baronesa, ha sido un placer tenerla entre nosotros. Espero que su estancia haya sido satisfactoria y que nos lleve en su recuerdo.

—En efecto, así ha sido. Le doy las gracias por su hospitalidad y por la entrevista que me concedió, le enviaré un ejemplar del periódico en cuanto se publique.

—Sabe que está usted invitada a volver cuando quiera, y esa vez podría quedarse todo el tiempo que quisiese. La cabila tiene zonas muy hermosas que no ha visto todavía.

—Ojalá pueda, señor, ojalá pueda. Me gustaría mucho.

Mientras hablaban, sus manos se rozaban sobre las bridas del caballo y sus ojos no dejaban de perderse el uno en el otro. Aunque la conversación era cortés en extremo, ambos estaban actuando para la galería, ya que se hallaban rodeados de mucha gente.

A través de sus palabras, iban recordando los susurros y las caricias que se habían prodigado durante el tiempo que habían pasado juntos. Aquella fría despedida ocultaba la pasión de una noche muy larga, una en la que no se habló de amor, pero que se hizo eterna en sus corazones. Antes de abandonar el lecho, ella le preguntó cómo iba a acabar todo aquello.

—¿Acabar el qué? ¿Mi vida, la guerra, nosotros? No son cosas que me preocupen en este momento. Prefiero acariciar tu piel, tu piel pálida, aspirar tu olor, besar tus pezones…

—Pero me preocupa si estarás bien…

—Antes de conocernos no era una cuestión que te preocupase, y tampoco debería hacerlo ahora. El destino está escrito, y ninguno de los dos podemos hacer nada para cambiarlo. Tú seguirás con tus artículos, y yo intentaré que esta guerra acabe cuanto antes. Si el destino así lo quiere, volveremos a encontrarnos. A lo mejor entonces, no te dejo escapar.

Margarita lo miró con dulzura, lo abrazó y se sentó sobre él a horcajadas mientras se quitaba el camisón. La luz del alba comenzaba a asomarse por las rendijas de la ventana, mientras sus cuerpos desnudos se movían en éxtasis. Los alientos mezclados… el sudor goteando… el adiós en sus almas…

—¿Tendrás cuidado? —dijo ella aún jadeando.

—Margarita, quiero vivir muchos años, no soy un adolescente rabioso e inexperto. Marcha tranquila.

—Pero El Raisuni está aquí… Ese hombre no me da buena espina…

—Mírame y escucha con atención —le dijo él, cogiendo su cara con las manos y besándola —. Conozco a Mulay Ahmed desde hace mucho tiempo, sé cómo piensa, sé lo listo que cree ser. Ha puesto bajo su mando a todos los bandidos de la región, hombres sin honor, sin piedad, sin compasión. ¿Qué se puede esperar de quién los manda?

—Nada.

—Al contrario, todo, pues cualquier cosa es posible cuando él habla. Ahora, levántate y acaba de hacer el equipaje. Toca partir ya.

Horas después, ambos se encontraron despidiéndose. Margarita había recorrido unos metros sobre su montura, cuando se sobresaltó al oír a Abd el-Krim que gritaba su nombre. Paró su caballo en seco y al girarse vio que este se acercaba corriendo.

—Baronesa, no lo hemos hablado… no sé muy bien cómo decirlo… —dijo respirando fuerte, intentando recuperar el aliento—, pero si llevases un hijo mío en tu interior, yo…

—No puedo tener más hijos —lo cortó ella.

Y espoleando su caballo Margarita salió de la casa, de Axdir, de la cabila y nunca más volvería a verlo.

16

Puede llamarme Paco

Días después, tumbada en la habitación de su hotel en Tetuán, contempló la pulsera de plata que brillaba en su tobillo. Recordó la pasión con que unos dedos expertos habían recorrido su cuerpo, y deseó poder volver a sentir algo igual algún día.

Margarita decidió partir de inmediato a Tánger para hablar con el cónsul, y contárselo todo. Pero no dejaba de pensar en quién sería el traficante. Aquello la obsesionaba. Era una cuestión primordial que tenía que resolver cuanto antes, ya que no solo afectaba a los intereses españoles, sino también a la relación con los franceses y el futuro devenir de la guerra. La única persona que podía saber algo era Dris Ben Said, el intermediario con El Raisuni.

No sabía muy bien cómo volver a acercarse a él, ya que este abandonó Axdir de forma precipitada cuando apenas llevaban unos días allí, y temía que hubiera sido por su culpa. O más bien debido a su relación con Mohammed Abd el-Krim. Pero no podía perder el tiempo en conjeturas, así que mandó recado a su casa de que deseaba entrevistarse con él. Quedaron en verse al día siguiente en la puerta de la iglesia de Nuestra Señora de la Victoria, en la concurrida plaza Primo. Ambos llegaron puntuales, Margarita iba acompañada como siempre por su sirviente, y se dirigieron a un café cercano. Una vez sentados, Dris Ben Said y Mohamar rompieron el hielo charlando un rato sobre el último partido de fútbol entre los equipos locales, el Sporting de Tetuán y el Hispano-Marroquí, mientras esperaban a que les sirviesen.

Margarita los observaba nerviosa, pues Ben Said, aunque educado y correcto, se comportaba con ella con una frialdad extraña. Habían compartido un largo camino para llegar a Axdir, muchos días y noches durmiendo a la intemperie, muchos momentos duros, y ahora su distanciamiento para con ella le dolía. Una vez estuvieron servidos los tés en la mesa, Ben Said la miró atentamente y le preguntó qué era lo que ocurría, ya que le había hecho llamar con tanta urgencia.

Margarita no quería contarle lo que ella conocía del asunto, pero sabía que para pescar hay que echar la caña y poner el cebo. Así que le habló del traficante, pero en ningún momento relacionó a Abd el-Krim con todo aquello.

—Le agradezco que haya podido venir, y siento la premura. No le habría molestado si no fuese algo importante, y me atrevería a decir que usted lo sabe. Nos conocemos ya un poco, y necesito pedirle un favor.

—La escucho, baronesa.

—No me pregunte cómo, pero tengo conocimiento de algunos hechos que, de ser ciertos, podrían acabar con el protectorado español. No me mire así, le aseguro que no me estoy inventando nada. Hay en algún lugar un traficante de armas que está ayudando a los rifeños, y sospecho que dicha ayuda seguramente no vendrá por mar, sino desde la zona francesa.

—¡Eso es imposible! —exclamó Ben Said, sorprendido.

—Desgraciadamente no lo es, lo que le digo es absolutamente verídico, señor. Desconozco quién puede moverse a su antojo entre ambas zonas del protectorado, salvo usted.

—¿Está usted insinuando que yo soy dicho traficante? Señora baronesa, he aguantado muchas cosas en esta vida, pero jamás…

—No me ha entendido —le interrumpió ella—, lo que quiero decir es que usted se mueve libremente entre la zona española y el Rif, y que existe alguien que lo hace entre las zonas española y francesa. Para usted no debe ser muy difícil averiguar quién es esa persona, y quizá ya la conoce pero ignora a qué se dedica en realidad. ¿Se le ocurre alguien?

Dris Ben Said se quedó pensativo durante unos minutos, mientras Margarita se iba impacientando cada vez más.

—Lo siento, señora, pero no puedo ayudarla. Mi relación con el protectorado francés es casi inexistente, y usted necesita a una persona que pueda guiarle en ambas zonas, que conozca lo que está sucediendo, que esté bien informado.

—Vaya por Dios, usted era mi mayor esperanza —dijo Margarita, afectando decepción.

—Le aseguro que nada puedo hacer… Pero… Espere un segundo, quizá haya alguien en Melilla que sí pueda ayudarla. Déjeme que le envíe un cable, y veremos qué me responde.

Margarita tuvo que esperar casi una semana, hasta que una mañana, al bajar a desayunar, un camarero le acercó a la mesa una bandeja con un sobre. La carta era de Ben Said. En ella le decía que su amigo prefería tratar la cuestión personalmente. Si la señora baronesa estaba interesada, debía ir a verle a Melilla, en el panteón de los Héroes de las Campañas, en el cementerio de la Purísima Concepción. A las doce de la mañana dos días después, él estaría esperándola.

Melilla fascinó a Margarita. La ciudad amurallada, con sus aljibes y baluartes, sus bellos edificios modernistas y el mar enmarcándolo todo. Acompañada de Mohamar, no les costó trabajo encontrar el panteón, y se sentaron en uno de los escalones de acceso a esperar. De vez en cuando pasaba alguien, pero el tiempo transcurría despacio mientras miraban al enorme ángel que coronaba la entrada al imponente mausoleo. Estaban a punto de irse, cuando apareció un hombre moreno, joven, bien peinado y pulcro, de pequeño bigote y andares marciales. Los miró con atención, y se dirigió a ella directamente.

—¿Doña Margarita Ruiz de Lihory? Encantado de conocerla, señora —dijo, dándole la mano con semblante cordial—. Veo que viene usted acompañada, ¿es su sirviente?

—Efectivamente, este es Mohamar, a quien siempre llevo conmigo desde que llegué a Marruecos, un hombre de mi absoluta confianza. ¿Con quién tengo el gusto de hablar?

—Llámeme Paco, baronesa, de momento será suficiente. No dispongo de mucho tiempo, pero le ayudaré en todo lo que pueda. Dris Ben Said me comentó algo en su cable, pero me gustaría escuchar la historia de primera mano, si no le importa, los detalles a veces son muy reveladores.

No había querido darle su nombre completo, ni decirle a qué se dedicaba, escondía quién era aunque se había prestado a ayudarla. Pocas dudas le quedaron de que era un militar: su porte, forma de caminar y economía de gestos, hasta su bigote traicionaban su ocupación.

—No puedo decirle más de lo que sé. El Raisuni ha hecho un pacto con un traficante, para que le proporcione armas suficientes con las que poder enfrentarse a los españoles. Se sabe que

dicho traficante opera en todas las zonas del protectorado, y que enviará las armas desde la zona francesa.

—Pero El Raisuni ha llegado a un acuerdo con el coronel Riquelme, por el cual él y sus hombres se someterán a los españoles.

—Tengo información según la cual creo que lo ha dicho para ganar tiempo, mientras consigue las armas.

—¿Y cómo está usted tan segura? Pueden haberle informado mal, haberla engañado…

—¿Con qué fin?

—Cualquiera sabe, en la guerra siempre circulan rumores, a la mayoría de los cuales no hay que hacerles demasiado caso. Discúlpeme, pero usted es una española más en Marruecos. ¿Por qué alguien iba a confiarle dicha información? ¿Cómo sabe que ese es realmente el plan de El Raisuni?

—Porque vengo de estar con él en Axdir.

De inmediato Margarita se arrepintió de haberlo dicho. Él la miró con más atención si cabe, y le propuso que Mohamar esperase fuera, mientras ellos entraban a ver el panteón. Subieron despacio las escaleras y al entrar notaron de inmediato cómo la temperatura bajaba varios grados.

—¿Sabe dónde estamos, señora baronesa? Aquí se encuentran enterrados los restos de miles de héroes anónimos españoles, que murieron en tierras moras. Somos muchos los que, de una forma u otra, estamos luchando en esta guerra y la información que manejamos es siempre delicada. He preferido que su sirviente no nos escuchase, pues nunca se sabe quién está al servicio de los rifeños.

—Se equivoca usted con él, señor. Mi sirviente es de una lealtad probada, me salvó la vida hace poco en una cabila rifeña. Ha sido una pieza fundamental para dar con cierta información muy importante, que sin duda ayudará a los españoles a ganar esta guerra. Así que le rogaría que, la próxima vez, antes de decidir por mí, tuviese la bondad de preguntarme. A él lo conozco y no puedo decir lo mismo de usted, hasta ahora ha sido más bien impertinente con sus preguntas.

Él la miró con admiración, aquella mujer tenía carácter y no se dejaba amilanar.

—Siento si la he molestado, baronesa, pero, como le he dicho, dispongo de poco tiempo ya que me necesitan en el cuartel. Lleguemos pues a un acuerdo: usted cuénteme lo que sabe y yo por mi parte le prometo que si puedo ayudarla, lo haré.

Margarita lo miró con recelo, indecisa sobre si contarle toda la aventura de aquellas semanas. No sabía con quién hablaba, y tampoco tenía muchas más referencias por Ben Said. Pensó que se había precipitado y había cometido un error. Debería haberse ido directamente a Tánger a ver a Joaquín, en vez de dedicarse ella por su cuenta y riesgo a buscar a un traficante.

Todos estos pensamientos debían verse reflejados en su semblante.

—Señora, veo que duda, y hace bien. No sé qué es lo que sabe, pero debe de ser muy importante a tenor de lo que leo en su cara. No me conoce, no sabe quién soy ni si puede fiarse de mí, así que si le parece comenzaré por presentarme y después decidirá si quiere hablar conmigo o no. El cuartel puede esperar. Me llamo Francisco Franco Bahamonde, y soy comandante del tercio de extranjeros en Dar Riffien. Pero como le dije antes, puede llamarme Paco.

17

La aguja en el pajar

Si le parece bien, seguiré diciendo Paco, que es como llevo llamándole toda la vida desde que le conocí. ¿Le extraña? No comprendo por qué. Desde el primer día que me encerraron aquí estoy pidiendo que me permitan hablar con él, que lo pongan al corriente de mi situación, pero hasta la fecha nadie me ha hecho caso. No dude de que en cuanto se entere, que acabará por enterarse, se enfadará. Sí, sí que lo hará, no lo conoce usted como yo. En realidad, ahora que lo pienso, no lo conoce usted en absoluto… Poca gente lo conoce.

¿Qué iba diciendo? Ah, sí, Melilla. Como le contaba, Paco resultó ser lo que parecía: un hombre enérgico, muy disciplinado y que sabía escuchar, cualidades todas muy militares, menos la tercera. No interrumpía salvo para hacer las preguntas justas, poseía una gran memoria y se formó rápidamente una idea de la situación que le acababa de contar. Lo que yo no sabía entonces, era que él estaba al corriente de más información que yo. Mientras paseaba observé algo en lo que nadie ha reparado que yo sepa, tiene un tic muy curioso cuando está concentrado. Pero no le voy a decir cuál.

Lo que le había contado era un asunto muy serio, mucho más de lo que yo pensaba. Como me diría después, si todo aquello era cierto, nuestras líneas de abastecimiento que atravesaban territorio francés podían verse seriamente comprometidas. No tardó en decirme que creía tener una idea de quién podía ser el traficante.

Estaba indignado, o quería hacérmelo creer. No hacía más que decir: «Ese perro traidor, debería haberme imaginado que tramaría algo así». Había que actuar con celeridad, ya que la firma del acuerdo entre el rifeño y el general Burguete estaba prevista para el día 22 de septiembre, y solo faltaban seis días. Eso significaba que El Raisuni esperaba poder conseguir las armas antes, y alzarse así de nuevo contra nosotros, Dios sabe dónde y cuándo. Podía atacar cualquiera de nuestras posiciones más desprotegidas, pero eran muchas las que por desgracia lo estaban, cosa que yo, e imagino que muchos españoles, ignorábamos. Cuando me lo explicó Paco, no sabe usted cómo me invadió el desasosiego.

Él tenía bajo su mando en aquel entonces la primera bandera de la legión, pero solo con sus hombres no creía que fuera a ser suficiente. Se iba a necesitar toda la ayuda posible. Ante mi asombro, me cogió con suavidad del brazo, y mientras abandonábamos el panteón me dijo que fuera a hacer las maletas. Debíamos partir de inmediato a Tánger a ver a don Joaquín Márquez, mi amigo el cónsul, al que él no conocía todavía.

No sé si puede hacerse una idea de la emoción que me embargaba entonces. La baronesa cumplía su palabra. Aquellos meses había tenido la oportunidad de recorrer Marruecos, y aquel país, con esa mezcla de fuertes contrastes entre la costa y las montañas, entre las dunas y los palmerales, me había enamorado. Resultaba fascinante aquel ambiente caótico, con los primeros

coches circulando entre los carromatos tirados por burros, las calles siempre bullendo de gente, el muecín llamando a la oración desde el minarete de la mezquita… Esa mezcla tan peculiar del olor a especias, a piel curtida, a polvo, suciedad, dátiles… y también a sudor.

Pero de todos los lugares visitados, de todos los rincones encantadores, Tánger fue el que conquistó mi corazón. Aquella ciudad tenía sin duda algo mágico y eterno. Las casas encaladas, donde los laureles y las buganvillas ponían los toques de color rosados; el aroma a salitre y jazmín, la alternancia de nubes y sol… Tánger era como una prostituta joven, bella y cara, bañada por el mar que asomaba tras cada callejuela, llena de secretos. Una rara perla que admirar y temer un poco. ¿No le gusta lo de prostituta? Ya veo. O quizá debía haber dicho prostituto…

Pero déjeme que siga rememorando.

Tánger está situada entre el Mediterráneo y el Atlántico, el aire siempre circulaba por sus rincones, a veces como una brisa, otras como un vendaval. Pero lo que hizo de ella un lugar excepcional, fue la increíble libertad con la que se desarrollaba la vida allí. Eso atrajo a todo tipo de personas, sobre todo a escritores y artistas, que fueron a disfrutar de una vida bohemia y llena de perversiones, esas que en sus lugares de procedencia les habrían llevado sin duda a la cárcel.

No puede usted imaginar cómo era Tánger entonces, y eso que sigue siendo una ciudad internacional, pero tengo entendido que ya no es lo mismo. Ya nada es lo mismo. Los días dorados pasaron para todo y para todos. En aquellos años las leyes parecían no existir, era como si viviésemos en una burbuja, donde la rigidez estaba prohibida, las divisas entraban y salían libremente y la censura era una palabra desconocida. Cierto que el kif y el opio se convirtieron en compañeros de viaje para muchos de ellos, pero yo nunca tomé ninguna droga. No tenía nada en contra, muchos de mis amigos las tomaban habitualmente, pero me daban aprensión, había visto extraños comportamientos en quienes las consumían.

Bueno, si le soy sincera, en alguna ocasión fumé opio en varias fiestas, pero entonces era algo tan chic y tan bohemio, que habría quedado ridículo por mi parte negarme a hacerlo. Pero ya le digo que fueron pocas veces, la verdad es que no me sentaba bien.

Tánger era la ciudad de todos y de nadie. En 1922 se había establecido el protectorado sobre ella, y administrarla era un auténtico rompecabezas, ya que eran demasiadas las naciones que la gobernaban y no siempre estaban de acuerdo entre ellas. Tánger era «la puerta de África», el centro neurálgico del tráfico en el mediterráneo, donde árabes, cristianos y judíos vivían en armonía, como ha pasado otras veces. Pero lo que más sorprendía, era la cantidad de dinero que circulaba como una cascada de lujo desmedido. Y donde hay lujo, le aseguro que hay diversión a raudales. Pero nosotros teníamos una misión que cumplir, y no era precisamente momento para fiestas. Aunque me equivocaba de nuevo…

Había enviado un cable a Joaquín desde Melilla avisándole de nuestra llegada, y nada más llegar nos instalamos en el hotel Continental. Llegó el cónsul a recogernos en su Hispano Suiza H6B, que despertó silbidos de admiración en Paco. Aquel era el automóvil más lujoso que yo había visto nunca, con su olor a cuero y madera bien encerada, sus asientos mullidos y pintado en una elegante mezcla de blanco y negro. El problema fue que no cabíamos todos, ya que el coche era biplaza. Así que fuimos dando un paseo hasta el Zoco Chico, donde nos sentamos en un café.

Frente a nosotros la calle bullía de vida. Se escuchaban las campanillas sonar al paso de los aguadores, se veían las telas bordadas colgando en los negocios, decenas de coloridos higos

chumbos que, apilados sobre un carromato, un hombre ofrecía recién pelados…

Tras ser servidos y mientras degustábamos nuestro té, fui desgranando poco a poco la historia completa, desde mi llegada a Axdir, hasta mi encuentro con Paco. Joaquín había oído hablar de él, y mientras lo miraba con respeto, le agradeció su intervención en la reconquista de Nador.

—No nos conocíamos personalmente, pero he oído contar grandes cosas de usted y su legión.

—Le agradezco sus palabras, pero solo cumplo con mi deber para con la patria, como hace usted también.

—Así es, y han hecho bien en venir a verme. Margarita, es usted una mujer extraordinaria, su temple y valentía son sin duda de admirar. En otra ocasión tendrá que contarme con más calma su vida en la cabila. Pero la situación, por desgracia, es mucho más comprometida de lo que ustedes creen, y el tiempo no corre a nuestro favor.

Joaquín nos contó entonces que el mismísimo mariscal francés Lyautey, se había reunido con él hacía poco para hablarle de una situación similar: los rifeños de su zona se iban a sublevar, y tenían noticias de la participación de El Raisuni en ello. La zona francesa del protectorado era un oasis de paz en comparación con la española. Quedaban algunas partes aisladas donde todavía había cierta resistencia, como en Tiznit o la región del Sus, pero nada como la guerra que nosotros librábamos todos los días contra los rifeños.

Había llegado a oídos del mariscal que se preparaba un gran alzamiento en todo Marruecos. El Raisuni llevaba meses reuniéndose con los jefes tribales, tanto del norte como del sur. Si los rumores eran ciertos, y todo parecía confirmarlos, su plan consistía en unirlos a todos bajo su mando y rebelarse contra todos los invasores, ya fuesen franceses o españoles. Pero para que el plan pudiese tener éxito, se iban a necesitar muchas armas y estas solo podía proporcionarlas un hombre: Al Cherqaoui, al que todo el mundo apodaba el Gallo.

El Gallo era un conocido traficante, una serpiente peligrosa que se movía por todo Marruecos libremente, un fantasma, pues nadie sabía todavía qué aspecto tenía. Enviaba a sus hombres de confianza a cerrar los tratos, acudía disfrazado a los encuentros de alto nivel, e incluso se decía que había llegado a hacerlo vestido de mujer. Lyautey le había contado al cónsul que sabían que se iba a reunir con un hombre de El Raisuni, habían podido enterarse de la fecha y el lugar, pero no de quiénes iban a ser los interlocutores.

No puede imaginar usted la tensión en la que vivimos aquellos días en Tánger. Fue todo tan vertiginoso, tan fascinante… aun a día de hoy parece casi un sueño…

El encuentro tendría lugar durante la recepción que el sultán iba a ofrecer a los mandatarios extranjeros, para celebrar el compromiso de una de sus hijas. O sea, dos días después de mi llegada a Tánger. No tenían ni un dato más. Así que le propuse a Joaquín que hiciésemos algo parecido a lo que hicimos con Ben Said en la recepción del palacio del emir.

Paco, que escuchaba con atención, quiso saber qué habíamos hecho con Ben Said. Tras explicárselo, se rio con grandes carcajadas y dijo que era una idea magnífica. Mi persona resultaría menos sospechosa.

Yo era la única que se había encontrado con El Raisuni hacía poco, y además había tenido ocasión de ver a los hombres que iban con él. Si teníamos un poco de suerte, alguno de ellos sería el que se reuniese con el Gallo. Paco acudiría conmigo y con un grupo escogido de sus

legionarios vestidos de incógnito, y en el caso de que yo reconociese a alguno, los detendrían de inmediato.

A Joaquín le preocupaban las posibles consecuencias diplomáticas. Era todo demasiado arriesgado. Recuerdo que viví aquellos dos días hasta la recepción con el corazón en un puño, inquieta, excitada, nerviosa. Tenía la sensación de que mi vida en Marruecos era una vorágine de emociones.

Ahora que han pasado los años, esos recuerdos provocan en mí una sonrisa, supongo que porque conozco el final que tuvieron. Mis últimas semanas se convirtieron en una espiral de agitación, donde mi vida y la de Paco corrieron serio peligro. Puedo sonarle absurda, pero estaba tan excitada como cuando hacía el amor con Abd el-Krim.

Pero me estoy adelantando a los acontecimientos…

¿Le importaría darme un cigarrillo, por favor?

Gracias.

¿Por dónde íbamos? Ah, sí, la recepción. ¿Recuerda usted lo que le dije de la del emir? ¿Lo que le hablé de aquel lujo maravilloso? Pues se queda corto en comparación con la del sultán.

En la plaza de la Alcazaba estaba la entrada al palacio. Lo recuerdo porque tras la puerta, que era colosal, se entraba a un patio rodeado de unas bellísimas columnas de mármol blanco. Aquello era una locura de patios y jardines, decorados todos con una magnificencia digna de las mil y una noches.

Para la ocasión, como usted comprenderá, volví al vestuario europeo. Mi vestido en color rosa empolvado iba decorado con unas perlas tanto en el escote en forma de uve, como en el cinturón que lucía a la cadera. Guantes al codo y zapatos de medio tacón en gris, abanico de marfil, y un tocado de plumas y brillantes completaban mi atavío. Un vestuario sencillo, pero magnífico.

Toda la diplomacia tangerina se había reunido allí. Conforme Paco, que iba de uniforme de gala, Joaquín y yo paseábamos entre los allí presentes, el cónsul nos iba presentando a tal o cual embajador, empresario o magnate de las finanzas. Elegantes y perfumados, la selecta concurrencia se movía como en un vals, danzando entre las mesas, los camareros, el champán y la noche, en una mezcolanza de lenguas y de razas.

Di vueltas y más vueltas entre los invitados, y mientras me abanicaba con disimulo miraba a mi alrededor buscando alguna cara conocida. Escrutaba las barbas y los turbantes, los fez y las chilabas, pero ni uno solo de aquellos hombres me resultaba familiar. A prudente distancia, Joaquín y Paco me miraban y me hacían señas, pero yo negaba con la cabeza y proseguía mi deambular. Junto a mí pasaban las bandejas de oro en las que se ofrecían los tés más aromáticos, los dulces más exquisitos, los *briouats* más deliciosos. Pero yo era incapaz de comer nada, mi estómago se había cerrado y los nervios hicieron que agitase cada vez con más fuerza mi abanico. Hasta que lo rompí. He roto muchos abanicos en mi vida…

Estupefacta, observé el abanico en mi mano, con dos de las varillas sueltas, y lamenté mi torpeza. Me dirigí al baño, a refrescarme un poco y serenarme. Iba a ser difícil encontrar la aguja en el pajar, y si los nervios me dejaban ciega, jamás encontraría al traficante.

Cuando llegué al baño me sentí como si hubiese entrado en una catedral, el mármol blanco cubría toda la superficie de suelo a techo. En el centro había una pequeña piscina y a su alrededor

largos bancos, donde varias mujeres estaban sentadas descansando. Hacía un agradable frescor y se escuchaba el agua correr. Olía intensamente a rosas.

Me senté e intenté arreglar el abanico sin éxito, así que lo cerré y me quedé quieta un rato, mirando a las demás y tratando de tranquilizarme. Algunas mujeres se contemplaban en los espejos y retocaban su maquillaje, otras se mojaban las manos y el cabello con agua perfumada. Se oían risas y cuchicheos. Era como ver en movimiento un cuadro de Delacroix. Me levanté para salir y continuar mi búsqueda y en ese momento el abanico, que descansaba en mi regazo, cayó al suelo. Me agaché para recogerlo, cuando vi a una mujer salir de uno de los baños y dirigirse a la puerta de salida. Algo en su forma de caminar me llamó la atención. No sabía decir exactamente el qué, pero aquella mujer me resultaba familiar.

Viéndola salir, comprendí que nos habíamos equivocado. El Raisuni no había enviado a uno de sus hombres a entrevistarse con el Gallo, había encomendado esa tarea a una mujer, y no de su familia precisamente.

El azar es caprichoso, ¿no cree usted?

Si yo no me hubiese agachado a por mi abanico, la hermana de Abd el-Krim me habría visto, y quizás toda la operación se habría ido al traste. Fue ese sencillo accidente el que hizo que la reconociese, que la pudiese seguir discretamente por la fiesta, y la viese hablando con un hombre que, según descubrimos más tarde, resultaría ser el propio el Gallo.

Tengo el abanico enmarcado en mi casa, roto, porque gracias a él hablé primero con Dris Ben Said, y después detuvieron al traficante de armas más peligroso de Marruecos. Deberían haberle condecorado también, como hicieron conmigo.

El Raisuni fue, desde luego, más listo que nosotros. Si yo no hubiese ido a la cabila, jamás los habrían podido detener, pues ¿quién iba a sospechar de un hombre y una mujer que charlaban animadamente en una fiesta?

No los detuvieron inmediatamente, les pusieron vigilancia a cada uno y los soldados de Paco los siguieron. No sé al final a cuántos encarcelaron, pero sé que fueron muchos. Todos estos sucesos los fui narrando en mis crónicas, aunque nunca dije que era yo la protagonista, sino mi *alter ego* el Capitán Alí, un personaje que, como creo que ya le dije en una ocasión, inventé para no correr más riesgos de los necesarios. No obstante, mis precauciones fueron inútiles. Mi situación en Marruecos se había vuelto insostenible. Los rifeños sabían de sobra quién era y lo que había hecho, y muy pronto me lo harían saber.

Como le decía, el azar es caprichoso, un día tropiezas con una alfombra y al siguiente te haces amiga de un hombre peligroso. Nunca sabré de quién fue la mano que me advirtió del peligro con una nota, si la envió Ben Said, Abd el-Krim o algún otro. Pero recibí un sobre en mi hotel de Tánger, en el que me avisaban de que se preparaba un atentado contra mí aquella tarde en el consulado español, donde debía ir a reunirme con Joaquín. Cómo se habían enterado, nunca llegué a saberlo, pero por si acaso me tomé en serio las advertencias.

Lo que nunca imaginé fue que no solo mi vida estuviese en peligro, sino también la de mis amigos. Cuando te avisan de que hay alguien que quiere atentar contra ti, de una forma extraña tu mente y tu cuerpo se hacen a la idea de ello. No estoy diciendo que te resignas a morir, al contrario, te vuelves casi paranoica buscando la forma de sobrevivir, de evitar que nada pueda hacerte el más mínimo daño. Te vuelves cauta, desconfiada, suspicaz. Pero tal y como aprendí de

Mersida, nuestra vida está ya escrita y nada podemos hacer para cambiar lo escrito. De hecho, quien al final estuvo a punto de morir fue mi querido Paco.

Por su cara pasmada deduzco que no lo sabía. Es normal, pocas personas han oído hablar de este suceso, fue hace muchos años y él era entonces muy joven. Aun así, a los atentados frustrados no conviene darles publicidad, y menos a los del Caudillo, ¿no cree usted?

Todo sucedió de la forma más inesperada y ridícula. Paco había venido al hotel a recogerme acompañado de dos de sus legionarios, para velar por mi seguridad. ¡Mi seguridad! ¡Qué gran ironía del destino! Justo cuando estábamos saliendo, recordé que me había dejado una sombrerera apoyada junto a una de las columnas de la recepción, así que volví a por ella y los legionarios me acompañaron. Paco se quedó fuera, esperándonos.

Tenía ya la sombrerera en la mano y me disponía a salir de nuevo, cuando se escucharon varios disparos. Miré a mi alrededor asustada, mientras aquellos valientes legionarios me protegían con sus cuerpos, pero pronto nos dimos cuenta de que los disparos provenían de la calle. Salieron corriendo mientras me gritaban que no me moviese de allí, pero ¿¡qué habría hecho usted!?

En aquel momento no lo pensé, actué por instinto, y desde luego no fue el instinto de supervivencia. Me abalancé fuera del hotel y mientras los rayos del sol me cegaban por unos segundos, escuché un caos de gritos y alaridos de dolor. Se podía oler todavía la pólvora recién disparada. A escasos metros de mí, distinguí unas piernas que, tumbadas en el suelo, asomaban tras un coche. Al acercarme vi a Paco tirado sangrando profusamente, mientras los dos legionarios vigilaban que nadie se le acercase. Si hubiese visto aquello… Parecía una carnicería, había sangre manando como fuentes de sus piernas mientras gritaba de dolor y pedía un médico.

Como más tarde supe, habían atentado contra él. Un hombre vestido con chilaba oscura y la cabeza tapada con la capucha. Eso fue lo que le llamó la atención a mi amigo, y probablemente lo que le salvó. Hacía un calor de mil demonios aquel día, las moscas zumbaban como locas, no se movía ni una brizna de aire, pero allí estaba ese hombre vestido con una túnica pesada y gruesa, con la cabeza tapada cayéndole el sudor a gruesos goterones por la cara, las manos en los bolsillos y caminando despacio. Imagino que fue algún tipo de reflejo militar, pero el caso es que Paco se dio cuenta de que había algo raro en él, y no lo perdió de vista. Sí, aquello lo salvó. Para cuando el hombre había conseguido sacar la pistola de debajo de su chilaba, Paco ya se estaba lanzando al suelo. Disparó tres tiros, pero solo uno lo alcanzó.

Cuando yo llegué junto a él, me arrodillé a su lado e intenté quitarle las manos de la pierna para ver la herida, pero no me dejó. Gritaba que necesitaba un médico y me pedía que me fuese, y yo pensé que era porque temía por mi seguridad. Le dije que me daba igual si me pegaban un tiro a mí también, pero que me quedaba, así que o me enseñaba la herida para poder ayudarle o le pegaba otro tiro yo por cabezota. Al poco entendí por qué quería que me fuese: le habían disparado en los testículos.

No soy médico, como sabe, pero he cursado dos años de medicina. Le hice un torniquete como pude, lo subimos al coche y lo llevamos al hospital mientras todos seguíamos asustados, mirando a todas partes por si nos disparaban de nuevo. Pudo haber muerto desangrado, pudo haber muerto camino del hospital, pudo haber muerto en la sala de operaciones, pero al final no murió. Paco siempre ha sido un hombre muy fuerte, sobre todo de espíritu. Ah, y conservó uno de sus testículos.

Lo veo realmente atónito. Creo que me he ganado otro cigarrillo, ¿no cree usted?, no todos los días uno descubre algo tan jugoso sobre nuestro amado Caudillo. Y diría que me he ganado también un té con leche. Muy dulce, por favor.

Diez días después quedé con Joaquín y con Paco a comer en el hotel Villa Valentina. Paco se había recuperado ya por completo, y se le veía incluso mejor que antes, más lleno de confianza y valor si cabe. Sospecho que el atentado fue lo que le dio aún más fuerza para actuar en el Rif con contundencia. Él es un guerrero, siempre lo ha sido, y está orgulloso de serlo. Sobrevivir al atentado fue mejor para él que una medalla, no por el hecho en sí de vivir, sino por tener una herida más de guerra de la que enorgullecerse.

En aquella comida quedó claro que mi tiempo en Marruecos había concluido, debía abandonar el país cuanto antes. Paco me dijo que había contraído una deuda de sangre conmigo, le había salvado la vida y siempre podría contar con él. Desde aquel día mantuvimos nuestra amistad, y hasta en los momentos más difíciles, cuando la Guerra Civil no se sabía por dónde iba a terminar, me mantuve fiel a él.

No pude volver a por mis cosas a Tetuán, ni despedirme de Víctor y fray Revilla, al que me habría gustado preguntarle un par de cosas tras mi conversación con Abd el-Krim. Les envié sendas cartas de las que obtuve respuesta, aunque estas me las guardo para mí, pues no aportan nada a mi historia.

Joaquín se ocupó de todos los trámites diplomáticos para que pudiese abandonar el país cuanto antes, de que enviaran mis cosas a España desde Tetuán y Tánger, de conseguir un buen puesto en el consulado para mi buen Mohamar, al que tantas cosas le debía. Pero antes de regresar, aún me quedaba una última sorpresa.

La noche antes de mi partida, me invitaron Paco y Joaquín a cenar en Villa Harris. La antigua villa del corresponsal del *Times* se había reconvertido ahora en un elegante casino, donde la madera tallada y los techos pintados convivían con las ruletas y los cócteles. Vi una ingente cantidad de soldados franceses en la puerta, pero no le di importancia. Una vez dentro, fuimos a un reservado donde al entrar observé que había unos hombres esperándonos. Uno de ellos era el inconfundible mariscal Lyautey.

El mariscal lo era todo en el protectorado francés, no soplaba el viento sin que él lo ordenase, un maestro en el arte del gobierno de la colonia y sus fotos se publicaban constantemente en los periódicos. Su aspecto era de sobra conocido, con su delgadez enjuta, el pelo blanco y el bigote encerado. Junto a él estaba el resto del alto mando francés en Marruecos. La sorpresa fue mayúscula.

Uno por uno me fueron besando la mano, mientras inclinaban de forma marcial la cabeza. Al terminar, Lyautey levantó su copa y brindó por mí. Dijo que el Estado francés estaba en deuda conmigo, ya que gracias a mi inestimable ayuda se había podido detener a el Gallo y frustrar así los planes de El Raisuni. Dijo que nunca había conocido a una mujer cuya intervención hubiese sido tan decisiva en una guerra, que era extraordinaria y que Francia siempre tendría sus puertas abiertas para mí.

Dios mío, cómo me temblaron las piernas. Todos aquellos hombres allí reunidos, sonriendo y brindando por mí. Ojalá mi padre hubiese podido verlo, a su hija, su baronesa, su preferida, rodeada de todos aquellos hombres importantes, convertida en leyenda.

18

Mersida

Mersida tenía una cabellera tan larga, frondosa y brillante, que a Margarita le vinieron a la mente de inmediato los cuadros de Isabel de Baviera, la famosa Sissi emperatriz de Austria. Tumbada sobre un diván, comía con afectada indolencia unos dátiles y escupía los huesos en un cuenco de plata junto a ella. La habitación olía fuertemente a incienso, el aire era denso y pesado. De fondo se escuchaba el rumor de una fuente. Los muebles eran suntuosos, las mullidas alfombras de la mejor calidad, las cortinas y almohadones confeccionados con las telas más ricas.

Margarita miró a su alrededor y arrugó la nariz. El olor a incienso era tan cargado, que solo pensaba en salir de allí cuanto antes. Eso por no hablar de que llevaban ya sentados diez minutos, y la supuesta bruja aún no había despegado los labios. Se giró a mirar a Mohamar, y arqueó las cejas en un gesto de hartazgo muy elocuente. Aún no entendía cómo se había dejado convencer, ella, la devota de la Virgen de los Desamparados, en casa de una supuesta vidente, una adivina.

Si algo había aprendido de su padre el barón era que había que desconfiar de curanderos, videntes y brujos, que al final se demostraba siempre que eran unos farsantes, unos engañabobos, como él decía. Lo único que querían era sacarle las perras al tonto crédulo de turno, y no le hacía ninguna gracia representar aquel papel. Pero al parecer aquella mujer era diferente, así le había dicho su fiel sirviente, que había insistido mucho en llevarla. Le dijo que le impresionaría, que podría preguntarle lo que quisiera, y que ella, como un oráculo, le respondería. Como solía decirse, no perdía nada por probar.

Sin embargo, aun con todo lo que le había dicho Mohamar, tras los largos minutos sentada en aquella atmósfera asfixiante, la veía como una mujer fatua y superficial, a pesar de los espléndidos cabellos que como un ala de cuervo le caían sueltos por su espalda, algunos trenzados con hilos de oro, enmarcando una cara pálida y unos ojos maquillados con abundante kohl.

De improviso, la vidente se puso en pie y se acercó a Margarita. Cogiéndole de la mano, pasó sus dedos de largas uñas por la palma, presionó su dedo índice, y después recorrió el óvalo de su cara. Pellizcó su entrecejo, le tocó los labios y sonrió satisfecha mientras Margarita la observaba estupefacta, incapaz de reaccionar. Después volvió a sentarse, y la invitó a tomar algo.

—Baronesa, es usted tal y como la esperaba, su fama le precede. Le ruego perdone la espera y mi atrevimiento al tocarle de esa manera, pero era necesario, mis manos son mis ojos a la hora de ver el interior de la gente. Beba —dijo, acercándole una jarra de plata con agua y un vaso—. Usted cree, lo sé, cree que Dios la guía y la protege, que la Virgen es su aliada. Pero hay algo más, ¿verdad?, algo que bulle en su corazón y la llena de ansia, pero también de curiosidad, ¿no es cierto?

—¿Algo más? No la entiendo. ¿A qué se refiere…?

—Creo que hablaremos mejor a solas —respondió mirando a Mohamar.

Margarita le indicó a este que saliese de la habitación, y dejó su sombrilla y el bolso en una silla junto a ella. Algo le decía que la conversación iba a ser larga.

—¿Le han hablado de mí, baronesa? Naturalmente, por eso está aquí, pero ¿qué le han contado?

—Que es usted una vidente, al parecer una de las buenas, de las mejores. Que predice el futuro, que es una bru… —Margarita se interrumpió antes de acabar la palabra y se sonrojó. Mohamar le había advertido claramente que no debía llamarla así.

—Bruja, dígalo sin miedo. Sé que me llaman así, pero no me importa, incluso me halaga. Si supiesen en realidad de lo que soy capaz, si conociesen todo mi poder, me llamarían cosas peores. Pero en fin, ¿a qué ha venido usted?

—Sinceramente, no lo sé.

—Sí, sí lo sabe. Usted quiere comprender lo que vio, ¿no es verdad?

—¿Lo que vi? ¿Cuándo? ¿A qué se refiere?

—El anciano sin ojos, ni lengua, ni manos. El cuerpo que no sangra, sin cabellos, ni vida. ¿Lo recuerda ahora?

Margarita la miró lívida. ¿Cómo podía aquella mujer leer sus pensamientos? Era imposible, tenía que ser obra de Mohamar, sin duda él le habría contado lo que vieron.

—No, no me lo ha contado, le aseguro que no era necesario. Su corazón es transparente como un cristal, puedo ver lo bueno y lo malo que anida en usted, lo que ansía y lo que teme. Beba un poco más de agua, y respire hondo.

—¿Pero cómo puede usted saber…?

—Beba, beba primero.

Sin apartar los ojos de ella, Margarita cogió el vaso y bebió despacio. Conforme lo hacía notaba cómo el agua fresca le quitaba no solo la sed, sino que la calmaba profundamente. Se sintió de pronto serena y reconfortada, la mente vacía de cualquier pensamiento. Mersida la observaba mientras asentía con gesto de aprobación. Era como si aquella mujer pudiese leerla como un libro abierto, y pensó que a lo mejor su padre se había equivocado, que quizá sí que había gente con poderes inexplicables.

—Baronesa, usted quiere creer, no luche contra ello. Su padre le enseñó bien, hay quien engaña y manipula, por supuesto; en todas las profesiones, como usted sabe, pero no es mi caso. Su curiosidad llena esta sala como el incienso que tanto le molesta. Déjeme que la acompañe en su viaje iniciático, que la guíe por otras sendas que siempre han existido y que siempre existirán. La vida y la muerte al final son dos caras de la misma moneda, y usted vive intensamente, pero también quiere saber qué ocurre después, ¿no es así? ¿Me equivoco?

Margarita se sintió como una niña pequeña pillada en falta. Avergonzada, asintió despacio, sin levantar la vista del suelo. Todo lo que decía aquella mujer era cierto, quería saber qué había más allá de la muerte. Pero eso significaba contravenir todo lo que había aprendido de su padre, ir contra la Iglesia católica, y ella era creyente, de eso no cabía duda.

—No se atormente, todos quieren saber. No es usted la única, y no tiene por qué renunciar a sus creencias. La he visto ahí fuera despidiéndose del comandante Franco, otro de mis muchos clientes. No se asombre, no es el primer militar que me visita, los tengo de más alto rango.

Normalmente me consultan antes de tomar algunas decisiones estratégicas importantes, aunque algunos también quieren saber cosas más personales, más íntimas, ya sabe —dijo sonriendo enigmáticamente.

—¿Me está diciendo que Paco viene a verla? —no pudo evitar exclamar Margarita.

—¿Paco? ¿Así lo llama usted? No sabía que eran tan amigos.

—Y no lo somos. Es un poco complicado de explicar. Estoy muy sorprendida la verdad.

—No se sorprenda tanto. Ver el futuro, conocer lo que nos depara y prepararnos, es algo que todos desean. Pero usted no ha venido aquí por un mal de amores o para saber qué les espera mañana en la batalla. Tiene que preguntar, baronesa, para que pueda contestarle. Así funciona la magia, *ma chérie*, como suele usted decir.

Margarita la miró largo rato sin saber muy bien qué preguntar. Los interrogantes se iban agolpando en su cabeza uno detrás de otro en rápida sucesión, sin que pudiese retener ninguno en especial.

—¿Es usted marroquí? —dijo al fin.

—No, mi origen es franco-berebere. Me crié en la religión del islam, hablo *tamazight* y soy musulmana. Pero entre nosotros los bereberes hay también cristianos y judíos. Nos gusta comer *shuá* y *thamrikt*. Somos muy diferentes a ustedes los cristianos viejos, y nuestros ritos y creencias también difieren completamente.

—Tengo un amigo que dice que en el islam hay algo oculto y misterioso, y que cuando se trata de magia mora, conviene tener siempre algo de credulidad.

—Su amigo dice bien. Usted se aferra a su catolicismo, pero el mundo está lleno de religiones, de creencias. Debe abrir su mente a un saber milenario que le fascinará, que podrá explicarle lo que vio y no comprendió. Lo que vemos tantas veces y comprendemos tan pocas.

—Aquel anciano… se refiere…

—Sí, lo que vio la trastornó. Usted se pregunta sobre el tránsito de la vida a la muerte, quiere saber qué ocurre con el espíritu cuando el cuerpo ya no puede alojarlo. Esa metamorfosis es un enigma en el que no puede dejar de pensar. Les ha pasado y les pasa a las mentes más preclaras.

—Es cierto. Tengo grabado a fuego en mi retina cómo iban desmembrando a aquel viejo. Mientras Mohammed me hablaba y me lo explicaba todo tranquilamente, yo no podía apartar los ojos de aquella atrocidad. Me sentí a la vez horrorizada y fascinada, lo reconozco. Aunque sabía que era imposible, que aquello no era más que una bárbara ceremonia, cuando terminaron no podía dejar de preguntarme si realmente el espíritu de aquel hombre viajaría en el tiempo hasta reencarnarse de nuevo. Toda la ceremonia se hizo para intentar conseguir su resurrección, pero el único hombre resucitado es Jesucristo nuestro Señor. El resto son mentiras, patrañas.

Mersida rio a carcajadas y la miró compadeciéndola.

—Déjeme que le explique algo, baronesa. Ellos son yezidíes, un pueblo que profesa una religión muy lejana a la de su Jesús cristiano. El mundo es mucho más grande que su Iglesia, y lo habitan creencias muy antiguas y a veces oscuras. Ellos depositan su fe en Melek Taus, el ángel del pavo real, el enviado de Dios. ¿Le suena? Sí, ellos también tienen un profeta, pero a diferencia de ustedes los cristianos, su divinidad ya caminaba sobre la tierra siglos antes de que su Jesús naciera. Los yezidíes vinieron de muy lejos y se asentaron entre nosotros, hablando una lengua extraña que escribían con un alfabeto enigmático. Ellos creen que algunas almas yezidíes

se reencarnan, pero para ser merecedores de ello deben ofrecer un sacrificio a uno de sus ángeles, ese al que los musulmanes llamamos Shaytan, el diablo. De ahí que profanen el cadáver cortándolo. Veo asombro en sus ojos y miedo, baronesa, pero sobre todo veo curiosidad. Deje que le dé la bienvenida a un nuevo mundo, uno que está habitado por fuerzas que ni siquiera podemos llegar a entender. Nuestro mundo, en realidad. No sabía nada de esto, ¿verdad? Debe aprender, baronesa, cuanto más descubra, más entenderá lo que le rodea. Ahí fuera hay gente que adora ídolos extraños, hay cientos de religiones y algunas de ellas son muy peligrosas. Los espíritus viajan, las almas vuelan y se comunican. ¿Me cree, baronesa?

II

AMÉRICA

19

Nada fue como yo había esperado

Al desembarcar en Valencia aquella tarde de octubre de 1922 oscura y fría, después de una travesía que había pasado repasando mis notas, no había un gentío aguardándome. No había una nube de periodistas haciéndome fotos y preguntándome por mis hazañas. No había banda de música, ni ramo de flores. Ni siquiera alguien de mi familia. No tuve ocasión de pronunciar unas emocionadas palabras desde lo alto de la escalerilla, tal y como me había preparado. En aquel húmedo muelle parecía que solo estábamos mis numerosos baúles y yo.

Nada fue como yo había esperado.

Pero ¿por qué no había nadie? ¿Me habría equivocado al anunciar el día de mi vuelta? No podía entender nada de nada. Acababa de recibir la felicitación nada menos que del Estado Mayor francés, medio Marruecos me adoraba, hasta estaba previsto que me condecorasen en breve en Madrid por mis servicios en la guerra del Rif. Y, sin embargo, allí no había nadie para recibirme, para fotografiarme, para inmortalizar aquel momento. Se escuchaba la algarabía del desembarco, los mozos gritando, las familias saludándose efusivamente, el trasiego de maletas. Pero ni una sola persona que se me acercase. Resignada, encontré finalmente un mozo que me consiguió un coche para llevarme a casa.

De pie en el muelle, miraba a unas escandalosas gaviotas que volaban cerca de mí, y por primera vez desde que abandoné Valencia me sentí terriblemente sola. Los meses transcurridos desde que partí a tierras alauitas me parecieron años. Todo había cambiado en mí, era una mujer distinta la que volvía a casa. Mi forma de pensar, de sentir, de ver el mundo. Había vuelto henchida de felicidad y de orgullo, y ahora esos sentimientos se estaban diluyendo como el agua que acariciaba la proa del barco atracado.

Sola. Ni mis hijos habían ido a darme un beso de bienvenida. Mientras el chófer cargaba las maletas, seguía mirando a mi alrededor como una tonta, esperando ver aparecer en cualquier momento una cara conocida, una sonrisa, un saludo. Pero una vez que el coche arrancó y enfiló la salida del puerto, tuve el claro presentimiento de que volvía otra vez a la soledad. No pude evitar estremecerme. ¿Para qué había vuelto?

La casa familiar seguía exactamente igual. Las mismas cortinas de rayas, los mismos cojines floreados, la misma servidumbre de siempre. Los niños la recibieron con alegría, aunque con cierto desapego, más como si fuera una visita inesperada, que una madre querida a la que se dispensaba una calurosa bienvenida. Quiso atribuirlo a los largos meses transcurridos y no le dio más importancia. Sonrió mientras veía cómo abrían los regalos que les había comprado, y se sentó con su madre y su abuela a contarles todo lo sucedido en Marruecos. Margarita les fue

relatando su épica historia, y exagerando los peligros que había tenido que sortear, lo osado de sus actuaciones, los elogios y la admiración que había suscitado entre las personalidades más importantes de Marruecos, y la victoria finalmente conseguida gracias a ella.

Ellas la escucharon con atención, dejando escapar pequeños gritos de asombro en los momentos más emocionantes. Pero al terminar, tras levantarse y dejarla sola, Margarita tuvo la amarga sensación de que en realidad no habían entendido nada. No le hicieron ninguna pregunta, no quisieron saber más con esa curiosidad natural que un suceso escandaloso o excitante despierta. No, no la habían entendido. Incluso era muy posible que no hubiesen creído una sola de sus palabras. ¿Acaso no había sido siempre una niña fantasiosa?

Sentada en la cama de su habitación y mientras dos criadas iban vaciando baúles y preguntando, al tiempo que miraban con asombro los caftanes y las chilabas, dónde guardaban aquella extraña ropa, se sintió cada vez más sola, más incomprendida, más triste. El tiempo en Valencia se había detenido, nada había cambiado en aquellos meses que había vivido en otro país. El parloteo vivaracho de las muchachas, el sonido de los pasos infantiles en la escalera, el olor a asado de la cocina. Todo era igual que siempre. Nada había cambiado. Solo ella había cambiado.

Los días comenzaron a pasar uno tras otro, y a Margarita le parecieron todos idénticos, llenos de la misma monotonía y el mismo aburrimiento. Iba a ver al doctor Gómez Ferrer y colaboraba en la recogida de dinero para los más pobres, asistía a misa a diario y acudía al teatro con regularidad. Cuando se encontraba con su marido, se saludaban de manera cortés. No lo echaba de menos, y tampoco pensaba que él lo hiciese.

Le gustaba pasear por el mercado de Colón, ver sus arcos metálicos que le recordaban a la Torre Eiffel y los coloristas mosaicos con motivos valencianos, que destacaban entre los puestos de aves, flores u hortalizas. Entonces rememoraba el día de su inauguración, con la banda de música, la Guardia Municipal Montada, la reina de la fiesta y su corte de honor. Todos los días se sentaba en una pastelería cercana, y mientras removía despacio su insulso café, echaba de menos el denso y aromático café marroquí que tanto había disfrutado. Se quedaba un rato mirando a la gente que iba y venía por las cercanías del mercado. Las niñeras con los cochecitos ingleses tapados con preciosas mantitas, los hombres con gruesas gabardinas y los sombreros calados, el frío que había llegado a Valencia para recibirla igual que lo habían hecho sus gentes.

No la habían perdonado.

Los meses transcurridos en Marruecos no habían sino aumentado la distancia entre ella y el resto de la sociedad. No la querían por sus hazañas, no la idolatraban por sus éxitos, no la admiraban por las crónicas en las que había ido desmenuzando los pormenores de sus proezas, con una prosa rica y florida. Como si el Capitán Alí y Margarita hubiesen sido dos personas distintas, y mientras una despertaba admiración, la otra solo indiferencia. O algo peor.

Daba igual lo que hubiese conseguido. No podían perdonarle el haber abandonado a su familia. Era como si no existiera. Había pasado a ser parte del mobiliario, como una silla o un arcón decorativo. La saludaban con fría cordialidad cuando se cruzaba con algún conocido por la calle, pero las tarjetas con las invitaciones a bailes, cumpleaños o presentaciones ya no se acumulaban sobre la bandeja de plata del recibidor. Para las mujeres era motivo de mofa y escarnio. Una mujer sola en tierras infieles, escribiendo sobre algo tan duro como la guerra y acompañada todo el día de un sirviente moro. ¿Quién podía sacar algo bueno de todo aquello?

¿Acaso no estaba claro a qué se había dedicado realmente? Era sin duda una mujer excéntrica que había elegido un mal camino, que aceptase pues las consecuencias.

Se había convertido en el vivo ejemplo de mujer casquivana y perdida. Margarita se había atrevido no solo a romper el sagrado vínculo del matrimonio, sino lo que era todavía peor, a huir y dejar a sus cuatro hijos atrás. Casi un sacrilegio. Había dejado de cuidar a su familia y había buscado un trabajo, ella, la hija del barón, convertida en una simple periodista. Una mujer en la guerra solo podía ser enfermera o mujer de militar, y ella desde luego no era ninguna de ambas cosas. Así pues le cerraron el círculo al que toda su vida había pertenecido con orgullo. La nobleza valenciana la dejó de lado y nunca más volvió a abrirle la puerta.

Ella, que había sido la reina de Valencia, que los había tenido a todos a sus pies aplaudiendo con admiración su gracia y su belleza, merecía ahora más que nunca aquellos encendidos aplausos. ¿Acaso no había puesto su vida en juego por su país? ¿No había demostrado más amor patriótico, más valor y coraje, que todos los hombres que la rodeaban? Cobardes, eso es lo que eran. Se sentaban en sus salones, fumaban sus puros y se mesaban sus acicalados y ridículos bigotes, mientras hablaban de una guerra que solo conocían por los periódicos. Aquellos inútiles la despreciaban, cuando ni uno solo de ellos podía comparársele.

Los observaba desde su palco en el teatro y pensaba que solo ella había tenido el coraje de ir a una guerra, mientras ellos se pavoneaban con sus fracs y disertaban sobre política en los corredores. Qué diferencia, pensó, en comparación con los moros que había conocido. Qué diferentes también de Joaquín Márquez, Francisco Franco y sus legionarios. Gallinas viejas y cobardes, eso era lo que le parecían aquellos hombres.

La impotencia que sentía hacia la injusticia que la rodeaba, dio paso poco a poco a la furia. De manera silenciosa, la rabia le contaminó la sangre, el cerebro, y el odio acabó por instalarse definitivamente en su corazón. ¿No la querían? Ella los volvería a poner a sus pies, como ya los tuvo una vez, y como la baronesa que siempre había merecido ser.

Cuando se encontraba con su hermana Soledad, no perdía ocasión de insinuarle que la baronía en realidad debería corresponderle a ella. Su padre así se lo había dicho muchas veces. Que ella, aun siendo la pequeña, era más inteligente, más intrépida, osada y valiente que cualquier hijo varón que hubiese podido tener. Soledad la miraba y no daba crédito a lo que estaba oyendo. ¡Cómo se atrevía! La baronía era suya, era la primogénita, y jamás escuchó palabra alguna a su padre en sentido contrario. Margarita, frustrada, reprimía con dificultad el impulso de levantarse y abofetearla. Por Dios, qué terca era. Así que no le quedó más remedio que iniciar un pleito. Le gustara o no a su tonta hermana, ella acabaría siendo la baronesa de Alcahalí y Mosquera.

Aquello provocó un tremendo terremoto en la casa familiar. Su madre y su abuela le reprocharon el haber iniciado el litigio. No querían pensar en el escándalo que se desataría, cuando la gente se enterase de que quería disputarle el título a quien legalmente correspondía, que además era su hermana. ¡Llevar a los tribunales a su propia hermana! ¿Es que se había vuelto loca? Pero Margarita no las escuchaba, no quería perder el tiempo tratando de explicar el porqué de algo tan claro para ella, tan evidente y obvio, y menos aún a personas que no la iban a entender. ¿Qué más daba el escándalo, si ella ya no le importaba a nadie? Ya renegaban de ella, así que un motivo más o menos no iba a causar mucha diferencia.

El abogado al que recurrió le dijo que no perdiese tiempo y dinero en algo así, ya que con toda seguridad iba a perder. Le explicó que la baronía es un título nobiliario de carácter hereditario, es decir, la sucesión del mismo recae en el hijo primogénito. Este y solo este es quien tiene el uso del título, que se puede extender a su vez al consorte. Es el rey la única persona con capacidad para conceder los títulos, y el único que puede revocarlos. Si se pudiese demostrar que su hermana Soledad había tratado de comerciar con el título o que había realizado un uso indebido, ahí a lo mejor se podría encontrar un resquicio por donde entrar. Pero no era el caso, ¿verdad? No existía motivo alguno para iniciar el proceso. La que sí debía de tener cuidado era doña Margarita, dijo mirándola con aire paternal por encima de sus gafas, ya que la usurpación de títulos nobiliarios estaba penada por la ley.

Ella le respondió que no le iba a pagar por darle consejos, sino por ganar una baronía a la que se sentía con pleno derecho. Así que lo mejor que podía hacer era dedicarse a buscar el famoso resquicio antes mencionado.

Margarita salió del despacho profiriendo sonoros insultos. Ojalá ella misma fuese abogada, no dudaba ni por un instante que sería mucho más competente y resolvería mucho más rápido el asunto. Mientras caminaba de vuelta a casa con pasos rápidos y decididos, fantaseó seriamente con la posibilidad de estudiar leyes.

Los días y las semanas fueron pasando y cada vez estaba más aburrida. Sus hijos hacían su vida, ya que, acostumbrados a su ausencia, no la necesitaban para nada. Su vida social era prácticamente inexistente, aunque notaba que a veces cuchicheaban al verla pasar. Todos habían leído sus crónicas, habían devorado las aventuras del Capitán Alí, habían suspirado seguramente por vivir su vida, sus aventuras, afrontar todos los riesgos y conocer la gloria. Esa gloria que ahora le habían escatimado. Estaba segura de que en el fondo las mujeres suspiraban por haber hecho lo mismo que ella, incluso lo que no se atrevían a confesar. Cuántas no lo habrían dado todo por acabar con un matrimonio tedioso e insoportable. ¿Acaso ella no había sido como las famosas heroínas de los libros de Maurice Dekobra? Una mujer intrépida, atrevida e inconformista. Una heroína de carne y hueso.

¿Cuántas decenas de cartas de todos los rincones de España no recibía felicitándola por sus hazañas? Leopoldo le iba remitiendo las que llegaban al periódico dirigidas a ella, y en todas se podía leer un gran cúmulo de halagos. Hombres y mujeres impresionados por el ejemplo de valentía patriótica que había demostrado. Pero en Valencia eso no bastaba. La habían crucificado.

Sentada en uno de los bancos de la capilla de la Virgen de los Desamparados, pensaba en cómo había cambiado su vida. Qué lejos parecían el desierto y Mohammed, qué lejos el olor de las especias, las palmeras en los patios, el olor a azahar flotando en el aire… Por un momento una inmensa pena la embargó y sus ojos se llenaron de lágrimas. Levantó la mirada y vio a su Virgen, a su protectora y se sintió profundamente conmovida. Qué desagradecida había sido. Ella que tantas veces en Marruecos se había encomendado a la Virgen pidiendo ayuda y protección, y no había hecho nada para agradecerle su intercesión a la que sin duda debía sus éxitos. Al menos el no haber hallado la muerte. Porque solo una intercesión divina era la explicación de que ella pudiese estar sana y salva de vuelta en España.

Y allí sentada, mientras el olor del incienso se mezclaba con el de los claveles y los nardos, Margarita decidió que lo primero que haría sería acudir en peregrinación aquel mismo sábado a

la coronación de la Virgen, que se iba a celebrar en el llano de la subida al puente del Real. Toda la ciudad asistiría, incluso el rey don Alfonso XIII y su esposa Victoria Eugenia estarían presentes.

Margarita habría de recordar aquel día toda su vida. Bajo un cielo de un azul purísimo, los reyes se postraron rodilla en tierra, mientras el cardenal Reig Casanova colocaba la corona sobre la sagrada imagen de la Virgen de los Desamparados. En aquel solemne momento, las salvas de los cañones atronaron, y sonó el himno nacional tocado por las bandas militares. La emoción hizo derramar lágrimas a la multitud, que imbuida de fervor religioso intentaba tocar el manto de la Virgen en su camino de regreso, mientras un coro cantaba el himno en su honor:

La patria valenciana s'ampara baix ton mant,
Oh, Verge Sobirana de terres de Llevant…

Margarita pensó, mientras escuchaba los emocionantes versos arrasada en llanto, que efectivamente así era para ella también. Bajo su manto protector confiaba su presente y su futuro. Inflamada en devoción mariana, decidió escribir un libro en su honor y combatir de este modo el tedio que envolvía sus días y sus noches. Y así pasó del más profundo aburrimiento a estar todo el día sentada en el antiguo escritorio de su padre, rellenando hoja tras hoja con letra apretada y firme. El texto se titulaba *Mi Virgen. Descansa, corazón…* y en él fue desgranando los tiernos sentimientos que tanto ella como miles de valencianos sentían hacia su querida Geperudeta. Escribiendo se sentía más liviana, como si el hecho de dedicarle a la Virgen aquel librito, le perdonase un poco todos los errores cometidos. Se enfrascó en la tarea con el mismo ardor con que había marchado a Marruecos.

Un día oyó de pronto unas carcajadas que de forma estentórea resonaron cerca de la biblioteca, donde escribía afanosamente. De repente se abrió la puerta y apareció su hermana, enjugándose las lágrimas que le caían de tanto reír.

—¿Cómo es eso, hermanita? ¿Ahora te dedicas a escribirle a la Virgen? ¿Ya no hay moros interesantes o guerras feroces que describir?

Margarita la observó estupefacta, mientras Soledad se sentaba frente a ella y la miraba con sorna.

—Mi querida hermana, veo que mamá ya te ha contado a lo que me dedico ahora. La devoción mariana es un sentimiento maravilloso que, por lo que veo, tampoco compartimos.

—Al contrario, hermana querida, yo también soy fiel devota de la Virgen de los Desamparados. Es solo que me ha hecho reír esta farsa que te llevas entre manos.

—¿Farsa? No entiendo a qué te refieres.

—¿No? Pues me extraña. ¿No me dijiste acaso que de las dos tú eras la más inteligente? ¿La preferida de papá?

—Soledad, no tengo tiempo para ti.

—Vaya, no entiendo por qué. Tengo entendido que últimamente tienes mucho tiempo para todo. Sabes, ahora que lo pienso me recuerdas mucho a la protagonista de un libro que papá tenía en su biblioteca. ¿Llegaste a leer *Pequeñeces*, del Padre Coloma? No, ya veo que no. Te habría encantado, es una descripción casi perfecta de ti. Solo que en el libro ella era condesa de Albornoz, y en la vida real tú no eres nada.

—Veo que ya te ha llegado carta de mi abogado.

—¿Eso? Menuda estupidez, no llegará a ninguna parte. ¿Pero qué estaba diciendo? Ah, sí, *Pequeñeces*. Gran novela. Me encanta la historia, quizá te suene. Una mujer que lo tiene todo, es guapa, noble y con dinero, pero decide que lo que piensen los demás no importa. Así que engaña a su marido con muchos hombres, abandona a su hijo y se dedica a vivir su vida, aunque ello le cueste el ostracismo de la sociedad que le rodea. Pero llega un momento en que la condesa se da cuenta de que se ha equivocado. ¿Te suena de algo? No recuerdo el final de la novela, pero podría haber sido como en tu caso, escribirle un texto a la Virgen para pasar por arrepentida devota. Algo reconfortante, ¿no crees?

Soledad rompió a reír de nuevo y salió de la habitación dejando a Margarita temblando de furia. Cuánto la odiaba, pero ya se reiría ella llegado el momento.

Paseó arriba y abajo por el despacho tratando de serenarse. Cogió los folios y repasó lo último que había escrito. Había terminado de hablar sobre los no creyentes, que no merecían siquiera ser llamados valencianos, y ahora estaba con el proyecto del hospital para niños. Volvió a coger la pluma pero no se sintió ya capaz de seguir, tal era la rabia que la invadía. Soledad siempre había sabido dónde pulsar para hacerle saltar, había sido así toda su infancia y adolescencia.

Dos semanas después el libro estaba terminado. Todos cuantos lo leyeron, tanto en su entorno como en el arzobispado adonde lo llevó orgullosa, alabaron el escrito. Las preciosas loas a la Virgen, lo acertado de las reflexiones, la preocupación por los más débiles y desamparados. Pero ahí se quedó la cosa. No tuvo mayor transcendencia, no fue publicado por ninguna editorial, no tuvo ninguna difusión.

Las malas lenguas criticaron ferozmente su libro. La devoción no podría esconder sus actos ni perdonarlos. Su, al parecer, enorme preocupación por los niños ajenos, solo ponía de manifiesto el escaso interés por los suyos propios. Sin nada que hacer en perspectiva, frustrada por la escasa aceptación de lo que ella consideraba una magna obra sobre la Virgen, Margarita sintió que las paredes de la casa se le echaban encima como las losas del cementerio. Frustrada y aburrida, volvió a tomar una decisión: definitivamente, Valencia se había quedado pequeña para ella. Y aquel mes de abril de 1923 se fue a Madrid, a reclamar lo que, esto sí por derecho, le pertenecía: la gloria.

20

¿Quién eres para mí?

Aquel hombre no dejaba de observarla con el ceño fruncido, como si ella fuese una complicada ecuación que no lograse resolver. Margarita desviaba la mirada, y cuando volvía a aquel asiento, él continuaba mirándola como si no hubiese nadie más en aquel teatro. Comenzó a pensar que era un poco maleducado; en ese momento, don Teodoro Llorente leía con su estudiada teatralidad habitual su poema ganador: «¿Quién eres para mí? La poesía, la suprema beldad, la luz del cielo». Pero al final se sintió intrigada. Quizás lo conocía y no se acordaba, conocía a tanta gente… aunque cuanto más la miraba él, más turbada se sentía ella.

Sentada sobre su trono de reina, había reparado en aquel hombre por casualidad. Todo el teatro estaba a sus pies, y ella no podía dejar de suspirar con satisfacción. Aquel mar lleno de las caras más conocidas de Valencia le rendía pleitesía. Ella era la más importante de todos allí, la *regina*. Pero en medio de toda aquella felicidad, reparó en una cara extraña en la primera fila. Quizá había sido algo en su porte, en su gesto de concentración, lo que atrajo su mirada.

Era un joven moreno de pelo engominado y raya en medio, con un pequeño bigotito y barba a lo Príncipe de Gales, que la miraba muy serio mientras apoyaba la mano con aire indolente en su mentón. La única disonancia en medio de toda aquella ceremonia. Vestía de forma elegante con frac, y una flor en el ojal del color azul libélula tan de moda en aquella época.

No dejó de mirarla insistentemente de una forma penetrante, durante todo el tiempo que duró su proclamación como reina, y ella no pudo evitar sentirse cada vez más nerviosa.

Terminado el evento, volvió a casa henchida de orgullo. Una y otra vez repasaba en su mente la ceremonia, la decoración y las luces, las flores y los estandartes, los aplausos y las bellas palabras que le habían prodigado tanto amigos como desconocidos. Valencia no había tenido jamás una *regina* como ella.

Mientras se desvestía iba recordando aquella inolvidable noche, pero siempre volvía de forma recurrente a aquel joven moreno y delgado que llevaba unos vistosos zapatos de charol abotonados.

Al día siguiente de la celebración de los Juegos Florales, el barón y su familia fueron invitados a la comida que se iba a celebrar en el célebre restaurante Miramar, en honor de la infanta. Tanto Margarita como su hermana Soledad se pasaron la mañana entera eligiendo vestidos. Al fin y al cabo, aunque nobles, no tenían ocasión de comer con la realeza todos los días, y no querían por nada del mundo parecer provincianas. Gracias a su institutriz francesa eran asiduas de la revista *L'Art et la Mode*, con las últimas novedades sobre moda en el país vecino. Cierto es que ambas pensaban que la mayoría de aquellos vestidos resultaban algo atrevidos, aptos solo para las francesas que, como todo el mundo sabía, tenían un punto algo descocado. Sin contar con que muchos de los complementos que aparecían en las ilustraciones, como

sombreros, tocados o lazadas, no podían encontrarse en Valencia. Aun así Margarita lucía fascinante con un vestido de manga larga verde Nilo, con fajín verde hoja a la cintura y falda estrecha hasta las rodillas, que se encolaba ligeramente hasta tocar el suelo. En el pecho y los laterales de la falda se habían cosido pequeñas lazadas negras, que combinaban a la perfección con las plumas de gallo de un original sombrero. Margarita estaba encantada, puede que no fuese un modelo del famoso modista parisino Doucet, pero desde luego estaba a la altura de una infanta española. Su hermana Soledad escogió para la ocasión un vestido color azul, que a juicio de Margarita la hacía aún más pálida de lo que era, y resaltaba sus ojeras y no su belleza.

Durante el aperitivo, lo más comentado fue la reciente inauguración del servicio de aguas potables para la ciudad y la demolición de la casa natal de Ausiàs March, que sería reconstruida en el mismo lugar conforme a cánones más modernos. Alguien insinuó que Valencia era muy dada a demoler su historia, como habían hecho pocos lustros antes con la muralla medieval que circundaba la ciudad. A lo que don José María respondió con presteza que aquello había sido necesario, para poder solucionar el problema del enorme crecimiento que la moderna urbe tenía. En ese momento Teodoro Llorente, que también asistía a la comida, se acercó al barón: «Querido don José María, permítame presentarle a don Ricardo Shelly Correa Calpena y Sotomayor, un joven muy prometedor».

Margarita, quien se encontraba junto a su padre, se quedó boquiabierta al descubrir que era el mismo hombre que el día anterior la había estado observando insistentemente desde la primera fila. Pero más pasmada se quedó aún, cuando vio que este la miraba con una enorme sonrisa llena de familiaridad, mientras que con gesto elegante la saludaba quitándose el canotier de la cabeza. Después, tomó su mano y la besó. Margarita se estremeció.

21

Fantasmas del pasado

Cuando llegué a Madrid, la primavera había estallado con todo su esplendor. La gente paseaba animadamente por las calles, los tranvías circulaban abarrotados de viajeros, el público verbenero bajaba a la Florida, o subían al Hipódromo a ver las carreras de caballos. ¿Cuántos años tendría usted entonces? Le hablo de una época que no puede recordar, apenas la recuerdo yo. Todavía no éramos capaces de ver lo que se nos venía encima, los años de terrible sufrimiento que estaban por llegar. Las desgracias, las guerras, por mucho que las veamos acercarse, cuando finalmente aparecen, siempre nos pillan desprevenidos. Entonces éramos felices, y el único nubarrón que se veía en el horizonte seguía siendo la dichosa guerra del Rif.

Me instalé provisionalmente en el hotel Ritz, hasta que tras mucho buscar encontré una casa que me encantó en la calle Princesa, y sin pensármelo dos veces la compré. Hice traer algunos de mis muebles de Valencia, y la pinté y decoré a la última moda sin escatimar en gastos. Tendría que verla usted, es una casa maravillosa que destila toda ella feminidad y glamour. En el salón puse una sillería de ébano de Makassar, un mueble-bar lacado en rojo y negro y una elegante y original *chaise-longue.* Hay también una criselefantina, un conjunto de cajitas de diferentes tamaños realizadas en marfil y galuchat, un precioso biombo de Coromandel y una radio de baquelita. Todo lo fui comprando poco a poco en anticuarios y en mis numerosos viajes. La radio funcionaba, naturalmente.

Me instalé de forma ya definitiva en mayo de 1923. Mi partida volvió a originar toda una serie de rumores en mi ciudad natal. Que si me iba por despecho, porque no podía vivir ya con mi hermana, que marchaba porque había encontrado un nuevo amante en la capital, porque el Gobierno me había encomendado una misión secreta… En fin, qué le voy a contar, ya sabe cómo es la imaginación de la gente. Aunque si quiere que le sea sincera, algo había de todo aquello.

Pero la verdad es que me fui porque estaba harta de que me menospreciasen. No soportaba ver que todas aquellas mujeres que antes se hacían llamar mis amigas, ahora arrugaban la nariz al verme y me saludaban con fingida y gélida cortesía. He de reconocer que nadie me dijo nunca nada ofensivo a la cara, eran demasiado listas, demasiado prudentes para hacerlo. O demasiado cobardes. Pero su desprecio hacia mí era palpable en cada mirada, en cada sonrisita. Parecían decir: «Mírala, ahí va la que abandonó a sus hijos, a su marido, y marchó al moro a hacer Dios sabe qué. Porque ¿qué puede haber más importante que cuidar a tu propia familia?». Unas pobres desgraciadas, eso es lo que eran, unas frustradas y envidiosas. Así que me vine aquí, a Madrid, y descubrí de nuevo que esa gloria que yo siempre había creído merecer, efectivamente la merecía.

Andaban los tiempos inquietos. No sabría definírselo, era algo que se respiraba en el aire, que se sentía en la piel. La gente bullía intranquila sin saber muy bien por qué. Era como si esperásemos que, de un momento a otro, sucediese algo que no acababa de materializarse. Pero

no tardé en dejarme yo también arrastrar por la corriente, me olvidé de todo, y disfruté de mi nueva vida en la capital. Madrid era una ciudad muy diferente de Valencia, mucho más abierta, más cosmopolita, llena de cosas interesantes que ver y hacer todos los días.

Leopoldo, mi jefe en *La Correspondencia de España*, se encargó de llevarme con él a tertulias literarias, exposiciones y actos diversos, presentándome como una de sus cronistas estrella, como la bella baronesa que había realizado increíbles proezas en Marruecos. Gracias a su intensa vida social, conocí a intelectuales de prestigio, a literatos, a políticos. Me sorprendió lo aburridos que podían llegar a ser. Siempre hablaban de lo mismo. Que si las últimas elecciones generales, celebradas dos meses antes, que si Manuel García Prieto sería capaz de encauzar el país, que si el nuevo Gobierno liberal, y que a ver si lo del Rif se solucionaba pronto… En fin, un aburrimiento.

Para agradecerme mi trabajo y los muchos periódicos que gracias a mis crónicas había vendido, Leopoldo me organizó un banquete en el Ritz, al que acudió lo más granado de la intelectualidad madrileña de la época. Mi fama me precedía y mis aventuras, que la mayoría habían leído, fueron mi aval. Tendría que haber visto usted las crónicas de entonces, cómo hablaban de mi belleza y elegancia, de mis excepcionales cualidades como escritora. Tenía a la Villa y Corte a mis pies, por fin sentía que estaba siendo reconocida como debía.

A estas alturas, no necesito decirle que siempre tuve un carácter muy decidido. Me vino muy bien tenerlo a la hora de moverme en un mundo de hombres. Y entonces, la sensación de triunfo que me acompañaba a todas partes, se vio de pronto truncada por una noticia que me sobrecogió.

Una mañana, sentada en un café, leí en el *ABC* que se esperaba la llegada de Dris Ben Said a la capital. Me quedé pálida. Parece ser que venía a parlamentar con el Gobierno, sobre los asuntos marroquíes que se estaban debatiendo en el Congreso de los Diputados. Cogí el periódico con decisión y salí del café con tanta prisa que hasta me olvidé de pagar, mientras el camarero salía detrás de mí persiguiéndome con la cuenta en la mano.

Tumbada en la *chaise-longue* de mi casa leía y releía la noticia. Por lo que sabía de Ben Said, el hecho de que viniese a Madrid no tenía por qué ser malo. Decía que iba a venir acompañado un tal Echevarrieta, un empresario muy conocido que también estaba en el Rif, intercediendo por la liberación de los prisioneros españoles. No podía estar muy segura de si Ben Said contaría al Gobierno la versión correcta; al fin y al cabo, aunque estaba de parte de los españoles y trabajaba para nosotros, era muy amigo de Abd el-Krim. ¿Cómo tener la seguridad de que realmente no nos traicionaría?

Pasé la tarde entre largas cavilaciones. Tan preocupada estaba, que un terrible dolor de cabeza me dejó postrada en la cama hasta el día siguiente. Algo me decía que debía advertir al Gobierno sobre Ben Said, que debía ponerles en guardia. Así que hice lo único que se me ocurrió en aquel momento: ponerle un cable a Joaquín, el cónsul. No tuve ninguna respuesta, pero una semana después recibí una carta oficial en la que se me emplazaba a una reunión en el Ministerio de Gobernación, con nada menos que el mismísimo ministro, Martín Rosales Martel.

Al entrar en su despacho, acompañada por una fea y antipática secretaria, vi no solo al ministro, sino también a mi querido Joaquín. Tras ser presentada a Rosales Martel, saludé con un afectuoso abrazo a mi amigo.

—¡Margarita! Está usted espléndida. Aunque no sé qué decirle, la chilaba también le sentaba muy bien —me dijo guiñándome un ojo.

—Me alegro muchísimo de volver a verle, Joaquín, no sabía que estaba usted aquí. ¿Ha venido también Aurora, su encantadora mujer?

—No, mi mujer se ha quedado en Tánger resolviendo cuestiones domésticas. Yo vine para las elecciones y aún no he podido regresar. Hay mucho lío ahora por aquí y parece que me necesitan para resolver ciertas cuestiones peliagudas.

—Imagino que algo tiene que ver con la guerra del Rif y la visita de Ben Said.

—Sabe, amiga mía, que debo ser como una tumba. Me debo a la discreción que mi cargo impone. Pero, como siempre, la veo bien informada.

—Estamos bien informados yo y todo Madrid, no hay más que leer el *ABC*. Ahí fue donde me enteré de que Ben Said venía.

—En ese caso, ya sabe lo que hay. Ben Said ha llegado ya a petición del Gobierno para negociar sobre la situación actual en el Rif. Y antes de que diga algo, le aviso de que no me pregunte. Como le he dicho antes, nada puedo contarle.

—Señora baronesa, disculpe que les interrumpa, pero en el cable que usted nos envió decía que tenía que hablar con nosotros urgentemente sobre Ben Said. ¿Qué quería comentarnos? —dijo el ministro.

—Quizá les he molestado sin razón, pero el caso es que conozco muy bien a Ben Said y, aunque lo aprecio, albergo ciertas sospechas sobre él. Viajamos juntos durante varios días a la cabila de Abd el-Krim, y luego estuvimos alojados en su casa, y pude ver que la relación entre ambos era algo más que la de dos buenos amigos, parecían más bien hermanos.

Al oír estas palabras, el ministro alzó una ceja y me miró con más atención.

—Veo que es usted una mujer con mucho que contar, asombrosa historia —dijo Rosales Martel con una amplia sonrisa.

—Así es, señor ministro —respondió Joaquín—. Pensaba que le habían facilitado ya el dosier, con toda la información sobre la intervención de la baronesa Ruiz de Lihory en la guerra de Marruecos.

—No, creo que no, Joaquín, una cosa así no se me habría olvidado.

—Hablaré con su secretaria para ver qué es lo que ha pasado. Pero continúe, baronesa, ¿qué nos estaba contando?

—Les decía que aunque sé que Ben Said colabora con nosotros en la pacificación del Rif, y que supongo ha venido a aclarar algunos puntos no del todo claros de la espantosa situación que allí se vive, el Gobierno debería coger con pinzas todo lo que se le diga. Puede perfectamente manipular la información para favorecer a Abd el-Krim, y a la vez parecer que lo está perjudicando. Mientras estuvimos en la cabila, pude ver que ambos conferenciaron durante horas, y no sería nada raro que estuviesen preparando alguna jugada de cara a ustedes. Mohammed es terriblemente inteligente, y sin querer menospreciar a su Gobierno, no dude que irá varios pasos por delante de ustedes en cuanto a planificación y previsión de la guerra.

—Por favor, Margarita, no nos subestime. No dudo de que Abd el-Krim sea un genio militar, como usted dice, pero tenga en cuenta que nosotros contamos entre nuestras filas con hombres igual o más inteligentes que él —replicó Joaquín, encendiéndose un cigarrillo.

—Estoy segura de ello, pero ¿no les ha llamado la atención la facilidad con la que Ben Said se mueve entre ambas líneas? —observé—. En las nuestras es normal, porque se supone que trabaja para nosotros. Pero por muy amigo que sea de Mohammed, los otros jefes rifeños no le habrán perdonado que se haya puesto de nuestra parte. Un rifeño no va a aceptar fácilmente que uno de los suyos se haya pasado al enemigo, aunque sea íntimo de Abd el-Krim. Piénsenlo señores.

Ambos hombres se miraron y permanecieron unos segundos en silencio, con los semblantes serios. Ahora ya no parecían tan seguros de sus palabras.

—Le agradecemos que haya querido avisarnos, baronesa, es usted una digna patriota y así lo haré constar en todos los informes. Tendremos en cuenta la información que nos ha transmitido, y esperemos que se equivoque y que Ben Said sea lo que parece, un fiel aliado español.

—La agradecida soy yo de que me haya recibido, señor ministro.

—Si es tan amable, espéreme fuera un momento, y luego nos iremos juntos —me pidió Joaquín.

Cuando salí de la habitación me quedé junto a la puerta, aparentando que esperaba al cónsul, y alcancé a escuchar algo de lo que decían. Ardía de curiosidad por saber qué estaba pasando.

—Parece que alguien más comparte nuestras sospechas —oí decir al ministro.

—Sí, eso parece. Con su permiso, señor ministro, asignaré un grupo de tres hombres para que se encarguen de tener permanentemente bajo vigilancia a Ben Said, tanto en Madrid como en Marruecos.

—Me parece bien. Ben Said se ha reunido esta mañana con Santiago Alba, el ministro de Estado, y me han llegado noticias de que el encuentro ha sido un absoluto fracaso. Alguien me ha dicho que más parecía un agente del rifeño que nuestro. No podemos correr riesgos, si llega a su conocimiento algo sospechoso, por pequeño que sea, hágamelo saber sin demora. Y no dude en ser duro. No nos conviene tener problemas, ahora que se está preparando la ofensiva es primordial que nada lo estropee. Llegado el caso, hay muchas balas perdidas en una guerra…

Debería usted haber visto la tremenda expresión de cansancio de la cara de Joaquín cuando abandonó el despacho, parecía que cargaba el peso del mundo sobre sus hombros. Salimos por la puerta del ministerio a la soleada luz del día, y entonces el cónsul me tendió la mano.

—Margarita, ha sido un placer volver a verla después de tanto tiempo. No dude que utilizaré la información que nos ha facilitado de la mejor manera. Ahora que lo pienso, imagino que nos volveremos a ver esta noche, ¿no?

—¿Esta noche? Disculpe, no le entiendo.

—Pero, ¿no ha recibido la invitación? Si me dijo Franco que se la había invitado.

—Pero como ¡¿Paco está en Madrid?!

—Así es, y de celebración. Como verá los fantasmas del pasado vuelven. Me extraña mucho que no haya recibido la invitación a la cena de esta noche en el Palace, si me dijo él mismo que se la había enviado.

Desconcertada, regresé volando a casa. Tras preguntar a los miembros del servicio, la joven sirvienta que limpiaba me contó que hacía unos días había llegado un mensajero con una carta. Pero que como me encontraba indispuesta y guardaba reposo, la había dejado en la salita de

recibir. Efectivamente, allí seguía y, tras leerla con atención, descubrí que disponía de menos de cinco horas para estar perfecta para aquella noche.

Así que puse manos a la obra. Decidí optar por un vestido negro y largo hasta los pies, pues en la invitación ponía que el banquete era de gala. Era sencillo pero muy elegante, con unos tirantes anchos que caían a los lados formando como bandas. En contraste me puse unos pendientes y una pulsera de oro, que casaban a la perfección con mi abanico de marfil decorado con motivos dorados.

Al llegar al hotel Palace me condujeron a un suntuoso salón. Al entrar, me quedé un momento parada junto a la puerta al ver la enorme cantidad de gente que había. Vi pasar hombres de uniforme, de esmoquin, con traje y, con asombro, constaté que yo era la única mujer allí presente.

Sin amilanarme, entré con decisión y conforme avanzaba hacia el centro del salón, los hombres me miraban y me saludaban con cortesía. Tras unos minutos conseguí localizar finalmente a Paco, que departía con un grupo de militares junto a la enorme chimenea de madera, hermosamente labrada, que presidía la habitación. Al acercarme, interrumpieron la conversación, y él se acercó a saludarme.

—Amigos, permítanme que les presente a la baronesa Margarita Ruiz de Lihory, una mujer no solo hermosa, como pueden ver, sino también de un gran valor e inteligencia, les aseguro. No podía faltar hoy aquí, ya que no solo prestó un gran servicio a la patria, sino que tengo una deuda personal de sangre con ella.

—Mi querido Paco, déjeme que antes de nada lo felicite. Si alguien merece ese ascenso a teniente coronel, sin duda es usted. Su labor en el Rif es encomiable.

—Vaya, y yo que pensaba que era el único que tenía el valor de llamarle así —dijo uno de los presentes con sorna.

Y estallaron todos en grandes risas.

—Permítame que me presente, baronesa, soy José Millán Astray. He oído hablar mucho de usted, siempre en términos muy elogiosos. Paco, como solo usted y yo le llamamos, no me ha contado mucho de lo sucedido, pero me ha dejado entrever que es usted una mujer excepcional.

—Paco, si todos sus amigos son así de amables, me encantará conocerlos a todos.

Al punto todos rieron de nuevo.

El banquete consistió en una cena deliciosa, interrumpida por innumerables brindis para celebrar el ascenso, y al terminar nos hicieron una foto que quedaría inmortalizada para la posteridad, ya que fue portada del periódico *ABC* el viernes siguiente. Guardo todavía el recorte en casa, en mi álbum de recuerdos. Pero puede encontrarlo usted en cualquier hemeroteca. Sirven para eso las hemerotecas, ¿no?

Vaya, esta vez lo veo realmente asombrado. ¿Qué pensaba? ¿Que todo lo que le había contado era mentira? Todas y cada una de las veces que le he pedido que me permitan hablar con él, que le he rogado que le avisen de mi situación, no me ha querido usted hacer caso. Pero ya ve, nuestro amado general, Caudillo de España, no estará muy contento cuando sepa la situación en la que tienen a una de sus más queridas amigas, aquí encerrada en este horrible lugar, aislada del mundo. Coopero porque soy inocente de todo lo que se me acusa, porque no tengo miedo a pedir lo que se me debe, la libertad. Pero no dude que cuando todo esto pase, cuando mi nombre se vea

limpio de tanta calumnia, cuando salga de esta celda a la que usted viene todos los días a interrogarme… le aseguro que se arrepentirá.

Pero ¿por dónde iba? Hablábamos de Cuba, ¿no?

22

El sol castigaba las calles de Madrid

El sol castigaba las calles de Madrid con un calor inclemente. Aquella primera semana de agosto, Margarita pensó que hacía tiempo que tenía que haber hecho las maletas y haberse ido de vacaciones. Pero la visita de Ben Said lo había trastocado todo. La había distraído de sus planes veraniegos, y ahora estaba sufriendo las altas temperaturas, que ni con todos los ventiladores encendidos se podían soportar. Estaba indecisa sobre si ir primero a Santander y Biarritz, lugares ya clásicos a los que solía acudir todos los veranos, o probar el gran expreso de la Riviera. Una amiga le había hablado de lo maravilloso que había sido su viaje el año anterior en el Train Blue, como lo llamaban, un bello ferrocarril de color azul que conectaba Niza con París, y que se decía que era tan lujoso y espléndido como el Orient Express.

En estos pensamientos andaba, cuando oyó que sonaba el timbre de la casa. Al poco apareció la criada con una bandeja, sobre la que descansaba un pulcro sobre blanco. Margarita sintió un estremecimiento recorriendo su piel. Miguel Primo de Rivera estaba en la capital y quería verla. Le decía que no disponía de mucho tiempo, ya que debía regresar casi de inmediato a Barcelona, pero la invitaba al salón de té del hotel Ritz aquella misma tarde. Como si hubiese tenido una premonición, todas y cada una de las células de su cuerpo se revolvieron intranquilas, y en su cabeza se instaló la idea de que algo iba a suceder, algo que cambiaría su vida para siempre.

Su ligero vestido fresco de crepé beige, con lazadas en rosa en hombros y cadera, se agitó con la agradable brisa que soplaba en la entrada del Ritz. Había llegado un poco antes porque necesitaba sentarse y pensar. Mientras admiraba la mantelería bordada, la vajilla de Limoges y la cubertería de plata, se dio cuenta de que en muy poco tiempo su pasado había vuelto a ella en rápida sucesión. Ben Said, Joaquín Márquez, Francisco Franco, y ahora Miguel Primo de Rivera. Aquello debía por fuerza tener un significado. ¿Pero cuál? ¿Acaso Mersida no le había dicho que las casualidades no existían? ¿No le había explicado que el cosmos jugaba con nuestras vidas, y que solo había que aprender a leer sus líneas para adivinar sus planes? Desde que volvió de Marruecos, las palabras de aquella adivinadora, de aquella bruja, le rondaban la mente una y otra vez.

Primo de Rivera apareció puntual y muy serio. Llevaba uniforme y olía a tabaco y a alcohol, aun a pesar del rastro de colonia que con toda probabilidad se había puesto por la mañana. Tras saludarse con cariño, Margarita esperó a que fuese él quien iniciase la conversación. Primo de Rivera estuvo unos minutos ensimismado mirando la tetera que les acababan de traer, con la

mirada perdida y la boca fruncida. Al poco mudó su expresión por otra más amable, como si se hubiese dado cuenta de repente de que no estaba solo, y la miró.

—Me alegro de verla de nuevo, Margarita, y por lo que he leído debo felicitarla. Se ha convertido usted en una heroína. Corren rumores de que su intervención en el Rif ha sido más que decisiva.

Margarita tuvo entonces la sospecha de que Miguel Primo de Rivera tenía la intención de sonsacarle alguna información.

—Mi querido Miguel, le agradezco sus palabras, pero como usted sabe mejor que nadie, no puedo contarle nada de lo que allí sucedió. Solo puedo confirmarle que no anda usted desencaminado —respondió con una coqueta sonrisa.

—Al parecer, su colaboración con Leopoldo en el periódico ha sido más que fructífera, de lo cual me alegro mucho. Aunque nunca imaginé que llegaría tan lejos. Quién habría pensado que aquella joven apasionada que conocí en un café en Valencia hace años acabaría convertida en una intrépida reportera de guerra. Su visita a Abd el-Krim, la detención del traficante, su intervención para salvar a nuestros soldados cautivos…

—Vaya, vaya, veo que está usted bien informado.

—Imagino que ambos tenemos buenos contactos, ¿verdad? —dijo él, guiñándole un ojo.

—Creo que usted me gana en eso. Pero ha venido de uniforme, ¿es que ni en la capital le dan un respiro?

—He llegado directamente desde el Casino Militar donde tenía una reunión con unos generales, y no he podido pasar por el hotel a cambiarme, como habría sido mi deseo. Discúlpeme.

—No, por favor, no se disculpe. ¿La reunión ha ido bien?

—Pues qué quiere que le diga…

Primo de Rivera calló y su mirada se tornó de repente dura. Margarita no sabía lo que estaba pasando, pero estaba claro que algo tenía preocupado a su amigo, y era consciente de que de ella no dependía que él le confiase sus preocupaciones. Así que volvió a esperar en silencio, sin mostrar signo alguno de impaciencia.

—Margarita, ha vivido usted unos meses fuera, y quizá no ha estado al tanto de lo que ocurría aquí. Le seré sincero. Desde el momento en que Leopoldo la contrató en el periódico, he estado pendiente de usted de forma discreta, pues me preocupaba que fuese a cubrir la guerra. Pero Joaquín me mantuvo siempre bien informado. ¿Le sorprende? El cónsul y yo somos amigos desde hace años. ¿Piensa acaso que Leopoldo no habló conmigo antes de confiarle el trabajo en Marruecos? ¿Cree que la habría dejado marchar al Rif, sin antes procurar su seguridad allí? Pero, como le decía, las cosas aquí han cambiado mucho desde su partida. El país se ha convertido en otro muy distinto al que usted dejó.

Ella le miró asombrada, pues sabía de sobra que él había intercedido en su entrevista con Leopoldo, pero no que la decisión hubiera sido suya, y menos que fuese amigo de Joaquín.

—Le agradezco que se haya preocupado por mí, no sé cómo pagarle tanta generosidad.

—No tiene que agradecerme nada. Es usted una mujer extraordinaria, con una capacidad sorprendente para meterse en la boca del lobo y salir airosa. Espero que esa virtud le dure muchos años, porque mucho me temo que la va a necesitar.

—¡¿Pero qué dice usted?! No entiendo de qué me habla. Lo veo preocupado y sus palabras me están angustiando. Cuénteme de una vez de qué se trata, por favor.

—Perdóneme, es cierto que estoy preocupado y siento mucho si la estoy inquietando. Se acercan tiempos complicados en los que me gustaría poder permanecer al margen, aunque mucho me temo que no tendré más opción que intervenir. —Tras unos minutos de silencio, continuó hablando en voz baja mirando nervioso a su alrededor para comprobar que nadie pudiese oírles —: Como le decía, ha estado usted fuera y quizá no se ha enterado de lo que está ocurriendo en España. Por lo que a mí respecta, tengo muchos problemas en Barcelona. Me preocupan el cada día mayor radicalismo de la clase obrera, la violencia anarcosindicalista, y las estoy tratando de contener como puedo, a veces incluso de forma brutal lo reconozco. Pero mi férrea defensa de la ley me ha granjeado muchas simpatías entre la alta burguesía catalana. Tantas que el Gobierno central me llamó el mes pasado al orden, temen que Cataluña se les vaya de las manos. Margarita, le ruego que, por favor, sea discreta con lo que le cuento, son confidencias de un viejo amigo que no querría que cayesen en oídos equivocados.

—Me ofende usted solo con insinuarlo.

—Así me gusta. La cuestión es que el descontento con el Gobierno de Manuel García Prieto, es general. En Cataluña está cada vez más agudizado, pero sin duda son mis compañeros militares quienes se llevan la palma. ¿Sabe usted cómo nos hemos sentido al enterarnos de que el Gobierno pagó la enorme cantidad de cuatro millones de pesetas por liberar a los prisioneros en Marruecos? Sí, esos a cuya localización usted contribuyó de manera fundamental. Ha sido humillante por parte del Gobierno pagarle a ese perro rifeño, y más aún desconfiar de nuestra capacidad para rescatarlos. Para eso está el ejército. Ahora tenemos que aguantar a la prensa de la izquierda, presentándolo como una muestra del fracaso de nuestro ejército allí —dijo dando un ligero golpe con la mano sobre el mantel—. Vivimos, por desgracia, una época de tinieblas, que está ensombreciendo nuestro hermoso país. Los derrotistas y los antipatrióticos se postulan por doquier, así que parece que ha llegado el momento de que la justicia militar actúe, y con contundencia.

—Pero usted quería irse del Rif.

—No exactamente, yo lo que quería era no haber entrado. Pero una vez metidos en el lío, lo que no podemos permitir es que nuestro nombre se arrastre por el barro, y encima no por obra de un rifeño, sino de nuestro propio Gobierno.

—¿Y qué van a hacer ustedes ahora?

—Margarita, ayer hablé personalmente con el rey, justo antes de marchar a su residencia de verano en San Sebastián. Don Alfonso XIII me dará su apoyo incondicional en todo lo que quiero hacer, y varios generales también están conmigo. Vamos a atajar la situación de raíz. Es nuestro deber.

—¿Pero cómo?

—Ahora todavía no puedo decírselo, Margarita, la pondría en un compromiso. Solo puedo decirle que ha llegado la hora de sacrificarse por la patria y que debe tener mucho cuidado.

Horas después, mientras se cambiaba para asistir al teatro, se dio cuenta de que el miedo que la había dejado clavada a su silla y temblando no la había abandonado. Al principio Miguel Primo de Rivera la había mirado con tal fiereza, tal determinación, que parecía una animal a punto de saltar sobre su presa. No pudo evitar volver a sentir ese calor sensual subiendo por su

espalda y su cuello, como aquel día en la playa con Mohammed mientras veían la danza de los halcones. Pero tras ese primer instante de deseo, sintió que la realidad que se ocultaba tras sus palabras era fácil de adivinar. Y fue así como el miedo ante lo que iba a suceder, el miedo a las repercusiones, el miedo a lo inevitable, la dejó postrada sobre la *chaise-longue* de su habitación sin mover músculo alguno para acudir al teatro.

A finales de agosto volvió de Biarritz descansada y feliz. Las semanas transcurrieron entre largos paseos, baños en el balneario, juegos de tenis y visitas a la avenida de Edouard VII, cerca del casino y en el camino a la Grande Plage, donde Chanel tenía su tienda. Allí Margarita conoció a Gabrielle o, como todos la llamaban, Coco, y descubrió a una mujer fascinante de fuerte personalidad, que fumaba sin cesar. No solo compró el que sería su perfume para el resto de su vida, el nº 5, sino que aconsejada por ella renovó su vestuario y se convirtió a la vuelta en una de las mujeres más elegantes y envidiadas de la capital. En sus baúles llevaba la *charming chemise dress*, un vestido con forma de camisa, que *mademoiselle* Coco le había aconsejado llevar combinado con collares de perlas. También compró largas faldas plisadas de estilo marinero, sombreros de paja ribeteados en negro, e incluso un par de pantalones femeninos que pocas veces se puso. El término de las vacaciones supuso no solo volver a Madrid sino también un vuelco en su vida.

Margarita se había aficionado a leer el *ABC* todos los días junto a un café y unas tostadas. Fue así, con un gesto tan cotidiano y sencillo, como toda la calma veraniega se esfumó y dio paso a una creciente inquietud. Cada día podía seguir en sus páginas las idas y venidas de su amigo Primo de Rivera. Que si a principios de septiembre se había reunido en Madrid con el general Saro, que si luego se había entrevistado con el general Sanjurjo en Zaragoza y más tarde con Barrera, López Ochoa y Mercader en Barcelona. Poco a poco se fue construyendo un mapa mental, en el que los movimientos de Miguel Primo de Rivera fueron encajando como el engranaje de un reloj suizo. Y fue así como adivinó que se avecinaba un golpe maestro que acabaría con el Gobierno e instauraría un tiempo nuevo.

Supo también que nada de lo que ella había descubierto podía ser contado. No solo porque nadie la creería, sino porque se sentía en deuda con el capitán general por haberla ayudado a ir a Marruecos, porque ella siempre había sido leal a sus amigos, y porque, siendo realistas, sabía que nada de lo que ella dijese podría afectar lo más mínimo al curso de los acontecimientos. La pelota había echado a rodar, y arrollaría a su paso todo lo que le impidiese avanzar.

Cuando en el *ABC* del 12 de septiembre leyó que el día anterior se habían producido graves disturbios en Barcelona, comprendió que aquel había sido el pistoletazo de salida, la coartada necesaria. Leía la descripción de cómo unos jóvenes nacionalistas catalanes abuchearon la bandera española y lanzaron gritos de «¡Muera España! ¡Viva la República del Rif!», y se estremecía al comprender que aquella era la señal que Primo de Rivera había estado esperando. Era la excusa que necesitaba para tomar las riendas del poder.

Así que aquella mañana, tras terminar su café y sus tostadas, dejó el periódico sobre la mesa de mármol y, después echar un vistazo al resto de la gente allí sentada, se encaminó despacio de vuelta a casa sintiendo que las fuerzas la abandonaban. Miraba a su alrededor a los niños felices

que jugaban en la acera, las mujeres de paseo, los hombres pasar en sus automóviles, ajenos todos ellos a lo que se avecinaba.

Ella era la única que sabía el secreto, la única que conocía cuáles iban a ser los próximos y seguramente decisivos pasos de Primo de Rivera. ¡Pero qué tonta había sido! Aquel día en el Ritz debería haberle preguntado directamente qué iba a suceder. Porque si él la había citado allí no había duda de que era para contárselo. Ella había esperado otra cosa, y la oscura verdad de lo que estaba por venir se había quedado flotando entre ambos como el sutil aroma del té que habían compartido.

Ni ella ni nadie podían saber lo que ocurriría al final. Si el golpe que al parecer tramaban los militares tendría éxito o no, aunque ella temía que sí. Miguel no habría hablado con ella si todo no estuviese ya pactado, en marcha y listo. ¿Qué había querido decirle, si es que había querido decirle algo? ¿Qué esperaba de ella? ¿Qué era lo que no se había atrevido a proponerle?

No creía que fuesen a pedirle que tuviese un papel activo en el golpe, pero ¿y si lo hacían? Lo había admirado siempre, pero si algo había aprendido en el Rif, es que la vida es demasiado imprevisible como para buscarle las cosquillas. Una vez más se le ocurrió que lo mejor para ella era poner tierra de por medio. Así que pensó que a lo mejor aquel era el momento de volver a ir a hablar con Leopoldo. Quizá necesitase una nueva corresponsal, y ella un viaje al otro lado del mar. O quizá consiguiese sonsacarle alguna información; era periodista, algo sabría.

23

Septiembre de 1923

Aquel septiembre de 1923 nos trajo un golpe militar, del que Miguel Primo de Rivera salió victorioso. Quizá usted no lo sepa, pero en aquel entonces a todos nos pareció la mejor solución. Los militares querían desembarcar en Alhucemas y acabar de una vez por todas con la guerra del Rif. El Gobierno estaba renuente a ello. En Barcelona los radicales se habían vuelto más virulentos. Fue el caldo de cultivo perfecto para que Miguel se postulase como el salvador de España. Y por un tiempo, así lo pareció efectivamente. La burguesía catalana, la alta sociedad y la Iglesia estaban encantadas con él, ¡qué más podía pedir! Y hasta el presidente García Prieto dimitió.

Seguramente el rey podría haber acabado con todo con una palabra, incluso el Gobierno durante unos días tuvo fuerza para hacerlo. Pero hubo una extraña pasividad por parte de todos. Fue como si se hubiesen convertido en un manso rebaño, como si necesitasen que alguien tomase la iniciativa y solucionase nuestros problemas de una vez.

Recuerdo que salió en todos los periódicos. Miguel volviendo a Madrid, partiendo en el tren desde la estación de Barcelona donde una multitud se había congregado para ovacionarle. Alfonso XIII nombrándole jefe del Gobierno y ministro único asistido por un Directorio Militar.

Creo que fue en ese preciso instante cuando comprendí que debía marcharme. Conocía lo suficiente a Primo de Rivera como para saber que no iba a ceder el poder hasta que no arreglase la situación en España a su manera, y eso no iba a suceder en cuatro días como posteriormente se pudo ver. Por ello no me sorprendí cuando meses después no se reunieron las Cortes. La gente aceptó la situación al principio, entre resignada y satisfecha, pero ¿cuánto podría durar aquello?

Madrid se me hizo irrespirable. Mirara donde mirara veía mi propia inquietud reflejada en todos los rostros. Fui a hablar con Leopoldo, y le propuse una idea en la que llevaba pensando algún tiempo y con la que creía poder asegurar mi futuro: crear una nueva sección en *La Correspondencia de España*.

Le dije que era hora de que el periódico se modernizase, de que pensara por fin en las lectoras femeninas, cada día más numerosas. Le dije que sería interesante crear una nueva sección sobre consejos de belleza para mujeres, y que así captaría más lectoras, vendería más periódicos y atraería mucha más publicidad. Otros periódicos en el extranjero ya lo hacían. La idea le encantó, y bautizó la sección «La moda al día». Yo escribiría una columna semanal sobre perfumes, maquillaje, higiene, en fin, sobre todo lo que yo pensara que una mujer moderna debía saber para estar al día en su cuidado personal.

Una vez puestos de acuerdo, me animé y le propuse una idea más. Visto que íbamos a hablar de cuidados de belleza, de los últimos descubrimientos, las nuevas técnicas, los mejores

productos, ¿por qué no hacerlo desde el epicentro mundial de expertos en ello? Así que, ni corta ni perezosa, le dije que debía mandarme a Estados Unidos.

Al principio se opuso, claro está. Dijo que aquello era una locura, que el presupuesto subiría mucho, y que me contentase con que me diese un trabajo de nuevo. Yo ya imaginaba que esa sería su reacción, sabía que el periódico tenía algunos problemas y además era cierto que no necesitaban a nadie al otro lado del mar para escribir de moda. Así que accedí y le dije que me pagase lo mismo que cuando estaba en Marruecos, y que no solo le escribiría la sección, sino que si necesitaba que le escribiese sobre otros temas, lo haría gustosamente. «Pero piénselo bien —añadí despidiéndome—, es su oportunidad de tener una corresponsal en América, ¿cuántos periódicos pueden decir eso? Adquirirá importancia y prestigio, será el que tenga más información de primera mano. ¿Imagine que me entero de algo sabroso? ¡*La Correspondencia de España* lo podría publicar antes que nadie!».

Tampoco funcionó. Leopoldo no era ningún aventurero ni alguien que se dejase convencer fácilmente. Aunque veía las ventajas de lo que le proponía, América sonaba demasiado lejos en sus oídos, un canto de sirenas que no eran precisamente bienvenidas en aquel difícil momento.

Yo estaba totalmente decidida a marcharme. Así que tras mucho pensar acudí a la persona que sabía que le había convencido ya una vez: efectivamente, el hombre más poderoso de España en aquel momento, el teniente general don Miguel Primo de Rivera y Orbaneja, marqués de Estella. No diré que no me lo pensé mucho antes de acudir a él. Para mí no era un reencuentro fácil, y me costaba tener que pedirle un favor más, después de todo lo que me había ayudado. Por otra parte…

Pero si le digo la verdad, creo que en el fondo estaba algo ofendida con él. Tras nuestra última cita en el Ritz y vistos los resultados del golpe militar, no le perdonaba el haberme hecho partícipe de algo así. No entendía por qué me había anticipado, aun de forma indirecta, lo que iba a suceder. ¿Acaso él no se dio cuenta de la situación en la que me ponía, de la zozobra en la que me dejaba? ¿O me estaba equivocando respecto a sus verdaderas intenciones?

Como le he dicho, estaba ofendida y sentía que me debía ese último favor. Después no pensaba volver a verle más. Si de mí hubiese dependido habría pasado el resto de mi existencia en América, pero la vida se adueña de tus planes y los desmenuza en pequeñas virutas que se lleva el viento, y a ti te toca buscar otros planes nuevos con los que poder sobrevivir. ¿Quién iba a pensar que tendría que salir huyendo de Boston?, ¿o que volvería a España para vivir otra guerra?

He tenido una vida apasionante que muchas veces me ha tocado vivir cómo ella ha dispuesto, y no como yo habría querido. Supongo que esto es algo que le pasa a todo el mundo. Las elecciones que más me han afectado siempre han venido de la mano del destino. Sin embargo, cuando se trató de convencer a Leopoldo, no dejé nada al azar. Envié una carta a Miguel a mediados de noviembre solicitando verle. Sabía que estaba en Madrid muy ocupado disolviendo las diputaciones provinciales, y que quizás me haría esperar semanas, o incluso meses, para acceder a recibirme. Por ello me sorprendió sobremanera que me respondiese a los pocos días proponiéndome una cita para la semana siguiente.

Era una mañana fría y lluviosa. Las gotas iban cubriendo todo lo que tocaban, haciendo que la ciudad brillase como un reluciente cristal. De camino al hotel Palace me recoloqué el sombrero, estiré mis guantes ribeteados en visón, miré que mis zapatos de cocodrilo de medio tacón estuviesen limpios, y comprobé en el espejo de mi polvera que el maquillaje continuase tan impecable como cuando salí de casa. Llovía y el futuro en España me parecía tan poco esperanzador como el frío que me hacía temblar.

Sentada bajo la imponente cúpula del hotel, miraba sus vidrieras de colores con fascinación mientras esperaba que me trajesen un té inglés, con sus famosos sándwiches. El tiempo transcurría despacio, la gente se sentaba, pedía y se iba, y yo seguía allí esperando. Cuando hubo transcurrido una hora, pagué y me fui.

Que él no hubiese acudido podía deberse a muchos motivos, quizá exceso de trabajo o una reunión urgente. Pero mis pasos resonaban con furia sobre los adoquines de la calle, mientras de vuelta a casa pensaba que nadie había osado jamás dejarme plantada. A mí, a la baronesa de Alcahalí, y mucho menos en público, en medio del bar del Palace.

En aquel momento lo habría matado, no sabe usted cuán furiosa estaba, qué odio sentía por él, por su golpe militar, por la senda por la que nos había arrastrado a todos, por haberme empujado a desear emigrar. Sí, lo odiaba. Odiaba sus maneras corteses, su fiereza al mirarme, su sonrisa vanidosa, su estúpido uniforme y hasta sus ideas heroicas me parecían cómicas.

Llegada a casa me arranqué la ropa del cuerpo, como me habría gustado arrancarle a él la piel. Despedí al servicio, me senté en el sofá de mi salón y miré el fuego que ardía en la chimenea mientras sentía su calor caldeando mi cuerpo. En aquel momento llamaron a la puerta y, tan rabiosa estaba, que no me di cuenta de que había ido a abrir con tan solo la bata de seda, hasta que vi la cara de sorpresa de Miguel al verme así. Lo miré con desdén y pensé que el infierno se iba a desatar cuando, sin darme tiempo a decir una palabra, me besó.

Ahora que han pasado muchos años, que he vuelto a casarme, que mis hijos al parecer ya no me quieren y que estoy aquí encerrada, reflexiono sobre todo aquello y me entristezco. Qué hombre más desgraciado era entonces Miguel, y qué poco supe verlo yo. Pero lo importante es que lo convencí. Habló con Leopoldo y, una semana después, era la nueva corresponsal del periódico para América.

24

Al otro lado del mar

Mientras Miguel Primo de Rivera andaba muy ocupado dando a luz a su nuevo partido, la Unión Patriótica, y cambiando de opinión sobre lo de abandonar Marruecos, Margarita dejaba listo su equipaje para embarcar a América. No volvió a verlo tras aquella noche en su casa, ni volvería a verlo nunca más, aunque entonces eso ella no lo sabía. En aquel momento solo pensaba en la nueva vida que le esperaba al otro lado del mar.

Miguel le había ayudado de nuevo: había convencido a Leopoldo, le habían dado el puesto de corresponsal en América, y escribiría la nueva sección de moda y belleza. Se sentía agradecida, sin duda era un hombre extraordinario. Pero toda aquella atracción que había sentido hacia él, se había ido transformando poco a poco en cautela, e incluso en recelo. Ya no trataba con un amigo de su padre, con el hombre que le atrajo instintivamente nada más verlo y le hizo sentir un hormigueo en la piel. Ahora hablaba con el jefe del país, el que decidía los destinos de todos los españoles, y cuanto más lo pensaba fríamente, más vértigo le producía.

El 4 de octubre de 1923, el vapor *Reina Victoria Eugenia* zarpó de Barcelona con destino a Buenos Aires, con Margarita alojada en un camarote de primera clase. De ahí iría subiendo poco a poco, visitando Río de Janeiro, Paramaribo, Cartagena de Indias, Panamá, México y Nueva Orleans, para finalizar en Nueva York. Un viaje maravilloso.

Había ido en barco otras veces, pero nunca en un transatlántico a vapor como aquel. Los suelos eran de parqué de maderas finas, contaba con sala de música, salón de fumar, biblioteca, alfombras de la Real Fábrica, un comedor estilo Luis XVI, e incluso un gimnasio. Desde luego si no fuese por el ligero bamboleo que a veces sacudía el barco, daba la impresión de estar en un lujoso palacio en tierra firme.

Su camarote era enorme, tenía un dormitorio, una salita y un cuarto de baño con tocador, todo amueblado en un exquisito estilo Imperio. Al ser uno de los camarotes de lujo, no solo tenía acceso directo al *hall*, sino que también disponía de servicio de doncella. Era una habitación de ensueño, de un gusto excepcional. Tumbada sobre su cama podía ver cómo el mar cambiaba del azul al verde a través de la ventana, podía ver el amanecer que todo lo teñía de rojo y oro, las blancas crestas de las olas crepitar al viento…

Los dos primeros días de travesía los pasó sin atreverse a salir de su camarote, luchando contra el mareo que invadía todo su cuerpo. No recordaba haber sentido nada igual en sus anteriores viajes. Su doncella, María, era una cuarterona enorme, de sonrisa ancha y crespos cabellos que ocultaba bajo una cofia de un blanco inmaculado. Su acento delataba su origen humilde de un poblado al sur de Córdoba, en Argentina. Era trabajadora, discreta y resolutiva, y

Margarita pronto se dio cuenta de todo ello. Postrada en su lecho, sufría con cada vaivén del barco mientras vomitaba en una jofaina puesta a los pies de la cama. María la miraba mientras meneaba la cabeza con desaprobación.

—Señora, el barco no tiene nada contra usted. Debe dejar de pensar en él como si fuese un enemigo, y ya verá cómo le pasa el mareo. Descanse, beba mucha agua y a poco yo le traigo acá un tecito, secreto de familia, que verá que le cura hasta su primera tos. No mire así la comida, algo tiene que comer o el barco no le dejará en paz. Y ni se le ocurra acercarse al salón de fumadores o agarrar el bote de perfume, no quiero tener que levantarla del suelo cuando caiga mareada.

Margarita la escuchaba sin fuerzas para responder, y bebía aquel té de color amarillo que la doncella le preparaba.

—Deje ese libro, leer no es bueno en el barco. Debería salir del camarote, dese una vuelta, salga al aire de afuera, que le hará mucho bien. Y si le gusta mi delicioso té de jengibre, le puedo hacer mucho más. Acá le traigo agua fresca, pero esta no se la beba. Le mojaré la cara, las muñecas y el cuello, y verá cómo revive. Se encontrará tan bien como mi tío Samuel, que ya cumplió los cien años.

Como había prometido, en dos días Margarita se sintió renacer. Llegó incluso a pensar que se había recuperado tan rápido para no tener que seguir escuchando el incesante parloteo de su doncella. El mareo desapareció, aunque siguió estrictamente los consejos de María para no recaer. Se sentía ya con fuerzas para salir del camarote, y pasear por la cubierta superior al atardecer. El sol se ocultaba despacio en el horizonte, hacía frío, pero nada de viento. Una extraña calma, donde tan solo se escuchaba el batir de las olas contra el casco.

Llevaba en sus manos *La Garçonne*, el libro de Víctor Margueritte del que le quedaban unas pocas páginas para terminarlo. Pero no se atrevía a abrirlo por si se mareaba al leerlo. Aunque ya estaban recogiendo las tumbonas, alcanzó a ver a uno de los mozos y convencerle de que le dejase estar un rato más sentada sobre una de ellas. Recostada sobre las rayas azules y blancas que decoraban la tela, abría y cerraba el libro una y otra vez, sin decidirse a leerlo. Tenía una enorme curiosidad por saber cómo acabaría Monique, la protagonista, pues se había sentido muy identificada con su historia. Ambas compartían un marido que les había engañado, una posterior emancipación y llevaban una vida libre de ataduras y compromisos. Aunque había una importante diferencia entre ellas: Margarita jamás habría tenido relaciones con una mujer, y no podía considerársele desde luego nada masculina de aspecto. Cierto también que el libro criticaba a las *flappers*, a las que ella misma pertenecía con su pelo corto, su maquillaje marcado y sus vestidos cortos. Pero toda la historia era tan fascinante, que desde que lo había empezado aún no había podido dejarlo, hasta que subió al barco y aquel maldito mareo no la dejó en paz.

Contraviniendo los consejos de María, había abierto el libro y estaba buscando la página por donde se había quedado, cuando escuchó una sonora carcajada junto a ella.

—Señora, le juro que si vuelvo a verla abrir y cerrar ese libro una vez más, lo tiraré por la borda.

Sobresaltada, se giró Margarita para ver quién se atrevía a hablarle así, dispuesta a contestarle como merecía, pero enmudeció de golpe. Era un hombre ya maduro, alto, corpulento y muy moreno, con un grueso abrigo y una larguísima bufanda al cuello, que fumaba indolente apoyado en la barandilla. Era, desde luego, muy apuesto. Había algo en sus maneras que hizo

que Margarita se ruborizase al instante. Se puso en pie como impulsada por un resorte y, murmurando que no se encontraba bien, volvió a su camarote a toda prisa.

«Pero qué estúpida soy —pensó—, he salido a tomar el aire sin preocuparme por mi aspecto, con el cabello sin peinar y vestida de cualquier forma. Ese hombre habrá pensado sin duda que soy la criada de alguien del barco. ¡¿Pero cómo he podido ir así?!».

Entró furiosa en su camarote y llamó a gritos a la doncella para que fuese a peinarla.

—Escúcheme bien, María, quiero que me peine con mucho esmero. Hoy debo estar impecable para ir a cenar. No me mire así, me ha entrado el apetito, aunque no se lo crea. Saque el vestido azul oscuro con pedrería gris, ese no, ese es negro, ¿es que no distingue los colores?

—Señora, este vestido es negro, y el otro que usted dice que es azul, yo también lo veo negro. Así que qué va a importar cuál se ponga, si son los dos bien feos de entierro.

Ya en el salón comedor, Margarita esperaba en la entrada a que la sentaran en su mesa, mientras observaba atentamente intentando reconocer al apuesto caballero de horas antes. Pero había demasiada gente, muchos camareros sirviendo y ruido de fondo, que le impedían concentrarse en su búsqueda. Así que siguió al jefe de camareros hasta la mesa que le habían asignado, junto al ventanal, y tras suspirar con resignación, pasó el resto de la cena comiendo sin ganas y mirando la noche caer sobre el mar.

Al terminar cogió su bolso de malla de plata y marfil, y estaba levantándose ya para volver a su camarote, cuando lo vio unas mesas más allá. Volvió a sentarse. Era él, sin duda alguna, y ninguna mujer lo acompañaba. Con el bigote recortado, las manos gesticulantes y una tos persistente. Quizá por ello seguía llevando la bufanda al cuello.

No pudo evitar quedarse un rato mirándolo fijamente, hasta que se dio cuenta de que él también la miraba. Pensó en levantarse e irse, pero estaba disfrutando demasiado, y además ella era una mujer libre. Seguro que Ricardo no tenía tantos miramientos con sus cupletistas de tres al cuarto. Después de todo, ¿qué importancia podía tener? Estaban en medio del Atlántico, a cientos de millas de cualquier tierra firme. La noche invitaba a las confidencias, el champán burbujeaba en su copa y aquel era un hombre terriblemente atractivo.

De manera que no solo no se levantó de su mesa, sino que le sonrió con lo que quiso que fuese una sonrisa amistosa, pero que en realidad quedó algo insinuante. A los pocos minutos, vio que tanto él como el resto de los que estaban sentados a su mesa se ponían en pie y se despedían. Margarita le observaba nerviosa, deseando que él se acercase a su mesa y le hablase. Le vio despedirse con parsimonia, saludar a otras personas sentadas en otras mesas y sacar un paquete de cigarrillos. «No vendrá —pensó angustiada—. Va a salir a fumar, y ni siquiera se ha vuelto a mirarme desde que se ha puesto en pie».

Efectivamente, el desconocido salió del salón sin girarse ni una sola vez y ella se quedó allí sentada, agarrada estúpidamente a su bolso. Permaneció así unos minutos mirando al mar desde su ventanal, y después, con parsimonia, se levantó y salió ella también del salón. La acompañaba una vaga sensación de fracaso. Había sido una idiota.

Al entrar en el *hall*, le sorprendió verlo sentado tranquilamente en una de las sillas junto a la monumental chimenea. Todo allí era desde luego grandioso, pero la hermosa cúpula de cristal, las columnas con capiteles de bronce, los tapices o el retrato de su majestad palidecían junto a él y su fulgurante belleza.

Al verla aparecer, él le sonrió como si hubiese estado esperándola, con esa sonrisa cálida que tanta turbación le había provocado en el frío atardecer de horas antes. Sin pensarlo, se dirigió hacia él y se quedó de pie junto a su silla, mirándolo. Por primera vez en su vida, la baronesa de Alcahalí no encontraba las palabras. Ambos se quedaron mirando unos segundos, hasta que, reponiéndose, ella comprendió que era estúpido estar allí de pie, parada, contemplando a un desconocido.

—¿Sería tan amable de ofrecerme un cigarrillo? He olvidado los míos en el camarote —dijo ella con la que consideraba su mirada más seductora.

—Por supuesto, señora, aquí lo tiene, pero aquí no se permite fumar.

—Muchas gracias.

—¿Al final lo ha abierto o lo ha cerrado?

—¿El qué?

—El libro.

—Ah, sí, el libro. De momento sigue cerrado.

—¿Y eso por qué?

—Pues porque mi doncella dice que si leo en el barco, volveré a marearme.

—¿En serio? Curioso razonamiento. Me gustaría conocer a su doncella.

—Le caería bien, aunque habla demasiado.

—Me gustan las personas que hablan, son más comunicativas. Pero veo que está temblando.

—Sí, tengo un poco de frío, olvidé mi estola en el camarote.

—¿Hay algo que no haya olvidado hoy en su camarote?

—Me parece que nada interesante. Aunque lo que sí tengo allí es una estupenda botella de champán francés, cortesía de la naviera.

Nada más decirlo, Margarita se sintió terriblemente azorada, pero a la vez tan burbujeante como el champán que le invitaba a tomar, tan sensual como Barbara La Marr o Clara Bow. Apoyó con suavidad la mano en la cadera y lo miró retadoramente, deseando intensamente que aquel hombre no se echara atrás.

Tras unos segundos en los que él la miró desconcertado, se puso en pie y con gesto rápido, se quitó la bufanda del cuello, dejando ver un inmaculado alzacuellos.

—Permítame que me presente señora, puesto que nadie lo ha hecho todavía. Soy el cardenal Benlloch, de la diócesis de Valencia. Disculpe mi atuendo, suelo ir con sotana, pero se dejaron mi equipaje en el puerto, y la tripulación solo ha podido conseguirme trajes de caballero para llevar durante la travesía. Suelo llevar un par de alzacuellos de repuesto en mi maletín, y la verdad es que quedan un poco raros con esta camisa, pero es lo que hay.

Margarita miró su inmaculado alzacuello totalmente desconcertada. Lo atribulado de la situación la obligó a sentarse en la silla de la que el cardenal acababa de levantarse, mientras buscaba una cerilla con la que encenderse el cigarrillo.

—Si quiere vamos al salón de fumadores, estaremos más cómodos —dijo él con afectada cortesía.

Aquello no hizo sino incrementar el malestar de Margarita. ¡Un cura! ¡Nada menos que un cardenal! ¿Acaso no debía ser pecado que un cardenal fuese tan guapo? Tenía que estar prohibido que alguien que incitaba tanto a la perdición fuese ministro de la iglesia. ¡Y encima

valenciano! ¿Cómo iba a haberse dado cuenta de lo que era? Aquello empezaba a parecerse a un vodevil, solo faltaba un enano.

—Discúlpeme, pero no me encuentro bien, ha debido sentarme mal algo de la cena.

—Lo entiendo, en los barcos es difícil comer de forma decente, ¿señora…?

—Margarita, Margarita Ruiz de Lihory, baronesa de Alcahalí. También de Valencia.

—¿Ruiz de Lihory? ¿La baronesa? Entonces debe ser usted la hija mayor del barón. Qué curioso, pensaba que la mayor era Soledad. Tuve el honor de conocer a su padre en el Casino de Agricultura, y a su hermana también alguna vez que nos encontramos por la calle. Qué pequeño es el mundo, ¿verdad? Ambos de Valencia y nos conocemos en un barco en medio de la nada. ¡Qué feliz coincidencia! ¿No cree?

Al oír aquello, Margarita sintió ganas de vomitar. Si algo era aquel encuentro, desde luego no era feliz. Aquel hombre conocía a su padre y a su hermana. Se sintió tan mareada que notó cómo empezaba a sudar. Tras quitarse el tocado y los guantes, comenzó a abanicarse con ellos.

—¿Se encuentra usted bien?

—La verdad es que no. ¿Sería tan amable de avisar a mi doncella?

Y mientras el cardenal corría a buscar a María al camarote, Margarita se quedó sola y sentada en el inmenso *hall*, pensando en el pésimo sentido del humor que tenía la vida. Tres días después, lo recordaría y sería capaz de sonreír. Pero en aquel momento se encendió el cigarrillo, y exhaló el humo lentamente pensando que era una verdadera pena que el cardenal no bebiera champán.

25

Manuel

Como todos los capitanes, don José Castellá tenía por costumbre organizar una cena a mitad de la travesía a la que invitaba a sus huéspedes más distinguidos. Margarita estaba entre ellos, así como otras veinte personas, y no dudaba que el cardenal también estaría presente. Una terrible contrariedad…

Su vida en el barco había dado un giro inesperado, y ahora se sentía encerrada entre sus paredes, rodeada por un mar inmenso que no le permitía huir. Contaba con la discreción del prelado, y estaba casi segura de que no le habría contado el episodio a nadie. Un cardenal no se permitiría a sí mismo semejante vanidad. Además, estaba el secreto de confesión, pues su desliz bien podría considerarse una confesión. Pero aun así, no conseguía estar tranquila. La culpa la tenía él, por no llevar sotana. ¿Quién le mandaría ser tan guapo?

Paseaba por la cubierta temerosa de cruzárselo, y habría incluso dejado de hacerlo del todo si no fuese porque los dos días que pasó encerrada en su camarote, abochornada, tan solo sirvieron para que volviese el odioso mareo. Cuando lo veía de lejos, cambiaba rápidamente de dirección, y procuraba hacer sus comidas en horarios en los que fuese más difícil verlo sentado en la mesa de al lado.

La cena del capitán sería sin duda todo un acontecimiento, pero le apetecía lo mismo que un baño en el gélido Atlántico. Margarita, que sentía adoración por los eventos, las fiestas y el jolgorio, se encontraba ahora dudando sobre si asistir o no. Fue María, su doncella, la que decidió por ella, ya que sin preguntarle nada comenzó a revolver en los baúles y los armarios en busca de un vestido de noche.

—Señora, qué quilombo tiene acá. No alcanzo a entender para qué tanta ropita, y ¡tantos baúles! Bueno, baúles, maletas y sombrereras. Veo que ha viajado usted mucho, acá le cuento solo en este baúl siete etiquetas de hoteles. París, Roma… qué lugares de ensueño que seguro yo no conoceré nunca.

—Quizá sí, María, nunca se sabe…

—Ya le digo yo que no. Nací pobre y moriré pobre, así fue con mi mamá, así fue con mi papá, así será con los hijitos que tenga. Pero míreme usted, para qué tantos vestidos: acá tiene este para los baños de sol, este otro para jugar al golf, aquel elegante de paseo, y si no digo mal, este por fin es el de gala.

—María, traje cuatro vestidos de gala, no puede ser que esté solo el gris.

—¿Gris? ¡Pero si es marrón!

A las nueve en punto hizo su entrada Margarita en la galería-restaurante a la carta, situado a la banda de estribor. Llevaba un espectacular vestido de fiesta que le había copiado a la actriz Catalina Bárcena, aunque eso jamás se lo confesaría a nadie. Realizado para la famosa actriz por

la diseñadora francesa Jeanne Lanvin, el modelo era de crepé de seda en un maravilloso tono verde claro. De líneas rectas y sin mangas, tenía unos dibujos en el escote y los bajos de inspiración japonesa, bordados con cristales y canutillos. Era suntuoso y elegante, todo en él hablaba de riqueza y poder.

El capitán, al verla, acudió presto a saludarla llamándola baronesa, lo que la llenó de un inmenso placer.

—Bienvenida, señora baronesa, espero que disfrute de esta especial velada. Verá que han preparado un menú magnífico en la cocina adyacente. Sí, no se sorprenda, este restaurante posee una cocina privada, independiente de la general del barco. Una auténtica innovación en los vapores españoles. Pero bueno, imagino que ya sabrá que el *Victoria Eugenia* puede compararse con los mejores barcos extranjeros que realizan la línea del Plata. Es un modelo de arquitectura naval, una nave extraordinaria que pasea con orgullo el pabellón español por todo el mundo.

Margarita escuchaba aburrida la perorata del capitán sobre su barco, por el que claramente sentía una enorme pasión. Con disimulo miró en la mesa los carteles donde estaban escritos los nombres en cada sitio, y no reconoció a ninguno de los que se iban a sentar a su lado. Aquello le provocó un gran alivio. No se sentía con fuerzas para fingir interés por algo tan trivial como un barco, y mucho menos para darle conversación al capitán. Desconocía casi todo del mundo naval, y le daba la impresión de que ese iba a ser el tema favorito de la noche.

Copa de champán en mano, recorrió con la vista la sala mirando a los otros comensales que de pie charlaban animadamente, y comprobó que no se veía al cardenal por ninguna parte, aunque aún podía hacer acto de presencia. En aquel momento anunciaron que iba a servirse la cena, y todos fueron a ocupar sus asientos.

A su derecha se sentó un hombre de aire simpático y cierto atractivo. Era rubio con labios finos, nariz grande, mirada inteligente y en cuyo cartel de mesa se leía don Manuel Aznar. A su izquierda vio a un hombre ya mayor, con marcada tendencia a la obesidad, cara de luna y risa sardónica que se presentó nada más verla como Indalecio Prieto.

—No me recordará usted, señora, pero nos presentó el año pasado don Joaquín Márquez en una fiesta en Tánger.

—Vaya, qué casualidad, ¿es usted amigo del cónsul?

—Digamos que durante un tiempo trabajamos juntos en Marruecos, por la liberación de nuestros soldados. Pero, si no me equivoco, creo que algo sabe usted de eso.

—No, no se equivoca. Lo que me asombra es que me haya reconocido después de tanto tiempo.

—Baronesa, perdone mi atrevimiento, pero su belleza es difícil de olvidar. Además, Joaquín tuvo a bien contarme parte de lo sucedido, y su valor en tierras moras es de admirar.

—Señor, su atrevimiento está más que perdonado —respondió Margarita con un mohín de satisfacción mal disimulado—. ¿Así que usted también intervino en la negociación? ¿A qué se dedica, si me permite la indiscreción?

—Cuando nos presentaron en aquel entonces, yo era diputado del Partido Socialista en las Cortes. Ahora soy miembro de la comisión ejecutiva del partido, lo que me da casi más quebraderos de cabeza que mi anterior empeño.

—No conozco a ningún político que no diga lo mismo —dijo ella, sonriendo condescendiente.

—¿Conoce usted a muchos políticos?

—No muchos, la verdad.

—¿Quizá a Miguel Primo de Rivera?

Margarita lo miró en silencio. Algo en el tono de su voz, en la mirada aviesa, en los colmillos que asomaban entre los labios, la puso sobre aviso. De repente sintió como si aquel hombre tuviese dos caras. Hasta ahora había sido cortés, educado, incluso simpático. Pero intuyó que tras aquella fachada de cordialidad, se escondía una serpiente a punto de morder. ¿Cómo sabía que era amiga de Primo de Rivera? ¿Se lo había contado él? ¿O quizá había querido insinuar algo, al preguntarlo con aquel tono venenoso?

Le respondió con frialdad.

—Sí, conozco al marqués de Estella. Era amigo de mi padre, el barón.

—Lo sé, lo sé, pero me han llegado noticias de que también es gran amigo suyo. Que le ha hecho algunos favores importantes, y que está usted en deuda con él. Al parecer, tienen una relación muy estrecha, deben ser muy buenos amigos… íntimos, diría yo…

—¿Ah, sí? No entiendo a qué se refiere, señor. Don Miguel, que en este momento dirige el destino de España, es un hombre intachable. Solo la distancia geográfica y un par de copas de champán de más pueden justificar sus intolerables insinuaciones. Así que, señor Prieto, espero que disfrute usted de la cena, porque no lo hará de mi compañía.

—No sea usted tan quisquillosa. Me contó Leopoldo Romero que Primo de Rivera habló con él, para lo del puesto en el periódico en Marruecos. Realmente no estaba insinuando nada por ese lado, aunque su encendida respuesta me ha hecho plantearme algunas cosas… Respecto a lo del champán, creo que no soy el único al que le hace efecto, según lo que pude ver y oír la otra noche en el *hall* del barco…

Al oír esto, Margarita se pudo lívida. Con la respiración agitada, tuvo que contener el impulso de ponerse en pie y salir corriendo del restaurante. ¿Pero qué clase de monstruo era ese hombre? ¿Cuánta ponzoña era capaz de destilar en sus palabras?

—Baronesa, no me mire así y no se preocupe, que nadie en este barco sabe lo que pasó aquella noche. Dio la feliz coincidencia, o no tan feliz para usted, de que mi camarote y el suyo están contiguos, y cuando salí a fumar un cigarrillo escuché su conversación sin poderlo evitar. Un error lo puede tener cualquiera, y le aseguro que yo no despreciaría la invitación a probar el champán de su habitación —dijo, rozando con el índice el dorso de su mano.

Asqueada, Margarita no pudo soportarlo más. Se estaba levantando llena de angustia para salir de allí, cuando vio entrar al cardenal Benlloch y mirarlos fijamente a ella y al señor Prieto. Algo en su mirada confirmó sus temores: el prelado se lo había contado a alguien. Nada más y nada menos que a aquel indeseable, a aquel cretino que sentado a su lado la miraba levantarse con cara de triunfo.

Aturdida intentó agarrarse a la mesa, pero sus manos solo encontraron el vacío. Cuando la consciencia ya la estaba abandonando y sentía que se iba a desmayar, unas manos fuertes la agarraron de los brazos y, cogiéndola en volandas, la sacaron del restaurante.

Al abrir los ojos, tuvo la sensación de que habían pasado muchas horas, de que lo sucedido en el restaurante solo había sido una pesadilla. Tumbada sobre su cama del camarote, oía de fondo a la doncella parlotear con alguien. Le dolía intensamente la cabeza, notaba las piernas

débiles, la respiración entrecortada y un tremendo dolor de estómago. Sin embargo, que ella recordase no había comido nada.

—Acá le traigo una manzanilla, señora. Bébasela toda, que verá cómo el dolorcito ese tan molesto le pasa. Dígame pues, ¿qué pasó? Acá la trajo este señor y estaba usted toda desmayada que más parecía un trapo del piso. Muertecita de preocupación me quedé.

—¿Se encuentra usted mejor, baronesa?

Margarita se giró a ver quién le hablaba, y se quedó algo más tranquila al ver que era el hombre rubio que estaba sentado en la mesa a su derecha. Por un instante había pensado que le estaba hablando el cardenal, o su odioso amigo, y eso sí que no habría podido soportarlo.

—Sí, muchas gracias, me encuentro un poco mejor ahora. No sé qué me ha pasado, este barco va a acabar conmigo.

—Ya andamos culpando al pobre barco, que culpa no tiene ninguna, señora. Ya le dije que debía usted escuchar mis consejos, pero claro, a la pobre María nadie le hace caso. Así terminó usted, mareada y tirada por el piso, como un trapo.

—María, lo del trapo ya lo he entendido. ¿Sería tan amable de esperar en la salita contigua, por favor? Me encuentro mejor, pero necesito un poco de tranquilidad.

Salió María refunfuñando y quedaron ambos a solas.

—Discúlpeme, pero creo que no nos han presentado. Me llamo Manuel Aznar, y usted si no me han informado mal, es la baronesa de Alcahalí.

—Así es, aunque me hubiera gustado que nos presentaran en circunstancias menos extrañas. ¿Sería usted tan amable de decirme qué me ha sucedido? No recuerdo cómo he llegado a mi cama.

—Estábamos en la cena del capitán, cuando usted fue a levantarse de la mesa y casi inmediatamente se desmayó.

—Oh, pobre capitán, con lo ilusionado que parecía con la cena. Todo este lío habrá trastocado la velada. Lo siento muchísimo.

—Sí, la verdad es que no estaba muy contento. Pero estas cosas pasan en los barcos, todos nos hemos mareado alguna vez.

—¿Y fue usted quién me trajo aquí? —dijo ella, disimulando su asombro, pues era un hombre de corta estatura para la media, y no muy fuerte precisamente.

—Efectivamente, baronesa. La estaba observando mientras se levantaba, y la vi cerrar los ojos con una cara muy extraña. Acto seguido se desmayó, y tuve el tiempo justo de agarrarla para que no cayese al suelo. Perdóneme usted si la cogí en brazos, pero fue lo único que se me ocurrió para sacarla de allí cuanto antes, y que la viese el médico de a bordo.

—No tiene por qué disculparse, al contrario, le agradezco de veras su pronta intervención. Me alegro de estar aquí y poder descansar un poco, han sido demasiadas emociones para un día.

—Verá cómo se le pasa pronto el mareo, ya me ha dicho su doncella que tiene un remedio que es mano de santo.

—Esa mujer no calla ni debajo del agua. Le agradezco de nuevo su ayuda, ha sido usted un ángel.

—Señora, no es para tanto. No he hecho más de lo que cualquier otro hombre en mi lugar habría hecho.

Margarita, ya sola, no dejaba de dar vueltas a lo sucedido. Para empezar, a ese tal Indalecio Prieto ya se encargaría de recordarle quién era ella. ¡Cómo se había atrevido a hablarle así! Valiente grosero.

El prelado había ido contando *urbi et orbi* lo ocurrido. Pues sí que era discreto el curita… Y qué mal gusto elegir como compañero de confidencias a semejante individuo. Hablaría con Joaquín, por supuesto, averiguaría más cosas de él. Por su tono, parecía un hombre muy seguro de sí mismo, y aparentemente nada le importaba. Pero Margarita sabía por experiencia que todos los hombres tienen algún punto flaco, algún secreto inconfesable, y ella se encargaría de averiguarlo y de que pagase muy caro su comportamiento.

Al día siguiente salió a pasear por cubierta sin importarle a quién pudiese encontrar. Qué tonta había sido, esconderse como si hubiese cometido un delito cuando no había hecho nada malo. Ni que hubiese robado un banco.

Aquella mañana al levantarse y mirarse al espejo se había sentido una mujer renovada, llena otra vez de fuerza, de orgullo. Se recordó a sí misma que era la digna sucesora del barón, y no debía permitir nunca más que alguien, y mucho menos un vulgar indeseable, la tratase de forma inferior a su rango y mérito. Decidió que aquel era el día perfecto para que todo el barco supiese que ella iba a bordo.

Estrenó los pantalones azul marino, la camiseta de rayas marineras y el canotier que había comprado en la tienda de Chanel, junto con varios collares de perlas y un grueso abrigo. La gente no dejaba de observarla mientras caminaba arriba y abajo, con un cigarrillo en la mano. Oía a las mujeres susurrar a su paso, comentar con detenimiento sus pantalones, su forma de fumar, sus uñas pintadas de rojo intenso. Estaba encantada. Se había convertido en una mujer moderna. El tiempo de ser una humilde y sumisa esposa se había acabado hacía ya tiempo, y sus tacones resonantes sobre la teca del suelo así lo pregonaban a cada paso.

Apoyada en la barandilla, miraba el horizonte infinito cuando oyó que la llamaban.

—Buenos días, baronesa, me alegra verla mucho mejor.

—Buenos días, ¿se llamaba usted Manuel, no?

—Me alegro de que recuerde mi nombre, es buena señal.

—Cómo podría olvidar a quien tan bien se portó conmigo ayer. Le agradezco de nuevo su ayuda, lo mejor que hizo por mí fue sacarme de aquella sala, se lo aseguro. No podía soportarlo más.

—¿Y eso por qué? ¿Tan mala le parecía nuestra compañía? ¿O es que alguien la estaba molestando?

—Discúlpeme, quizá he hablado de más —respondió Margarita, lanzando su cigarrillo por la borda.

—No lo ha hecho, no se preocupe. Aunque espero no haber sido yo la causa de su malestar.

—Por Dios, no, usted no. ¿Cómo podría ser, si no ha hecho más que ayudarme?

—Eso pensaba, pero al menos ha confirmado mis sospechas: que la causa de su malestar ayer tiene nombre y apellidos. Entiendo que no nos conocemos y que apenas nos acabamos de presentar, pero si necesita hablar con alguien, puede confiar en mí.

Margarita lo miró despacio, sopesando sus palabras. Ya se había equivocado bastante en aquel barco, pero su primera impresión parecía acertada. Era todo un hombre. Un caballero educado, amable, de sonrisa franca y abierta. Una pena que fuese bajito y que su nariz tuviese una forma un poco extraña, podría haber sido un hombre muy apuesto. Aun así tenía algo exótico y atractivo, con esos mechones tan rubios en el pelo, los intensos ojos azules y esa mirada penetrante llena de inteligencia.

—Le agradezco su ofrecimiento. La verdad es que no sabría muy bien por dónde empezar. Desde que subí a este barco parece que no me sale una a derechas. Ni siquiera pude ayer disfrutar de la cena del capitán, y eso que me lo había propuesto.

—Si le sirve de consuelo, yo estaba muy contento con su presencia en la mesa, sobre todo porque me evitaba hablar con su otro vecino.

—¿Lo conoce usted?

—Por desgracia, sí. En el pasado el señor Indalecio Prieto y yo hemos tenido nuestros más y nuestros menos, casi siempre por cosas de política.

—Es un hombre terriblemente desagradable.

—No sabe cómo comparto su opinión —respondió él riéndose—. Pero espero que no la haya molestado de forma indebida, o tendré que tener con él algo más que palabras.

Manuel la miró a los ojos con la profundidad de mil mares, y ella creyó ver en él a un hombre viril y juicioso, pero también apasionado y encendido. Pensó que el cardenal, con toda su belleza, no tenía aquella mirada. Incluso el prelado tenía un punto demasiado suave, lejos de este hombre tan varonil y seductor. Decididamente, todo en él era elegante, desde su forma de llevar el traje a su pausada forma de hablar. Quizá no fuera necesario hablar con el cónsul…

—Si me permite la pregunta, ¿por qué no se llevan bien usted y el señor Prieto?

—Como le he dicho, cosas de política. Procuro no hacer caso a los que hablan por hablar. A veces pienso que este hombre se aburre, o es muy desgraciado, o ambas cosas. Si algo aprendí como corresponsal tanto en la Gran Guerra como en el frente de Marruecos es que la vida puede ser muy corta y que hay cosas y personas a las que no merece la pena prestar atención.

—Vaya, qué casualidad, yo también estuve en Marruecos. Escribía para *La Correspondencia de España.*

—No recuerdo haber leído su nombre en las crónicas, baronesa.

—Eso es porque firmaba como el Capitán Alí.

—¿¡Está usted bromeando!? ¿Era usted el famoso y valiente Capitán Alí?

—Así es, el mismo.

—Vaya, una mujer de admirar. Y si le soy sincero, no dudo que los pantalones le quedan mejor a usted que a muchos hombres que conozco.

—Gracias —respondió ella encantada—. Pero aún no me ha contado lo que le ocurre con el señor Prieto.

—Pues no sabría decírselo con exactitud. Escribí una obra de teatro llamada *El jardín del mayorazgo*, en la que según él insultaba a la nación. Luego le molestó que me nombrasen director de *El Sol* en Madrid, imagino que porque fui el más joven y mejor pagado director de un periódico en España. Decía además que yo le bailaba el agua al conde de Romanones.

—¿Y era así?

—En parte sí y en parte no. Mi oficio exigía que en ciertas ocasiones tuviese en cuenta a ciertas personas. Romanones no es persona con quien uno pueda enemistarse, pero eso imagino que usted ya lo sabe.

En ese momento se oyó una risa estentórea, y una voz grave que interrumpió la conversación diciendo:

—La baronesa ya lo sabe, señor Aznar, como también yo lo sé. ¿Le ha contado ya que es usted un personaje sin honor, que pasa del nacionalismo vasco al patriotismo español sin despeinarse? ¿Le ha hablado de cómo abandonó rápidamente sus ideas separatistas, llevado por su tremenda e irrefrenable ambición?

Sobresaltados por la interrupción de Indalecio Prieto, ambos lo miraron estupefactos.

—No tenemos nada que hablar con usted, señor. Le ruego nos deje en paz. Que disfrute de la travesía —dijo la baronesa con voz gélida.

—Lo haré, baronesa, no lo dude. Tomaré nota de todo lo que he visto y oído, por si el tiempo caprichoso borra de mi memoria ciertos detalles interesantes. Y espero que no sea tan ingenua de pensar que el señor Aznar es un caballero, porque a la que se descuide lo tiene tomando su famoso champán. Aunque por lo que sé de usted, no creo que eso le importe, ¿verdad?

Margarita enrojeció de forma patente, y notó cómo todo su cuerpo hervía de indignación. Sin pensarlo dos veces trató de abofetearle, aunque Manuel la detuvo a tiempo cogiéndole la mano. La miró mientras negaba con la cabeza, y se giró hacia Indalecio Prieto.

—Lárguese inmediatamente de aquí, o juro que no respondo de mis actos —dijo, acercándose a él muy despacio y con expresión feroz.

—Váyase o haré que lo metan en la cárcel. Y sabe usted perfectamente que puedo hacerlo —añadió Margarita.

Indalecio Prieto la miró, y supo que lo que decía no era una bravata.

—Ya me voy, ya me voy, no se acaloren tanto. Pero no duden que volverán a saber de mí —respondió Prieto con sonrisa burlona mientras se alejaba despacio.

Lo vieron irse en silencio, y aún estuvieron así unos minutos. El resto de los pasajeros en cubierta los observaba con asombro, pues todos habían oído la voz estentórea de Indalecio Prieto, y se preguntaban qué habría ocurrido. Sintiéndose incómodo al ser el centro de tan embarazosa atención, Manuel la cogió con suavidad del brazo y le preguntó si se encontraba bien y si deseaba que se marchasen de allí.

—La verdad es que no me encuentro muy bien, ese hombre es de la piel del diablo. Me siento un poco mareada, lo mejor será que vuelva a mi camarote.

—La acompaño si quiere, no me gustaría que se volviese a desmayar por el camino.

Regresaron ambos en silencio, sumidos en sus pensamientos. Ya en la puerta del camarote, Margarita se despidió agradeciendo su preocupación.

—¿Quiere que pase a recogerla para la cena?

—Muchas gracias, pero esta noche no voy a cenar. Además, no creo ser buena compañía en este momento; el señor Prieto ha tenido la virtud de amargarme la tarde —dijo ella excusándose.

—No lo permita, baronesa. Una mujer tan hermosa no debe esconderse en su camarote, y menos por culpa de un bellaco. Pero si ese es su deseo, que descanse, pasaré mañana a ver cómo se encuentra.

Margarita pasó la noche presa de pesadillas, despertándose cada dos por tres con la sensación de que se ahogaba. Su cuerpo se agitaba con tal inquietud, tal desasosiego, que hizo llamar a María de madrugada para que le preparase algo que le hiciese dormir. El barco surcaba el mar bajo el cielo nocturno, y se veían brillar las estrellas desde la ventana junto a su cama, pero ella era incapaz en aquel momento de apreciar tanta belleza. Solo podía pensar que quedaban aún muchos días de navegación, y que no podía salir de allí e irse a alguna parte.

María le preparó un té de pasiflora que a Margarita le pareció que sabía a moho, pero que cumplió su cometido: durmió relajada hasta bien entrada la mañana. Su primer pensamiento tras abrir un ojo fue para Manuel. El recuerdo de lo sucedido ya no la preocupaba tanto. ¿Qué podía hacer el tal Indalecio contra ella? Siendo realistas, bien poco, teniendo en cuenta que en Madrid gobernaba el destino de la nación su amigo Miguel Primo de Rivera. Por alguna razón, aquel hombre había querido herirla.

Pero qué temple, qué coraje el de Manuel. La había defendido y se había encarado con aquel indeseable, echándolo de cubierta. Pensaba en él, y sus ojos azules le parecían cada vez más hechiceros. Después de todo, ser bajo de estatura nunca fue un problema tan grave. Era tan encantador que ese detalle se podía obviar con facilidad.

Estaba peinándose cuando llamaron a la puerta. Lo primero que vio al abrir fue un búcaro azul cian lleno de unas delicadas y muy hermosas peonías blancas, y a Manuel con una sonrisa luminosa como el sol, que entró en su camarote mientras le deseaba los buenos días.

Margarita lo observó entrar y dejar el ramo, y sintió un súbito deseo por aquel hombre. Por sentir sus manos fuertes cogiéndola, porque la llevase en brazos de nuevo hasta su cama y se quedase con ella. Lo veía moverse y se fijó en que sus hombros eran anchos, su cintura estrecha, su pelo bien recortado. Y entonces también se dio cuenta de que llevaba un anillo de matrimonio en su anular izquierdo.

Cuando levantó la mirada, vio que él también la miraba y que se cogía el anillo y le daba vueltas en su dedo.

—Sí, como ve baronesa, estoy casado. Mercedes, mi mujer, vendrá dentro de unos meses con nuestros hijos a vivir conmigo, cuando yo haya cerrado una negociación que tengo en marcha y la situación esté más clara.

—No le había preguntado, no tiene por qué darme explicaciones.

—Lo sé. Pero igual que le he dicho que estoy casado, le diré también que mi mujer y yo hace tiempo que no tenemos una vida juntos, como un hombre y una mujer deben tenerla.

Margarita guardó silencio. Su azoramiento debió reflejarse en su rostro, pues acto seguido Manuel se acercó a ella y, con delicadeza, la cogió de las manos.

—Baronesa, desde que la vi entrar en el restaurante, no pude apartar los ojos de usted. Su belleza, su forma de moverse, todo me pareció hipnótico. El hecho de que se desmayase y que tuviese que llevarla en brazos fue lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo. Es usted una mujer maravillosa, llena de vida, de fuerza. Y por más que intento decirme a mí mismo que estoy casado, mis pensamientos día y noche los llena usted. No puedo pedirle nada, pero necesitaba hacerle partícipe de esta comezón que me reconcome.

De pronto le pareció a Margarita que todo a su alrededor desaparecía. Que no estaba en un barco, ni en medio del mar. El cardenal, Indalecio Prieto, María, todos se evaporaron de su mente dejando solo espacio para aquellos ojos de azul prusiano que la hacían temblar. Se puso en pie, cerró la puerta del camarote con llave y le preguntó en un susurro:

—¿Le gusta desayunar con champán?

26

Cambio de rumbo

Tras dos días juntos en los que no nos separamos el uno del otro, ni de día ni de noche, decidí que quería mucho más de Manuel. No sabe usted qué magnífico hombre me pareció cuando lo conocí. Insaciable en todos sus apetitos, era una de las personas más cultas, más serenas y más inteligentes que he podido conocer a lo largo de mi vida. Cierto es que en el amor no sentía ese fuego abrasador que había probado con Abd el-Krim. Que mi piel no se erizaba cuando me tocaba, como me había ocurrido con el caudillo moro. Pero en cambio teníamos unas conversaciones largas y apasionadas, en las que ponía de manifiesto toda su brillantez. Podía quedarme encandilada durante horas escuchándole.

¿Su mujer? Jamás la conocí. Y sinceramente, mientras estuve con Manuel nunca pensé en que estuviese casado. Era como si no existiese esa otra parte, como si Manuel fuese un hombre soltero, libre, como yo. Supongo que contribuyó el hecho de encontrarnos lejos de todo, en medio del mar. Tiene todo el derecho a pensar que lo que hacíamos no estaba bien, al fin y al cabo él estaba casado y yo separada, porque aún no existía el divorcio. Es verdad que en cuanto pude divorciarme lo hice, pero ya ve usted, la historia quiso que años después volviese a estar casada con Ricardo por obra y gracia de mi amigo Paco. No puede imaginar cómo me enfadé con él.

Aunque eso pasó hace ya muchos años, e imagino que usted ya está enterado. Seguro que la policía le ha entregado un dosier con toda la información sobre mi persona antes, durante y después de la guerra. No lo niegue, por favor. Hace tiempo que sospecho que muchas de las preguntas que me hace sirven solo para corroborar lo que ya sabe, o para confirmar ciertas sospechas que pueda tener.

Me pregunta ahora por la orientación política de Manuel, y no entiendo por qué. Ha sido ministro, embajador, incluso conoció a Paco durante la campaña de Marruecos, como yo. Creo que su pregunta es bastante impertinente. Y si lo pregunta usted por la dichosa carta que escribió el indeseable del señor Prieto, yo no le haría ningún caso. Todo lo que dice no es más que un tremendo cúmulo de mentiras. ¿Dice que no la ha leído? No le creo.

¿Y qué importancia tiene todo eso ahora? ¿Qué tiene que ver conmigo, con mi encierro, con mi penosa situación?

Cuando conocí a Manuel, durante un corto espacio de tiempo, llegamos a pensar que podíamos tener un futuro juntos. Éramos jóvenes, ambiciosos, con ganas de conquistar el mundo. ¿Ha sentido usted alguna vez esa sensación con alguien? ¿Ha existido una persona en su vida, que le haya hecho pensar que podía tenerlo todo? Eso fue lo que Manuel me regaló, el mundo entero. Pero sí, tiene usted razón, no acabamos bien.

Nuestros días juntos en el barco pronto iban a llegar a su fin, pero él me convenció de que no fuese a Buenos Aires. «Ven conmigo a México, no me dejes todavía. Tengo un proyecto que, de salir bien, me hará un hombre muy rico, y a ti mi esposa». Eso me dijo entonces. Y yo le creí.

Así que cambié de rumbo, abandoné mi idea de recorrer Sudamérica, y me planteé escribir a Leopoldo y decirle que dejaba la corresponsalía, dejaba el periódico y dejaba España para siempre. Incluso pensé decirle que lo abandonaba todo por amor. Pero luego me paré a pensar. Si le soy sincera, tampoco tuve muy claro si aquello que sentía por Manuel era amor. Es verdad que le quería, que disfrutaba intensamente de cada hora, cada minuto que pasaba con él, pero creo que no estaba enamorada. O al menos no como he visto a otras mujeres perder la cabeza por sus hombres, como las he visto dejarse llevar, arrastrarse y sufrir. Recuerde que yo era la baronesa de Alcahalí, no podía ponerme a corretear detrás de un hombre. Yo nunca he perseguido a un hombre, siempre han sido ellos los que me han perseguido a mí. Aun así, a punto estuve de escribir a Leopoldo.

Por fortuna no lo hice.

Lo que sí hice fue hablar con María, la doncella, y le ofrecí trabajar para mí en México. Pero para mi sorpresa, no quiso. Dijo que aún le quedaba mucho mar que recorrer, antes de estar preparada para volver a tierra firme y sentar cabeza. Bueno, en realidad no lo dijo así, fue algo más parecido a que todavía no se había cansado de cambiar de marinero…

Desembarcamos en Veracruz, la puerta de América, una mañana luminosa. La humedad era tal, que mis vestidos se pegaban al cuerpo de una forma harto incómoda. Hacía calor, mi piel se cubrió de una fina película de sudor, y comprendí que necesitaría un vestuario nuevo para poder sobrevivir a aquel clima. Aún tendríamos que recorrer muchos kilómetros en tren hasta llegar a Ciudad de México, pero no me importó. A decir verdad, no me importaba nada. Era feliz con Manuel, descubriendo un nuevo continente.

Los colores. Eso es lo que más recuerdo de mi paso por México, la enorme cantidad de colores que te saludaban en cada rincón. La ropa, las flores, los frutos, la pintura de las casas, todo formando un inmenso arco iris. Cuántos colores. Los vestidos, las faldas y las blusas llevaban profusos bordados, donde los tonos iban variando del rojo al azul y del verde al amarillo. Los mercados parecían la paleta de un pintor, con las mantas extendidas en tierra y encima las pirámides hechas con mazorcas de maíz, aguacates o jitomates. ¿Ha probado usted alguna vez un mango?, ¿una guayaba? Qué deliciosas frutas eran aquellas, con la pulpa jugosa y dulces como la miel.

Los sabores, aromas y texturas eran totalmente nuevos y sorprendentes para mí. Jamás había comido un pan así, hecho con harina de maíz formando unas tortitas, o como ellos las llaman, tacos. Y los chiles, sabrosos y picantes, algunos tan grandes que incluso los rellenaban, como los poblanos. De todo lo que tuve la fortuna de probar, sin duda alguna mi plato favorito siempre fue la cochinita pibil, una deliciosa carne de cerdo aderezada con cebollas moradas, naranja y salsa de axiote, que se cocinaba durante varias horas en un horno bajo tierra.

México trajo consigo la ilusión. El futuro se desplegaba otra vez ante mí como una apasionante incertidumbre. Manuel y yo nos instalamos en la ciudad, en el lujoso hotel Montecarlo. ¿El dinero? Siempre pagó él, por supuesto. Manuel no era rico, pero eligió un lugar de renombre para alojarnos, porque tal y como me dijo, «si uno quería hacer negocios con los

ricos, debía parecer uno de ellos». Yo no acababa de entender lo que me decía, quizá porque yo siempre había sido rica, y noble. Sus ideas a veces me parecían de lo más burgués.

Yo tenía el dinero que mensualmente me pasaba Ricardo, y en poco tiempo iba a cobrar por mis artículos para el periódico. Además la idea de Manuel podría habernos hecho muy, muy ricos. Era muy simple. La publicidad en aquel entonces estaba empezando a desarrollarse, y él había tenido una idea sencilla pero efectista: poner publicidad en las cajas de cerillas. Ahora usted lo encontrará banal, porque todos lo hacen, pero en aquel entonces todavía no se le había ocurrido a nadie.

Manuel quería ir un paso más allá. Gracias a sus contactos en la ciudad, tras muchos años trabajando como director de *El Sol* en Madrid, consiguió ser recibido por el presidente, don Álvaro Obregón. Durante la recepción en el palacio presidencial, Manuel le dijo que si algo necesitaba un gobierno era un presidente bien visible, que la gente reconociese su aspecto y leyese sus palabras. Y qué forma más fácil de conseguirlo que poniendo su cara y su mensaje sobre la tapa de una caja de cerillas. Prácticamente todo el mundo fumaba o bien cigarros o cigarrillos, incluso las mujeres lo hacían ya.

En aquella reunión, Manuel consiguió transmitir la idea de forma muy atractiva, solo había que hacer números. Si se vendían mil cajas, serían mil las personas que verían a Obregón hablando de reformas, del campo, de la revolución, del futuro del país. Imagine si se vendían diez mil. Su rostro sería más conocido que el de la Virgen de Guadalupe, sus palabras llegarían más lejos que las de cualquier discurso radiofónico. A cambio de tan fantástica idea, Manuel solo pedía un tanto por ciento de cada cajetilla vendida más una cantidad, bastante elevada, que pagaría Presidencia por el diseño y la ejecución del proyecto.

Al principio el presidente pensó que se trataba de una broma, y la verdad es que lo parecía. Un español ofreciéndole un negocio, que no entendía realmente qué beneficios le iba a aportar. Pero se sentó con sus consejeros, hablaron con amigos de Washington, y al final comprendieron el alcance del asunto. Efectivamente, el negocio era lucrativo y lo más importante, a él podía convertirlo en un dios.

Durante los meses en los que Manuel y yo vivimos en Ciudad de México, me dediqué a pintar, a tocar el piano y a conducir. La gente me miraba cuando pasaba sentada al volante, pues por aquel entonces no era habitual ver a una mujer hacerlo. Pero no sabe usted cómo disfrutaba de aquella libertad, de poder coger un automóvil y conducir sin saber a dónde, dejándome llevar por las calles y las avenidas de una ciudad desconocida. Pero lo realmente importante fue que, gracias a las negociaciones de Manuel, pude conseguir pintarle un retrato al presidente.

No sé si se lo había contado, pero el mismísimo Sorolla me había dado clases de pintura cuando era una niña, y aquellas valiosas lecciones las guardé con celo toda mi vida. No me mire así, le estoy diciendo la verdad. La composición, la luz, las mezclas de colores, nada tenía secretos para mí. Le pedí a Manuel que hablara con el presidente, que le dijera que había pintado cuadros para importantes personalidades españolas, y que quedaría encantado con mi buen hacer como pintora. No sé cómo, pero lo convenció.

Álvaro Obregón era un hombre muy alegre, siempre haciendo mofa de todo y gastando bromas. Pero tenía fama de ser también una persona vengativa y muy rencorosa. Por fortuna esa faceta suya no fue hasta el final que yo la conocí, pues todas las veces que acudí al palacio presidencial para pintar su retrato siempre tuvo un trato amable y simpático conmigo. También

yo fui muy cuidadosa, jamás dije nada que pudiese ofenderle, me comporté de forma muy educada y resalté ampliamente mi origen noble siempre que tuve ocasión. Le gustó tanto el cuadro que le pinté, que me regaló una enorme cesta de rosas rojas, en medio de las cuales había dos preciosos chihuahuas, que, por desgracia, no pude llevarme luego a Cuba.

¿No le gusta Obregón? ¿Por qué? ¿Su mala fama? Puede ser, a lo mejor había en él dos presidentes. El primero, el que acabó con Emiliano Zapata y Pancho Villa, el que hizo el reparto agrario, y consiguió el apoyo de Estados Unidos. El revolucionario que acabó siendo presidente. El segundo, el que se convirtió en una especie de dictador, que torturaba y hacía desaparecer a sus opositores. Pero así es como suelen acabar las revoluciones.

Yo conocí al primero, excepto al final del todo, y debo decir que todos me hablaban de él como un político inteligente, como un hombre hábil y enérgico. A lo mejor porque estaba recién estrenado en el poder en aquel entonces. Por lo demás, solo trataba con él en su faceta social, no en la política. Para mí era sencillamente don Álvaro. El que me hablaba de caballos y chiles, de nopales y reses.

Y aun a pesar de todo eso, fue el culpable de que tuviese que huir de México una noche, sin nada más que lo puesto.

27

Anoche tuve un sueño

Desde que estoy aquí encerrada contándole mi vida, he vuelto a soñar. Hacía años que no soñaba, o si lo hacía, no recordaba mis sueños. Ahora sí los recuerdo. En ocasiones incluso me despierto sobresaltada en plena noche. Le contaré el de ayer… No, no he leído el libro de Freud, pero estoy segura de que usted sí, y lo va a entender todo. Solo le pido una cosa: no quiero saberlo, no quiero saber lo que significa.

Papá estaba allí tumbado, con las manos cruzadas sobre el pecho, el semblante pálido, y los labios apretados en una extraña mueca, casi cómica para lo solemne de la ocasión. Lloraba. Estaba muerto, y yo no podía dejar de mirarlo. Le tocaba despacio el pelo, le acariciaba la cara, y mi madre venía corriendo a reñirme. «Deja estar a tu padre, lo que no hiciste en vida, no lo hagas en la muerte».

Era verdad, yo jamás le había tocado un solo pelo, ni había jugado con sus manos, ni le había colocado la leontina o atusado el bigote. Pero allí estaba yo ahora, quieta a su lado, sintiendo la muerte que corroía su cuerpo, el tiempo detenido en la habitación, escuchando los susurros de la gente que iba y venía a nuestro alrededor. No sé si dejé de llorar en algún momento, o si las lágrimas caían sin cesar por cuenta propia una detrás de otra.

Sé que sentí tanto dolor, que creí que el corazón se me iba a salir sangrando del pecho. Lo miraba y pensaba que no podía estar muerto, si lo estaba viendo, podía tocarlo. Su aliento aún formaba su voz en mi cabeza. Sus ojos, su boca, su nariz. Lo miraba todo una y otra vez grabando en mi memoria cada arruga de su piel, cada pliegue de su mirada. Sentí entonces que debía tener algo de él, algo que ni la muerte, ni el tiempo, ni mi madre me pudiesen arrebatar. Así que cogí unas tijeritas de costura y las escondí en mi manguito, pues me había puesto el abrigo fingiendo que iba a salir a tomar un poco el aire.

Me acerqué despacio a la cama donde yacía recostado mi padre, escuchando de fondo en un lugar muy lejano el llanto de mi hermana, de mi abuela, de parte de la servidumbre allí reunida. Pero yo no era como ellos, yo era la hija del barón, su heredera, su sangre. Por lo que con disimulo saqué las tijeritas y corté un mechón de su pelo, que rápidamente me guardé.

Aquella sería la primera de las reliquias que conservaría durante toda mi vida.

Sí, ya sé que le he dicho que era un sueño, pero a lo mejor no lo era.

Uno debe recordar a sus muertos, pero también debe tener un lugar físico al que poder volver a ellos. El cementerio no es sino la nave de la travesía, pero no se puede ir allí siempre y no es lugar para sacar los recuerdos, sino para olvidarlos. El mechón que había cortado, guardado en un guardapelo de plata labrada, era mi padre. Cada vez que necesitaba verlo, hablar con él o volverlo a llorar, agarraba el guardapelo con fuerza y sentía que era a mi padre a quien agarraba de la mano.

Así he hecho toda mi vida con todo y todos los que he querido. Guardo un bisturí de una operación de un hijo mío que estuvo a punto de morir. Guardo la peineta de nácar que llevaba siempre en el pelo mi abuela. Guardo las sábanas de la cama en la que murió mi madre. Guardo a mis perros y mis gatos favoritos, embalsamados.

Si esto no es amar, que baje Dios y lo vea. ¿Pero debo por ello pagar una pena?

28

El chipotle amarillo

Una mañana estaba la doncella recogiendo la ropa para llevársela a lavar, cuando vi que, revisando los bolsillos de los pantalones de Manuel, encontraba unos papeles. Le dije que los dejase sobre el velador de la salita, y me fui a duchar. Cuando salí del baño, me había olvidado completamente de ellos. Me vestí y maquillé dispuesta a salir a dar mi paseo matutino, cuando al ir a cerrar la puerta reparé en ellos. No sé qué impulso fue el que me llevó a cogerlos. Quizá curiosidad, pues poco me contaba Manuel de las reuniones que tenía. Así que, después del primero, uno a uno los fui leyendo.

Había una carta de la embajada sobre nuestros visados, una hoja con un diseño de una máquina, que no entendí para qué podía servir, y una nota doblada en cuatro que decía: «Mañana a las tres donde siempre, mi pequeño chipotle amarillo».

Al principio casi me pareció una broma. Aquella caligrafía redondeada, escrita en negro sobre el fondo blanco, dejando poco lugar a la imaginación. Luego di por hecho que Manuel tenía una amante. No podía ser de otra forma. Ponía «pequeño», él era bajito, y «amarillo», él era rubio. No había margen de error.

Aun así, en aquel momento no dije nada, y todavía hoy no sé por qué. Fue algo muy extraño en mí. A lo mejor porque en el fondo esperaba que todo hubiese sido una equivocación, que Manuel no me estuviese engañando con otra. Pero veo que se ríe usted de mí. No le quito la razón. En aquel entonces yo era la otra para la mujer de Manuel, pero nunca lo pensé así, y creo que él tampoco. No puede hacerse a la idea de cómo era nuestra relación. Todos pensaban que estábamos casados, ya que así era como nos comportábamos. Y le aseguro que si las cosas hubiesen ido de otra forma, probablemente así habríamos terminado.

Decidí esperar un tiempo, ver si conseguía interceptar otras notas, seguirlo cuando salía del hotel, y ver a dónde iba y con quién. Quería confirmar la deslealtad, asegurarme de que aquel hombre era un ingrato, que no se merecía tenerme en su vida. Cuando me besaba, cuando nos metíamos juntos en la cama, me reconcomía todo el tiempo pensando si a la otra también la tocaría así, si también la besaría así, si también le haría el amor como a mí.

Por primera vez en la vida, estaba celosa. Asombroso. Sobre todo porque sentía celos de un hombre al que probablemente habría dejado en aquel preciso instante sin una lágrima. Luego, con el paso del tiempo, lo entendí mejor: aquello no eran celos, era orgullo. Yo era joven, bella, culta, ¿cómo se atrevía a despreciarme, a preferir a otra?

Conforme pasaban los días, me convencí por completo de que Manuel me engañaba. No estaba casi nunca conmigo, decía que tenía mucho trabajo, a veces hasta muy tarde. En ocasiones, volvía al hotel borracho, sin corbata, incluso tuvo que ayudarle a subir el portero de noche alguna vez, para vergüenza mía.

Pero durante el día parecía el hombre más feliz del mundo. Hablaba sin cesar de proyectos, planes, alianzas. Estaba seguro de ir a cerrar muy pronto el acuerdo de las cajas de cerillas con el presidente, decía que ese sería solo el inicio, que detrás vendrían muchas más cosas, proyectos de una envergadura mucho mayor. Que íbamos a convertirnos en los más ricos de América.

Mientras él hablaba yo le escuchaba y sonreía, mirándolo arrobada como si fuese el hombre más maravilloso del mundo, y yo la mujer más enamorada. Pero por dentro rabiaba. Cambiarme a mí, una baronesa, una mujer que tuvo a Valencia a sus pies, por otra. Y a saber quién… En mi mente se forjó la imagen de una cualquiera, una mujer despreciable que lo habría seducido con alcohol y sexo. ¿Acaso no volvía borracho algunas noches? No podía ser de otra forma.

Encontré más notas, todas escritas en los mismos términos, siempre dedicadas al pequeño chipotle rubio, y las fui copiando en un cuaderno, acumulando pruebas. No sé cuánto tiempo habríamos seguido así, ni sé por qué no le dije nada, ni le recriminé su conducta. Hasta que todo se precipitó de repente.

El acuerdo se firmó por fin. Se pondría en marcha una de las mayores fábricas de cajas de cerillas de México, y la efigie del presidente estaría en todas y cada una de las cajas que se produjesen. Para celebrarlo, Obregón pensaba dar un gran banquete en el palacio presidencial, pero yo no estaba entre los invitados. Aquello no tenía explicación, porque el presidente parecía muy contento conmigo. Nos llevábamos bien, le estaba pintando un gran retrato y era la pareja de Manuel. ¿Por qué no me habían invitado? La única explicación posible para aquello era la traición: Manuel iría con la otra, y así se lo habría hecho saber al presidente.

Podría haber hablado con él, pedirle explicaciones, llorar, hacerle reproches, pero decidí no hacer nada de aquello y actuar con naturalidad, como si diera por sentado que yo también estaba invitada.

El día del banquete lo pasé entero arreglándome para la ocasión. A mi habitación del hotel vinieron dos doncellas, y mientras una me peinaba la otra me arreglaba las uñas. Después me ayudaron a vestirme. Me había traído de Madrid un vestido de noche de ensueño, bordado con pedrería en plata y bronce, largo hasta el suelo, con mangas cortas. Se estrechaba a la cintura con un cordón plateado, hecho de pequeñas escamas y cuyo cierre era una cabeza de serpiente con ojos de rubí. En la cabeza, un turbante también plateado completaba el atuendo. Estaba magnífica. Las doncellas no dejaban de exclamar que parecía una artista de cine.

Cuando Manuel entró en la habitación y me vio, se quedó pasmado. Mirándome embobado me dijo que estaba preciosa, y me preguntó que adónde iba así vestida.

—Pero querido, ¿es que no te acuerdas? Tenemos esta noche el banquete del presidente.

Me miró totalmente confundido.

—Pero tú no estás invitada…

—¿Pero cómo no voy a estar invitada? Soy tu mujer. Cierto es que no me llegó la invitación, pero supuse que se había perdido. ¿Qué otra cosa podía ser?

—No, no se perdió.

—Y tú ¿cómo lo sabes?

—Lo sé y punto. Ya hemos hablado varias veces de este asunto, sabes perfectamente que esta noche debo acudir yo solo al banquete. No entiendo por qué actúas de esta manera, Margarita.

—No actúo de ninguna manera. Soy tu mujer, y donde tú vas, yo voy.

Me echó una mirada de reproche y se fue a vestir. Al cabo de un rato salió con el esmoquin puesto, anudándose la corbata.

—Amor mío, no quiero discutir contigo. Sabes que esta noche, por desgracia, no puedes venir conmigo, pero te aseguro que habrá más banquetes y más recepciones, y tú podrás asistir a todas. Confía en mí.

—Pero este es el banquete en el que se celebra la firma de vuestro acuerdo. No encuentro motivo alguno para no llevarme. Así que te guste o no, voy a ir.

—¡No, no vendrás! ¡Vas a poner en peligro el acuerdo por un tonto capricho!

—¿¡Un capricho!? ¿Llamas capricho a querer celebrar contigo tus éxitos?

—No, llamo capricho a no querer escucharme, a no querer hacerme caso cuando te pido una cosa tan sencilla. A vestirte así cuando te dije que no estabas invitada. ¿Tanta ansia tienes de codearte con la alta sociedad mexicana? ¿Tanto echas de menos los bailes y fiestas? Porque pensaba que no era así, ¿o me has engañado?

—El único que debe tener mucho cuidado con la palabra engaño, eres tú, Manuel.

—¿Yo? ¿Y eso por qué? ¿Acaso no te he dicho mil veces que esta noche no podías venir?

—¿Y por qué no puedo?

—Ya te lo he explicado.

—¡No, no lo has hecho! ¡No haces más que decirme una sarta de memeces tras otra!

—Vaya, parece que la baronesa también tiene otros vocabularios aparte del noble. No puedes venir porque no te han invitado, así de simple.

—Te voy a hacer una pregunta, y por favor respóndeme la verdad. Si esta noche yo discretamente me acercase al palacio, ¿te vería llegar solo o acompañado?

—¿Y esa pregunta a qué viene? —respondió Manuel, desviando la mirada por primera vez.

—Respóndeme.

—Eso es una solemne tontería.

—¡Que me respondas!

Me miró muy serio, y permaneció en silencio durante unos segundos.

—Margarita, no puedes venir. Iré yo solo, te he dicho que confíes en mí.

Dicho lo cual se dio media vuelta y cogió los guantes y el bastón para irse.

¡Aquel indeseable iba a ir al banquete con la otra!

Yo que había trastocado mis planes, cambiado mi vida para estar con él, me veía ahora pagada con el engaño más infame. ¡Un cobarde! Un cobarde despreciable incapaz de confesar su traición.

De repente lo vi todo rojo.

La irá prendió mecha en mi alma tan rápido que no supe lo que estaba haciendo hasta que lo hice. Le arranqué a Manuel el bastón y los guantes de las manos, y los tiré al suelo. Le grité, no podía parar de gritarle. Le llamaba perro, le decía que era un vil traidor, un mentiroso, un adúltero. Y conforme gritaba y lloraba, le arañaba la cara y las manos, le arrancaba la corbata, lo maldecía.

Manuel gritaba también intentando alejarme de él. Me pedía que parase, me chillaba «estás loca» mientras sangraba por los arañazos que yo le hacía. Loca, eso me llamó. Y loca me volví al oírlo.

Fue tal el escándalo, que al cabo de unos minutos se abrió la puerta de la habitación y entraron el director del hotel y dos porteros. A duras penas consiguieron separarme de Manuel.

Su esmoquin quedó destrozado, su pechera, antes inmaculada, ahora estaba teñida de intenso rojo. La cara era un reguero de surcos sangrantes, que lo desfiguraban por completo. Al verlo así deshecho, sucio, destrozado, empecé a reír. Se giraron todos a mirarme y yo, allí riendo, le dije que ahora podía irse a buscar a su chipotle amarillo, a ver si lo quería con aquella cara.

Manuel lo comprendió todo en aquel preciso instante. Se derrumbó de rodillas en el suelo y comenzó a gemir. Pero no sentí ninguna pena. Seguía esperando su confesión, que me pidiese perdón mil veces por lo que había hecho. Pero entonces fue él quien comenzó a gritar.

—¡No era yo! ¿¡Es que no lo entiendes!? Yo solo servía de mensajero entre el presidente y su amante. ¡El chipotle es ella! ¡¡Las notas las escribía él!!

Lo miré estupefacta. No podía ser verdad.

—¡¡Eso es mentira!! Lo dices para engañarme de nuevo.

—No, Margarita, no, piensa. Piensa, por favor. ¿Por qué hemos cerrado el acuerdo tan rápido? ¿Por qué ha sido tan ventajoso? El presidente me ha utilizado para poder hacer su vida privada, y yo no podía contarte nada, pues era mucho lo que estaba en juego. Una palabra, una mirada, un gesto tuyo equivocado, y él habría sabido que te lo había contado todo. No habríamos firmado, no lo habría conseguido. Me pidió que llevase de acompañante a la cena de esta noche a su amante, para nada más acabar el banquete llevársela a su habitación. Por eso tú no podías ir… ¿Qué has hecho, Margarita? ¿Qué has hecho? —me dijo lleno de desesperación.

Vi sus labios temblorosos, sus lágrimas mezcladas entre la sangre, las manos sobre las piernas, los hombros caídos, y supe que tenía ante mí a un hombre derrotado que no me mentía. Manuel estaba hundido.

Todo había sido un malentendido.

Don Álvaro, el presidente, tenía una amiguita, una rubia muy fresca, con la que se veía de vez en cuando en una lujosa casa en las afueras de la ciudad. La relación era muy discreta, pues no quería que la oposición o los revolucionarios la usaran contra él. Y si no recuerdo mal, porque decía que amaba a su mujer y no quería hacerle daño.

En el fondo, sospecho que era porque aquel hombre no era capaz de estar solo.

Pero todo esto yo entonces no lo sabía. Como tampoco me di cuenta de que Manuel se había convertido en algo más que un mero conocido, en un amigo del presidente. Un confidente que le ayudaba en ciertos temas delicados, y con quien compartía parrandas sin tener que dar muchas explicaciones.

Aquello nos costó muy caro.

Manuel no pudo asistir aquella noche al banquete. Aunque hubiese tenido otro esmoquin para cambiarse, habría sido difícil explicar los arañazos de la cara. Tuvimos que llevarlo a un hospital cercano para curarlo, y todo habría quedado en una mera anécdota, si no fuese porque toda la ciudad se acabó enterando. Todos los pueblos son chismosos, así que la historia del chipotle amarillo corrió como la pólvora, lo que motivó no solo que el presidente rompiese el acuerdo firmado, sino que nos enviase a un par de sus esbirros, que nos invitaron a abandonar México inmediatamente.

Recuerdo que tuve la misma sensación de urgencia que cuando salí de Marruecos. Ese tener que huir de forma precipitada, sin aliento, sin mirar atrás. Me pregunta usted por qué seguimos

juntos entonces, por qué Manuel no me dejó allí abandonada.

Podía haberlo hecho, motivos no le faltaban. Pero él siempre había sido, y siempre fue un caballero. No iba a dejarme allí, en peligro, por mucho que yo le hubiese arruinado la vida. Así que la noche siguiente a la del banquete, embarcamos juntos en un vapor rumbo a Cuba. Durante toda la travesía no me dirigió la palabra ni una sola vez.

29

El huracán

En agosto de 1925, en Cuba hacía calor pero, sobre todo, humedad. Margarita pensó que si México había sido una experiencia dura en cuanto al clima, la isla podía ser aún peor. La temperatura no bajaba de los treinta grados, lo que invitaba a bañarse en el mar, que allí era de una espectacular transparencia. Obligada a llevar siempre en las manos un abanico y una sombrilla para sobrevivir, comprobó sin embargo que en La Habana los únicos que parecían sufrir aquel bochorno eran los extranjeros, sobre todo los americanos, que eran los más numerosos por lo demás.

Nada más llegar, Manuel y ella se instalaron en el lujoso hotel Plaza, en el célebre paseo del Prado. Ella intentó que volviesen a tener una relación, que él cayese de nuevo en sus brazos, que la amase y venerase como antes. Pero todo fue en vano. A las pocas semanas, Manuel le dijo que había escrito a su mujer para pedirle que se trasladase a la isla con los niños lo antes posible. Ahí se acabó todo.

Él encontró trabajo rápidamente como director del prestigioso *Diario de la Marina*, se mudó a una casa cerca del periódico, y reanudó su vida al margen de Margarita. No la odiaba, no evitaba verla, pero la única vez que ella intentó volver a estar con él tras su separación, Manuel la miró con tanto desprecio, que tuvo que aceptar amargamente que todo había acabado entre ellos. La culpa había sido suya, lo había perdido definitivamente, y nunca más volverían a tener aquellas interminables charlas en las que acababan siempre haciendo el amor. Era la primera vez que un hombre la dejaba a ella.

De pronto se encontró sola en La Habana.

Nunca en toda su vida había sentido tanta soledad. Sin amigos, ni familia, ni conocidos, se pasaba el día encerrada en su habitación del hotel Sevilla Biltmore, adonde se había trasladado, o subía a la última planta, al Roof Garden, a tomarse un ron Bacardí mientras observaba a su alrededor a la clase alta cubana, que solía reunirse allí. Sin duda aquel era su momento favorito del día. Le encantaba sentarse junto a uno de los ventanales del gran salón comedor, y observar por un lado las vistas únicas de la ciudad, y por el otro el brillo de las lámparas de araña, los techos ricamente decorados y los suelos de mármol. El lujo siempre le había proporcionado seguridad. Daba igual el país, si estaba en el lugar adecuado con la gente adecuada, podía sentirse un poco como en casa. ¿Pero lo estaba ahora?

Sin óleos y caballete con los que poder matar el tiempo pintando, ni coche para explorar la ciudad, se distraía dando largos paseos por el Malecón, llegando incluso a veces hasta el monumento al Maine. Su vida se volvió bastante aburrida, hasta que un día, inesperadamente, recibió una nota de Manuel invitándola a almorzar la semana siguiente en el café Floridita. Hacía tres meses que no se veían, y le intrigaba saber qué podría querer de ella.

De pronto se dio cuenta de que no tenía qué ponerse para la cita. La poca ropa que había conseguido sacar de México al salir corriendo de allí, ya la había usado demasiadas veces. Nada le gustaba, todo lo veía viejo, poco a la moda, incluso fuera de lugar en la cálida Habana. Repasaba en el espejo su peinado, su maquillaje, y sentía que necesitaba un cambio. Desde que Manuel y ella se despidieron, había dejado de disfrutar la vida, para solo arrastrarse por ella.

No podía continuar así por más tiempo.

Aquella noche, sentada de nuevo junto al ventanal mientras degustaba un delicioso plato de ropa vieja, vio pasar a una mujer a la que oyó hablar con acento español. Pero no fue eso lo que más le llamó la atención, sino su porte distinguido, su gran belleza, sus espectaculares joyas y el vestido de ensueño que parecía recién sacado de una casa de alta costura francesa. Si aquella mujer se vestía en la isla, tenía que saber dónde lo hacía.

La observó disimuladamente durante la cena, y cuando vio que se levantaba y se dirigía al baño, la siguió. Entró tras ella y vio que, sentada frente a uno de los tocadores, estaba pintándose los labios. Se acomodó con naturalidad a su lado y, mientras abría su bolso y rebuscaba en su interior, comentó como para ella misma que había olvidado la polvera en la habitación.

—Si quiere, le presto la mía —dijo la desconocida—. Por cierto, ¿es usted española? Porque su acento desde luego no es cubano.

—Sí, sí lo soy, de Valencia. Encantada de conocerla, y gracias por prestarme su polvera. Me llamo Margarita Ruiz de Lihory, y soy la baronesa de Alcahalí.

—Encantada, baronesa. Yo me llamo Raquel Meller. Ah, y soy de Tarazona.

Margarita se quedó mirando sus enormes ojos negros. Aquel nombre le resultaba familiar. Hurgó en su memoria tratando de averiguar de qué la conocía, pero no conseguía recordarlo.

—Discúlpeme señora, pero su nombre me resulta conocido. ¿Puede ser que hayamos sido presentadas en Madrid?

—Podría ser, pero lo dudo, llevo de gira varios años. Tras Argentina y Uruguay, terminamos hace poco en Chile. Ahora estoy de vacaciones una temporada aquí en La Habana, pero para el próximo año iniciaré una nueva gira por Estados Unidos.

¿Una gira? ¿Qué gira? ¿De qué le hablaba aquella mujer? Entonces, justo cuando iba a preguntarle por la dichosa gira, Raquel, mientras recogía con parsimonia el maquillaje y lo volvía a meter en su bolso, comenzó a tararear distraída una canción, «La violetera».

Margarita se quedó de piedra, cómo había podido no darse cuenta. No había reconocido a la famosísima Raquel Meller, la actriz, la cupletista. La mujer a la que todos los hombres deseaban. ¡Por eso le sonaba el nombre! «Ricardo lo habría dado todo por cambiarme el sitio en este preciso momento», pensó.

Mirándola con más atención, Margarita tuvo que reconocer que, para ser una cupletista, sus modales, su forma de moverse y caminar, podrían haber sido perfectamente los de una baronesa. Su belleza era impactante, podía entender que cualquier hombre perdiese la cabeza por ella. La había visto en el cine en *Violetas imperiales*, y le había encantado la película, para qué negarlo. ¡Y ahora estaba sentada a su lado, en un baño en Cuba!

—Discúlpeme, por favor, no la había reconocido. Si le soy sincera, no esperaba encontrarla aquí en La Habana. Debo decirle que en su papel de humilde gitana estaba usted espléndida, ¡y qué voz!

—Muchas gracias, se lo agradezco.

—Perdone mi atrevimiento, pero no he podido evitar fijarme en su vestido, ¿lo compró en París?

—Pues no, lo he comprado aquí —respondió mientras reía divertida.

—Pero ¿cómo es posible? Si podría ser perfectamente de Poiret o de Lanvin.

—Ah, veo que todavía no conoce bien la ciudad. He tenido la ocasión de vivir durante largos periodos aquí, en la isla, y esta ya no tiene secretos para mí. Verá, cuando era muy jovencita trabajé en un taller de costura en Barcelona, y allí aprendí mucho del oficio. Por ello reconozco al instante dónde hay una buena modista, y sé diseñar incluso mis propios modelos para que me los cosa una costurera. No se lo creerá, pero aquí encontrará usted a algunas de las mejores costureras del mundo. Hacen magia con las manos.

—Estoy impresionada. No sabía que usted misma había cosido…

—Pues sí, ya ve. De hecho, fue en el taller donde me descubrió la gran María Oliver. Cuánto tiempo ha pasado desde entonces… Me decía: «Paca, con esa voz y ese desparpajo, pondrás el mundo a tus pies», y acertó, vaya si acertó.

—¿Paca? ¿Entonces no se llama usted Raquel?

—Jajajaja, pues claro que no. ¡Ni Meller! Ese es mi nombre artístico, el Meller me lo puse por un novio alemán que tuve. Suena mejor que el auténtico, que un día se me olvidará, porque ya nadie me llama más que Raquel.

Margarita estaba pasmada, no tenía ni idea de lo intensa que podía ser la vida de una cupletista. Y más pasmada estaba aún consigo misma, viendo cómo aquella mujer en pocos minutos la había conquistado completamente. Su personalidad era arrolladora. Una mujer bella, inteligente y simpática. «Dios mío, ahora entiendo un poco también a Monique, la Garçonne —pensó—. Hay mujeres realmente fascinantes».

—Pues si es tan amable, le agradecería mucho que me indicase dónde están esa maravilla de costureras. Necesito un vestuario nuevo, porque el que traje de España sirve de poco en esta isla.

—Encontrará muchos sitios. Aquí todas las criollas quieren ser francesas. Importan de Francia los vinos, las telas, los quesos y ¡hasta las modistas y sombrereras! A este paso dentro de poco cambiarán el idioma oficial de la isla y dirán todas *s'il vous plaît* y *mon chou*… Si va usted a la calle Obispo y la de O'Reilly, encontrará varias tiendas. Le recomiendo La Villa de París y La Francia, nombres muy originales como verá. También está Madame Copin en Compostela. Aunque hay unas galerías maravillosas, El Encanto, donde puede encontrar vestidos de diferentes modistos europeos.

—No sabe cómo se lo agradezco, ha sido usted amabilísima.

Salieron ambas del baño y volvieron a sus respectivas mesas. Margarita quedó sumida en sus pensamientos, sin probar ni un bocado más de la comida. Aquella cupletista era una caja de sorpresas. No solo le había hablado de su vida privada, sino que además le había salvado la vida para su próxima cita con Manuel. A la mañana siguiente, acudiría sin falta a aquellas direcciones. La asignación de Ricardo seguía llegando puntualmente, pero se dijo que si quería comprar todo lo que tenía en mente, más le valdría empezar a enviar los artículos a Leopoldo. En esas estaba, cuando una voz vino a interrumpir sus pensamientos.

—Discúlpeme, pero desde mi mesa he visto que estaba usted aquí sola cenando. ¿Quizá su marido se halla indispuesto? —le preguntó Raquel, aparentando interés.

—Mi marido se encuentra en este momento en Valencia, probablemente en brazos de alguna cabaretera —respondió Margarita con acidez, y al punto se arrepintió.

—Ya veo, ¿entonces está usted sola aquí en La Habana, baronesa?

—Si le soy sincera, no vine sola. Pero ahora sí lo estoy.

Como si hubiese podido leer su pensamiento, Raquel le sonrió con afecto y se sentó a su lado.

—En ese caso, estamos las dos solas. Bueno, en realidad, yo no estoy sola como ha podido ver, voy con parte de la compañía. Pero me da la impresión de que las dos tenemos mucho en común. Yo también estoy separada de mi marido. Afortunadas las cubanas que tienen la ley del divorcio, y pueden decir adiós a sus maridos cuando les viene en gana. Pero esta noche nos hemos conocido, y estoy segura de que ha sido por algo. Así que, en cuanto acabe su ropa vieja, nos vamos a ir a tomar un cóctel al mejor sitio de la ciudad.

El Sloppy Joe's no era precisamente el Palace, tenía más de tugurio canalla que de sofisticado bar, pero estaba lleno a rebosar, sobre todo de turistas americanos que aprovechaban para beberse todo el alcohol que podían, y así olvidar que al volver a casa tendrían que acatar la Ley Seca que imperaba entonces en su país. Abeal, el dueño, reconoció a Raquel nada más verla, y despejó una mesa rápidamente para ellas. Sin preguntar, les sirvió dos vasos llenos de hielo, ron, azúcar de caña y hierbabuena. Era dulce y fuerte, sabroso y fresco. Margarita pensó que podría beber aquello el resto de su vida.

Esa noche se hicieron amigas y compartieron múltiples confidencias que solo el ron y las altas horas de la madrugada pueden propiciar. Quién iba a decirle a ella que acabaría siendo amiga de una cupletista, ¡de una actriz! Al volver al hotel, Margarita sintió que aquella losa que había arrastrado durante todo el tiempo pasado en Cuba, aquel tedio, aquella incertidumbre sobre qué iba a ser de su vida, acababa de esfumarse como por arte de magia.

Durante los días siguientes, Raquel la llevó de un lado para otro presentándole a modistas, costureras y sombrereras. Margarita le había contado lo de su cita con Manuel, y aquello se convirtió en todo un desafío para las dos: debía ir impresionante. Su amiga no la había engañado, en La Habana encontró los tejidos más ricos, los paños del hilo más fino, el encaje más delicado. Y realmente aquellas mujeres hacían magia con los dedos, tan intrincados eran los bordados que cosían.

En las galerías El Encanto, el propio don Cesáreo, un asturiano emigrado que llevaba años trabajando allí y que en aquel momento dirigía el establecimiento, las atendió personalmente. Les fue enseñando las últimas piezas recién traídas de París y Londres, y Margarita se sintió otra vez en éxtasis. Por sus manos pasaron modelos de Worth, Poiret o Doucet. Pero la moda estaba cambiando. Los vestidos ya no eran tubulares, ni escondían el pecho.

Ahora se llevaban los vestidos con detalles *art decó*, que acentuaban las caderas y se acortaban dejando ver las pantorrillas. ¡Incluso algunos dejaban ver las rodillas! Compró sombreros cloché, camisas con cuello y puños o zapatos Bar que, gracias a su cierre de correas, no se salían del pie al bailar. Gasas, tafetanes, terciopelos o brocados pasaron por sus manos en un desfile inagotable de ricos tejidos. Plumas, encajes y flores adornaban los vestidos más sofisticados. No pudo evitar comprar hasta un traje de baño de punto de Elsa Schiaparelli.

Ya en el hotel pidieron champán en la habitación, y se dedicaron ambas a elegir el modelo para el almuerzo del día siguiente. Margarita quería estar espléndida. Debía impresionar a Manuel, recordarle lo que pudo haber tenido, encender de nuevo su deseo. Quería volver a leer en sus ojos aquella pasión, aquel apetito voraz con que la había devorado en el barco. Y cuando lo tuviese a sus pies suplicando por un beso, ella se reiría mordazmente y lo dejaría solo. Tan solo como se había sentido ella aquellos meses en la isla.

El Floridita estaba extrañamente tranquilo aquel día. Cuando Margarita entró, con media hora de retraso, los cuatro hombres que había dentro se giraron a mirarla. Su vestido entallado de fondo blanco con flores de colores bordadas realzaba su busto y dejaba ver dos pantorrillas bien torneadas. El sombrero cloché era de un rosa pálido, a juego con los zapatos y el bolso. Manuel, al verla, se levantó sin poder apartar los ojos de ella. Margarita se sintió triunfante y caminó despacio hacia él.

—Mi querido Manuel, ¡cuánto tiempo! ¿Pero qué es eso que estás tomando? ¿Un daiquiri? Pídeme otro para mí, por favor.

Obedeciendo la orden, Manuel se acercó a la barra y pidió dos daiquiris más junto con un plato de congrí y otro de ajiaco.

—Te veo espléndida, Margarita, veo que la vida en la isla te sienta muy bien.

—No puedo quejarme. Esta isla es maravillosa y he conocido a mucha gente últimamente… alta sociedad cubana. Pero sin duda la que se ha convertido en mi mejor amiga es Raquel Meller, imagino que la conoces.

Atragantándose, Manuel acertó a responder sobresaltado.

—¿Raquel Meller? ¿La actriz?

—La misma.

—Vaya, esto sí que no me lo esperaba. La baronesa haciéndose amiga de una cupletista. Y de una muy famosa, nada más y nada menos. A este paso te veo subida en un escenario, compartiendo cartel. A tu marido seguramente le encantaría.

—Manuel, no he venido a sentirme insultada. Si tienes algo que decirme, te escucho, si no aquí paz y después gloria.

—Perdona, tienes razón. Es que te veo distinta… como radiante… como… hacía mucho que no te veía así, desde…

—Dilo, desde el barco. Es verdad, me apagué. Algo en México, y después al llegar aquí, hizo que me fuese diluyendo hasta casi desaparecer. Pero mi padre el barón no me educó para eso. Había olvidado quién soy, y ahora que he vuelto a recordarlo no dejaré que vuelva a suceder jamás. Pero dime, ¿por qué querías verme?

—Es una historia un poco larga pero, resumiendo, creo que tengo un trabajo que podría interesarte.

—¿Y cómo es eso? ¿Necesitas a alguien para el periódico?

—No, y aunque así fuese no creo que pudiese trabajar contigo. Además, Mercedes tampoco lo aprobaría.

—¿Y qué tiene que ver tu mujer con eso? ¿Acaso sabe algo?

—Leyó algunas de las cartas que me escribiste. Estaban guardadas en una caja en mi armario, y la encontró. Pero ahora ya no existen, no te preocupes, las quemé.

Margarita supo entonces que no solo había quemado las cartas en aquella hoguera, sino también cualquier resto de amor que hubiese podido sentir por ella.

—La verdad es que todo ha sido muy curioso y un poco chocante —continuó hablando Manuel—. Fui a entrevistar al presidente Gerardo Machado para el *Diario*, y acabamos charlando de muchos temas. Me dijo también que quería hacerse un nuevo retrato, y que estaba buscando un pintor adecuado. Me acordé de ti, le dije que ya habías pintado a Obregón en México, que habías sido discípula de Sorolla, y claro, pareció interesado por conocerte. Le he dado tus señas del hotel, así que igual dentro de poco tienes noticias suyas.

Margarita no se esperaba aquello. Después de todo lo ocurrido, aquel hombre se portaba como un caballero. Podía no haber dicho nada, podía no haberla ayudado, pero aun así lo había hecho. Todo el rencor que había ido acumulando contra él aquellos meses se esfumó de pronto dejando paso a un sentimiento de afecto, como el que se tiene por un viejo amigo al que no se ve hace años.

—Gracias, Manuel, un hermoso gesto por tu parte. Te agradezco que te hayas acordado de mí, no lo olvidaré.

Salieron del Floridita y se despidieron con un apretón de manos y promesas de volver a verse pronto, que ambos sabían que no cumplirían.

Finalmente Machado le encargó el retrato, por el que le acabaría pagando una enorme suma de dinero. Lo suficiente para que Margarita pudiese retrasar la hora de empezar a escribir artículos para Leopoldo. Su consigna presidencial —«Agua, caminos, escuelas»— le pareció tan acertada que decidió incluirla en el retrato, escrita en su banda de presidente.

A finales de año, Raquel le propuso que la acompañase en su gira por Estados Unidos, que empezaría en Nueva York y acabaría en Los Ángeles. Pero Margarita le dijo que no, que la mantuviese una mujer, por muy amigas que fuesen, le resultaba inaudito. Por otro lado, la gira iba a representar un gasto muy superior a lo que ella había ganado con el cuadro.

—¿Cómo que no vas a venir? ¿Quién ha dicho que tú tengas que pagar algo? Soy más famosa que Maurice Chevalier, incluso más que Carlos Gardel, y gano mucho más que ellos, te lo aseguro. Mi cuplé es insuperable —dijo Raquel—. Así que no se hable más, haz las maletas que el nuevo año lo inauguramos en Nueva York.

Mientras Margarita iba empaquetando con ayuda de dos doncellas todo lo que había ido acumulando durante su estancia en la isla, pensó que Raquel había barrido su vida como un huracán, llevándose lo malo y abriendo ante sí un futuro prometedor.

Pensó que la vida no podía irle mejor y que estaba muy bien sola, sin un hombre a su lado que le hiciese amar pero también sufrir. Pero se equivocaba.

30

Nueva York

Recuerdo que lo primero que me llamó la atención de Nueva York era que todo parecía gris. Tras la colorida y alegre Cuba, aquella ciudad me resultó un poco deprimente. Las aceras, los enormes rascacielos, y hasta el mismo cielo, todo allí era de un color plomizo y apagado. Además hacía un frío terrible, que me mordía la piel hasta dejármela erizada y aterida. La nieve, también gris, se acumulaba por todas partes. El viento silbaba sin parar. Nueva York consiguió que echase de menos la pegajosa humedad que tanto había aborrecido meses atrás.

Pasaba la mayor parte del tiempo envuelta en un largo abrigo de martas cibelinas. Hubo días en que la temperatura bajó tanto que me negué a salir del hotel. Aquel tiempo, más que inclemente, era simple y llanamente insoportable. En Nueva York acabé de convencerme de que lo mío no era el invierno, y menos en aquel país. Cierto que en Madrid a veces bajaban mucho las temperaturas, pero nunca de esa forma, por no hablar de que el invierno en Valencia casi parecía verano comparado con aquello. Pero Nueva York era una heladera, quizá por eso existían tantos locales maravillosos donde ir a divertirse y de paso entrar en calor, pues en aquella estación uno no podía sobrevivir en el exterior.

Y qué diferente también de Marruecos. Recuerdo que allí el calor me pareció asfixiante, pero puestos a morir, prefiero que sea de calor que de frío.

Me pregunta usted por los célebres mafiosos de la época… pues no sabría decirle. Es cierto que en Cuba la corrupción se respiraba en el aire tanto como el humo de un buen habano. Al parecer el juego, el alcohol, la prostitución y los negocios raros abundan en todas partes, y todo está siempre en manos de grandes familias mafiosas. Pero aquellos eran unos círculos en los que yo, como comprenderá, no me movía ni a los que quise acercarme. Es verdad que siempre me atrajo el dinero y el peligro, pero esta vez fue más fuerte el instinto de supervivencia que la curiosidad. Imagino que en Nueva York era más o menos lo mismo, pero de forma más discreta, más profesional si quiere. Tenga usted en cuenta que yo llegué en plena ley seca, y para poder tomar una copa de champán uno tenía que hacerlo a escondidas, si es que lo encontraba, lo cual le daba un punto muy excitante. Le diré incluso que a veces resultaba más emocionante la búsqueda, que la copa en sí. Es probable que incluso creciese el número de alcohólicos durante aquellos años.

Esto me hace recordar cuánto echo de menos un ron del Sloppy’s…

El ambiente de Nueva York era muy diferente al que había conocido en La Habana o en México, o incluso en cualquier otro sitio antes. Aquella ciudad tenía un toque más cosmopolita, diría que incluso más europeo, más desenfadado… Raquel se pasaba el día preparando los ensayos, pero entre tanto, teníamos por delante unas semanas de estancia en la ciudad en las que yo procuré mantenerme ocupada aun a pesar del clima. Volví otra vez a pintar, asistía a todas las

comidas, cenas, cócteles o fiestas a las que nos invitaban, que eran como imaginará muchas. Recuerdo vívidamente cómo me impresionó *El gran Gatsby* en el teatro Ambassador, y eso que yo en aquel entonces todavía no hablaba correctamente el inglés, idioma que acabé dominando en pocos meses. En España era inimaginable, y creo que a día de hoy todavía lo es, poder ver una obra así. Cuando una viaja ve España de otro modo, no sé si le habrá pasado a usted.

The Colony se convirtió en nuestro segundo hogar. Era el lugar donde codearte con la aristocracia neoyorkina, el sitio de moda donde comer y, sobre todo, donde dejarte ver. Allí uno podía codearse con Chaplin o King Vidor, con banqueros o con la alta sociedad neoyorkina. Era un ambiente lujoso y desenfadado a la vez, donde poder escuchar los más jugosos cotilleos y lucir los últimos modelos, dos de mis mayores pasiones como sabe.

Entonces se llevaban los vestidos con capa que podían adquirirse en Neiman Marcus, el *tweed* que años antes yo ya había descubierto en la tienda de Chanel, y los vestidos floreados de Bellas Hess. Pero quien era el rey indiscutible era el modisto Edward Molyneux. Aún tengo guardado un vestido suyo de crepé de color rojo y negro, que las pocas veces que me lo puse causó sensación.

Bajo los sombreros de fieltro y tafetán, el maquillaje seguía siendo muy efectista. Los ojos llenos de humo, pintados con kohl y ribeteados con largas pestañas; las cejas finas y las mejillas con un fresco rubor que proporcionaba el colorete. Los labios pintados en color ciruela o rojo profundo, imitando la forma de arco de cupido que había puesto de moda la gran Clara Bow. En fin… qué tiempos…

Es curioso cómo cambian las modas. El maquillaje, que antes era una cosa solo apta para prostitutas y actrices, de repente se convirtió en el elemento indispensable para poder estar guapa. Absolutamente todas las mujeres, ya fuesen ricas o pobres, nobles o plebeyas, lo llevábamos.

En Nueva York descubrí los compactos de Maybelline, los rojos de labios de Max Factor, los cuidados de belleza de Helena Rubinstein. Recuerdo que una vez un médico que me presentaron en un cóctel, me dijo que al vernos por la calle le parecíamos todas diabéticas, con el cutis tan pálido y los labios tan rojos.

Qué época más extraordinaria, insisto.

¿Sabe que una vez le hice de paño de lágrimas a Pola Negri? Veo por su cara que no sabe quién es. Bueno, es normal, en aquella época tampoco es que fuera muy conocida. Era solo una actriz más, polaca creo, pero que tuvo la fortuna de ser la última amante de Rodolfo Valentino. ¿Se lo puede usted imaginar? Ella fue lista, lo supo explotar muy bien. Iba de viuda por la ciudad, siempre con un pañuelo preparado en la mano. Decía que justo antes de morir, él le había pedido en matrimonio, que se iban a casar, que él estaba enamoradísimo de ella. En fin… Todavía cuando vuelvo a ver *Sangre y arena* me estremezco. ¡Qué hombre, Valentino!

Pero aquel tren de vida tenía un precio, y el dinero iba desapareciendo con demasiada rapidez. Raquel insistía en que no me preocupase, que ella se encargaría de todo, pero yo no podía aceptarlo. Así que volví a escribir. Me puse a ello con el mismo empeño con el que lo hago siempre todo: a fondo y sin parar. Recuerdo que el primer artículo que le envié a Leopoldo era sobre Max Factor y sus polvos «armonía de color». En aquel entonces no había actriz famosa que no lo llevase. Greta Garbo, Mary Pickford o Gloria Swanson lucían aquellos polvos para la

cara, cuyo secreto estaba en su amplia gama de colores, que se podían personalizar acorde al tono de piel de la actriz a la que se maquillase.

Pero sufrí un duro golpe. Leopoldo me escribió diciéndome que no podía pagarme lo que habíamos convenido. Que el periódico atravesaba una grave crisis, es más, que incluso se estaban planteando cerrar. Así que mis artículos ya no eran una prioridad, que ya me avisaría si las cosas mejoraban. Me sentí perdida, ¿de dónde iba a sacar dinero para poder vivir en Nueva York? Era una ciudad muy cara, y desde luego no iba a trasladarme a un hotel en Brooklyn o Nueva Jersey, eso era algo impensable.

Desesperada, pensé en recurrir a Miguel, pero me contuve. No más favores, y menos a miles de kilómetros de distancia. Pensé en la gente que había conocido allí, casi todos americanos, y no se me ocurrió ninguno que pudiese echarme una mano. Entre los pocos españoles con los que traté, casi todos estaban de paso o eran recién llegados, en busca de emociones o de fortuna, como yo. La situación aún no era angustiosa, desde luego, me quedaban dos meses de alojamiento y comida pagados en el Waldorf Astoria, donde nos hospedábamos, que Raquel generosamente se ofreció a costear. Pero después, ella se marcharía con la gira a Filadelfia. Y entonces, ¿qué haría yo?

¿Volver a España? Sí, claro que lo pensé, pero me apetecía tanto como colgarme de una viga en el techo. Entiendo lo que dice usted, que podía haber vuelto con mis hijos y con mis adorados perros, que seguro me echarían en falta. Pero ellos estaban bien, mis hijos me refiero, con mi madre y mi abuela, y tenían también a su padre, no lo olvidemos. Yo les escribía una carta todas las semanas, y a veces ellos me escribían a mí. Pero volver para hacer solo de madre, en una Valencia que no me había mostrado cariño ni respeto, y encima aguantar las malas lenguas contando historias sobre Ricardo y sobre mí, o sobre mis aventuras en Marruecos, era algo que se me hacía insoportable. Solo de pensarlo me está dando dolor de cabeza.

Pero sepa usted que siempre velé por mis hijos, por muy lejos que estuviera, los quise como solo una madre sabe querer. La ingratitud que ahora me muestran no puede ser más que fruto de la locura; bien sabe Dios que nada les ha faltado en esta vida, y que yo siempre he estado a su lado. Han sido los niños mejor vestidos, alimentados y educados de Valencia, descendientes de la más antigua nobleza. Y mírelos ahora, conspirando contra mí. ¿No le parece triste? ¿Puede usted entender esta angustia que no me abandona ni de día ni de noche?

Deme un cigarrillo por favor, fumar me relaja.

Veamos, ¿por dónde iba?

Ah, sí, mi angustiosa situación en la ciudad. Tras mucho pensar, se me ocurrió que quizá Joaquín, mi amigo el cónsul, podría echarme una mano, quizá recomendarme a alguien. Al fin y al cabo, él era diplomático, conocía a mucha gente. Además, el Gobierno español todavía estaba en deuda conmigo, y seguro que podrían recompensarme de alguna forma los servicios que presté en el Rif.

Dicho y hecho. Le envíe una larga carta en la que le hablaba de la necesidad imperiosa que tenía de trabajar en América, de lo difícil que me estaba resultando hacerlo, y de lo estupendo que sería si tanto él como el Gobierno, pudiesen echarme una mano. ¿No habría hecho usted lo mismo?

Al final el trabajo surgió de la forma más absurda e inesperada, y Joaquín no tuvo que ayudarme. Había ido una mañana a la Hispanic Society of America, a ver los enormes murales

que Sorolla había pintado sobre las provincias de España, que son realmente magníficos, debería usted ir a verlos. Me encontraba allí dando vueltas cuando escuché sin querer la conversación de dos caballeros que, en perfecto castellano, hablaban sobre la muerte pocos días antes de Harry Houdini, el famoso mago. Sin pensarlo, comenté que vaya racha de pérdidas llevábamos, entre lo de Valentino y él. Ambos me miraron y me preguntaron si era española. La cuestión es que, tras un rato de amigable charla, descubrí con inmensa alegría que uno de ellos dirigía *El Diario Español*, un periódico que se editaba en Nueva York para lectores hispanohablantes.

¿Cree usted en las casualidades? Mal hecho, debe creer en el destino.

Y así fue como acabé escribiendo para cuatro periódicos, no solo de Estados Unidos, sino también de México y Argentina. Mis artículos sobre moda, maquillaje o alta sociedad, fueron un completo éxito y me granjearon muchas amistades. Hasta le pinté un retrato al presidente del país, Calvin Coolidge, pues había llegado a sus oídos el eco de mi fama como pintora y escritora. Sí, aquel fue uno de los retratos que se mostraron en mi exposición en Boston. Pero de eso quizá le hable otro día.

Creo que tuve la fortuna de vivir una época que jamás volverá.

El lujo, la vida desenfadada, el esmoquin para ir a cenar, la sombrilla en las carreras de caballos, el cóctel a media tarde… todo eso se ha perdido ya. Por mucho que una intente mantener a su alrededor cierto tipo de vida, parece que el resto del mundo se empeña en hundirlo una y otra vez.

Todavía recuerdo la primera vez que vi un semáforo, allí en Nueva York, cubierto de nieve y con las luces cambiando del rojo al verde. Parecía un árbol de Navidad de hierro. Y ¿cómo olvidar los partidos de béisbol, las excursiones a los Hamptons, los teatros de Broadway? Lo pienso ahora y siento vértigo. ¡Qué vida más maravillosa!

Si le soy sincera, si hubiese dependido de mí jamás habría vuelto a España. Me habría quedado a vivir allí para siempre, y habría sido la mujer más feliz del mundo. Quizá incluso hubiese vuelto a casarme, quién sabe, debo decirle que pretendientes nunca me faltaron, incluso hubo uno realmente importante.

Pero el Gobierno americano se empeñó en perseguirme, hasta que no me quedó más remedio que irme de allí. Aquellos estúpidos no sabían nada de nada, ¡pretendían darme lecciones de historia a mí! Decirme cómo manejar mi negocio, ¡mi imperio! ¿¡Sabe cuánto dinero gané!? Es verdad que también lo despilfarré, aunque en el fondo yo no lo diría así. Más bien invertí en mi carrera, en mi felicidad.

¿Y acaso no hay cientos de historias de afamados millonarios que perdieron entonces su fortuna? Y si lo piensa bien, se ve como una mera anécdota en su vida. Así debería verse también en la mía. Lo que se gana con facilidad, se pierde con facilidad.

Pero esto creo que también se lo contaré con más detalle otro día…

Es verdad que años después hubiese podido volver a América, rehacer mis negocios, mi vida allí, pero entonces la guerra me atrapó en España y el amor me encontró de una forma inesperada. Pero antes, mucho antes de todo eso, fui por segunda vez una reina. Esta vez fue en Boston.

31

Henry

Margarita había preparado su primera exposición en Estados Unidos con mucho cuidado. Había escogido la sala Egipcia del hotel Brunswick en Boston, donde no solo se alojaba, sino que también solía ser frecuentado por lo más granado de la sociedad bostoniana. Ella personalmente había dispuesto los cuadros sobre caballetes, que repartidos estratégicamente por el salón se podían contemplar tranquilamente.

La temática era de lo más variada: había paisajes, temas costumbristas, bodegones, pero lo que más abundaba eran los retratos. Había un par por encargo de Antonio Moreno, el actor fetiche de Blasco Ibáñez que acababa de protagonizar para el cine *Mare Nostrum*. Otro de Raquel Meller con teja y mantilla, varios autorretratos, e incluso uno de su padre el barón. Y destacando sobre todos ellos, estaba el enorme cuadro que había hecho del presidente Coolidge.

Cuando pensaba cómo había llegado hasta allí, sentía un placentero vértigo. Hasta aquel momento su vida en América había sido como ir escalando por una pendiente nevada, un camino duro en el que a veces te resbalabas. Pero ahora sentía que estaba llegando a la cima. Estaba segura de que la alcanzaría.

La exposición fue todo un éxito. Se vendieron la mayoría de los cuadros, e incluso varias señoras intentaron comprarle el abanico que llevaba colgando de la muñeca, una antigüedad traída de España. Su bautizo en la cerrada sociedad bostoniana no podía haber ido mejor. La habían examinado, diseccionado al milímetro, y solo había escuchado elogios. Su belleza, inteligencia y gracia, así como sus contactos y su arte pintando, no tenían par.

Sus credenciales no podían ser más impresionantes, tal y como se podía leer en el programa de la exposición. Una auténtica baronesa, no como esas rusas exiliadas que todas decían ser hijas del difunto zar, o sus primas. Educada por dos grandes maestros como Sorolla y Blasco Ibáñez que había escrito decenas de libros, había expuesto sus cuadros nada menos que en París, escribía para varios periódicos y era la única española en haber sido enviada como corresponsal a la guerra de Marruecos. Desde luego, era una mujer única.

Margarita respiraba satisfecha, la publicidad escrita por ella en el programa había funcionado a la perfección. Había conseguido que la considerasen alguien a quien reverenciar, y ahora los tenía a todos comiendo en la palma de su mano. Sabía que, en adelante, su vida iba a ser un peregrinar de invitaciones a los salones más exclusivos, las *garden-parties* más divertidas, las cenas de gala con la flor y nata de la que era considerada la ciudad más culta y bien educada del país. Pero en aquel momento, mientras los últimos asistentes se despedían, lo único en que podía pensar, era en que quería marcharse con él.

De edad madura, alto y espigado, tenía la mirada penetrante y el aire de quien está acostumbrado a mandar. Nadie le había presentado a aquel hombre, pero cuando sus miradas se

cruzaron en la sala, el resto se había desvanecido por completo.

¿Ha sentido usted eso alguna vez? La palabra amor suele tener un significado muy clásico para la mayoría de las mujeres, pero para mí engloba muchas más acepciones, quizá demasiadas… Cuando usted me pregunta si estábamos enamorados o si queríamos casarnos, me recuerda a mi pobre hermana Soledad y su desesperación por encontrar marido. No ha entendido usted de lo que le hablo, lo que me hace pensar que, efectivamente, jamás ha vivido algo así.

Él estaba parado frente a un autorretrato mío, *The Baroness' Eyes* se llamaba, lo recuerdo como si lo tuviese delante. Volvió la cabeza, nuestras miradas se cruzaron, y fue como si viese a un hombre por primera vez. Me acerqué y le pregunté qué le parecía mi obra, y él me respondió que los ojos de la baronesa eran realmente fascinantes. Durante ese breve instante que pasamos hablando, ninguno de los dos miró al cuadro o a la sala. Si hubiese visto el fuego que cruzaba nuestras miradas…

No señor, le vuelvo a repetir que no era amor.

A mi edad una ya sabe diferenciar y llamar a las cosas por su nombre. Era aquel el deseo más ardiente, imperioso e irreprimible que había sentido en toda mi vida. Porque Abd el-Krim me había hecho sentir, es verdad, pero Henry me hizo soñar con solo una mirada.

Todas y cada una de las fibras de mi cuerpo suspiraban por tocarlo, por besar su boca, sentir su respiración en mi piel. Nos mirábamos y oleadas de deseo nos barrían, acercándonos el uno al otro cada vez más, porque era innegable que aquella salvaje atracción la habíamos sentido ambos.

Habría podido convertirse en un escándalo, todo hay que decirlo, porque no solo no nos habían presentado formalmente, sino que allí estábamos hablando de una forma, cómo decirlo… algo infrecuente para dos desconocidos.

Nada más acabar la exposición y cuando estaba ya a punto de irme, recibí una nota en la que se rogaba mi asistencia a una cena que se iba a celebrar aquella misma noche en el restaurante del hotel. Aquello era muy extraño, pues no se suelen enviar las invitaciones con tan poca antelación, y mucho menos de forma anónima, ya que no llevaba firma alguna. Ante mi asombro, el botones que me la había entregado me dijo sonriendo que la nota era de parte de los ojos de la baronesa.

Llegué al restaurante a la hora convenida, ataviada con mis mejores galas. El vestido con un pronunciado escote en V en la espalda, tenía una caída maravillosa pues la gasa en gris humo iba bordada con cientos de pequeñas perlas. Mis guantes en color blanco y un abrigo de zorros plateados, completaban lo que esperaba que fuese un atuendo de impresión. Aquel hombre devoraba mis pensamientos a cada minuto.

Cuando en la puerta del restaurante pregunté por la cena a la que estaba invitada, el *maître* me llevó, para mi sorpresa, a una pequeña sala donde había una chimenea encendida, una mesa dispuesta con gran gusto, llena de rosas blancas, y absolutamente nadie más. Estaba yo sola.

Con gran reverencia el *maître* cogió mi abrigo y me sirvió una copa de un carísimo champán francés. Yo no salía de mi asombro. Salió diciendo que la cena se serviría en breve. Al cabo de unos minutos y mientras estaba acabando de fumar un cigarrillo, se abrió una puerta en un lateral y apareció él.

Me gustaría decirle que fue todo muy protocolario, que nos presentamos, estuvimos charlando un rato y después nos sentamos a cenar. La realidad es que ambos estábamos hambrientos el uno del otro.

Fue como si me hubiese arrollado un tren.

Cuando entró en la habitación, sentí todo mi cuerpo estremecerse. Me temblaban las piernas, mi pecho se agitaba por lo alterado de la respiración, y hasta notaba mi cabeza embriagada, como si hubiese bebido más de la cuenta. ¡Dios mío, cuánto deseaba a aquel hombre!

Se acercó a mí y ambos nos miramos en silencio unos segundos, hasta que nos lanzamos el uno en brazos del otro. Mientras yo le mordía la boca con fiereza, él me arrancaba el vestido y se oían caer las perlas desprendidas por el suelo. Tumbados sobre la gruesa alfombra frente a la chimenea acabamos los dos desnudos, fundidos nuestros cuerpos en largas embestidas, cabalgando hasta bien entrada la noche.

Pero, vaya, lo veo escandalizado.

Usted pregunta, yo respondo. Si no quiere oír ciertas cosas, no indague.

No, en aquel momento no sabíamos nuestros nombres ni quiénes éramos. Eso lo convirtió en uno de los momentos más excitantes y gloriosos de mi vida. Por eso le dije antes que no ha debido conocer usted a nadie que le haya despertado un deseo de posesión tan salvaje como el que nosotros vivimos.

Llegó el amanecer y nosotros seguíamos abrazados. Henry, único dato que hasta ese momento sabía de él, llamó a recepción y pidió una modista y el desayuno.

No, señor, no sentí vergüenza cuando la modista llegó y vio que yo estaba tapada con la manta del sofá y mi traje medio destrozado tirado en el suelo. No había que ser muy lista para adivinar lo que había pasado, y aquella chica, aparte de lista era discreta y resolutiva. Cuando lo vio todo, salió sin decir nada y volvió al cabo de unos minutos con un vestido, medias y guantes de día que había elegido en la tienda del hotel. Sin mirarnos en ningún momento a ninguno de los dos, cogió el vestido del suelo y se fue diciendo que en una hora estaría listo y podría llevármelo.

Durante el desayuno, Henry no podía apartar las manos de mí. Fue en aquel momento cuando, por primera vez desde que nos conocimos, hablamos de verdad. Me preguntó quién era yo, a qué me dedicaba y que si todo lo escrito en el programa de la exposición era cierto. Después él me dijo que se llamaba Henry Ford y que hacía coches.

¿Se lo puede usted imaginar? El hombre de negocios más importante de América y se presenta así, de una forma tan sencilla. Era el más conocido, el más rico, el más reputado empresario, y yo había pasado la noche con él en la más absoluta ignorancia. Sentada, tratando de comerme una de las tostadas, mientras Henry no dejaba de acariciar mi cuello y mis brazos, lo miraba y pensaba que fuese quien fuese el que había trazado la línea de mi vida, le estaba muy agradecida.

Es curioso que cuando una es joven, cree que lo sabe todo, que nada le puede ya sorprender, que ha conocido el amor, la pasión, la lujuria, y que envejecer no traerá nada de interés, ni le hará sentir nada que no haya sentido ya. Qué gran error. Mi juventud solo me trajo un marido que ni me hizo feliz ni me hizo sentir. Fui una joven que creía tenerlo todo, poder, nobleza, dinero, y en realidad no sabía nada de la vida.

Marruecos fue un primer choque con la realidad más cruda, y Mersida me ayudó a entender muchas cosas de mí y del futuro que me esperaba. Pero creo que ninguna de las dos imaginó jamás que acabaría acostándome con uno de los hombres más poderosos del mundo. Hay que reconocer que la edad te da experiencia, perspectiva para aceptar las cosas que te ocurren.

Me doy cuenta de que la vida para mí empezó en el momento en que me separé de Ricardo. Que conocí el amor, que descubrí el entusiasmo por viajar, ver y sentir sin límites. No existían fronteras para mí, derribé todas las barreras, porque el destino quería que yo alcanzase las cumbres más altas, que conquistase lo que por derecho me pertenecía: la gloria y la fama.

Henry era mucho mayor que yo cuando nuestros caminos se cruzaron, pero ¿qué importancia tiene eso? Y sí, antes de que me lo pregunte, estaba casado con Clara y tenía un hijo, y yo nunca coincidí con ellos, ni falta que me hizo. Esas no son cuestiones que a una le preocupen cuando está desnuda sobre una alfombra, ¿no cree?

Deme otro cigarrillo, por favor. Estos recuerdos lo merecen.

Pasé varios meses alojada en el hotel Brunswick, donde Henry y yo nos veíamos varias veces a la semana. Era un hombre que sentía una absoluta pasión por su trabajo, amaba hacer coches. Desde luego se le daba bien la ingeniería, recuerdo que una vez se me estropeó el reloj de pulsera que llevaba y me lo arregló en un periquete.

Las confidencias eran mutuas. Yo le hablaba del miedo que pasé cuando nos secuestraron en aquella cabila en el Rif, y él me contaba sus problemas pasados con la Detroit Automobile Company. Debería usted haber visto la ira que brillaba en sus ojos cuando decía, con fervor, que aquella experiencia y su posterior dimisión fueron lo que le acabaron de convencer de que él debía crear su propia empresa, y no trabajar nunca más a las órdenes de nadie.

Hablaba y era como estar en clase de economía, como asistir a la actuación de un mago y que te descubra sus trucos. Hablaba con fervor de sus empleados como si fuesen sus hijos, de la motivación salarial, de la integración vertical, de la cadena de montaje, de la publicidad masiva y los clubes automovilísticos. Le confieso que mucho de lo que escuchaba no acababa de entenderlo bien, no ya por el idioma, que para entonces me era completamente familiar, sino por mi desconocimiento del tema. Lo que sí compartíamos ambos era el amor por la velocidad, por ese sentimiento que se experimenta cuando estás al volante y sientes que el infinito se abre ante ti.

Me llevó varias veces a probar sus nuevos modelos. Tendría que haberme visto, parecía una de las mujeres de los cuadros de Lempicka, con mi fular al cuello, las gruesas gafas de conducir y mis manos enguantadas agarrando con fuerza el volante. Fui la primera persona en correr con un Ford A por los alrededores de Boston. Henry venía conmigo y reía al verme tan feliz.

Ambos sabíamos que aquella era una relación que no llegaría a ningún lado. Él no iba a abandonar a su mujer, no se casaría nunca conmigo, y yo tampoco lo deseaba. No lo amaba realmente, pero cuando estábamos juntos no pasaban muchos minutos sin que acabásemos rodando por el suelo. ¡Bendita pasión aquella que me hizo probar! Si no la hubiese conocido, habría muerto ignorante de que se podía sentir el cuerpo estallar en miles de pedazos, abrasados en deseo.

Recuerdo que una mañana me desperté y Henry ya se había marchado. Me desperecé en la cama y llamé para que me sirviesen el desayuno en la habitación. Cuando me levanté para ir al baño, vi que sobre la cómoda junto a la ventana había una caja con un gran lazo y una nota.

Ponía: «Gracias por tener los ojos más bellos». Cuando abrí la caja se me cortó la respiración. Dentro había un valiosísimo collar de perlas, tan largo que casi se podría haber saltado a la comba con él. Aquella noche le recibí solo con el collar puesto…

Boston pareció no darse cuenta de nuestra relación. Éramos muy discretos y él demasiado poderoso. Por desgracia, aquello no duró mucho más. Henry debía volver a Detroit, pues estaba desarrollando en la Stout Metal Airplane Company su nuevo avión, el Tin Goose, que luego participaría en la Segunda Guerra Mundial. Yo debía volver a Nueva York y seguir escribiendo artículos antes de que algún periódico prescindiera de mí.

Boston fue una de las mejores experiencias de mi vida y me dio dos cosas muy importantes. La primera, Henry. Conocerlo me hizo sentir la mujer más deseada, la más atractiva, y nunca me arrepentí del tiempo que pasamos juntos. La segunda, una idea brillante gracias a la cual construiría un imperio con el que me haría muy rica… y que también significaría mi perdición.

32

El abanico

La idea surgió gracias a aquel pequeño abanico que colgaba de su muñeca. Habían sido tantas las mujeres que le habían preguntado por él, que un día lo cogió entre sus manos y lo miró detenidamente. Lo tenía de toda la vida, incluso creía recordar que había sido un regalo de su madre cuando era muy jovencita. De madera y nácar, tenía dibujado un campo de naranjos por el que paseaba una pareja, vestidos con los trajes típicos de Valencia. Cuando se abanicaba, los verdes y naranjas destacaban sobre un fondo luminoso.

Era bonito, sí, pero ella no le encontraba nada excepcional, un abanico como otro cualquiera, o a lo mejor era que ya se había acostumbrado a verlo. Le preguntó a Henry con curiosidad por si podía aclararle las muestras de interés recibido, y él le contestó que no era muy ducho en materia de aderezos femeninos, pero que por qué no probaba a preguntarle a la doncella, quizá ella pudiese ayudarla.

La doncella cayó en una especie de éxtasis místico al verlo.

—Señora, ¿puedo cogerlo? —dijo, mirándola esperanzada.

Ya en sus manos, lo abría y lo cerraba despacio con tanta parsimonia, que Margarita pensó que en cualquier momento le iba a hacer una reverencia.

—Lo encuentra bonito, ¿verdad?

—Mucho, señora, mucho.

—Y dígame, ¿qué es lo que tiene de excepcional para usted? —La doncella la miró asombrada de la pregunta y permaneció callada—. Si es tan amable, le agradecería que me respondiese. Se lo he preguntado en serio, ya que no acierto a comprender el interés que aquí en Boston ha despertado mi viejo abanico.

—Oh, señora, es por eso, porque es viejo. O más bien debería decir antiguo. Este modelo de abanico aquí no lo podrá encontrar usted, con este diseño, esos colores, el ribete bordado… Aquí todo es nuevo.

¡Cómo no había caído en algo tan obvio! El país era joven y ella provenía de un continente con una historia milenaria. No tardó en darse cuenta de que si algo le podía volver loco a un estadounidense era una buena antigüedad. Ansiaban poder mostrar en el salón de su casa un jarrón Ming, una silla Luis XV o un juego de té de Meissen. Si a esto le añadíamos que la pieza había pertenecido a algún ilustre propietario, como Napoleón, Sissi o Eugenia de Montijo, entonces podían pagar por ellas sumas astronómicas. Se acordó entonces de Manuel y sus cajas de cerillas, y aunque ella nunca tuvo espíritu empresarial, decidió que al igual que su antiguo amigo, ella había tenido una idea de la que seguro podría sacar mucho provecho.

Margarita quiso hacer una prueba y rebuscó en sus baúles tratando de descubrir alguna pieza que pudiese vender. Encontró otro abanico, dos antiguas cajitas de rapé y una pitillera de

guilloché azul. Habló con Henry y le comentó su idea.

—No me necesitas a mí, sino a alguien que te abra las puertas de Boston, que te facilite el acceso a las *Brahmin families*, así llamamos a la élite de aquí. Y creo que conozco a la persona adecuada…

Clara Adams era entonces la reina de la sociedad bostoniana, cuyos pasos se podían seguir a diario en las crónicas del *Boston Post*. Cuando Henry las presentó en una exposición en el Museum of Fine Arts, a Margarita le pareció que llevaba los zapatos de tacón más altos que había visto en su vida. Supuso maliciosa que para compensar su corta estatura. Una mujer de edad madura, pero muy cuidada. Vestía quizá un poco recatada para la época, pero sus vestidos eran desde luego de la mejor calidad y hechos a medida.

No se cayeron bien.

Margarita no entendía por qué se permitía tratarla con aquella indiferencia; al fin y al cabo ella era baronesa, noble de nacimiento, con siglos de historia en su pasado familiar.

La señora Adams tenía muy claros los principios por los que se regía su vida, y por los que debería regirse la vida de los demás. Margarita sería muy noble, una baronesa, pero la encontró demasiado impulsiva, demasiado amable y con una relación con su amigo Henry Ford que, de ser ciertos los rumores, y los rumores solían acabar siendo ciertos, era claramente «inapropiada».

Quizá ese carácter tan abierto provenía de su origen español, quién podía saberlo, aunque había que reconocerle que sus modales eran exquisitos y solía vestir con muy buen gusto.

Clara era la hija de Ivers Whitney Adams, dueño de los Boston Red Stockings, el equipo de béisbol más antiguo de la ciudad. Su familia era rica y miembro por derecho propio de la clase alta tradicional de Boston. Llevaba una vida discreta, sus hijos habían estudiado en Harvard, y ella procuraba honrar el apellido al que orgullosamente pertenecía.

Al principio fue muy renuente a dar una cita a Margarita. Henry insistió alegando que debía conocerla, que era una mujer fascinante con una historia muy interesante, y que ambas podían sacar provecho de su mutuo conocimiento. Clara le escuchaba y le daban ganas de darle unos buenos azotes. A su edad corriendo como un jovenzuelo alocado tras las faldas de una extranjera. Vergonzoso.

Pero al final cedió, más por la curiosidad de saber qué provecho podía sacar ella de aquello, que por conocerla más íntimamente. Lo que no tenía muy claro era dónde quedar con ella. Por supuesto, nada de hacerlo en público, su reputación debía seguir siendo intachable. Al principio pensó en invitarla a un té en su casa, pero el servicio podía irse de la lengua. Una opción sería verse en el reservado de algún buen restaurante, pero tras pensarlo un poco, la señora Adams desechó la idea. Una comida significaría dos platos y un postre interminables atendiendo a aquella mujer.

¡Señor, qué complicado resultaba algo que parecía tan sencillo!

Fue Henry quien dio con una buena solución para todos. En unos días iba a inaugurarse el Ritz-Carlton en la ciudad, todo un acontecimiento que reuniría a la flor y nata de Boston. Qué mejor lugar que ese para encontrarse de forma casual, y quizá desaparecer unos minutos en algún balcón o sala adyacente. Nadie se daría cuenta, y en el caso de que alguien las viese hablar unos minutos, no pensarían nada extraño.

Aquel hotel combinaba a la perfección el más exquisito lujo europeo con el más pacato esnobismo bostoniano. Para aquel día se exigió vestir de etiqueta, las mujeres no podrían comer

solas en las mesas y se rechazarían reservas si no iban escritas en papel de suficiente calidad. Había enormes ramos de flores frescas por todas partes, sonaba una suave música de fondo, los camareros lucían corbatas blancas, y se serviría un menú cuya carta había confeccionado el mismísimo Escoffier. El plato estrella sería la langosta al whisky.

La inauguración fue un éxito rotundo.

Margarita lució para la ocasión un vestido de noche en gasa y terciopelo, en un maravilloso color morado que, según cómo le diese la luz, viraba al verde. En la cabeza llevaba un tocado de plumas de pavo real y al cuello el fastuoso collar de perlas, regalo de Henry. Se sintió observada durante gran parte de la noche, cosa que siempre le había encantado. Era normal, a fin de cuentas, todos se conocían, o incluso eran parientes, y ella era la única cara disonante en aquel mar de esmóquines y vestidos de noche. Pero no era solo eso, evidentemente…

Gracias a un hábil movimiento de Henry, las dos mujeres pudieron quedarse un momento a solas, sentadas en un gran sofá parcialmente oculto por una columna.

—Dígame, ¿en qué puedo ayudarla, baronesa? Henry no me ha querido decir nada al respecto, lo cual es muy inusual.

—Sí, imagino que precisamente porque es inusual, ha querido usted reunirse conmigo. No se enfade con Henry, él solo quiere ayudarme.

—Perdone, baronesa, pero ha sido usted la que ha querido reunirse conmigo. Y sí, ya me había dado cuenta de que él quiere ayudarle.

—Me alegro de que sea usted tan buena amiga de él. Henry es un hombre extraordinario, en todos los sentidos.

—Sin duda, baronesa, y tiene una familia encantadora. ¿Se la ha presentado ya?

Clara la miró unos segundos, calculando el alcance de sus palabras. La conversación no había empezado bien. Esa española era más insolente de lo que había creído. Pensaba que iba a encontrar una mujer suplicante, implorando su ayuda, y aquella mujer tenía el mismo aspecto de necesitar su ayuda que Rockefeller. Solo esperaba que no se vanagloriase de su relación con Henry, eso sí que no podría soportarlo.

—Tengo entendido que su padre es el dueño del equipo de béisbol.

—Así es.

—Y que su familia es la más antigua de la ciudad.

—Bueno, no es la única, aunque es cierto que somos pocos los que podemos decir que descendemos del *Mayflower* y el *Arabella* —dijo orgullosa—. Están los Boylston, los Chaffee, Endicott, Winthrop, Peabody… Hummm, también los Cooper, claro, Priscilla Cooper Tyler fue primera dama de la nación, cómo olvidarlo. Están los Holmes, los Amory y la familia del actual presidente, los Coolidge. Y los Lyman, no podemos olvidarnos de ellos y nuestros primos los Quincy, de hecho, John Quincy Adams fue el sexto presidente de los Estados Unidos.

—Vaya, veo que domina a la perfección la genealogía del lugar.

—Pues sí. No encontrará un bostoniano que no le pueda hablar de sus ancestros hasta la quinta generación, por lo menos. Aquí nos enorgullecemos de nuestras raíces.

—No sabe cómo la entiendo, la baronía de los Ruiz de Lihory lleva ligada a mi familia desde el año 1600. Aunque imagino que, en aquel entonces, sus ancestros aún estaban en Irlanda,

¿o en Holanda? ¿Finlandia? Disculpe si no es mi fuerte la genealogía bostoniana.

Margarita vio que Clara enrojecía violentamente. Después de todo, se estaba divirtiendo mucho a costa de aquella insufrible mujer. Pero recordó de pronto que necesitaba su ayuda, así que recogió velas y volvió a hablarle en un tono mucho más amable y obsequioso.

—Señora Adams, la verdad es que tengo un problema de nada y he pensado que quizá usted podría ayudarme. Poseo algunas cosas que no hacen más que ocupar sitio en mis armarios, ya bastante abarrotados. No tenía muy claro qué hacer, para mí son simples baratijas, pero mi doncella del hotel las vio y me dijo que aquí en Estados Unidos se aprecian mucho estas cosas. Pero claro, lo dice una doncella, así que he traído una de ellas, por si quiere verla.

«¡Lo que faltaba! —pensó Clara—. Ahora va a querer venderme algo».

Y antes de que pudiese negarse a ello, Margarita sacó de su bolso una bellísima pitillera. Instintivamente la señora Adams la cogió y comprobó que estaba hecha del más fino esmalte de un increíble color azul. El cierre era un hermoso brillante, y dentro se veían los minúsculos sellos del joyero, escondidos tras la barra que sujetaba los cigarrillos. Era liviana, hermosa y muy antigua. Deseó que fuese suya en el acto.

—Efectivamente, es bastante bonita, aunque está un poco rota aquí y aquí —dijo, fingiendo indiferencia.

—Vaya, pues no me había fijado. A ver, lo siento, pero no veo nada. ¿Dónde dice usted que está rota?

—No tiene importancia. Pero dígame, ¿tiene más objetos como este?

Satisfecha con el giro de la conversación, Margarita supo con certeza que lo que tenía entre manos no solo era valioso, sino que acababa de abrirle las puertas a lo más selecto de Boston.

—Tengo algunas cosillas más, y si pudiese ver usted mi palacio en España, se quedaría asombrada. He ido acumulando muebles, jarrones, sillas, que no solo he heredado, sino que también he ido comprando en mis viajes por medio mundo. Tenga en cuenta que desde muy joven ya viajaba asiduamente a París y Roma, con mi padre el barón.

Margarita hablaba sin parar, pensando en su fuero interno que, de ir todo como esperaba, crearía un imperio con el que se enriquecería a costa de vender antigüedades a aquellos ávidos americanos. Sabía perfectamente cómo hacerlo.

Clara la escuchaba y le costaba contener su emoción. Así que aquella desvergonzada tenía la llave del cofre de los tesoros. Si era así, bien podría soportarla un rato más… incluso a lo mejor hasta la invitaba a tomar un té.

33

Un negocio más que lucrativo

Finalmente, la señora Adams se quedó la pitillera de guilloché azul; su amiga Mary Lyman las dos cajas de rapé; y su primo Paul Endicott un abanico. Lo primero que hizo con el dinero fue trasladarse a una enorme suite del Ritz-Carlton, y pagar un trimestre por adelantado. Después se puso manos a la obra. Tenía en mente un negocio más que lucrativo. Si todo iba como esperaba, sería capaz de construir un imperio que la convertiría en una mujer extraordinariamente rica.

Escribió a su tía Catalina, que vivía en Madrid, y le pidió que le ayudase en un negocio. Necesitaba que un par de veces al año ella, o alguien de su confianza, fuesen al Rastro y comprasen cuantas antigüedades pudiesen encontrar. Los puestos de los almonedistas y los anticuarios estaban cerca de la plaza de Cascorro, y todo lo que pudiese conseguir allí seguro que serviría. Monedas, sillas, cuadros, ropa, muebles, lámparas, alfombras… que comprara lo que pudiese, bastaba con que fuese antiguo, y se lo enviase por barco. Ella pagaría lo que hubiese costado, más una cantidad extra por los servicios prestados.

El primer envío fue un tremendo éxito. Margarita recibió las cajas, ordenó su contenido, y clasificó y seleccionó los objetos que parecían más antiguos y valiosos, y se los ofreció en primer lugar a la señora Adams, como una deferencia por la ayuda que le había prestado. Lo que no se quiso quedar, Margarita lo puso a la venta en su habitación del hotel entre amigos y conocidos, muchos de los cuales le iba presentando Clara. Pronto el boca a boca, que recorrió como la pólvora las altas esferas de la ciudad, atrajo a muchos otros, ansiosos de tener alguna antigüedad española en sus salones.

Al cabo de un año, Margarita había ganado tanto dinero que no sabía qué hacer con él. Aquellos bostonianos le quitaban de las manos prácticamente todo lo que le llegaba. Su tía acompañaba muchas veces las piezas de un certificado de antigüedad, lo que hacía que su valor se incrementase de manera exponencial.

Pero los certificados acabaron convirtiéndose en un problema. Los compradores no entendían por qué algunas piezas los tenían y otras no. Margarita trataba de tranquilizarlos diciendo que aquello era normal en Europa, que era imposible conseguir certificados de todos los objetos, lo que no desmerecía su valor.

Una tarde, mientras tomaban el té, la señora Adams le dijo que lo mejor que podía hacer con su dinero era invertirlo. Si quería más información, ella le podía presentar a un par de personas de su confianza en Nueva York, que sin duda podrían aconsejarle la mejor forma de colocar su fortuna en Wall Street. También podría presentarle a su prima Mary-Louise, ¿cómo no había pensado en ella antes? quien con toda seguridad apreciaría las antigüedades que vendía tanto como ella misma, y podía facilitarle más contactos todavía.

Nueva York.

La idea le pareció magnífica a Margarita, no solo porque su dinero podría seguir creciendo y convertirla aún en más rica, sino porque Henry había vuelto a Detroit y la ciudad había perdido mucho encanto para ella. Estaba decidido, se iría de Boston y empezaría de cero su negocio en Nueva York donde, esta vez sí, todos sus objetos tendrían su correspondiente certificado. Ya se encargaría ella de que lo tuviesen… No estaba dispuesta a perder negocio y clientes por una cosa tan tonta…

A principios de 1929, el Waldorf Astoria de Nueva York le pareció tan lujoso y mágico como en su anterior estancia pocos años antes. Su *hall*, con unas preciosas tallas *art decó*, el ambiente sofisticado, la fragancia a rosas que sutilmente se respiraba desde cualquier lugar, le inspiraban la misma temblorosa reverencia que la basílica de los Desamparados de Valencia.

Emmet, Marvin & Martin era la firma de abogados de más renombre de la ciudad. Clara les había escrito hablándoles de Margarita, ya que eran ellos los que llevaban varios de los negocios de su familia en aquel estado, y aceptaron encantados entrevistarse con ella. El dinero siempre era bienvenido, viniese de quien viniese.

Thomas Addis Emmet III era el descendiente de una larga saga de abogados en su familia. Su abuelo había llegado a Estados Unidos procedente de Cork, en Irlanda, con una turbulenta y apasionante historia a sus espaldas. Tras ser uno de los que se rebelaron y lucharon por intentar conseguir una república irlandesa frente a la tiranía inglesa, había pasado una larga temporada en la cárcel. Nada más ser liberado, marchó a Francia y después había emigrado al nuevo continente, donde se convirtió en un importante abogado. El resto de la historia era parte del mito. El nieto tenía dos cosas en común con el abuelo: su inteligencia y su pelo fuerte y rubio, con un gran remolino en la coronilla.

Cuando vio llegar a Margarita, el señor Emmet sonrió con sorpresa. No tenía muy claro a quién iba a recibir, ya que todavía no había conocido a ninguna española. Sin saber por qué se había esperado a una mujer más pintoresca y desde luego menos elegante. Tal vez por los cuadros de Sorolla que había visto en la Hispanic Society. Sin embargo, aquella mujer tenía un aire mundano, unos refinados modales aristocráticos y un porte distinguido, por los que bien podría haberse llamado Astor o Hutton, y no aquel impronunciable apellido. Afortunadamente, era baronesa y podría dirigirse a ella solo por el título.

Por lo que pudo entender, aquella mujer era muy rica. Poseía un próspero negocio de antigüedades que vendía a precio de oro a la alta sociedad bostoniana. Ahora se proponía trasladar su negocio a Nueva York, y necesitaba consejos sobre la mejor forma de invertir su dinero y algunos otros detalles sobre impuestos, tasas y demás trámites legales. Emmet se encontró escuchándola realmente encantado. Su acento inglés era suave y su caso fascinante, nada que ver con las habituales transacciones y defensas legales de las que se solía ocupar en el despacho.

Tal y como llevaba años haciendo con sus principales inversores, le aconsejó la compra de un ingente paquete de acciones de una compañía en expansión. La especulación financiera sería lo que le haría ganar dinero de forma más rápida. Cierto que el valor de las acciones era ficticio, ya que estaban por encima del valor real, pero los negocios eran rápidos y muy lucrativos. Si la señora baronesa seguía sus consejos, podría vivir cómodamente de sus inversiones.

Llevaban varios años en los que las acciones en la bolsa subían sin cesar, y acumulaban unos beneficios extraordinarios. No había quien no invirtiese: los bancos, los empresarios, los particulares… hasta los padres de familia especulaban con sus pequeños ahorros. Todos querían vivir en el paraíso que Wall Street podía proporcionarles.

Ella le escuchaba hablar. No acababa de entender que los agentes de bolsa prestasen dinero a sus clientes y a la vez pidiesen prestado a los bancos. Al parecer lo hacían porque con las ganancias de la bolsa se podían pagar los créditos y sus intereses. Oía a aquel abogado perorar sobre cuán fácil era obtener un crédito para comprar en la bolsa, cómo había aumentado la especulación, cómo de fácil era hacerse rico, y seguía sin entender gran cosa de todo aquello.

Pero Margarita se dijo que realmente daba igual si no entendía nada, que lo importante era que lo entendiese él. Los números nunca habían sido su fuerte, y las fluctuaciones en bolsa le parecían algo tan apasionante como volver a ver a su marido. Aquel abogado venía recomendado por Clara, y eso de por sí era una garantía más que suficiente. Aun así, no invirtió todo lo que tenía. Siguió el consejo que solía dar una de las criadas de casa de sus padres: «No es bueno poner todos los huevos en la misma cesta».

Los meses pasaban y el negocio no hacía más que crecer, y con ello el dinero que Margarita derrochaba en una vida de lujo. Acudía asiduamente al Cotton Club a bailar el «Diga Diga Doo» de Duke Ellington, contemplaba con asombro infantil un nuevo y pequeño dibujo animado llamado Mickey Mouse, que cantaba y bailaba en las pantallas de los cines; se emocionó con el éxito de Amelia Earhart que fue la primera mujer en cruzar el Atlético ella sola en avión.

Le gustaba ir a las joyerías de lujo y pasar horas probándose las joyas más espectaculares que tuviesen. Compró un anillo en forma de pantera cuajada de brillantes en Cartier, un broche que era una delicada libélula en Tiffany & Co., un reloj de oro y nácar rosado en Chopard.

Sus abrigos iban ribeteados con las pieles más costosas, tanto en el cuello como en los puños. Llevaba zapatos bicolores con doble cierre, sombreros realizados en seda y terciopelo, faldas tableadas a la rodilla con blazers cruzados con botonaduras doradas. Su vestido favorito era uno de flores en organdí y batista, con encaje en el cuello y los bolsillos y una cinta de seda en los hombros y la cintura. Su vestuario alcanzó proporciones faraónicas, tenía tanta ropa que tuvo que habilitar dos percheros más en su habitación.

La moda cambiaba rápidamente. Se dejó el pelo un poco más largo, manteniendo su rizo natural, ya que por entonces se llevaba hacerse la permanente. Gracias a la aparición del *eye liner*, podía enmarcar sus ojos con mayor precisión y darles forma almendrada. Después los difuminaba con tonos marrones y tejas. El maquillaje se usaba para afinar las facciones, destacando de forma especial los pómulos con el colorete.

Le encantaba beber champán, pero a veces costaba encontrarlo. Miraba a los del Movimiento por la Templanza manifestarse por las calles con sus pancartas, sus invectivas y sus caras largas, y no los entendía. Tanto odio hacía el alcohol le parecía antinatural. ¿Acaso los católicos no tomaban vino en la misa? O los judíos. Claro que aquellos activistas solían ser en su gran mayoría anglosajones, conservadores y protestantes. Cuando lo pensaba le entraba incluso la risa. Aquella enmienda XVIII que habían aprobado sería una ley impensable en cualquier país civilizado, jamás se habría llegado ni a proponer. Alguien como Carrie Nation, que entraba furibunda en las tabernas hacha en mano y destrozaba las botellas, habría sido internada hacía tiempo en un bonito sanatorio mental.

Margarita enviaba cartas a sus hijos en las que les hablaba de sus negocios, del gran éxito que estaba teniendo y de lo orgullosos que debían de sentirse de ella. Mandaba también dinero a su madre para que les comprase lo que ellos quisieran. Incluso se planteó decirle a Ricardo que dejase de pasarle la asignación mensual, pero enseguida cambió de idea. Ese dinero era suyo por derecho propio, era el precio de largos y aburridos años de matrimonio, que siguiese pagando pues.

Todo era felicidad, lujo, viajes y compras. Hasta que, un día, llamaron a la puerta de su habitación en el hotel y se encontró de bruces con una placa de policía.

El inspector Smith y el agente Granny, de la policía aduanera de Nueva York, se presentaron cortésmente y pidieron permiso para entrar. El primer impulso de Margarita fue decirles que se habían equivocado de habitación. Pero la mirada del inspector, de cierto aire bovino, le dio a entender que aquel hombre no se marcharía de allí hasta haber hablado con ella. Así que con la mejor de sus sonrisas, procedió a desplegar todo su encanto. Les hizo pasar al pequeño salón de su suite, les sirvió ella misma un café y se sentó frente a ellos adoptando su pose más sensual. Ambos hombres se encontraban claramente incómodos.

—Señora Guiz… perdón, Riuz… Hummm, disculpe, pero no sé pronunciar bien su apellido —dijo el inspector Smith.

—No se preocupe, le pasa a mucha gente, puede llamarme simplemente baronesa.

—Entiendo. Como le iba diciendo, baronesa, somos de la policía de aduanas del puerto de Nueva York, y nos ha llamado la atención el volumen de los envíos que recibe usted puntualmente dos veces al año. Hemos intentado encontrar la documentación pertinente sobre el pago de las tasas de dichos… un segundo, por favor… aquí está: «Conjunto de antigüedades pertenecientes a los siglos XVI, XVII y XVIII», enviado desde el puerto de Barcelona, pero no hemos encontrado nada. Tal vez pudiera usted explicárnoslo.

Margarita sintió como si su cabeza acabase de sumergirse en una cubitera llena de hielo. Tasas, qué horrible palabra.

—Si es usted tan amable —prosiguió el policía—, necesitamos que nos presente las declaraciones de las tasas, los justificantes del pago de los aranceles, es decir, de los impuestos a la importación a pagar en la aduana americana.

Margarita esbozó una encantadora sonrisa.

—¿Ha comprendido lo que le he dicho, baronesa?

—Sí, por supuesto, las tasas, las buscaré.

—Tiene dos meses de plazo para presentar toda la documentación que se le solicita en la aduana. Aquí tiene mi tarjeta, por si tiene alguna duda. Ah, y en breve se pondrán en contacto con usted del Internal Revenue Service, porque imagino que querrán que les presente los justificantes de las ventas de dichas antigüedades, de los cobros y de la procedencia de su material para ver que todo esté en regla. Que tenga un buen día, señora, buenas tardes.

A Margarita se le borró la sonrisa y se echó a llorar. Ya era malo que te visitasen dos polis de aduanas, pero que te estuviese investigando la hacienda americana era peor todavía. Mucho peor. Tras un pequeño momento de angustia y terror, se recompuso. «No tendrán nada mío, ni un céntimo pienso darles. Es más, soy española, no pueden exigirme que les pague».

Acto seguido descolgó el teléfono y llamó a Thomas Addis Emmet III. El abogado la escuchó sin entender muy bien toda aquella historia, quizá porque aquella mujer sollozaba

profiriendo insultos en español. Cuando consiguió hacerse una composición de lugar, como abogado respetable que era, lo primero que le aconsejó fue pagar. Pagar todas y cada una de las tasas que no hubiese pagado. Después, ya se encargarían de solucionar el resto de temas.

¿Pagar? ¿Pero qué decía aquel hombre? Si pagaba todo lo que debía iba a perder seguramente la mitad de su fortuna. Tendría que retirar parte de los fondos invertidos.

—Si no lo hace, irá a la cárcel. No sé cómo son las leyes en su país, señora baronesa, pero aquí no nos andamos con bromas con el cumplimiento de la ley. Yo le ayudaré a rellenar los papeles y efectuar el pago, no se preocupe por eso.

Margarita colgó el teléfono, se secó las lágrimas y pensó en lo que le había dicho el abogado. Lo más sensato era pagar, así se libraría de ellos, pero ¿no habría otra solución?

Tres días después el inspector Smith volvió a verla, pero esta vez acompañado del detective McClusky, del IRS, quien le hizo una batería de preguntas harto incómodas e indiscretas, la mayoría de las cuales se negó a responder o, al menos, no estaba dispuesta a hacerlo sin su abogado presente. Aquel cretino había llegado incluso a preguntarle si lo que vendía era ciertamente antiguo, o una falsificación, y si ella era capaz de distinguir una cosa de la otra. Le preguntó por los certificados de las antigüedades, por la procedencia de estas, por los resguardos de compra y venta… ¡incluso si ella estaba cualificada para venderlas! Fueron los minutos más largos y angustiosos que recordaba en mucho tiempo.

Ambos se fueron indignados, pero prometieron volver con una orden para registrar su habitación, sus negocios e incluso su vida en el país. Margarita estaba furiosa con el detective McClusky. Aquel hombre había conseguido sacarla completamente de quicio. Menos mal que había sabido disimular y que ambos tuvieron que irse con un palmo de narices, pero volverían, y esta vez no podría librarse tan fácilmente.

Aquella inesperada y desagradable visita fue el acicate que necesitaba para acabar de convencerse: fuese sensato o no, ella no pagaría ni un céntimo. Aquellos palurdos no obtendrían nada de ella. Su abogado puso el grito en el cielo, no solo porque habían tratado de interrogarla sin su presencia, sino, sobre todo, porque no podía entender la terquedad de Margarita.

—Trate de entenderlo, señor —le dijo ella—. Ese dinero ha sido fruto de un ingente trabajo por mi parte, ¿y ahora quiere que se lo regale a esos despreciables policías? Ni un dólar, ¿me oye? ¡Ni uno solo les voy a pagar!

—Pues en ese caso, baronesa, la próxima vez que hablemos probablemente será en la cárcel.

Durante la semana siguiente, Margarita se dedicó a deambular por la ciudad como una sonámbula. ¿Qué hacer? ¿Cambiar de ciudad y de Estado? ¿Pedir ayuda a Henry? Caminaba por Central Park y sentía el viento, que empezaba a ser ya muy frío, enredarse entre sus piernas. Las dudas la asaltaban, pero al final siempre se imponía su decisión de no ceder. Aquel inspectorzuelo la había insultado. ¿Que si ella era apta para vender antigüedades? ¿Que si sabía distinguirlas? ¡Ella que se había criado en un palacete rodeada de exquisiteces! Aquel hombre no tenía ni idea de con quién hablaba.

Una mañana, cuando estaba a punto de salir del hotel, le entregaron un telegrama urgente. Cuando lo leyó, tuvo que sentarse en uno de los sofás del *hall*. Su abuela había fallecido en Valencia. Al leer el nombre de su ciudad de origen, le pareció que aquel lugar estaba en otro planeta, en un sueño ya antiguo que uno todavía recuerda pero cuyos flecos se van deshilachando poco a poco.

El telegrama le recordó su infancia, el aroma a talco y violetas al que siempre olía su abuela, su pelo blanco y sus manos de largos y flacos dedos. Quizá era una señal de que debía volver; al fin y al cabo, hacía años que no iba a España y sus hijos seguro que se alegrarían de verla. Ahora no podía dejarlos únicamente al cuidado de su madre. Y estaba además el problema de la herencia. Si no regresaba, probablemente su hermana Soledad querría apropiarse de lo que era suyo. No podía fiarse de ella.

Pero no acababa de decidirse. Estados Unidos significaba la libertad, la riqueza, un mundo de constantes oportunidades. ¿Qué iba a hacer en Valencia si volvía?

Aquel jueves amaneció con un sol radiante. El cielo estaba despejado, las calles limpias, el viento que no había dejado de soplar en toda la semana, de repente había parado. Se asomó al balcón de su suite y sintió los rayos de sol en la piel. Se oía a los pájaros trinar, no había casi tráfico y ella era rica aun a pesar de todo lo que gastaba a diario. Este pensamiento le hizo sentirse segura.

Ella era una mujer muy inteligente, mucho más que la mayoría de la gente con la que solía tratar. Encontraría una solución a los problemas con el IRS y las aduanas, retomaría su negocio con más fuerza si cabe, y lograría expandir su imperio en toda la Costa Este.

En estos pensamientos estaba, cuando vio a un hombre pasar corriendo a toda prisa por la calle. Unos segundos después, pasó otro más, y al cabo otros tres hombres que corrían como si les persiguiese el diablo. De repente se oyeron unos agudos gritos procedentes de algún lugar cercano, y vio que más gente salía a la calle y se dirigían atropelladamente en la misma dirección.

No entendía qué estaba pasando, pero a buen seguro era algo grave. ¿Habrían atentado contra el presidente? ¿Quizá algún grave accidente? Decidió bajar a la recepción del hotel, a ver si alguien podía informarle de lo que ocurría.

En el *hall* había un extraño ir y venir de huéspedes en inquieta agitación, se escuchaba a varias personas llamando desde los teléfonos públicos a voz en grito. Se acercó despacio a un hombre sentado en un sofá, que parecía totalmente en shock. Estaba pálido, no paraba de frotarse las manos nervioso y fumaba con desesperación.

—Disculpe, caballero, pero ¿se encuentra usted bien?

—Todo, lo he perdido todo… —respondió él mientras las lágrimas comenzaban a caer por sus mejillas—. ¿Ahora cómo le voy a decir a Martha que somos pobres, que tenemos que vender el coche y la casa de la playa para poder comer…? ¿Lo puede usted entender? ¡Qué locura es esta! ¡Pobres!

—Lamento su situación, es horrible… realmente horrible.

—¡¿Mi situación? ¿Mi situación?! —Entonces se echó a reír y Margarita sintió miedo. Aquel hombre parecía estar completamente loco—. ¡Nuestra situación, querrá decir! Porque si tenía usted un solo dólar invertido en Wall Street, acaba de perderlo. ¡Acaba de perderlo todo!

Se levantó como un resorte y se alejó de él asustada. No podía ser cierto, lo que ese hombre decía no podía ser cierto. Se acercó a los teléfonos y esperó a que uno de ellos se quedase libre. Acto seguido llamó a Emmet, Marvin & Martin, pero la telefonista le dijo que era imposible comunicarse con ellos. Presa del pánico salió a la calle y cogió un taxi.

En cuanto entró en la sede de los abogados, supo que había tenido lugar un cataclismo.

El panorama era desolador. Decenas de personas se agolpaban ante el mostrador de la recepcionista, pidiendo ver a alguno de los socios, clamando por su dinero, exigiendo saber el estado de sus inversiones. Había mujeres llorando, hombres encendidos de rabia y algunos tan fuera de sí, que casi parecía que echaban espuma por la boca. La pobre recepcionista que intentaba tranquilizarlos se dio por vencida y desapareció por una puerta después de echar una mirada asustada a los que la rodeaban. Al cabo de unos minutos, Emmet, Marvin y Martin, los tres socios, hicieron acto de presencia.

Margarita supo entonces que todo lo que había oído era verdad. Los tres tenían aspecto de haber sido derrotados en una larga y cruenta batalla. Sus rostros macilentos, el aire desesperado que emanaban… Parecían claramente vencidos. Tras pedir silencio, el señor Marvin habló, procurando hacerlo de forma serena.

—Damas y caballeros, siento confirmar que las noticias son ciertas. La bolsa de Wall Street ha sufrido una fuerte caída en sus precios. El crédito se ha desplomado ante la imposibilidad de los especuladores de devolver los préstamos adquiridos. El precio de las acciones ha caído de forma inesperada, y… lo siento, lo siento muchísimo créanme, pero muchos de ustedes no van a poder recuperar lo invertido. De momento, solo de momento. Les ruego que tengan un poco de paciencia, y mis socios y yo nos reuniremos uno a uno con ustedes, para ver cada caso concreto y aconsejar las acciones más prudentes en este terrible momento que estamos viviendo.

Fue como si un rayo hubiese fulminado la sala. Nadie hablaba, pero muchos empezaron a llorar.

Después de esperar más de cinco horas, Margarita mantuvo una reunión de diez minutos con los socios, durante la cual fue informada de que su dinero se había volatilizado. Sus acciones habían bajado un 74 por ciento, lo que significaba que lo había perdido casi todo. Ahora ya solo podía hacer dos cosas: vender y recuperar el poco dinero que aún tenía, o aguardar. El mercado sin duda se recuperaría, quizá no en un par de meses, a lo mejor no en un año, pero acabaría haciéndolo. Si esperaba, tal vez podría volver a recuperar todo su dinero.

¡Esperar un año! Quién sabía en un año lo que podía ocurrir… Y ni siquiera le aseguraban que fuese un año, podían ser dos, o quizá tres… Le dijeron que nadie podía aún prever el alcance de lo sucedido, aunque confiaban en que el desastre no alcanzase mayores proporciones.

Debía volver a España, aunque allí la esperaba una catástrofe mayor.

III

ESPAÑA

34

Miguel había muerto

Esa fue la primera noticia que recibí nada más volver a Valencia. Miguel había muerto solo en un hotel de París. Acabó exiliándose como un perro, él, que había conseguido librar a España del déficit, de la guerra y de los excesos del sindicalismo. Nadie lo quería ya aquí, nadie supo apreciar el tremendo y continuado esfuerzo que había hecho por su patria. Se equivocó muchas veces, pero ¿qué hombre en su posición no se habría equivocado? No imagino lo que tuvo que ser tratar de recomponer una España tan convulsa por aquel entonces.

Como comprenderá, la noticia me afectó mucho. Primo de Rivera había sido un hombre importante en mi vida, mucho, para qué engañarnos… Su muerte supuso una herida en mi corazón que jamás se curó del todo. Cuántos recuerdos me vienen ahora a la mente… Su carácter, sus manos fuertes, la manera en que me miraba cuando hablábamos… ¡Qué gran hombre era!

¿Tiene un pañuelo? Discúlpeme, hay recuerdos que todavía hoy…

Durante mis últimos meses en Nueva York procuraba estar al día de todo lo que ocurría aquí, pero mi situación se volvió tan complicada, que en lo único en lo que podía pensar todo el tiempo era en cómo solucionar mis problemas cuanto antes y en quitarme de en medio. Recuperé el poco dinero que me quedaba todavía en bolsa, malvendí todas las antigüedades que aún tenía, y con el dinero que reuní regresé a España sabiendo que nunca más volvería.

Ahora lo pienso y no sé si habría podido ayudar de alguna forma a Primo de Rivera, aunque por desgracia creo que no. No puedo imaginar lo solo y frustrado que se debió de sentir durante sus últimos días de vida. ¡Qué horror! No dude usted que si hubiese estado aquí habría corrido a verle a París, a hacerle compañía, y ayudarle como él me ayudó a mí. Pero yo no estaba aquí, él se fue y murió al poco tiempo. De una diabetes, al parecer, pero yo sé que murió de pena. De eso también puede morir uno, ¿sabe? La pena es más fulminante que muchas enfermedades, bien lo sé…

Si mi ánimo ya estaba bastante alicaído por lo de Miguel, la situación que se vivía en Valencia no es que ayudase a hacerme sentir mejor. Aquel año de 1930 lo recuerdo muy movido… Se quería derrocar a la monarquía e instaurar un nuevo régimen, e incluso los militares veían con buenos ojos la posibilidad de una República. ¿Puede usted imaginar algo semejante? ¡Echar a su majestad el rey! ¡Qué barbaridad!

Pero la política, que siempre me interesó tanto, pasó a un segundo plano en mi vida rápidamente. Tenía muchos frentes abiertos, problemas que surgieron uno detrás de otro, sobre todo por culpa de mi hermana Soledad. Ya sabe lo que se dice, los males nunca vienen solos.

Soledad, qué nombre más apropiado para ella ahora que lo pienso. Dice usted que no le parece propio de una buena cristiana el odiar tanto a una hermana. ¡Pero si yo no la odio! Y qué

fácil es hablar cuando no se sabe… porque usted, perdóneme que le diga, no sabe de la misa la mitad. Así que no vuelva a decirme cómo debería comportarme. Usted no es quién para juzgarme. Y mucho menos sin haber conocido a mi hermana.

Si supiese todos los problemas que me ha creado en esta vida, todo el dinero que he tenido que gastar para reclamar lo que me pertenecía, todo el tiempo que me hizo perder ocupándome en resolver las contrariedades que ella ocasionaba, no hablaría tan a la ligera.

Pero como le decía, aquella época fue de locura. La crisis provocada por el hundimiento de la bolsa de Nueva York, de la que yo hui, me persiguió y me atrapó en España. El crack americano se convirtió muy pronto en una enorme y terrible crisis mundial. ¿Quién lo habría podido imaginar? ¿Quién puede imaginar nunca cómo sucederán las cosas? La esperanza nos ofusca casi siempre. En fin…

La producción disminuyó, hubo una importante fuga de capitales, hubo huelgas por todas partes debido al aumento del paro, y los enfrentamientos políticos empeoraron todavía más. Sí, ya sé que todo eso lo sabe todo el mundo. Yo hice bien en rescatar lo poco que me quedaba invertido, ya que tuvieron que pasar muchos años para que el mercado se recuperase del todo.

Me habría gustado ver la cara del señor Emmet cuando vio que el desastre alcanzaba proporciones mundiales.

Pero no todo habían de ser desgracias. Durante la lectura del testamento descubrimos asombrados que la herencia de mi abuela era aún más importante de lo que pensábamos. No solo había dejado una ingente suma de dinero, sino también numerosas propiedades con las que no contábamos. Pero, por desgracia, como casi siempre suele ocurrir, la herencia se convirtió en una pesadilla. Me recordó bastante a lo ocurrido cuando murió mi padre, el barón. Ya en 1921 fue casi imposible que mi hermana y yo nos pusiésemos de acuerdo a la hora de repartir los inmuebles que había dejado entre Valencia y Alcalá de Xivert. A eso hay que añadirle el pleito por la ostentación del título, que interpuse legítimamente antes de marchar a vivir a Madrid. He perdido la cuenta de cuántos años llevo litigando con mi hermana, cuántas horas de mi vida he perdido, cuántos abogados he pagado.

Fíjese que hasta me saqué la carrera de derecho. La primera española en tener el título, como lo oye. En dos años aprobé todas las asignaturas, y con sobresaliente. Visto que los pleitos con mi hermana parecía que nunca iban a tener fin, ¿quién mejor que yo para defenderme? Aunque las cosas finalmente no fueron así, y mi marido se acabaría haciendo cargo de todo…

Pero ¡qué orgullosa me sentí cuando me dieron el título! Para celebrarlo, la marquesa de Ter me organizó un homenaje en el Ritz, e incluso la Casa Regional Valenciana me hizo una visita de cortesía para felicitarme. Salió todo publicado en el *ABC*, mi nombre entonces solía salir mucho en la sección de sociedad de los periódicos.

Tras mi estancia en Estados Unidos, Valencia me pareció todavía más provinciana, más anticuada y aburrida que nunca. Por no hablar de que la gente seguía comportándose conmigo como si la culpa de la maldita crisis la tuviese yo.

No necesité pensármelo mucho. Decidí mudarme con mi madre y mis hijos a Barcelona. Había heredado de mi abuela un palacete en la calle Muntaner, entonces la mejor zona de la ciudad, y pensé que nos vendría bien a todos un cambio de aires. Ricardo se opuso e incluso intentó prohibirlo, no quería que me llevase a mis hijos, pero no le dejé opción. Tampoco él insistió mucho, después de todo tampoco iba a ser un gran cambio para él, ya que no vivía con

ellos. Por otro lado, ya los había disfrutado bastante, ahora me tocaba a mí. Mi madre, aunque no le hacía gracia aquel cambio, no se opuso.

Recuerdo ahora a mis hijos con sus caritas alegres, sus uniformes del colegio y sus risas cantarinas, y no parecen los mismos… sí, por desgracia, no son los mismos de ahora… Tras varios años sin verlos, me encontré a mi vuelta de América con que mis pequeños se habían convertido en unos hombrecitos preciosos, y aunque los chicos aún iban a la escuela, Margot, la mayor, era ya toda una señorita. A su edad ya comenzaba a parecerse a mí en muchas cosas. Su porte, su forma de caminar, su gran inteligencia. Margot, mi hija Margot…

Barcelona les encantó. La ciudad era un mundo de prodigios, cosmopolita, abierta. Pero también empezaba a ser una ciudad peligrosa. Las calles no siempre eran seguras, y en el momento más inesperado podías encontrarte en medio de una manifestación anarquista, viendo los escaparates rotos, a los hombres lanzando piedras, los tranvías volcados…

Sí, tiene usted razón, también heredé varias fincas en Albacete, explotaciones agrícolas y ganaderas que daban bastante dinero. Y no olvidemos la gran casa señorial en la ciudad. Pero tras mi maravillosa y excitante vida en Estados Unidos, si me hubiese ido a vivir a Albacete habría sido como encerrarme en un convento de clausura. Entonces me faltaba vocación. En aquel momento no habría podido soportarlo, como sí me tocó hacer años después.

Pensaba que el cambio de vida, volver con mis hijos y establecerme en Barcelona, me haría feliz. Y de hecho así fue durante un tiempo. Pero a medida que pasaban los meses, más echaba de menos viajar. Me faltaba mi independencia, el ir y venir a mi antojo, el descubrir nuevas ciudades, conocer gente… No me mire así, ¿cómo no iba a desear irme? La ciudad bullía de protestas y huelgas, y además, el consejo me nombró su representante, así que tenía por fuerza que viajar para difundir su mensaje.

Pero me he adelantado, ¿verdad? No le había hablado todavía del Consejo Superior de Protección a la Infancia. Desde siempre mi gran preocupación ha sido el bienestar de los niños, el procurarles una infancia feliz. El Consejo fue el órgano que me permitió hacerlo, incluso me facilitaron un pasaporte para que pudiese viajar por Francia y Suiza, y conseguir así contactos e influencias que quisiesen colaborar con nosotros.

Ese fue el principal motivo por el que no pude quedarme mucho tiempo en Barcelona, y durante los siguientes años no paré de viajar por media Europa, incluso durante un tiempo tuve que fijar mi residencia en un coqueto *pied-à-terre* en París. Los niños no me lo tuvieron en cuenta, estaban acostumbrados a que su madre viajase, y se sentían orgullosos de que fuese una luchadora, una mujer moderna que se labraba su futuro mediante un duro trabajo. ¡Qué pena que con los años se hayan olvidado de lo mucho que hice por ellos…! ¡Ingratos…!

No se crea que no veía a mi familia, de hecho, lo hacía muy a menudo gracias indirectamente a mi querida hermana. Cada dos por tres tenía que presentarme en el tribunal, o firmarle algunos papeles al abogado, o demandarla porque se había apropiado de algo que era mío. Una casa, un solar, un cuadro… Debía estar muy atenta, ¡mucho! Había partes un poco confusas en el testamento de mi abuela, que no dejaban muy claro quién era el verdadero propietario de algunas cosas. Cada vez que yo me iba, Soledad aprovechaba para expoliarme. Como me está oyendo. Y vivir en Barcelona no facilitaba precisamente el que yo pudiese ejercer mucho control sobre mi patrimonio.

Me dice usted que le parece triste nuestra situación. ¿Triste? ¿Por qué triste? No entiendo por qué. ¿Acaso usted se lleva bien con toda su familia? ¿No hay nadie, un cuñado, un primo, un sobrino que no le saque de quicio cada vez que lo ve? Es lo más normal del mundo. Recuerdo que cuando leí *Anna Karenina*, ya la primera frase del libro me pareció que hablaba de mí: «Todas las familias felices se parecen, pero las infelices lo son cada una a su manera», sí, puede que Tolstoi hablara también de la suya…

¿No le parece a usted que yo tengo algo de Karenina? Lo he pensado muchas veces, que tanto Anna como yo compartíamos esa pasión por la vida, por el amor, que nos llevaba a lanzarnos a por lo que queríamos sin pensar en nada más. Sin tener en cuenta si luego esa misma pasión devoradora nos aprisionaría no dejándonos escapar. ¿Mi conde Vronsky? Buena pregunta… pero no pienso responderle… por ahora…

Nunca le he visto asomarse por la ventana de este cuartucho en el que me hallo encerrada desde hace semanas. Llega usted, se sienta, toma notas, hace preguntas y se va. Me deja siempre un cigarrillo, y se lo agradezco. Me sonríe si cree que con ello me voy a relajar y le voy a contar más cosas. Y no crea que no me he dado cuenta de que lleva los cigarrillos solo por mí. Usted no fuma, y diría que tampoco bebe. Y ya sabe usted lo que se dice de los hombres que no beben, que no son de fiar. Lo mismo que de las mujeres a las que no les gustan las joyas. Aunque quizá usted sea una excepción.

Vaya, por su cara de asombro veo que he acertado en todo. Le digo siempre que soy más inteligente que usted, y seguro que más inteligente que cualquier persona que conozca. Mersida también me lo dijo, y el gran Onofroff, que una vez me hipnotizó.

Pero otro día le hablaré de otra persona que también me hipnotizó, pero no fue un hombre, sino una mujer: mi querida Isabel.

35

Isabel

Isabel Llorach había decidido muy pronto que en su vida no hacía falta un marido. Esta no era una decisión cualquiera por aquel entonces, pero Isabel tampoco era una mujer cualquiera. Así se lo comunicó a su madre, y así tuvo ella que aceptarlo. Ya tenía otras tres hermanas que estaban casadas, o que muy pronto lo harían, así que Isabel pudo dedicarse a vivir la vida sola e independiente, como ella quería. Además era muy rica. Por un lado, gracias a la fabulosa fortuna dejada en herencia por su padre, y por otro, a la posesión del pozo de Rubinat, cuyas botellas de agua medicinal se vendían como rosquillas. Por todo ello, no tenía ningún problema para hacer siempre su voluntad. Porque si algo tenía Isabel, y tenía muchas cosas, era una tremenda fuerza de voluntad.

No era una mujer guapa, algunos incluso dirían que era bastante fea, pero poseía un atractivo irresistible para casi todos los hombres. Mujer de mundo, inteligente y elegante, hacía gala de una conversación fascinante, y era sin duda la mejor vestida de toda Barcelona. Isabel no pasaba jamás desapercibida. Le gustaba pasear por la ciudad en su Rolls Royce descapotable, lucía los últimos modelos de París y vivía en una de las casas más singulares de la ciudad: la torre Llorach.

Cuando Margarita se instaló en Barcelona, lo primero que preguntó fue quién vivía en el palacete que se veía a pocos metros del suyo. Con forma de chalé alpino, un alto torreón y una entrada de decoración modernista, era la casa más original que había visto en su vida. Rápidamente le pusieron al día sobre la familia Llorach. La historia del padre muerto prematuramente, la mujer que había sacado adelante con gran éxito el negocio de las aguas medicinales, y las cuatro hijas herederas, que eran el orgullo de la ciudad. La que aún vivía en la casa familiar era la pequeña, Isabel, a la que se tenía por el centro de la vida cultural de Barcelona.

Había damas de la alta sociedad que habrían matado, literalmente, por ser invitadas a una de sus fiestas. Se decía que en su casa daba conciertos y actuaciones teatrales donde los artistas más importantes, no solo de España sino de medio mundo, actuaban gratis, únicamente por complacer a su anfitriona. Carlos Gardel había cantado tangos en sus salones, Nijinsky había escenificado uno de sus ballets.

Era muy fácil seguirle la pista en los periódicos, pues su intensa vida social se recogía en las crónicas sociales asiduamente. Asistía a las representaciones de ópera en el Liceu, a la temporada de carreras de caballos en el hipódromo de El Prat, le gustaba jugar al tenis y en invierno iba a esquiar a Suiza y Francia.

Margarita estaba impresionada, pues de ser cierto todo lo que se contaba, aquella mujer era una fuera de serie. Alguien que, en el fondo, se parecía mucho a ella, pensó. De manera que le

entró una tremenda curiosidad por conocerla. Eran prácticamente vecinas, pero no había conseguido verla de cerca jamás. La veía entrar y salir de la cochera en el fastuoso Rolls, conducido por un chófer con librea, pero nunca coincidió con ella en ningún lugar de la ciudad.

Un día, tomando un chocolate con su madre y unos viejos amigos de ella, le contaron que Isabel dirigía actualmente el Conferentia Club, donde destacadas figuras internacionales solían dar conferencias. Se había convertido en poco tiempo en el centro cultural más importante de la ciudad, al que solo se podía entrar por rigurosa invitación. La próxima charla la daría Paul Valéry, el famoso escritor y poeta.

¡Valéry! Margarita estaba entusiasmada, adoraba al escritor francés. No había leído nada suyo, pero había oído decir que *La soirée avec monsieur Teste* era una novela fantástica. Y *Le cimetière marin*, del que todo el mundo hablaba.

«La mer, la mer, toujours recommencée…».

Debía conseguir a toda costa ser invitada a la conferencia, debía conocer a la señorita Llorach. Pero ¿cómo? Acababa prácticamente de llegar a la ciudad, la poca gente con la que se relacionaba eran casi todos amigos de su madre, personas de edad ya avanzada y con escasa vida social, más dados a las meriendas con chocolate y churros que a la poesía. La idea le daba vueltas y vueltas en la cabeza, sin dejar de obsesionarla.

Margarita estaba acostumbrada a tener una intensa vida social. En Madrid había sido invitada a las *soirées* más selectas, se había codeado con la flor y nata de Boston… Y ahora, en Barcelona, se aburría. ¡Quién lo hubiera dicho! ¡Una mujer de su inteligencia y posición! Necesitaba recuperar la vida que siempre había tenido, y qué mejor que entrar en el círculo de la mujer más célebre de la ciudad.

Ella era la baronesa de Alcahalí, famosa heroína del Rif que había pintado varios retratos para presidentes americanos. En realidad, era Isabel Llorach la que debería estar encantada de conocerla. Tendría que invitarla a dar conferencias en su club.

Como siempre suele suceder, la solución llegó de forma inesperada. Margarita solía recorrer las mejores casas de moda de la ciudad. Acudía con frecuencia a la de María Molist, a la de Carmen Mir, o a las de Asunción Bastida y Márbel. Compraba en los almacenes de tejidos Santa Eulalia, en El Dique Flotante y en La Innovación. Pero un día, en la casa de estética a donde solía acudir a peinarse, oyó hablar de Carolina Montagne.

Madame Montagne era una reconocida modista parisina, en cuyo taller había aprendido el oficio nada más y nada menos que Jeanne Lanvin. Agradecida por las lecciones y el cariño recibido, Lanvin había abierto con ellos una sucursal de su casa de costura en Barcelona, donde sus más exquisitas creaciones podían ser adquiridas por la alta sociedad a precios exorbitantes.

Margarita no tuvo más que sumar dos más dos. Era de dominio público que la señorita Llorach se preciaba de ser una entusiasta francófila, adoraba Francia, entre otras cosas porque para ella era la cuna de la elegancia femenina. Así que con toda probabilidad iría a la casa de Carolina Montagne a encargarse los vestidos.

La casa de costura era tal y como Margarita se la había imaginado, aun a pesar de las pintadas de la CNT abogando por la República que adornaban su fachada. Era un lugar elegante, refinado y decorado con exquisito buen gusto. Las paredes estaban enteladas en gris claro, las sillas Barcelona de Mies van der Rohe eran de cuero blanco, había un gran biombo de pergamino y un espejo de cuerpo entero que, enmarcado en madera de palmera, se apoyaba en una de las

paredes de la sala. Se veían varias revistas de *La Moda Práctica* sobre una mesa, con lujosas ilustraciones de moda coloreadas a mano con la novedosa técnica *pochoir*.

Margarita se miró en el espejo y sonrió con satisfacción. Llevaba el pelo peinado hacia atrás dejando el rostro al descubierto. Al estar recogido a ambos lados, sus rizos formaban una bella corona alrededor de la nuca. Desde luego su aspecto era mucho más femenino que el de pocos años antes. Se había puesto un traje de chaqueta marrón oscuro a la moda, marcando la cintura estrecha y los hombros anchos, con la falda dos dedos justo por debajo de la rodilla. En la mano, el abrigo de piel con solapas de seda, que se acababa de quitar.

Madame Montagne emanaba eficacia y cortesía por todos sus poros. Después de mirar con aire experto a Margarita, le pidió que se cambiase tras el biombo y se pusiese una de las batas de seda que allí había. Llamó a una de sus aprendizas, para que fuese apuntando las medidas que iba tomando de los hombros, el pecho o la cadera. Al terminar, tras ofrecerle un té y unas pastas, le enseñaron varios modelos dibujados en una carpeta, para que pudiese hacerse una idea de qué era lo que solían vender.

Margarita estaba encantada, aquellos diseños eran pura poesía. Los vestidos de tarde eran sencillos, pero de corte impecable; los de noche elegantes y realizados en ricos tejidos. Mientras seguía pasando un dibujo tras otro, esperó a quedarse a solas con la aprendiza. Tenía en mente un plan.

—¡Qué maravilla de vestido! ¡Es realmente precioso! —exclamó entusiasmada.

—Me alegro de que le guste, señora.

—He hecho bien en venir aquí, desde luego quien me aconsejó tenía toda la razón…

—Si no es indiscreción, señora, ¿puedo preguntarle quién fue dicha persona?

—Oh no, no es ninguna indiscreción, creo además que es una de sus mejores clientas. La señora Llorach.

—Sí, realmente, es una buena clienta. Escoge siempre el mejor paño para sus vestidos, y quiere ir a la última moda de París. Casi todo lo que diseña *madame* Lanvin se lo lleva.

—Es tan encantadora… como sus hijas, ¿verdad?

La aprendiza se sintió azorada. Podían decirse muchas cosas de la señora Llorach, pero no que fuese precisamente encantadora. Aun así, siguiendo los sabios consejos de su jefa —«Ante la duda, sonríe y dale la razón a la clienta»—, le dedicó a aquella señora la mejor de sus sonrisas y mintió con soltura.

—Cierto, una señora difícil de olvidar. Y sus hijas, ¿qué decir de ellas? Bellas y con buen gusto también.

—Sobre todo la señorita Isabel, tengo entendido.

—Oh, sí, ella es la que mejor gusto tiene. Sabe lo que quiere, se lo aseguro. Precisamente este próximo jueves tiene que venir a probarse.

¡Ajá! ¡Ya tenía la información que necesitaba! Margarita acabó su té, fingió haber recordado una cita ineludible a la que llegaba tarde, y salió de la casa de costura prometiendo volver esa misma semana para hacer el encargo.

El jueves se arregló con tanto esmero, que pensó que ni por un hombre se había preocupado tanto de su aspecto. Cuando llegó a la casa de modas, *madame* Montagne puso por un instante cara de contrariedad. Procuraba dar las citas a sus clientas para que estuviesen solas, y así poder atenderlas personalmente. Pero se rehízo rápidamente, una clienta era una clienta.

—Discúlpeme, por favor, sé que he venido sin cita —dijo Margarita, adivinándole el pensamiento—, pero llevo dos días soñando con uno de los modelos que vi en su carpeta, y no he podido esperar más. Ha sido un impulso, lo sé y espero que sepa perdonarme. Quisiera encargarle también un vestido de noche.

Madame Montagne la acompañó al salón, y mientras le estaba dando la carpeta con los diseños, se oyó el timbre de la casa. Excitada, Margarita se retocó el pelo, colocó los diseños a su alrededor y fingió mirarlos con gran interés. Al cabo de unos segundos, Isabel Llorach hacía su aparición.

Alta, delgada y morena, no era muy agraciada de facciones, pero toda ella emanaba fuerza y una tremenda seguridad en sí misma. Miró a Margarita al entrar, quien, tras observarla a su vez con fingido desinterés, volvió a ocuparse de los diseños. *Madame* Montagne procedió a las presentaciones.

—Señorita Isabel, quiero presentarle a doña Margarita Ruiz de Lihory, baronesa de Alcahalí. Baronesa, ella es doña Isabel Llorach i Dolsa.

Margarita se levantó despacio y se acercó con estudiada parsimonia a darle la mano.

—Señorita Isabel, estamos acabando de dar dos puntadas a su vestido para la prueba, si espera unos minutos estará listo —dijo entonces la modista mientras abandonaba la habitación.

Sentadas cada una en un sillón, bebían café mientras se observaban en silencio. Margarita tomó nota de los pendientes y la pulsera de brillantes que llevaba, de los zapatos de piel de potro y los guantes a juego. Isabel se fijó en el soberbio peinado de la baronesa, parecido al que llevaba Carole Lombard en *Bandido por excelencia*.

Al cabo de unos minutos, Margarita cogió una de las revistas y se puso a hojearla.

—*Oh, mon Dieu, comme c'est jolie* —exclamó como para sí misma, esperando que la otra picase el anzuelo.

—Vaya, veo que habla usted muy bien el francés, baronesa.

—Gracias, mi institutriz, Suzette, siempre me lo decía. Incluso en París se asombran cuando les digo que soy española.

—Pero usted no es de Barcelona —afirmó más que preguntó Isabel.

—No, no, soy de Valencia. Acabo de trasladarme aquí tras unos agotadores años fuera, recorriendo el continente americano. Pero como dice mi amigo Henry Ford: «Sea cual sea el motivo por el que uno viaje, lo importante es viajar»

Isabel la miró con renovado interés. ¿Henry Ford? Por un momento pensó que aquella mujer se lo estaba inventado. Pero Margarita continuó hablando de las fiestas a las que había asistido en Nueva York, del presidente cuyo retarto habían pintado, de su negocio de antigüedades en Boston, de cuando estuvo en la inauguración del Ritz-Carlton, de lo maravilloso que le había parecido en aquel entonces el nuevo Ford A. Todo lo que contaba la baronesa, parecía ser cierto. Nadie podría inventarse una historia así, pensó.

Isabel era muy consciente de que su vida era excepcional. A fin de cuentas, ¿cuántas personas podían decir que les había cantado «Valentine» el mismísimo Maurice Chevalier? En su casa había hablado de poesía y teatro durante horas con García Lorca, de filosofía con el doctor Marañón, de literatura con Gómez de la Serna, de arquitectura con Gropius. Pero ahora se detuvo a pensar que había más gente en el mundo con vidas, si no excepcionales, al menos tan

apasionantes como la suya. Aunque fuese al otro lado del mundo, aunque fuese un fabricante de coches.

En aquel momento entró *madame* Montagne con el vestido preparado para la prueba. Isabel se puso en pie y se despidió de Margarita deseándole una buena estancia en Barcelona. Ni una palabra más.

Decepcionada, Margarita la vio salir del salón. Isabel Llorach le había caído muy bien. Tenía la sensación de que cierto entendimiento se había establecido entre ambas, a pesar de que era la primera vez que se veían. Pero al parecer su impresión estaba equivocada. Pensó por un momento en intentar sonsacarle a la aprendiza cuándo iba a volver a probarse, pero cayó en la cuenta de que si regresaba sin una cita como aquel día había hecho, lo más seguro era que *madame* Montagne no le permitiese entrar.

Así que se quedó allí sentada, esperando a que alguien la atendiese para encargar los vestidos. Cuando habían pasado veinte minutos, Isabel Llorach volvió a entrar y mirándola con una gran sonrisa mientras se colocaba los guantes, le dijo: «Baronesa, ¿le gusta Josephine Baker?».

36

Mi hermana

Mi hermana Soledad me odiaba, y me odia, eso lo tuve claro desde muy pequeña. Aunque ella fuese la mayor, siempre me tuvo envidia porque yo era claramente la favorita de nuestro padre. Era evidente que era yo quien había heredado su inteligencia, su don de gentes, su porte y saber estar. Todo en mí hablaba de nobleza. Yo era más guapa, más lista, más graciosa. Cantaba con mejor voz, tocaba el piano, pintaba, escribía, y las visitas siempre se deshacían en elogios conmigo, lo que no extrañaba a nadie.

En cambio ella, por algún motivo, o sin ninguno vaya usted a saber, parecía que estaba a punto de tener una crisis de nervios en cualquier momento. Fue una niña reservada, inquieta, que me espiaba creyendo que yo no me daba cuenta. Pálida de piel, pero no de ese color blanquecino tan de moda a principios de siglo. Una niña enfermiza. Quizá aquello hizo que se convirtiera en la favorita de mi madre. Podía cuidarla, ocuparse de ella, prestarle su atención, y así sentirse útil.

Soledad tenía, eso hay que reconocérselo, un sentido del humor agudo y ácido, que cuando lo sacaba no resultaba gracioso precisamente, sino más bien inconveniente. Cuando quería, era capaz de humillarte de formas muy crueles. Creo que ya se lo he contado en alguna ocasión, pero es la única persona que sabe perfectamente cómo hacerme daño. Y eso podía hacerlo con cualquiera que tuviese a su alrededor. No sé cómo lo hacía, pero se las ingeniaba para detectar al momento los puntos flacos de una persona.

Ya hace años que no la veo, y no tengo ninguna gana de hacerlo si le digo la verdad. Las últimas veces que hemos coincidido ha sido siempre en los tribunales, y cuando murió mi madre ella no pudo asistir al sepelio porque estábamos en plena Guerra Civil, yo escondida en Barcelona y ella en Valencia. No tengo absolutamente nada que hablar con ella. No echo en falta a una hermana en mi vida, tengo a mis hijos, a mi marido, a mis perros.

¿El origen de todo? No sabría decirle. Creo que nunca nos llevamos bien, desde el principio. Llámelo falta de afinidad mutua si quiere. Nuestros caracteres eran muy diferentes, nuestras formas de ver la vida, la ambición con que nos enfrentábamos al mundo. Yo quería ponerlo a mis pies, y ella solo sobrevivir, lo que a mí siempre me pareció muy pobre, indigno de alguien perteneciente a nuestra familia.

Durante la infancia nos soportábamos, ¡qué remedio! Pero la adolescencia lo empeoró todo. Pensándolo puede que sí hubiera algo que rompiese definitivamente nuestra relación. Aquel pobre chucho.

Adoro a los perros, como ya sabe. He tenido decenas, es más, tengo en mi casa en este momento ocho de ellos. A los que más he querido a lo largo de mi vida, los he disecado a su muerte para tenerlos eternamente junto a mí. Son leales, son cariñosos, y son mi familia. Pero una vez en mi vida, solo una, tuve que hacer un sacrificio.

Me costó mucho, no se crea, pero no me quedó más remedio. Y todo fue por culpa de Soledad.

Llevaba tiempo pidiendo a mis padres que me comprasen un perro, uno grande y majestuoso con el pelo largo de color negro, que alguna vez había visto paseando de la correa a otra niña en mi calle. Aquel perro me traía loca, era tan bonito… Una y otra vez le suplicaba a mi padre que me comprase uno igual, que yo lo cuidaría, que sería responsable, que no molestaría por casa. Yo lo sacaría a pasear, me encargaría siempre de él.

Finalmente, cuando cumplí catorce años me regalaron uno. ¡Pero era pequeño, con la cola torcida y el morro aplastado! No se parecía en nada a lo que yo había pedido. Estuve tentada de decir que no lo quería, que se lo llevasen, incluso estuve a punto de echarme a llorar. Pero no dije nada, disimulé y me lo quedé, como si aquel chucho fuese exactamente lo que había deseado. Aunque en el fondo estaba tan enfadada, que ni le puse nombre.

A lo mejor habría acabado queriéndolo, me ha pasado otras veces, y no solo con los perros… pero el problema fue que aquel estúpido perro me traicionó, y con la peor persona posible. Entre las clases de francés, las de piano, las visitas a la beneficencia y demás vida social, no estaba mucho en casa, lo reconozco. De manera que no cumplí mis promesas de cuidarlo y hacerme cargo de él. Lo que se tradujo en que el perro y Soledad se hicieron inseparables, ¡y lo peor de todo es que a mis padres les pareció perfecto!

Tenía que aguantar un día tras otro ver cómo jugaban rodando por la alfombra, cómo le daba de comer y el otro le lamía la mano agradecido, cómo se sentaba junto a ella en el sillón, o cómo subía a su regazo y se quedaba dormido plácidamente. Y bastaba que yo lo cogiese, para que huyese de mí a refugiarse en Soledad. No podía soportarlo, aquel perro era mío por muy feo que fuese. Había sido mi regalo, aunque mis padres comentasen orgullosos lo bien que se llevaban ambos, lo mucho que había cambiado Soledad, lo feliz y contenta que se la veía ahora, correteando por la casa con el chucho detrás.

Quizá podría no haber hecho nada, quizá podría haber dejado que mi hermana disfrutase de algo por una vez en su vida. Pero ella no hacía más que martirizarme. Me decía con mirada perversa: ¿has visto cuánto me quiere? ¿Has visto cómo levanta la patita para saludarme cuando me ve? ¿Por qué no lo hará contigo? ¿Tú que crees?

No me siento orgullosa de lo que hice, lo confieso, pero Soledad debía entender que lo que me pertenece no se toca. Debía entender que estaba harta de sus frasecitas odiosas. Debía entender de una vez por todas que yo no era una persona con la que meterse y salir impune.

Así que me fui a la cocina y busqué en la despensa donde las criadas guardaban el matarratas. Cuando podía, y sin que nadie me viese, le iba poniendo un poco en la comida. El perro se fue apagando poco a poco, estaba cada vez más triste, apenas movía la cola, hasta que finalmente murió.

Recuerdo cómo lloraba Soledad, no podía parar de llorar. Mi padre dijo que a lo mejor había sido un colapso, o un ataque al corazón ya que el perro estaba bastante gordo. Pero mi hermana me miró con rabia infinita en los ojos y empezó a gritar que había sido yo. Gritaba como si estuviese poseída por un demonio, me insultaba, e incluso intentó pegarme. Si no se hubiese interpuesto mi padre, no sé adónde habríamos podido llegar…

Mis padres intentaron calmarla. Le decían que cómo podía acusarme de semejante barbaridad, que yo adoraba a ese perro, que en realidad era mío, que lo había pedido una y otra

vez. «Mira cómo llora tu pobre hermana, ¿cómo puedes decir que ella lo ha matado?».

Es cierto que yo lloraba, pero no era de pena. Aunque debo reconocer que lo sentí por el perro, ¿qué culpa tenía él? Pero ver a mi hermana Soledad totalmente destrozada, me pareció el mejor espectáculo que había visto en toda mi vida. ¡Qué castigo más ejemplar! Ese día aprendí que no importa por qué medios se consiga, el respeto es algo que uno debe obtener a cualquier precio. Pero no, no logré que me respetara. ¿Que me tuviera miedo? Tal vez.

Mi hermana aprendió a mantenerse alejada de mí, pero me di cuenta con los años de que al final nunca me respetó ni me tuvo miedo. Ni siquiera cuando sostenía en sus brazos al chucho muerto me tenía miedo. A lo mejor sí había algo dentro de ella que no supe ver entonces, a lo mejor sí que poseía el orgullo de los Ruiz de Lihoy. Pero ¿qué más da?

Aquel perro fue el precio que Soledad tuvo que pagar, un precio pequeño si se mira bien. Si buscaba usted un origen para nuestra común antipatía, puede que fuese aquel, aunque yo creo que nuestra animadversión era anterior, pues como ya le he dicho nunca nos caímos bien ni nos quisimos. Éramos muy diferentes.

37

Aquella mujer estaba desnuda

Margarita no podía apartar los ojos de aquella piel oscura, que brillaba bajo las tenues luces de la sala. Aquella mujer estaba desnuda salvo por un larguísimo collar de brillantes que enmarcaba sus pechos, su ombligo y sus caderas. Llevaba una falda diminuta que alcanzaba a tapar bien poco, y mucho menos cuando bailaba. Su pelo era muy corto, engominado hacia atrás. Tenía las cejas tatuadas, las uñas largas y la sonrisa atractiva. Josephine Baker se movía como una serpiente, hipnotizando al público allí reunido. Cantaba y bailaba y parecía que solo existía ella en la habitación.

Aquella era la primera vez que Margarita visitaba la casa de Isabel. Una magnífica mansión, de un refinamiento sin igual. Mientras paseaba por los salones, en cada rincón veía un mueble, un cuadro o una lámpara de exquisito buen gusto y elevado precio que le hacían suspirar.

Cuando vio salir a la Baker tras una cortina de damasco, contuvo el aliento. Miró a su alrededor para comprobar la reacción de los demás invitados, esperando ver muestras de pudor, de escándalo ante aquella obscena y lujuriosa desnudez. Pero lo único que vio fue a un público entregado, que con fervorosa pasión seguía todos y cada uno de los pasos de aquella sensual pantera negra.

La diosa de ébano cantó tres canciones, y al terminar se acercó a Isabel y le dio un cariñoso abrazo y un fugaz beso en los labios. Después salió de allí mientras el estruendo de los vítores y los aplausos aún resonaba, y se contaban los minutos que quedaban para celebrar el año nuevo. Una veintena de personas habían tenido la fortuna de poder asistir a semejante espectáculo, y Margarita era una de ellas. La habían admitido en su estrecho y selecto círculo, y no pensaba desaprovechar la oportunidad.

Tras aquella fiesta de nochevieja, Isabel y Margarita se hicieron inseparables. Tomaban los famosos cócteles que tan de moda se habían puesto y que removían con largas plumas de gallo; jugaban al bridge, o asistían a los últimos estrenos de cine, como *Cimarrón*, *Drácula* o *Frankenstein*. «¡Qué vida más maravillosa, ojalá dure eternamente!», se decía Margarita, mientras se codeaba con lo más granado de Barcelona colgada del brazo de su amiga.

Junto a ella asistió al primer desfile con maniquíes, en la casa de costura de Pedro Rodríguez. Su colección las entusiasmó tanto, que volvieron de compras en numerosas ocasiones, hasta el punto de que el modisto llegó a diseñar un par de modelos exclusivos para ellas. «Un movimiento de tela, bien trabajado, puede proporcionar suficiente elegancia y revalorizar mucho una silueta. A veces no hace falta más», les decía el diseñador. Pero para Isabel, una mujer elegante solo podía llevar moda francesa, por eso siguió haciéndose los vestidos en casa de *madame* Montagne.

Barcelona bullía frenética de actividad aquel año de 1931. Isabel, que contaba con grandes amigos entre los políticos más importantes de la ciudad, comenzó a preocuparse cuando varios de ellos le avisaron de que se avecinaba una gran tormenta política, de la que probablemente saldrían todos mal parados. Finalmente, cuando el 14 de abril se proclamó la República, y el rey Alfonso XIII tuvo que exiliarse, comprendió que acababa de estallar una bomba de consecuencias imprevisibles.

El presidente de Esquerra Republicana, Francesc Macià, aprovechó el momento de confusión para, acto seguido, proclamar el Estado catalán. Al final no ocurrió tal cosa, pero se saldó con el compromiso del Gobierno de presentar en Cortes el estatuto de autonomía que decidiera Cataluña.

Asustada por el curso de los acontecimientos, Isabel se reunió con su madre, sus hermanas y el viejo abogado de la familia, y decidieron que había llegado el momento de irse de Barcelona. Margarita no acababa de entenderlo. La República y la huida del rey no presagiaban nada bueno, pero, en el fondo, ¿qué podía pasar? El mundo no se iba a poner patas arriba por un cambio electoral.

Y eso fue justamente lo que ocurrió.

Isabel Llorach y su familia se instalaron en un palacete en París, donde vivieron hasta que acabó la Guerra Civil española y pudieron volver con garantías a Barcelona. Mi amiga me lo dijo muchas veces, que me fuese allí con ellos, que me llevase a mi madre y a mis hijos, que no volviese a España, pues se avecinaban tiempos convulsos.

Pero ¿cómo imaginar que tras aquella República vendría una guerra? Sí, es cierto que había disturbios, un gran descontento general y que los políticos siempre estaban a la gresca. Pero llevábamos así ya muchos años y nos habíamos acostumbrado, ¿por qué aquella vez iba a ser diferente?

¡Pues vaya si lo fue!

Durante el tiempo que trascurrió entre los años 1931 y 1935, estuve yendo y viniendo entre Barcelona y París. Si no hubiese tenido a mi madre y a mis hijos a mi cargo, si no hubiese tenido un trabajo escribiendo artículos y crónicas de viajes para la revista *Feminal*, y si no hubiese conocido a Miguel Maura, me habría ido a vivir con Isabel, sin dudarlo. ¡Cuánto la eché de menos durante la guerra!

Gracias a mi trabajo en el Consejo Superior de Protección a la Infancia, conocí al señor Maura, hijo del famoso presidente. Había creado una agrupación de mujeres dentro de su partido, el Republicano Conservador, y necesitaba que alguien le redactase el programa. ¿Sabe usted lo que significó la República para las mujeres?

¡De la noche a la mañana las mujeres podíamos votar! Y no solo eso. Se equipararon los hijos legítimos y los ilegítimos, se estableció el derecho universal a la educación, pero, sobre todo, se aprobó la ley del divorcio. En cuanto lo hicieron, debí de ser de las primeras mujeres en este país en solicitar el divorcio de su marido. Me habría encantado ver la cara de Ricardo cuando recibió los papeles de mi abogado. Pero poco me duró la alegría, es verdad. Cuando mi querido Paco llegó al poder, lo anuló todo. Una pena, porque reencontrarme casada con mi exmarido cuando ya estaba casada de nuevo, supuso un enorme problema.

Es curioso, porque en el programa feminista que tuve que redactar para Maura, el divorcio ni se contemplaba. Pero tendría que haberle conocido, era una persona excepcional. Pocos hombres tan buenos y cariñosos he tenido la fortuna de encontrarme. Fue él quien me animó a estudiar derecho. Quien me dijo, tras escuchar parte de mi vida, que si hacer una carrera era una cosa que rondaba mi mente desde hacía años, ¿qué me impedía llevarlo a cabo? Así que, como creo que ya le he contado, me licencié en 1933 con las mejores notas de mi promoción.

Mientras en España se sucedían los Gobiernos y pasábamos de Aznar a Alcalá-Zamora, y de Azaña a Lerroux, mis visitas a los Llorach en París me hacían olvidar en parte todo lo que estaba sucediendo. Era como vivir en dos mundos paralelos. Por un lado, en España no había día en el que no se oyese hablar de política. Parecía que solo existían las reformas que se estaban llevando a cabo y que, por lo demás, enfrentaban a todo el mundo.

La reforma laboral no convencía a los empresarios, la educativa agudizó el enfrentamiento con la Iglesia, los militares no querían jurar fidelidad al nuevo régimen republicano, y la famosa reforma agraria solo provocó una enorme decepción entre el campesinado. En definitiva, el descontento era general.

En España el paro crecía y la crisis económica nos asediaba cada vez más. Nos vestíamos con austeridad, no hacíamos ostentación ni de joyas ni de pieles. Era como si viviésemos en la clandestinidad, pero aún no sabíamos lo que era eso de verdad. Pronto lo sabríamos…

Así que, en cuanto ponía los pies en París, lo olvidaba todo y volvía a sentirme como pez en el agua. Isabel y su familia siempre me pedían que les contara las últimas noticias, y así lo hacía yo el primer día con bastante desgana. Después les rogaba que no volviesen a preguntarme, pues, durante las pocas semanas que iba a estar con ellas, quería olvidarme de todo.

Amo esa ciudad. Amo sus puentes y sus iglesias, el olor de los cruasanes y las *baguettes* recién horneadas, visitar el Louvre y Los Inválidos, pasear por las orillas del Sena. París insuflaba calor en mi ánimo, me devolvía cierta esperanza en el futuro. Me compré un pequeño carlino con el que paseaba feliz por la ciudad. Isabel y sus hermanas eligieron papagayos y lagartos. Los animales exóticos se habían puesto muy de moda.

En verano íbamos a la playa a Niza, asistíamos al Grand Prix de Montecarlo, nos escapábamos a tomar las aguas a Karlovy Vary. Toda la discreción de la que debía hacer gala en Barcelona, desaparecía apenas pisaba suelo francés. Teníamos una colección de sombreros Mad Cup que nos intercambiábamos divertidas. Llevábamos trajes de dos piezas en *tweed*, mucha bisutería, y unas enormes hombreras. Usábamos perfumes de Schiaparelli y comprábamos nuevos tejidos de nombres modernos, como el «asfalto» o el «estratosfera».

Por las noches llevábamos capitas de plumas iridiscentes de tul, zapatos muy altos y escotados. Triunfaban los colores vivos, lo vaporoso, lo transparente. Se buscaba un aspecto adolescente, con talle corto y piernas largas. Pero lo que más me gustaba, lo que me enloquecía de verdad, eran los nuevos vestidos de noche de lamé, en oro o plata. Me sentía como una de las divas de Hollywood que veía en las pantallas.

Cuando volvía a España, era como si una nube negra se posase sobre mi cabeza y no me abandonase nunca. Pero no todo fueron penas, debo confesarlo. Si algo bueno tuvo ese año 1935, fue que conocí al maestro, a Balenciaga.

Gracias a la próspera industria textil catalana, Barcelona se había convertido por derecho propio en una gran productora de alta costura. Tras la Exposición del Arte del Vestir y Salón de

Creaciones, Cristóbal Balenciaga abrió su primera casa de modas en la ciudad. Quizá lo que le diga pueda parecerle exagerado, pero créame que no lo es. Aquel hombre hacía magia con la aguja.

He frecuentado las mejores casas de moda del mundo, he comprado decenas de vestidos de alta costura, he visto coser a manos virtuosas, pero Balenciaga era un genio, un maestro de maestros. Su forma de colocar los tejidos sobre el cuerpo, sus diseños, sus cortes… era una auténtica locura. Atraída por mis comentarios, Isabel volvió a Barcelona unas semanas para conocerlo, y por desgracia aquella sería la última vez que nos veríamos. Aunque yo entonces no lo sabía.

Tengo grabada en mi memoria un día de principios de julio de 1936 en el que al salir de casa vi cómo comenzaban a derruir el palacete de los Llorach. Mientras observaba con infinita tristeza y asombro cómo caía la gran torre deshecha en enormes pedazos, cómo demolían los arcos y las columnas, cómo se desintegraba el tejado y la calle se llenaba de cascotes, comprendí que mi mundo también se estaba derrumbando. Que la vida que había disfrutado hasta entonces tocaba a su fin.

Pocos días después tenía lugar la sublevación militar en Marruecos, y con ella, la guerra.

38

Entre los muertos

El señor William John Warner, más conocido como Cheiro, tenía cara de enterrador, o al menos eso fue lo que le pareció a Margarita. De oscuro y ondulado pelo negro, barbilla prominente y cejas espesas, había algo en él que recordaba instintivamente a una pala y tierra removida. A lo mejor por la entallada levita negra, por sus enormes manos, por su mirada fija. O tal vez porque esa era la impresión que desprendías cuando tu oficio consistía en hablar con los muertos.

Isabel y ella iban a presenciar por primera vez en su vida una velada espiritista en casa de los marqueses de Sant Morí. Aquellas veladas se habían puesto muy de moda entre las clases acomodadas. Invitada Isabel por la marquesa, al principio había pensado en excusarse, pues nunca le habían interesado mucho aquellos temas, y le parecía que tenían algo de sacrílego. Pero Margarita la convenció. Le habló de Mersida, de lo acertado de sus predicciones, de sus sabias palabras. Le dijo que no debía tener miedo a lo desconocido, miedo a saber más. Le repitió las palabras de la vidente que todavía recordaba nítidamente, aun a pesar del tiempo transcurrido.

—Pero tú eres católica, como yo. Me has hablado muchas veces de esa Virgen valenciana a la que tanto veneras. ¿No te parece que esto es algo raro? Me da la impresión de que si el cura de mi familia supiese que voy a participar en una sesión espiritista, me corría a gorrazos por media iglesia. ¿Y por qué crees que me hará bien ir?

—Mi querida Isabel, mi padre el barón me enseñó que en esta vida existen cosas incomprensibles. Cosas a las que por mucha explicación racional que les busquemos, no lo conseguimos del todo. ¿Acaso los santos no hacen milagros? ¿Acaso no hay gente capaz de sanar con sus manos? En Marruecos aprendí que, por mucho que mi sensatez y mi catolicismo quieran negarlo, hay gente que posee un don: el de la videncia. Son personas que pueden ver lo que los demás mortales no somos capaces de ver. La mayoría son charlatanes, por supuesto, que solo quieren sacar unas pesetas. Pero de repente aparece alguien con auténtico poder, como me pasó a mí con Mersida, y antes de que te des cuenta, te has convertido en otra persona.

—Está bien… —dijo Isabel no muy convencida—. Iré a la sesión… Pero con una condición, ¡tú vendrás conmigo!

Ya era de noche cuando llegaron al palacete de los Sant Morí, en pleno centro de Barcelona. Tras cogerles los abrigos y los guantes, les informaron de que iban a ser ocho personas en la sesión, y que el famoso médium Cheiro había venido desde Inglaterra expresamente para llevarla a cabo. Era un viejo conocido del marqués, y el súbito fallecimiento de uno de sus hijos hacía pocos meses era la causa de aquella reunión.

La sala donde reunieron a los asistentes era curiosamente espartana. No tenía cuadros, ni espejos, ni muchos muebles. Tan solo una zona de sofás con una mesa central, y una mesa

redonda donde había dispuestas ocho sillas alrededor, un mantel y cuatro velas apagadas. El ambiente era silencioso y cálido, gracias al fuego que ardía en la chimenea. Era ya cerca de la medianoche y la expectación enorme.

Cuando el reloj terminó de dar la última campanada, apareció teatralmente Cheiro con aire sombrío y ademanes corteses. Una estudiada puesta en escena.

—Buenas tardes, damas y caballeros —dijo el médium con voz grave—. Imagino que si están hoy aquí, es porque todos y cada uno de ustedes creen que es posible poder comunicarse con nuestros muertos. Si alguno de ustedes no cree, le ruego por favor que abandone la habitación.

Sentadas en uno de los sofás, Isabel miró a Margarita mientras comenzaba a hacer ademán de levantarse, pero esta la sujetó con fuerza del brazo mientras negaba con la cabeza.

—Bien —continuó el médium al ver que seguían sentados—, me alegro de que todos ustedes crean y quieran comunicarse con algún ser querido. Vamos a compartir juntos una experiencia poderosa, durante la cual nuestra energía colectiva atraerá a esos queridos difuntos a los que tanto echamos de menos para que se comuniquen con nosotros. Les ruego que tengan pensado con qué difunto quieren entrar en contacto, y un par de preguntas concretas que le quieran realizar, para así facilitar el transcurso de la sesión. Por favor, si son tan amables, solo preguntas cuya respuesta requiera un sí o un no. Ahora, por favor, siéntense todos a la mesa.

Las ocho personas allí reunidas se sentaron cada una en una silla y aguardaron expectantes el comienzo de la sesión. El médium encendió las velas de la mesa y apagó la luz eléctrica. Después se sentó, poniendo cuidado de no hacerlo sobre los picos de su levita y, tras observarlos uno por uno, comenzó a dar las instrucciones.

—Cójanse de las manos, eso es, sin guantes, por favor. Durante todo el tiempo que dure la sesión es fundamental que ninguno se suelte. Nuestras manos forman un círculo de fuerza, pero también de protección. Nunca se sabe qué espíritu puede acudir a la llamada… Así que hasta que yo no se lo diga, no se suelten.

Se agarraron todos con fuerza de las manos mientras se oía de fondo alguna sonrisilla nerviosa apenas contenida.

—Ahora cierren los ojos, escuchen una pequeña oración que voy a recitar, y después pueden abrirlos y empezaremos la sesión pidiéndole a algún espíritu que se una a nosotros.

Entonces el médium comenzó a recitar una extraña letanía.

—'N annhymerus' galwi chi, fodynbresennol, dangoseichwyneba'chhanfodyneffroymwybodol. Yrwyfyneichgorchymyniatebyma, Ysbryd y corffynfywimewni Oblivion o farwolaeth, fyllaisbloeddio a gorchymynidorri'rgorchudd, eich bod ynarddangosanghorfforolgerfymrongryf. Enaidaflonydd, yrwyfyngalw. Byddwchyno.

Cuando hubo terminado, Cheiro empezó convocando al hijo del marqués.

—Pere, nos hemos reunido aquí esta noche, porque esperamos poder comunicarnos contigo y recibir alguna señal de tu presencia. Te damos la bienvenida a nuestro círculo. ¿Estás con nosotros?

En la sala no se oía el vuelo de una mosca. Los asistentes contenían la respiración y se miraban, unos divertidos, sobre todo los hombres, y otros con nerviosismo, apretándose las manos. Transcurridos unos minutos, el médium comenzó de nuevo.

—Pere, ¿estás con nosotros?

Isabel miraba de soslayo a Margarita, aguantando con dificultad las ganas de reír. Todo aquello le parecía una broma de mal gusto, y lo peor de todo, sin gracia alguna.

—Pere, tu padre quiere hablar contigo… ¿estás aquí con nosotros? Haz una señal.

Y en ese momento se escuchó un fuerte golpe en la puerta, que hizo que todos diesen un respingo en sus sillas.

—Bienvenido, Pere. Tu padre quiere saber si estás bien. Háblanos.

Entonces el médium echó la cabeza para atrás de una forma totalmente antinatural, y la mesa sobre la que todos apoyaban sus manos, comenzó a moverse despacio y a levitar unos centímetros. Isabel y Margarita se miraban asustadas, mientras sentían que un frío viento les subía por las piernas.

—Papá… —decía Cheiro con una voz extraña, como si no le perteneciese—, papá…

—Pere, ¿eres tú?… ¡hijo mío! —dijo el marqués, y tanto él como la marquesa comenzaron a llorar.

—Sí…

—¿Estás bien, Pere?

—Sí…

—Tu madre y yo te echamos tanto de menos…

—¡Hijo mío!, ¡hijo mío!, ojalá pudieses volver —sollozaba la marquesa—. ¡Maldita la enfermedad que te mató…! ¿Sabes al menos cuánto te queremos?

—Mamá… sí… mi hermano…

—¿Tu hermano? ¿Qué ocurre con tu hermano?

—Protégelo…

—¿Está en peligro?

—Sí… agua…

—Hijo mío, ¿qué agua? ¿La bañera, el mar? No entiendo lo que quieres decir.

—Agua… agua… agua…

Tras la última palabra, el médium levantó la cabeza y abrió los ojos de forma desmesurada. La mesa cayó de nuevo al suelo con un golpe seco.

—¿Qué ha pasado? —exclamó—. ¿Pere ha respondido a la invocación?

—¡Lo ha hecho! ¡Señor, mi hijo pequeño está en peligro! ¡Lo ha dicho Pere claramente! Algo que ver con el agua… Discúlpeme, pero necesito abandonar esta sesión de inmediato para ir a ver cómo está mi hijo.

—Pero, señora marquesa, el círculo no se debe romper hasta que no acabemos la sesión, y si lo rompemos ahora, no podremos volver a hacer otra sesión hasta mañana. Usted sabe que se debe realizar en los minutos más cercanos a la medianoche.

—Por Dios… está bien, haga un contacto más y finalicemos. Yo ya no puedo más…

—¿Quién de ustedes quiere contactar ahora? —preguntó el médium.

Nadie abrió la boca.

—No tengan miedo, es su oportunidad para hablar con sus seres más queridos.

Tras unos minutos en silencio, Margarita dijo que ella quería hablar con su padre, don José María Ruiz de Lihory, el barón. Isabel la miró aterrada en cuanto lo dijo.

—José María, tu hija quiere hablar contigo… ¿estás aquí con nosotros? Haz una señal —volvió a decir Cheiro.

Y de nuevo se escuchó un fuerte golpe en la puerta.

—Bienvenido, José María. Tu hija quiere saber si estás bien. Habla con nosotros.

El médium volvió a echar la cabeza hacia atrás y las velas temblaron un poco sobre sus soportes. A lo lejos comenzó a escucharse una suave música de violín.

En aquel momento Margarita profirió un grito agudo.

—¡Algo me ha tocado la espalda! ¡He sentido una mano acariciando mi espalda!

—Hija mía… —susurró el médium.

—¡Papá! ¡Papá, estoy aquí!

—¡Dios mío creo que algo me ha tocado a mí también! —gritó la marquesa.

—Papá, ¿estás bien? —dijo Margarita.

—Sí…

—¿Sabes que te echo de menos?

—Sí…

En ese momento comenzó a oírse el tintineo de unas campanillas.

—¿Sabes quién soy?

—Baronesa…

Las campanillas tintineaban cada vez más cerca, mientras las velas parpadeaban a pesar de que no había corriente de aire alguna.

Se escuchó cómo una puerta se cerraba de un gran portazo, y el médium levantó la cabeza.

—¿El barón ha venido? Lo siento mucho, pero noto como si la energía de esta habitación nos hubiese abandonado… Creo que deberíamos dar por finalizada la sesión, si les parece bien…

—¡Terminemos de una vez! —respondió tajante la marquesa de Sant Morí.

—Agradecemos a los espíritus el haberse unido a nuestro círculo. Espero que todos ustedes hayan aprendido algo bueno en esta sesión —dijo, apagando las velas—. Por último, repitan conmigo: «La sesión ha terminado, ahora ve en paz». Repítanlo tres veces y, después, podrán soltarse las manos.

De vuelta a casa en el Rolls, Isabel miraba a su amiga, que no había vuelto a abrir la boca desde el final de la sesión. A ella le había parecido un burdo truco de magia, una tontería para crédulos. Es verdad que en un par de ocasiones se había asustado, pero pensándolo ahora fríamente, le dio la sensación de que todo había sido un cúmulo de engañifas de feria. Los ruidos, la música, la mesa… no acababa de creérselo. Miraba a su amiga curiosa por saber en qué estaría pensando, pero la dejó estar, ya tendrían tiempo de hablar de lo sucedido al día siguiente.

Margarita contemplaba por la ventanilla la noche que cubría las calles. De su mente habían desaparecido los marqueses, el palacete y su amiga Isabel sentada a su lado. Solo podía pensar una y otra vez en que su padre la había llamado baronesa…

39

Al borde del precipicio

Tras la victoria del Frente Popular en las elecciones de 1936, todo estalló por los aires. Asesinaron a Calvo Sotelo y la conspiración militar contra el Gobierno fue tomando forma, hasta que culminó con la insurrección de julio en Melilla. Paco, que estaba en Canarias, se trasladó de nuevo a Marruecos para ponerse al frente del ejército de África.

Fíjese que, aun entonces, nunca imaginé que acabaríamos inmersos en una larga, cruenta y odiosa guerra. Que habría un cambio de Gobierno sí lo pensé, que los militares se harían probablemente con el poder, también, que la República continuaría pero por otros derroteros políticos, eso casi lo daba por hecho. Pero ¿la guerra? Aun a día de hoy no entiendo cómo no se pudo evitar aquella catástrofe… ¿Tan faltos estábamos de hombres sensatos?

Las noticias se iban acumulando una sobre otra, sin dar casi tiempo a leerlas y asimilarlas. Era como asistir a un espectáculo circense, donde los titiriteros no podían dejar de lanzar al aire las pelotas y los bolos, que recogían y volvían a lanzar en rápida sucesión para que estuviesen siempre girando. El levantamiento en Melilla prendió rápido como la pólvora en el resto de España, aunque no en todas partes fue igual. Eso fue precisamente lo que provocó que el país se dividiese en dos zonas: la afín y la contraria a la insurrección militar, o como las llamábamos todos entonces, la zona nacional y la roja. Pero todo esto usted ya lo sabe de sobra.

Provocó además que yo me quedase, por desgracia, atrapada entre los dos bandos, cosa que sucedió entonces a la mayoría de los españoles. No pude salir de Barcelona, no pude huir ni a Valencia, ni a Madrid, y ni mucho menos a París. Me quedé en aquella ciudad con mis hijos y mi madre, ya anciana y muy enferma. De hecho, murió sin haber disfrutado nunca más de un día de paz.

Recuerdo aquel 18 de julio de 1936 como si fuese ayer. Había ido con mis hijos al estadio de Montjuïc, ya que nos habían invitado a ver el ensayo general de la ceremonia de apertura de las Olimpiadas. ¿Por qué pone usted esa cara? Ya sé que las Olimpiadas de ese año se celebraron en Berlín, pero lo que a lo mejor usted no sabe, o no recuerda, es que se organizaron unos juegos paralelos en Barcelona.

La culpa la tuvo un desencuentro temporal.

El COI debía decidir en 1931 dónde se iban a celebrar los siguientes Juegos Olímpicos. El comité estaba indeciso entre ambas ciudades, Barcelona y Berlín, pero la balanza estaba muy inclinada a nuestro favor. No en vano habían quedado realmente impresionados por el éxito de la Exposición Internacional del veintinueve. Pero la proclamación de la República enturbió el ánimo de los organizadores, que acabaron otorgando los juegos a los alemanes. Por aquel entonces, Hitler aún no se había hecho con el poder, así que la tranquila Alemania de Hindenburg les pareció la mejor elección.

El desencuentro temporal siguió su curso. Cuando Hitler fue nombrado canciller del país, llegó el Tercer Reich y comenzaron a promulgarse todas aquellas terribles leyes contra cualquier persona que no profesara la ideología nazi. Asustados, los miembros del Comité Olímpico Internacional vieron peligrar sus olimpiadas. Muchos países no tenían muy claro si querían participar en unos juegos que para lo que iban a servir en realidad era para ser la mayor fuente de propaganda de una Alemania de nuevo poderosa, pero fascista. Aunque, al final, todos participaron. Y fue entonces cuando surgió la Olimpiada Popular de Barcelona, que debía ser el contrapunto deportivo, obrero y socialista a la de Berlín.

Sí, sí, surgieron protestas a nivel internacional. Al fin y al cabo, los juegos de Berlín iban en contra del auténtico espíritu olímpico, ya sabe, *citius, altius, fortius*, y todo eso… Por eso fue brillante el que se organizasen unas Olimpiadas paralelas. Unos juegos en los que se quería reivindicar todo lo que no se vería en Alemania: solidaridad entre los pueblos, sana competición y, sobre todo, paz.

El comité organizador de la Olimpiada Popular realizó un trabajo excelente, y consiguieron la asistencia de más de veinte delegaciones. Cientos de atletas vinieron a Barcelona a competir, así como también miles de visitantes. La ciudad estaba totalmente desbordada.

Aquel día, el ensayo en Montjuïc fue extraordinario. Tendría que haber visto usted qué magnífico espectáculo era aquel, con los atletas portando las banderas de sus países, la orquesta tocando «La Internacional»… Se respiraba entusiasmo por doquier. La ceremonia de inauguración del día siguiente, prometía ser el preludio de una gran semana deportiva. Pero entonces, justo cuando el coro iba a entonar el himno compuesto para la ocasión, una voz masculina anunció por megafonía, con voz grave y afectada, que los juegos se suspendían debido al reciente alzamiento militar. El país había vivido muchos años al borde de un precipicio, y ahora por fin se había despeñado.

La guerra había comenzado.

Cuando la voz de los altavoces se apagó, se hizo un silencio de muerte en el estadio. Después, cundió el pánico. Agarré a mis hijos y regresé corriendo a casa, pero para cuando había hecho las maletas, cogido lo indispensable y salido de allí con el coche en dirección a Valencia, ya era tarde. Me encontré así en una ciudad, ¡qué digo una ciudad!, un país sumido en el caos.

Se cerró la frontera con Francia, se bloquearon las salidas de Barcelona y los atletas que habían venido a participar pudieron salir por los pelos. Pero otros muchos decidieron quedarse y luchar en las milicias populares.

Creo que el miedo, ese demonio viscoso, astuto y cruel, no sembró su semilla en nosotros hasta aquella madrugada. Mientras las primeras tropas militares sublevadas salían de los cuarteles de Pedralbes, comenzaron a sonar al unísono las sirenas de todas las fábricas de la ciudad, de todos los barcos del puerto, anunciando a la población que los golpistas se avecinaban. Pero finalmente no consiguieron su propósito y el Gobierno legítimo se impuso. Aquella noche mis cuatro hijos durmieron en mi cama a pesar de lo mayores que eran. Me abrazaban temblando, mientras sin parar de llorar me preguntaban qué iba a pasar.

¿Qué iba a pasar? ¿Alguien lo sabía entonces en realidad?

El sonido de las sirenas barría las calles y llenaba mi corazón de angustia, pero sobre todo de la certeza de que aquello era el preludio de algo mucho peor. Aun así conseguí sonreírles y les aseguré que no debían preocuparse, que mientras permaneciésemos juntos nada malo ocurriría,

que yo tenía los amigos necesarios y el dinero suficiente para sobrevivir en Barcelona el tiempo que hiciese falta, pasara lo que pasase.

Era mentira, claro. Yo estaba tan aterrada ante el futuro como ellos. Más que ellos.

Imagino que mis vivencias durante la guerra ya las habrá leído usted en el dosier de mi expediente que le habrá enviado el Ministerio de Gobernación. No me lo niegue, por favor, de sobra sé que mi caso ha despertado demasiada atención. Estoy segura de que gran parte de lo que le he contado usted ya lo sabía. O al menos tenía constancia de mucho de ello.

Nunca se lo he dicho, pero el estar aquí encerrada me ha recordado muchas veces a cuando vivíamos escondidos durante la guerra, peregrinando de pensión en pensión para que no nos encontrasen. Aquellos cuchitriles donde me hacinaba con mi madre y mis hijos, cada vez con menos dinero, menos comida y más hambre de todo, se parecían enormemente a esta celda tan espartana y sobria. De nuevo no niegue con la cabeza, aunque para usted esto no sea una celda, pues no estoy en una cárcel, para mí lo es. ¿Acaso no hay barrotes en la ventana? ¿Acaso la puerta no se cierra con llave y me impide salir libremente a la calle?

La guerra nos golpeó en las conciencias como un duro puño de acero. Nos llenó de dolor, enterró nuestra esperanza y dibujó un futuro incierto y descorazonador. En realidad, nos robó el futuro.

A los pocos días del alzamiento, comenzaron las primeras represalias en Barcelona. La euforia revolucionaria dio paso al asesinato de eclesiásticos, personas vinculadas a partidos de derechas o, simplemente, a ricos de la zona alta de la ciudad. Asistíamos aterrorizados a la quema de iglesias, a la destrucción de obras de arte, a la violencia de unos grupos de incontrolados que actuaban como auténticos escuadrones de la muerte. Asesinaban a diestro y siniestro bajo una pervertida forma de revanchismo, en vez de actuar contra los verdaderos enemigos del Estado: los militares golpistas.

Aquí entre nosotros, usted y yo sabemos que las tropas de Paco no tenían nada que envidiarles, pero yo viví la guerra en Barcelona y le cuento lo que vi.

Aquella época de terror también afectó a mi familia. Gracias al soplo de unos amigos, pudimos huir del palacete donde vivíamos antes de que me detuviesen. Mientras salíamos corriendo, literalmente, recuerdo el pánico golpeando en mis sienes como un siniestro tambor. Nos alejamos de la calle donde tantos años habíamos vivido con lágrimas en los ojos. Yo me despedí de la casa, de los restos que aún se veían de lo que había sido el espléndido palacete de los Llorach, y huía pensando si aquella época de esplendor y felicidad volvería alguna vez a nuestras vidas.

A partir de ahí, fuimos de pensión en pensión con el miedo pegado a nosotros como una segunda piel. ¿Sabe usted lo que es vivir un día tras otro con el temor de que alguien te delate?, ¿de que alguien te venda? Era horroroso.

Aquel estado de nervios continuo fue lo que acabó con mi pobre madre. No puedo imaginar lo que tuvo que ser para ella un cambio de vida tan radical, cuando había pertenecido a la flor y nata de la sociedad valenciana. Pasar del lujo, las criadas y una vida acomodada, a las cucarachas que correteaban por todas partes allá donde íbamos y un par de camas desvencijadas para dormir los seis. Y eso en el mejor de los casos.

El primer golpe que sufrimos fue que a principios de 1937 detuvieron a mi hijo José María por su militancia falangista. Yo me di cuenta de que algo sucedía cuando aquella noche no vino a dormir, ni apareció tampoco al día siguiente. ¡Dios mío cuánto sufrí! Me volví loca pensando dónde estaría, qué le habría sucedido, si seguiría vivo…

Mi hija Margot tuvo un ataque de nervios. No paraba de decir que debíamos ir a buscarle, que estaba en peligro. Pero al principio me negué. Si nos apresaban a las dos, ¿quién cuidaría de mis otros hijos y de mi madre? No podíamos salir atolondradas a buscarlo por toda Barcelona. Pero Margot no cejó en su empeño, me dijo que lo había soñado, que lo había visto llamándonos, que debíamos ir a buscarle, que si yo no quería ir, iría ella sola. Al final, cedí.

Al parecer, fue una denuncia anónima lo que puso en marcha la maquinaría, y los milicianos lo detuvieron en plena calle mientras volvía a casa por la noche. ¿Por qué lo denunciaron? Vaya usted a saber… Por ser católico, por ser de buena familia, por ser mi hijo… quién sabe… hace falta tan poco para denunciar a alguien… Solo espero que el que lo denunció no sobreviviese a la guerra.

Deme otro cigarrillo, si es tan amable.

Debo decir que, en medio de todo aquello, Margot y yo fuimos afortunadas, pues en la primera checa a la que acudimos, lo encontramos. La checa de Vallmajor, o como se la conocía, el Preventorio D, estaba en el antiguo convento de Magdalenas. Al entrar podías sentir el odio cubriéndote la piel como un áspero guante. Yo por aquel entonces ya era abogada, pero comprendí que no solo mis conocimientos allí no servirían de nada, sino que tampoco era muy prudente que me reconociesen. Al fin y al cabo, toda España me había visto sentada junto a Paco en la portada del *ABC*, y esas no eran precisamente las credenciales más adecuadas que mostrar a un oficial del POUM o de la CNT.

Dios había abandonado aquel convento junto con sus monjas. A saber qué fue de ellas… La hostilidad era el trato más cordial que se dispensaba, la sospecha la moneda de cambio a cualquier pregunta que se hiciese. Cuando llegamos llovía de forma torrencial, como un anuncio de lo que nos esperaba dentro.

El guardia junto a la puerta de entrada nos indicó que debíamos hablar con el alférez Joan para preguntar por José María. Todos en Barcelona habíamos oído hablar de las checas y de lo que ocurría en ellas. Sabíamos lo de las torturas, lo de las detenciones que se realizaban a inocentes solo para robarles el dinero, lo de las ejecuciones sin juicio y lo de los paseos por la playa a los que luego llevaban a muchos de los detenidos, de donde no volvían jamás. Pero una cosa era lo que se escuchaba entre susurros, y otra muy distinta meterte en la boca de lobo.

Señor, cómo me temblaba el cuerpo mientras nos dirigíamos a la mesa del alférez Joan. Margot se apretaba a mi lado, miraba al suelo y se cerraba con mano crispada el abrigo al cuello. Era el alférez un hombre joven, muy joven, casi tanto como Margot. Llevaba una guerrera muy sucia, las botas llenas de tierra y el pelo despeinado.

—Díganme qué quieren —preguntó con brusquedad, mirando a Margot de arriba abajo.

—Señor, estamos buscando a mi hijo, José María Shelly, desapareció ayer y estamos muy preocupadas.

—¿Son ustedes extranjeras?

—Somos de Valencia, habíamos venido para las Olimpiadas, pero no conseguimos volver a casa a tiempo. Mi marido es de origen irlandés, de ahí el apellido.

—¿Y por qué venían a las Olimpiadas? ¿Acaso iban a participar? —dijo con cara de sorna.

—No, no, claro que nosotras no. El que sí participaba era un primo nuestro, también de Valencia, que iba a correr en una prueba de atletismo, y que nada más estallar la rebelión consiguió volverse. Nosotras nos demoramos más, ya que fuimos a recoger a mi madre, que vive en Barcelona y está, por desgracia, muy enferma —me inventé al vuelo como respuesta.

—¿Cómo ha dicho que se llamaba su hijo?

—José María Shelly.

El alférez se levantó y consultó un archivador, del que acabó extrayendo una delgada carpeta. La ojeó despacio, y a cada folio que cogía yo sentía como si me clavasen una aguja muy finita en el corazón.

—Ya veo… al parecer su hijo es falangista.

—Con todo el respeto, señor, pero eso debe de ser un error. Mi hijo no pertenece a ningún partido.

—Según la persona que lo delató, su hijo no solo es falangista, sino que además es católico, conservador y rico. Aunque viéndolas a ustedes, este último dato me parece más bien dudoso —afirmó, mirando con desprecio los harapos con los que ambas, previsoramente, habíamos salido a la calle.

—No sé quién es el canalla que lo ha denunciado, pero le aseguro que mi hijo es un buen chico, muy joven, que no le ha hecho mal a nadie.

—Señora, eso lo dice usted, que es su madre. Aquí el comisario tendrá que interrogarle y ver si las cosas son como dice usted, o son de otra manera. No se preocupe, si es inocente no tiene nada que temer.

Grité de alegría en mi interior. Aún no lo habían interrogado lo que, con toda probabilidad, significaba que ningún daño le habían hecho todavía.

—Lo entiendo perfectamente, pero le aseguro que será en vano. Por mucho que lo interroguen, al final se verá que mi hijo no ha hecho nada por lo que su comisario deba perder el tiempo con él. Mire, tengo un poco de dinero, lo que nos han prestado amigos y vecinos para poder sacarlo de aquí. Pagaremos con gusto la multa que sea, pero por favor devuélvame a mi hijo.

—¿De cuánto dinero estamos hablando?

Saqué las veinte pesetas que llevaba.

—Con eso no tiene usted ni para que le devuelva una muela de su hijo.

—Por favor, trate de entenderlo, no tenemos nada. La guerra nos cogió en Barcelona, lejos de casa, sin amigos, sin dinero. ¡Nada!

—Márchense. Se les comunicará la decisión del tribunal que juzgue a su hijo. Si lo dejan en libertad, volverá pronto a casa, si no… puede que tarden más tiempo en verlo… —dijo, sin apartar los ojos de Margot.

En ese momento, sé que tanto Margot como yo nos sentimos desfallecer.

—¡No, por favor! ¡Libere a mi hijo! Le daré mi dinero, le daré lo que quiera… pero déjelo ir, por favor… —dije, echándome a llorar.

—¡Váyanse!

—No, ¡se lo suplico!… mire, me cambio por mi hijo, ¡déjelo libre y métame a mí en prisión!

—¡Y a mí! —dijo también Margot.

El alférez Joan nos miró con cara de asombro. Había visto muchas cosas en aquella checa, pero jamás a nadie que hubiese querido entrar de forma voluntaria. Debió de pensar que teníamos agallas, o que estábamos locas. Creo que incluso también nos miró con un punto de respeto.

—Señora, le ruego que se marchen, no puedo hacer nada por su hijo.

—¿Puedo hablar con usted a solas? —oí decir a Margot con voz temblorosa.

Miré a mi hija horrorizada. Pero Margot no apartó sus ojos del alférez, mientras todo su cuerpo emanaba una extraña aura de fuerza y seguridad. Era como si viese a mi hija por primera vez. Margot era alta, bella y con un punto lánguido, que siempre me había recordado a la dama de las Camelias. Era inteligente, culta, y si hubiésemos vivido en Valencia, con toda seguridad habría sido una maravillosa *regina* de los Juegos Florales. ¿Pero qué se creía que estaba haciendo ahora? ¿Se había vuelto loca?

El alférez la miró durante unos segundos y se puso en pie. Sin decir palabra, la cogió del brazo y se la llevó consigo.

Me quedé mirándolos mientras se iban, sintiendo impotencia, rabia, odio. Hubiese querido seguirlos, arrancarle a mi hija de sus manos, decirle que él se moriría antes de tocar a mi hija. Pero no hice nada. No pude. Me quedé allí, mirándolos, mientras se alejaban, viendo cómo el alférez arrastraba el pie derecho al caminar, mientras agarraba con fuerza el brazo de mi hija. Margot se dejaba llevar a su lado como si fuese una vestal entregada en sacrificio.

Volvieron una hora después. El alférez me entregó unos papeles donde ponía que mi hijo podía irse. ¡Era libre!

Margot a duras penas se tenía en pie. Estaba pálida, la mirada perdida y todo su cuerpo temblaba. Pero tenía la cabeza levantada, con orgullo, y no lloraba. La abracé y la acuné en mis brazos diciéndole que todo iba a ir bien, mientras que lograba dificultosamente contener las horribles ganas que tenía de llorar, de matar a aquel miserable alférez.

Esperamos casi una hora, sentadas en silencio, a que liberasen a José María. Cuando apareció, vimos que estaba bastante magullado pero que podía caminar, así que nos alejamos lo más rápido posible de aquel infierno.

Nunca hablé con Margot sobre lo ocurrido aquella tarde, pero supe con certeza que ese fue el momento exacto en el que mi hija empezó a dejarse morir.

40

Luis

—Diga su nombre completo, por favor.

—Luis Shelly Ruiz de Lihory.

—¿Vecino de Madrid?

—Así es. Pero nací en Valencia.

—Salvo que sea preciso, responda a las preguntas con un sí o un no. ¿Es usted hijo de doña Margarita Ruiz de Lihory?

—Sí.

—¿Su padre vive todavía?

—No.

—¿Por qué vive usted en Madrid?

—Me trasladé a la capital con mi madre y mis hermanos al terminar la guerra.

—Pero según mi información, su hermana Margot vivía en Albacete, y su hermano… un momento… aquí está, Juan. Su hermano Juan vivía en Valencia.

—Durante la guerra vivíamos todos juntos en Barcelona. Cuando terminó, nos fuimos a la casa de mi madre en Albacete, pero aquello aburría hasta a las moscas. Así que nos trasladamos al piso que tiene aquí en Madrid. A Margot le gustaba el campo, así que ella prefirió quedarse. Y a Juanito no le gustaba Madrid, decía que era demasiado grande, y se fue una temporada a Valencia. Pero acabó volviendo aquí.

—¿Tiene usted estudios, señor Shelly?

—Estudié en los hermanos maristas y después me puse a trabajar.

—¿En qué?

—Oh, bueno, en muchas cosas. Estaba aún en el colegio cuando empezó la guerra. Después terminé mis estudios, pero no quise ir a la universidad, preferí ayudar a mi madre a administrar su patrimonio en Albacete.

—Señor Shelly, está usted detenido porque tiene varias causas pendientes con distintos juzgados. Usted trabaja como comisionista en negocios de dudosa moralidad. Así que no nos venga con el cuento del patrimonio, su madre ya nos ha dicho que hace tiempo que no tiene relación con usted. Por su bien, creo que será mejor que se ciña a la verdad, si no tenemos una celda esperándole. Entonces, repito la pregunta, ¿de qué trabaja usted?

—Colaboro con un par de casinos, llevándoles clientes los fines de semana. Y le digo ya que no entiendo por qué me han detenido, cuando es mi madre la culpable de todo.

—Ese aspecto lo decidiremos nosotros. ¿Es usted empleado de dichos casinos? ¿Le pagan un sueldo?

—Sí.

—Según nuestros informes trabaja usted como comisionista de cualquier negocio del que pueda lucrarse, entre ellos los casinos, y ha llegado a estafar a varios de sus clientes. Parece ser que va usted siempre falto de dinero, pero no está empleado en ninguna parte. Segunda y última advertencia, señor Shelly. No habrá una tercera.

—Si está tan bien informado, ¿para qué me pregunta?

—Me alegro de que tenga ganas de bromear. Igual en un rato se le pasan. Del todo. Pero prosigamos, háblenos de su madre.

—No tenemos buena relación, por decirlo de algún modo, desde hace años.

—Teniendo en cuenta que ha sido usted quien la ha denunciado, ese detalle nos lo imaginábamos. ¿Cómo fue su infancia con ella?

—Ella no estuvo durante mi infancia. Bueno, sí estuvo cuando yo era muy pequeño, después se fue varios años, y cuando volvió yo casi no la reconocí. Mi madre siempre estaba viajando de un lado para otro. Primero en el Rif, luego por América, después París… en fin, siempre ocupada.

—Por lo que sabemos, doña Margarita tuvo un papel relevante en la guerra del Rif.

—Nómbreme una persona que no lo sepa, mi madre ya se ha encargado de contárselo a todo el mundo. Sus andanzas por Marruecos, hazañas dice ella, su entrevista a Abd el-Krim (eso parece que es verdad), los cuadros que pintó a los presidentes en México y Cuba, su amistad con Henry Ford, y ¡cómo no!, incluso íntima amiga del general Franco.

—Debería estar orgulloso de ella, entonces.

—Me hubiera gustado más tener una madre, no una colección de cartas y fotos que llegaban cuando se acordaba de enviárnoslas.

—¿Cómo describiría a su madre? ¿Qué tipo de persona es?

—Del tipo de las que se quiere más a sí misma que al resto del mundo.

—Pero ¿acaso no les ha criado, y les ayuda a día de hoy, a usted y sus hermanos? Nos consta que les hace entregas periódicas de dinero. Y se hizo cargo de ustedes durante la guerra, y después cuando murió su padre.

—Mi madre ha hecho caridad con sus hijos, y sigue ayudándonos porque imagino que le pesará en la conciencia el haber huido cuando éramos pequeños, dejándonos abandonados. Además, el dinero es el dinero, no tiene nada que ver con el amor.

—¿Quiere usted a su madre?

—¿Quererla? Pues no mucho, la verdad.

—¿Por eso es por lo que la ha denunciado?

—No. ¿Cómo voy a denunciarla porque no la quiero? ¿Por quién me toma usted? La he denunciado por lo que le ha hecho a mi hermana.

—Las acusaciones que ha hecho contra su madre son muy serias. ¿Tiene alguna prueba de lo que dice?

—¿Pruebas? ¿Desde cuándo han necesitado ustedes pruebas para detener a alguien? Mi madre es culpable y ustedes lo saben. Me da igual que sea amiga de quien sea, la tienen que detener. Pregunten si no a Luisa, nuestra criada de toda la vida. Vayan a registrar la casa, interróguenla a ella. Verán que lo que digo es cierto. Mi madre está loca.

—Si está loca, es que no sabía lo que hacía. Entonces no hay que detenerla, sino meterla en un manicomio, ¿no cree?

—Mi madre es la mujer más cuerda que habrá conocido en su vida, se lo aseguro, y probablemente la más inteligente. Y si se queda a solas con ella media hora, no dude de que lo convencerá de su inocencia. Y hasta de que el culpable es usted, si se lo propone. Ella lo arrolla todo a su paso, tiene una voluntad inquebrantable.

—¿Por qué está tan seguro de su culpabilidad? ¿Había hecho algo parecido antes?

—No, con humanos no, que yo sepa. Pero si va usted a su casa, verá que hay restos de perros por todas partes. Desde que tengo memoria, siempre hubo perros en nuestras casas, decenas de ellos. A sus favoritos los trataba incluso mejor que a sus hijos, cosa que no le resultaba muy difícil. Y cuando morían, para ella era como si hubiese muerto un familiar, guardaba sus restos como una reliquia. Mi difunta hermana Margot decía que mamá tenía *perromanía*. Pobre hermana mía.

—Pero según el médico, su hermana murió de una hemorragia cerebral provocada por su hipertensión.

—Es que yo no he dicho que mi madre la matase. Por Dios, ¡¿es que no me ha escuchado nadie desde que he llegado?!

—Cálmese, señor Shelly, aquí todos le estamos prestando atención. Ha dicho usted antes que la relación con su madre no era buena, ¿y con el resto de la familia, qué tal se llevaba ella?

—Pues no sé, con el resto de mis hermanos más o menos como yo, excepto con Margot, a ella la adoraba. La peor, con diferencia, con mi tía Soledad.

—¿Cómo era la relación entre ellas?

—Pésima.

—¿Por qué?

—¡Qué sé yo! Por mil cosas. Que si la herencia de mi abuela, que si el título de baronesa, que si una tierras…

—En una declaración realizada por su tío, dice que su madre era una mujer muy dominante, que quería imponer siempre su voluntad a todos.

—Vaya, para no haberla visto mucho la conoce bien.

—Entonces, ¿está usted de acuerdo con su tío?

—Sí, lo estoy. Mi madre no solo impone su voluntad, sino que te castiga si no la obedeces, a veces de formas muy imaginativas y crueles.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo… déjeme pensar… Ah, sí. No quería que la llamásemos mamá en público, sino baronesa. Una vez a mí se me escapó y como castigo me encerró toda la noche en una habitación, donde estaba disecando un perro. Tuve que estar durante horas a oscuras, junto a una mesa sobre la que descansaba un pellejo ensangrentado y maloliente. ¿Sabe usted el terror que eso puede provocarle a un niño pequeño?

—¿Cómo es que su madre sabía disecar?

—No lo sé. Creo que lo aprendió en Marruecos, pero no estoy seguro.

—¿Por qué ha utilizado antes la palabra reliquias, para referirse a los restos de los perros?

—Porque para ella lo eran. Mi madre tiene reliquias de muchas cosas, de sus hijos, de sus perros, de su marido. Son recuerdos de cosas relacionadas con la muerte. Tiene guardada la camisa que llevaba mi hermano José María cuando lo liberaron de la checa, el bisturí con el que operaron a mi hermano Juan, los anillos que llevaba mi abuela cuando murió, e incluso un

mechón de pelo que me cortó cuando estuve enfermo de varicela. Lo que ha hecho con mi hermana imagino que es algo parecido, pero se le ha ido la mano. Y la cabeza.

—¿Qué fue lo que le hizo sospechar que había ocurrido algo con su hermana?

—Tras la muerte de Margot mi madre estaba muy rara, hablaba a solas, se paseaba de arriba abajo por la casa a altas horas y no salía de la habitación donde ella había muerto. Durante el velatorio, Luisa, nuestra sirvienta, no hacía más que decirnos a mis hermanos y a mí que algo grave iba a ocurrir, que no nos fuésemos de casa. Pero no le hicimos caso.

—¿Por qué?

—Luisa lleva toda la vida con nosotros, nos crió en Valencia y después se vino a Madrid. Es una mujer ya muy mayor, a la que queremos mucho, pero de vez en cuando se le va la cabeza. Por eso no la escuchamos.

—¿Y qué fue lo que le hizo cambiar de opinión? ¿Por qué volvió a la casa a hablar con ella?

—Los recuerdos. Había algo en mi cabeza que me decía que debía hablar con Luisa, que debía escucharla con atención. Sé que no me creerá, pero de alguna forma supe que lo que contaba era cierto, por muy increíble que pareciese.

—¿Qué fue exactamente lo que Luisa le contó a usted?

—Estaba asustada, muy asustada. Tras el velatorio familiar, cuando nos fuimos de la casa, mi madre se encerró en la habitación donde descansaba el cuerpo de Margot. No permitió que nadie más entrase durante la noche. Se la oía llorar, incluso llegó a proferir algunos gritos. Los criados estaban muertos de miedo…

—¿Y por qué no entraron?

—Porque mi madre les dijo que no lo hicieran.

—¿Con eso bastaba?

—Sí. A ellos también los castigaba si no la obedecían.

—¿Y qué más le contó Luisa?

—Que antes de encerrarse en la habitación con Margot muerta, mi madre había pedido que le llevasen una botella grande de alcohol, mucho algodón y su instrumental para disecar. Además ella misma había llevado una lechera grande y dos cajas de plata.

—¿Para qué pensó que quería todo aquello?

—¡Luisa creyó que iba a disecar a su hija! Cuando me lo contó, en un primer momento yo pensé lo mismo, pero como íbamos a enterrarla al día siguiente comprendí que no podía ser eso. Todo el mundo se habría dado cuenta al ver el cadáver.

—Y aun a pesar de ver que el cadáver estaba bien, ha denunciado usted a su madre.

—Se equivoca. Yo no vi que el cadáver estuviese bien y entero. Yo vi a mi hermana envuelta en un sudario blanco, del que solo asomaba su cara. La metieron en un ataúd y la enterraron, sin que nadie hubiese visto ni tocado el cuerpo.

—Y a pesar de todo, sospechó usted.

—Sí.

—¿Por qué?

—No lo sé exactamente… creo que por muchas cosas, pero sobre todo por la cara de susto de Luisa y su absoluta seguridad de que algo había ocurrido durante aquella noche. Vinieron a mi mente recuerdos de mi infancia, de historias que ella nos contaba sobre la vida y la muerte, e imagino que todo se fundió en mi cabeza llevándome a la misma conclusión que Luisa: mi madre

había hecho algo con el cadáver de Margot. ¿Por qué no se separaba si no de las dos cajas de plata? ¿Qué había allí dentro?

—Todo lo que usted nos cuenta no son más que conjeturas, no hay pruebas reales.

—Hablen con el resto de mis hermanos, verán como piensan igual que yo.

—Lo hemos hecho, y efectivamente piensan como usted, pero de nuevo ninguno tiene pruebas de que haya ocurrido delito alguno en la casa de la calle Princesa.

—Pues vayan y busquen, ¡busquen! Abran las dichosas cajas, desentierren a mi hermana y revisen su cadáver. Estoy seguro de que algo le hizo, ¡seguro! Pero, por Dios, liberen a Luisa, ella no ha hecho nada, no comprendo por qué la han detenido, una mujer tan buena e incapaz de hacer daño a nadie… Y libérenme a mí también, que tampoco tengo culpa de nada.

—Señor Shelly, le recordamos que no está usted detenido por nada que tenga que ver con su hermana, sino por la orden de búsqueda emitida desde varios juzgados. Daremos curso a su denuncia, pero usted se queda aquí con nosotros hasta que aclaremos sus actividades como comisionista. Así que llame a su abogado, lo va a necesitar.

—Y mi madre también, ya lo verán…

41

Cierra los ojos

Los gnawa eran altos, delgados, sonreían mucho y su piel oscura desprendía reflejos azulados. Nerviosa, Margarita buscó el brazo de Mersida y lo cogió con fuerza, como si fuese su talismán, su amuleto protector. No era miedo lo que sentía de aquellas gentes, Mersida le había dicho que no lo tuviera. Era otra cosa. «Tranquila —le susurró al oído la vidente mientras le acariciaba la mano muy despacio—, no corremos ningún peligro. Te he traído para iniciarte, para que empieces el camino. No te preocupes si no entiendes nada, espera que comience la música. Baronesa, haz lo que te diga y podrás entender lo que hay más allá. Y ahora, cierra los ojos, pues aquí se mira con el corazón».

El maestro inició el ritual. Despacio, muy despacio, comenzó a tañer las cuerdas del *guembri*, mientras los bailarines cantaban y hacían sonar unas extrañas castañuelas metálicas. Margarita, con los ojos cerrados, escuchaba la música y los cantos y sentía que su cuerpo se iba relajando cada vez más. Sus cabellos se agitaban libres al viento, sus manos podían acariciar la brisa, su piel estaba caliente bajo los rayos del último sol. Abrió los ojos y miró a Mersida. Sentada a su lado se acariciaba los brazos y las piernas, el cuello y los labios con manos expertas y sensuales. «No me mires a mí, no mires a nadie. No has venido a observar sino a escuchar. Cierra los ojos, cierra la mente, no tengas ningún pensamiento. Deja solo que la música fluya a través de ti como el agua fluye entre las piedras. Siente cada nota, porque cada una de ellas ilumina el camino a la sanación divina. Tú crees que no estás enferma, pero lo estás. Tu mente está enferma porque ansía saber. Si has venido a buscarme es porque necesitas saber, y por eso te he traído aquí. Cierra los ojos, baronesa, y escucha».

La suave sensación que recorría su cuerpo, dio paso a algo más intenso, más oscuro y depredador. Comenzó a notar cómo cada centímetro de su piel ardía, presa de la cadencia que la música imprimía al ambiente. Despacio levantó sus manos y se quitó los guantes de viaje. Con los trémulos dedos fue siguiendo las líneas de su cara. Recorrió los pómulos, las cejas, los húmedos labios. De fondo se escuchaba un tambor atronando. Los cánticos se repetían una y otra vez. El *Malaam* invocaba la ayuda de las ánimas y los santos.

«El espíritu llega, baronesa, deja que entre en ti. El ritual desatará tu cuerpo, abrirá tu mente. Déjate llevar, no te resistas. Bebe lo que la sacerdotisa *Moqu'demma* te da, absorbe su fuerza, y vuela sin miedo».

Margarita bebió hasta que la última gota cayó sobre su pecho. El sabor era dulce y picante, especiado y oloroso. Se sintió embriagada. Se tumbó sobre la alfombra y recostó la cabeza envuelta en un turbante sobre unos almohadones, mientras se abandonaba completamente. Sintió como unas manos expertas abrían su chilaba blanca, dejando al descubierto sus piernas desnudas y fuertes, y las recorrían arriba y abajo con dedos suaves de mujer.

«Esta mujer está enferma, ansía conocer, ansía saber. *Moqu'demma,* ayúdala. Ha bebido tu simiente, ha escuchado tu plegaria. Guíala hacia la libertad, libérala del espíritu que la tiene poseída», decía Mersida con voz queda.

La baronesa sintió cómo cogían sus brazos y los ataban con una banda roja hecha de nudos. El dolor en sus muñecas era puro placer. Entonces notó cómo un latigazo de luz recorría su cabeza, como si el sol hubiese atravesado sus retinas dejándola ciega. Pero podía ver, podía hacerlo como nunca antes lo había hecho. Salió de su cuerpo y flotó sobre la ceremonia, sobre los músicos, sobre ella misma tumbada y medio desnuda, mientras la sacerdotisa acariciaba sus piernas. La ira creció en ella como una ola que lo barre todo en la playa. Después llegó la calma, la lujuria, la desdicha, el deseo, el amor…

Su cuerpo liviano salió de ella misma, sus ojos podían verlo todo. Advirtió que desde la lejanía se iba acercando el anciano que sin ojos, sin mano y sin lengua, portaba un cofre de plata en sus brazos. Al llegar la miró y le habló en las mil lenguas de la Torre de Babel, le mostró a Dios y a Alá, a Buda y a Yahvé. Y todo lo que la rodeaba parecía decir: «Tú eres la elegida». Le entregó el cofre y al abrirlo ella vio su propio corazón latiendo que, a la luz del sol, explotó convirtiéndose en cientos de pequeños pájaros que salieron volando.

Margarita flotó y vio toda su vida pasada y futura con una intensa claridad. Comenzó a mecer su cuerpo al ritmo de la música, levantando las caderas, irguiendo su pecho, sacando la lengua que recorría con lascivia las comisuras de sus labios. Se cogió de las manos con tanta fuerza que se arañó, y la sangre fluía de sus dedos mientras ella estaba cada vez más lejos de allí.

«Deja que salga, baronesa —le susurro Mersida pegada a su oído, tan pegada, que Margarita notaba su cálido aliento y despertaba en ella un placer desconocido—. Deja que todo lo que has conocido se pierda, deja que lo nuevo llegue, deja que el goce te inunde, deja que el conocimiento te posea como un amante enardecido».

Se sintió por primera vez libre de todo y de todos, como si hubiesen abierto una compuerta por la que los sentimientos que había reprimido se hubiesen escapado, derramándose como un manantial de recuerdos.

Se vio vestida de reina, siendo coronada ante toda Valencia, aplaudida y vitoreada, la más hermosa, la más noble, la más deseada. Se vio espiando por el ojo de una cerradura a un perro envenenado. Se vio seducida y engañada, amada y cautivada, deseada y repudiada.

Sintió tintinear en su tobillo la pulsera de plata que le regaló Abd el-Krim. Recordó a su hermana. Las campanillas colgaban del árbol de Navidad. Escuchó a su madre hablarle del demonio y la cruz, de la redención y la plegaria. A su padre con una bata blanca y una máscara.

Entonces, de repente, todo se paró.

Estaba sola en medio del desierto, la duna era enorme y ella estaba desnuda en la cima. Un hombre se acercó envuelto en un manto oscuro, el semblante oculto bajo un velo azul. La tumbó sobre la arena caliente y la poseyó con fuerza, arañando sus pechos, mordiendo su boca. Ella enloqueció de placer, lo giró y montó sobre él a horcajadas mientras la creación se abría ante ella llena de sabiduría. Mientras cabalgaba y sentía cómo una oleada tras otra la barrían, vio el cosmos y las galaxias, las mareas y la luna, y entonces descubrió que el universo era infinito, que su Dios tenía mil rostros y mil nombres, que lo que había aprendido hasta entonces estaba equivocado, que su cuerpo no le pertenecía.

Y mientras el orgasmo la llenaba del azul del cielo y el ocre de la tierra, mientras se deshacía como arena entre sus dedos, arrancó el velo de la cara del hombre y se vio a sí misma.

42

Mujeres libres

Margarita no pensaba más que en conseguir sacar a su familia y a ella misma de Barcelona. Recurrió desesperada a los pocos contactos que aún tenía en la ciudad, pero los que todavía no habían huido, estaban en una situación tan precaria como la suya. Se obsesionó pensando que tenían que cruzar a Francia y llegar como fuese hasta París, donde seguro que su amiga Isabel les ayudaría.

Pasaban mucho frío, pero sobre todo hambre. Margarita había vendido sus abrigos de piel y casi todas sus joyas en el mercado negro para poder conseguir comida, y habían llegado a tal punto de desesperación, que incluso se había planteado hacer harina con serrín. Hacía tiempo que no se veían gatos en la ciudad.

Pero el hambre no fue lo peor de todo. Llegó un día en el que Margarita no podía ya salir de casa, o si lo hacía, tenía que hacer lo posible para que nadie la reconociese. Los republicanos la perseguían con ahínco, y hasta su cara salía en busca y captura en los noticieros que proyectaban en los cines. Era la amiga de Franco, el jefe de los sublevados, una mujer noble y rica que, naturalmente, espiaba para los nacionales. Si le ponían las manos encima, solo Dios sabía qué le harían…

Al final le fue imposible seguir pagando una pensión, así que por fuerza tuvieron que buscar una casa donde esconderse, ¿pero dónde? Se le ocurrió entonces una idea. Al empezar la guerra habían abandonado a toda prisa el palacete donde habían vivido, dejando allí la mayoría de sus pertenencias. La casa la habrían registrado y saqueado sin ninguna duda buscándola a ella, pero después ¿para qué volver? Nadie en su sano juicio pensaría que Margarita se escondía en su propia casa. Así que cogió a sus hijos y a su madre, y allá que fueron.

Cuando entraron, se le cayó el alma a los pies. No solo lo habían puesto todo patas arriba, como ya esperaba, sino que, en un registro furioso, habían desencuadernado los libros de la biblioteca, que yacían esparcidos por el suelo. Habían roto sillas, arrancado cortinas, rajado los cuadros. Era como si un grupo de vándalos hubiese destrozado su casa de forma sistemática. Aun así pensó que su idea había sido buena. El palacete quedaba bastante escondido tras la tapia que rodeaba la casa y el jardín. Buscarían un nuevo candado con el que poder cerrar la verja de la entrada, y esa ya sería una primera barrera de protección.

Conservaba las llaves, así que el portal también lo podrían cerrar. Con la ayuda de sus hijos, limpiarían y arreglarían lo que pudiesen. Con los libros y muebles rotos harían un buen fuego en la chimenea de la cocina, así al menos estarían calientes por las noches. Por el día no se atrevía a encenderlo, por si el humo los delataba. Con las cortinas rotas podrían coser abrigos para todos, e incluso hacer mantas. Y del resto, lo que pudiese lo iría vendiendo a escondidas para conseguir

comida. Por primera vez desde el inicio de la guerra, Margarita se sintió un poco mejor. Después de todo, estaba en su casa.

Comparado con el ir y venir de una pensión a otra, tener de nuevo un hogar le daba fuerzas para aguantar. Calentaban barreños de agua en el fuego de la cocina y así podían lavarse casi todos los días. Los colchones, aunque rajados todos ellos, seguían estando en las camas. Los arreglaron como pudieron cosiendo y atando los muelles, con lo que al menos pudieron dormir cada uno en una cama con bastante comodidad.

Por la noche, Margarita, acompañada de su hijo mayor, se colaba como podía en los palacetes vecinos abandonados, y se llevaban todo aquello que pudiese servirles bien para vestirse, bien para vender en el mercado negro. Gracias a aquellas incursiones, sobrevivieron mal que bien el resto de la guerra.

Llevaban unas semanas en la casa, cuando su madre empeoró. Tumbada en la cama parecía un frágil pajarillo cuya respiración era apenas audible. Se le veían los huesos clavarse contra la piel, casi transparente de tan delgada como estaba. Los largos meses transcurridos de pensión en pensión, la mala alimentación y, sobre todo, el miedo constante, pudieron finalmente con ella. Cuando sus nietos la llevaron al hospital de sangre, fue demasiado tarde. Mada se pudo hacer ya.

A Margarita le habría gustado llevársela a Valencia, pero eso hubiese supuesto tratar con las autoridades pertinentes para solicitar el traslado del cuerpo, y aquel era un riesgo que no pensaba correr. No se le había olvidado todavía el aspecto que presentaba su hijo cuando salió de la checa, y no dudaba de que algo mucho peor le harían a ella si la capturaban. Así que tuvo que contentarse con enterrar a su madre en un cementerio barcelonés y asistir al sepelio bajo un nombre falso. La lloró y la echó de menos, pero no como a su padre.

Y entonces, empezaron las incursiones aéreas.

El crucero italiano *Eugenio di Savoia* ya les había bombardeado desde el mar a mediados de aquel año de 1937, pero ahora los italianos lo hacían desde el aire. Las sirenas comenzaban a sonar por toda la ciudad anunciando la llegada de los aviones, y la gente corría a los refugios.

El refugio 307 del Poble Sec, que estaba al pie de la montaña de Montjuïc, era donde se escondían cuando las bombas comenzaban a caer. Era un refugio enorme que olía a humedad y a miedo. Iluminado mediante luces de petróleo, la gente se sentaba en los bancos apretados unos contra otros mientras escuchaban las explosiones. Algunos rezaban, la mayoría lloraba, pero conforme la guerra fue avanzando, el refugio se convirtió en una casa para muchos de ellos, ya que lo habían perdido todo. Había agua potable gracias a una cisterna, y podían cocinar en una pequeña cocina instalada en una de las estancias. Incluso había una farmacia donde poder curar a los heridos.

Margarita y sus hijos se abrazaban con fuerza, mientras los muros temblaban y el rugido de los estallidos les hacía estremecer. Había veces que se quedaban un par de días escondidos allá abajo, por temor a que los bombardeos volviesen. Escuchaban la radio que alguien había instalado, remendaban su ropa y oían las conversaciones, cada día más dramáticas y desesperanzadas, en las que la gente no hacía más que preguntarse si tal o cual familiar estaría a salvo, si habrían conseguido llegar a un refugio, siempre con el temor de salir después a la calle y toparse de bruces con el cadáver de uno de ellos.

Estando en el refugio Margarita conoció a Teresina, una miliciana, una de las famosas «heroínas de la patria». Había estado combatiendo en el frente al principio de la guerra y ahora

trabajaba en la retaguardia, en el grupo anarquista Mujeres Libres. Su tarea era doble: por un lado luchaba por la liberación de la mujer del yugo masculino, y por el otro por la revolución anarquista. A Margarita le pareció que casi todo lo que decía eran panfletos insoportables, propaganda de lo más manida y aburrida, como la que inundaba las calles de Barcelona. Hasta su aspecto era anodino e insulso. Trataba de imaginársela con un fusil en la mano, disparando a diestro y siniestro, y no podía contener la risa. Aquella mujer no parecía tener mucho carácter. Era retraída, bajita, delgada y sonreía poco, aunque cierto es que había poco por lo que sonreír en aquel entonces.

Pero un día la oyó hablar de algo que enseguida captó su atención. Teresina estaba leyendo en voz alta el último número de la revista *Mujeres Libres*, que se llamaba así como el movimiento al que pertenecía. Una revista por y para mujeres, en la que solo ellas tenían voz. «Volver a escribir —pensó—, volver a coger la pluma, a contar historias, a sentirme viva».

El ansia fue entonces más fuerte que la prudencia.

Habló con Teresina y le dijo que ella tenía experiencia escribiendo, que había ayudado a Miguel Maura a redactar el programa feminista de la agrupación de mujeres, dentro del Partido Republicano Conservador. Si aquello se trataba de despertar conciencias, su prosa lo haría mejor que nadie. Toda mujer de clase obrera que leyera sus artículos, quedaría convencida.

Teresina la escuchó en silencio y no le respondió. Se fue caminando despacio por los pasillos del refugio, y al cabo de unas horas volvió acompañada de alguien de quien Margarita dudó por un instante si era hombre o mujer, hasta que se dio cuenta de que tenía pecho.

—Hola, me llamo Aurora. Me ha dicho Teresina que sabes escribir y tienes experiencia. ¿Cómo te llamas?

Margarita se quedó muda mientras sentía un pánico terrible crecer en su interior. Un nombre, tenía que dar un nombre, ¿pero cuál? No podía dar el suyo… Aurora la miraba con creciente curiosidad, incluso divertida, mientras el tiempo pasaba y ella no respondía.

—Mira, no hace falta que me des tu verdadero nombre. Tenemos más mujeres en situaciones extrañas, mujeres que están presas del miedo, que huyen, que se esconden. La guerra nos ha hecho un flaco favor a todas. Así que me da igual quién seas, en serio. Tan solo dime un nombre.

—Ana.

—Vale, como quieras —respondió Aurora, encogiendo sus anchos hombros—. ¿Puedes enseñarme algo que hayas redactado o escribir un artículo pequeño para que veamos cómo lo haces?

—Claro, te lo puedo entregar esta misma tarde.

—¿Sabes quiénes somos?, ¿a qué nos dedicamos?

—La verdad es que no mucho… Bueno, algo sé porque Teresina a veces lee en voz alta la revista.

—Somos Mujeres Libres, somos anarquistas, y somos una organización que ayudamos a las mujeres a que tengan un papel activo en esta guerra. Las instruimos y les damos una ocupación, un trabajo que sirva de algo en medio de esta maldita contienda. No vamos con la CNT ni con la AIT, ni con ninguna otra organización, nosotras somos independientes. Los hombres han marchado al frente dejándolo todo atrás, pero en la retaguardia la vida sigue. Todos esos puestos de trabajo que han abandonado, alguien tiene que desempeñarlos —dijo, mirando a Margarita

mientras su discurso se iba encendiendo—. La nuestra es una organización de ideas libertarias, ¿entiendes lo que quiero decir? Una organización donde buscamos que la mujer se emancipe de la ignorancia, la servidumbre y la sumisión sexual. Hemos organizado cursillos de alfabetización, comedores colectivos, cursos de enfermería, e incluso muchas de nuestras mujeres ya conducen tranvías por la ciudad. La revista, así como la radio y las charlas en librerías y pueblos, son el medio a través del cual nos damos a conocer y promovemos nuestra causa. Cada vez tenemos más afiliadas, cada vez somos más fuertes. ¿Qué te parece? ¿Crees que podrás ayudarnos de alguna forma?

Margarita asintió con una gran sonrisa.

—Por supuesto, podéis confiar en mí. Comparto vuestros ideales como la que más.

43

José María Bassols

—¿Nombre?

—Josep María Bassols.

—Querrá decir José María.

—Sí, sí, eso es. La costumbre…

—¿Vecino de Barcelona?

—Sí. Nací allí, pero llevo unos años viviendo aquí, en Madrid.

—Vivió usted también en Albacete, ¿verdad?

—Sí, así es.

—¿A qué se dedicaba antes y durante la guerra?

—Era directivo de la Compañía Metropolitana de Tranvías, y pasante en un despacho de abogados.

—¿Y en la actualidad?

—Me ocupo de resolver los litigios de mi esposa.

—Legalmente no es su mujer, que sepamos. Cohabitan, eso es cierto, parece que se puso de moda con la República, pero usted todavía está casado con su anterior mujer.

—Por desgracia, así es. Me separé de ella durante la guerra y me casé con doña Margarita Ruiz de Lihory a finales de 1938. Ambos nos acogimos a las leyes del divorcio republicanas. En 1941, Ricardo Shelly, el primer marido de Margarita, falleció. Siendo ella viuda hubiésemos podido volver a casarnos, pero yo, como usted bien ha dicho, sigo casado con mi primera mujer debido a la derogación de las leyes de la República tras la guerra.

—Ha dicho que se ocupa de resolver las cuestiones legales de doña Margarita, ya que es usted su abogado. ¿De qué naturaleza son estos litigios?

—Eso no puedo respondérselo, como comprenderá, me debo al secreto profesional.

—Señor Bassols, le diría que su situación es delicada en este momento, pero en realidad es catastrófica. Se le acusa de haber sido cómplice de su mujer en un acto monstruoso, así que le aconsejo que coopere, porque de esa celda en la que está va a ser difícil sacarle.

—Pero debe usted entenderlo, podrían expulsarme del Colegio de Abogados por violación de la confidencialidad.

—Ya… Olvídese de eso. Preocúpese más bien por dónde va a pasar los próximos veinte años.

—No sé si debo…

—¡Hable de una vez!

—Mi espos… perdón, Margarita tenía varias causas pendientes con su hermana Soledad, por temas de herencia. Muchos casos los fuimos ganando, y gracias a ello heredó varias fincas en

Albacete, así como la casa señorial en la ciudad. Otros asuntos más complicados aún están en litigio.

—¿Y qué asuntos serían esos?

—Principalmente la ostentación del título de baronesa.

—Pero Soledad es la hermana mayor, ¿no? Por derecho le correspondería a ella, ¿no es así?

—Eso es algo con lo que mi mujer no está en absoluto de acuerdo, y luchará hasta la muerte para conseguirlo.

—No es su mujer, se lo repito. ¿Cómo es la relación entre ambas hermanas?

—Mala, muy mala.

—¿Desde hace tiempo?

—Por lo que yo sé, desde siempre.

—¿Cómo conoció a doña Margarita?

—Durante los bombardeos de Barcelona en enero del treinta y ocho.

—¿Qué sucedió?

—Había ido a visitar a un cliente que vivía cerca de la zona de Montjuïc, cuando las sirenas comenzaron a sonar. Me dirigí al refugio más cercano, que era el 307 del Poble Sec. Tuve que permanecer en él sin poder salir cinco infernales días, durante los cuales las bombas no dejaron de caer. Me sorprendió lo bien organizado que estaba allí todo, había luz, agua e incluso una cocina y una enfermería. Al principio reinaba el silencio, pero conforme las horas fueron pasando y las bombas siguieron cayendo ya de forma más espaciada, la gente volvió a sus quehaceres. Aunque no era mucho lo que se podía hacer allí…

»Recuerdo que Margarita estaba con sus cuatro hijos en un rincón donde había mucha humedad. Había mucha humedad por todas partes. Recuerdo también que habían puesto un cazo para recoger el agua que caía de forma incesante desde una gotera del techo. Me llamó la atención, porque aunque estábamos en guerra, hacía frío y no había mucha comida que llevarse a la boca, ella parecía que acababa de salir de una tienda de modas. Iba vestida con corrección, aseada y elegante aun en aquellas circunstancias. Llevaba el pelo limpio y me pareció incluso ver algo de maquillaje, mientras organizaba con mano militar a sus cuatro hijos.

»Verla allí dentro con sus ademanes corteses y su gran educación, me resultó tan insólito, tan fuera de lugar, como si hubiese visto al propio rey sirviendo un té en el refugio. La primera noche no hice más que observarla. Cuando todos se fueron a dormir, vi cómo cogía papel y lápiz y comenzaba a escribir una página tras otra.

—¿Sabe usted qué era lo que estaba escribiendo?

—En aquel momento no, no lo sabía. Pero más adelante me lo contó, claro. Al tercer día de estar encerrados, me decidí a acercarme a hablar con ella y preguntarle si necesitaba algo, si podía serle de ayuda. Me miró entonces con desconfianza, con altivez. Me presenté, le dije quién era, y también que estaba totalmente admirado al ver lo organizada que era, lo poco que parecían afectarle los bombardeos y lo resolutivos que resultaban sus actos. No sé si fue por algo en concreto de todo lo que dije, pero el caso es que cuando terminé de hablar su mirada había cambiado. En realidad, todo en ella cambió de forma ostensible. Se suavizó, como si dijéramos.

»A partir de ahí, los dos días siguientes los pasamos hablando de esto y de lo otro. No quiso decirme su verdadero nombre, tenía miedo. Lo supe en cuanto me dijo que se llamaba Ana, porque al llamarla por ese nombre jamás giraba la cabeza ni respondía. Unos meses más tarde,

cuando se dio cuenta de que podía confiar en mí plenamente me dijo la verdad. Yo, a esas alturas, ya estaba enamorado de ella. Me contó que era baronesa, valenciana, y que había perdido el año anterior a su madre. Que en aquel momento trabajaba escribiendo para la revista *Mujeres Libres*, y que necesitaba huir y llegar cuanto antes a Francia. Buscaba protección para los suyos y para ella misma, claro. Estaba en busca y captura por los republicanos. De hecho, alguna vez llegué a ver su cara en la pantalla de los cines.

—O sea, ¿que se enamoró usted de ella nada más conocerla? Un flechazo por lo que veo.

—En mi caso se lo puedo asegurar. Era una mujer bella, indómita, fiera de carácter, con una conversación culta e interesante. Era apasionada, sabía perfectamente lo que quería y no se detenía ante nada para conseguirlo. Todo en ella me sorprendió, hasta el hecho de conocerla donde la conocí.

—¿Y ella también se enamoró tan rápido?

—La verdad es que no. Digan lo que digan, no suele haber reciprocidad en el amor. Uno ama y el otro se deja amar. Aunque quizá esté hablando solo de mí. En fin, ella tenía miedo, su situación en Barcelona era peligrosa, no debían reconocerla. Y aun así se había expuesto con lo de la revista, aunque en ese caso le importaba menos. Ella quería escribir, necesitaba hacerlo. Pero su auténtica obsesión era huir. Nos reunimos muchas veces para trazar un plan, ver cómo podríamos hacerlo, cómo se les podría sacar a ella y a su familia del país. Imagino que fue en el transcurso de aquellas reuniones durante las que ella se dio cuenta de que mi corazón era suyo. Quizá fue así como yo también la acabé conquistando.

—¿Y cómo pensaba sacarla del país?

—Contando con mi jefe en el despacho de abogados.

—Háble me de él.

—Se llama don José Bertrán y Musitu.

—¿Está usted hablando del creador del SIFNE?

—Así es. Yo había estado trabajando para él durante varios años como pasante en su despacho, donde aprendí mucho la verdad, es un hombre muy inteligente. Cuando la sublevación del treinta y seis, don José escapó a Biarritz y ayudó a organizar el servicio de espionaje franquista en Cataluña. Como imagino que ya sabe, el Servicio de Información de la Frontera Norte de España tuvo un papel decisivo durante la guerra. Según tuve noticia años después, a don José lo entrenaron los alemanes en técnicas de espionaje, cosas como criptografía o radiotelégrafo. Dicho así suena a película de Hollywood, a una de esas con Humphrey Bogart. *Casablanca* se llamaba, ¿no? Más tarde desde Marsella, organizó y controló la red catalana y francesa de espías e informadores.

—Entonces, ¿usted también fue un espía?

—No, no, yo solo trabajaba para él manteniendo al día sus asuntos en Barcelona hasta que acabase la guerra y él pudiese regresar. Lo que sí hacía era ponerle en contacto con aquellas personas que pudiesen resultar de interés para el SIFNE, como por ejemplo Margarita.

—¿Y eso?

—Porque gracias a su trabajo en la revista *Mujeres Libres*, tuvo acceso a gran cantidad de información sobre la organización de los anarquistas y los republicanos. Todo lo que iba averiguando lo apuntaba con cuidado en unos folios, que escondía cuidadosamente entre sus escritos. No tardé en darme cuenta de que tenía ante mí a una mujer sumamente inteligente,

astuta y decidida. Toda la información que me daba, yo se la pasaba a través de un contacto francés al señor Bertrán y Musitu.

—¿Puede darnos algún ejemplo de dicha información?

—Hummm… déjeme que piense, fue hace muchos años. Recuerdo que casi todos los informes hablaban de la enorme desorganización que imperaba en el bando republicano, cosa por lo demás que todo el mundo sabía. Las continuas peleas entre las diversas facciones, su frustración por no poder contar con el apoyo del grueso de la burguesía catalana, y cosas por el estilo. Había detalles más interesantes, como dónde habían puesto una avanzadilla o qué general había ordenado qué, pero siempre se basaba en rumores que ella escuchaba en la revista, o en el refugio adonde acudía cuando había bombardeos.

—Dice usted que durante el año 1938 se vieron en varias ocasiones, y que fue entonces cuando decidieron casarse.

—Efectivamente.

—¿Cuándo contrajeron matrimonio?

—Nos casamos a finales de 1938. Como ya le he comentado, nos acogimos a la ley del divorcio de la República que habían promulgado en el treinta y dos.

—¿Y por qué no esperaron al final de la guerra?

—Por aquella época las tropas del general Franco habían llegado al Mediterráneo, dividiendo en dos la zona republicana. Tras la batalla del Ebro, el ánimo general era que no faltaba mucho para el final, que los nacionales ganarían. Pero ¿quién podía tener la seguridad de que la guerra no se alargaría un año más o incluso dos más? Esperar a que acabase la guerra hubiese podido convertirse en un eterno vía crucis. Además, Margarita y su familia necesitaban una protección real e inmediata, que yo en mi posición podía brindarles.

—Cuando la guerra terminó, ¿siguió trabajando usted para el jefe del SIFNE?

—No, ya no, abandoné el despacho. Bertrán y Musitu marchó a Madrid, donde estuvo trabajando para el Gobierno hasta que lo nombraron presidente de la cementera Asland.

—¿Y no volvió a tener contacto con él?

—Nos encontramos en alguna ocasión en fiestas de sociedad en Madrid, pero poco más. Eso sí, siempre que hemos coincidido ha sido muy amable y cordial. Al principio incluso me agradecía encarecidamente lo que Margarita había hecho por España, al espiar para ellos.

—Más adelante, cuando se casó con ella, ¿conocía usted su verdadera identidad?

—Sí.

—¿Y no la denunció aun a pesar de saber que los republicanos la buscaban?

—¿Denunciaría usted al amor de su vida?

—Aquí el que hace las preguntas soy yo. Continuemos. ¿Aprobaron sus hijos y los de doña Margarita la boda?

—Los míos, no. No me perdonaron nunca el que me separase de su madre. Siempre he sido un buen padre, los quiero y me preocupo por ellos, les doy todo lo que necesitan. Pero no estaba dispuesto a seguir viviendo con mi mujer después de conocer a Margarita. Ella me dio algo que no había conocido hasta entonces… algo de lo que adolecía mi matrimonio desde hacía ya muchos años. Los hijos de ella tampoco parecieron muy contentos, dicho sea de paso, pero a diferencia de los míos estaban muy agradecidos. Gracias a mis contactos en la Generalitat

republicana, pudieron acabar la guerra sin sufrir demasiado. Tuvieron leña, ropa, y aunque la comida escaseaba, siempre conseguía llevar algo a casa que pudieran comer.

—Hemos hablado con un par de hijos de doña Margarita, y nos han dicho que es usted una buena persona pero que, en cierta forma, la fuerte personalidad de ella lo arrolló.

—¿Y qué quieren decir con eso?

—Que es ella la que manda en casa. Mejor dicho, la que manda en todas partes.

—Menuda tontería.

—Pero ¿es o no cierto? ¿Es ella la que da las órdenes? ¿Hace usted lo que ella manda?

—No, no lo es. No negaré que Margarita tiene un carácter fuerte, que es impulsiva, exigente, eso forma parte de su atractivo. Pero cada uno sabe cuál es su sitio. Por lo demás, a mí me encanta poder satisfacer todos sus deseos. El amor consiste en eso, ¿no cree usted?

—¿No les preocupaba el qué dirán? Al fin y al cabo, estaban ustedes viviendo juntos sin estar católicamente casados.

—A mí me daba lo mismo, pero a ella, que, por si no lo sabe, es muy religiosa, no. Reconozco que cuando acabó la guerra lo pasamos mal por este tema. Daba igual que Margarita fuese íntima amiga del general Franco, la gente no nos perdonaba en Barcelona el ser un matrimonio de divorciados. Todos lo consideraban un escándalo.

—¿Por eso se fueron a Albacete?

—En gran parte, sí. Cuando llegamos en 1941 a la casa solariega en la ciudad, sus fincas en la provincia procuraban abundantes rentas. Durante un tiempo intentamos vivir a caballo entre ambas ciudades, pero la situación en Barcelona se volvió insostenible, en gran medida por culpa de la familia de mi primera mujer. Los hijos de Margarita no querían vivir en Albacete, excepto Margot, decían que era muy aburrido. Así que la hija mayor se quedó allí, y el resto nos fuimos a Madrid, al piso de la calle Princesa.

—¿Fue allí donde falleció doña Margot Shelly?

—Allí fue.

—¿Cómo es eso si vivía en Albacete?

—Porque llevaba una temporada que no se encontraba muy bien, y la trajimos a Madrid para poder cuidarla de forma adecuada.

—¿Estaba usted presente cuando murió?

—Sí, estaba en la casa. Fue horrible… con lo joven que era…

—¿Cree usted que existe algún motivo para pensar que su muerte no fue por causas naturales?

—Absolutamente, no. Era hipertensa desde hacía años, llevaba ya tiempo enferma, y eso le provocó una hemorragia cerebral.

—Como sabrá, la denuncia fue interpuesta por don Luis Shelly Ruiz de Lihory. ¿Por qué cree usted que lo ha hecho?

—Ese chico ha sido siempre un quebradero de cabeza para su madre. No ha querido estudiar, ni trabajar en algo estable y decente. Su madre ha hablado con él infinidad de veces, ha tratado de ayudarlo, pero él solo quería dinero y más dinero. Imagino que lo que buscan es incapacitar a Margarita, para quedarse ellos con las tierras y el dinero. Algo desgraciadamente frecuente, se lo digo como letrado que soy.

—¿Ha leído usted la denuncia?

—Lo he hecho.

—¿Y no cree que existen fundamentos de derecho para realizarla?

—¿Fundamentos de derecho? Ignoro quién les habrá aconsejado. Esa denuncia es un cúmulo de falsedades, una sarta de mentiras, un despropósito y una enorme falta de respeto a su madre. Debería avergonzarse de lo que ha hecho. Pedir perdón.

—Pero, al parecer, ese mismo temor de Luis lo comparten el resto de sus hermanos.

—¿Cómo no? Hermanos que llevan años pidiendo dinero, a la vez que quejándose ingratamente. ¿A quién cree usted que beneficiaría que incapacitasen a Margarita?

—Ha dicho usted que estaba en la casa sita en la calle Princesa 72, cuando ocurrieron los hechos. ¿Tuvo conocimiento en algún momento de lo que doña Margarita se proponía hacer? ¿Le contó algo? ¿Notó usted algo raro o sospechoso en su comportamiento?

—No tuve conocimiento de nada, porque mi mujer no ha hecho nada.

—Según el testimonio de Luisa, la criada, doña Margarita pidió estar a solas con el cadáver durante toda la noche para velarlo.

—¿Y eso le parece a usted extraño? Era su madre.

—¿No le llamó la atención su curiosa petición de grandes cantidades de gasas, alcohol y tijeras?

—La verdad es que no. Pensé que iba a amortajarla, a lavarla, qué se yo.

—¿Y no temió en ningún momento que dichos adminículos tuviesen otra finalidad?

—En absoluto. ¿Para qué otra cosa podían servir?

—¿Está usted seguro?

—Ya se lo he dicho y lo repito, estoy seguro. Conozco a Margarita mejor que nadie, quería a su hija como no puede usted imaginar.

—Es usted abogado, señor Bassols, imagino que está perfectamente enterado de las consecuencias de ser perjuro, caso de que repita estas mismas palabras ante un tribunal.

—Las conozco y no me inquietan lo más mínimo. Pero le repito que Margarita es inocente de lo que se le acusa.

—Entonces, ¿por qué apareció escondida en el fondo de un armario una lechera que contenía la mano cortada de Margot?

44

¿Quién anda ahí?

Despacio, muy despacio, y con gran cuidado, el hombre fue realizando un corte poco profundo desde el cuello hasta la cola, pasando por la barriga. Separaba la piel de la grasa y los músculos del animal con una facilidad pasmosa. Claramente no era la primera vez que lo hacía.

El bisturí relucía bajo la luz de la lámpara como una afilada, fría y mortal lengua de plata. Margarita observaba estremecida cómo aquel hombre vestido con guantes, bata y mascarilla, abría con certera precisión el cuerpo de un perro.

Escondida tras la puerta, miraba por el ojo de la cerradura mientras temblaba de miedo, de asco, de fascinación. El hombre cogía la piel y la tensaba para, lentamente, ir cortando el tejido que la unía al cuerpo. En pocos minutos el perro dejó de ser reconocible, y pasó a ser una masa sanguinolenta y macabra. Y entonces se dio cuenta de que aquel era el chucho que ella había tenido que envenenar.

El hombre hizo nuevos cortes en las patas, con cuidado de no dañar los pies. Sobre la plancha metálica en la que reposaba el animal, la sangre iba escurriendo por el desagüe dejando tras de sí finos regueros color carmesí. Cogió un nuevo bisturí, más pequeño, y realizó un corte preciso en la nuca del perro. Quitó la piel de la cabeza, dejando la mandíbula para el final.

Cuando ni un centímetro de piel cubría lo que había sido un perro, con estudiada parsimonia fue sacando los ojos, la lengua y las vísceras, y las fue depositando en unas vasijas de cristal que había junto a él. Al terminar cogió un machete y, de un certero golpe, cortó la cabeza del animal.

Margarita vomitó sobre el suelo de piedra.

Al oír un ruido, el hombre se giró y retiró la mascarilla de su cara. «¿Quién anda ahí?», preguntó con voz recia don José María Ruiz de Lihory.

Al descubrir quién era, Margarita se desmayó.

45

La espía

¿Espía? No creo que esa sea la palabra más adecuada para definir mis actividades durante la Guerra Civil. Superviviente se ajusta más. Aunque imagino que todos los que hemos pasado por esa experiencia, decimos lo mismo. Da igual si acabamos siendo víctimas o verdugos, o las dos cosas a la vez, cada cual sobrevive a la guerra como mejor puede, y a todos nos deja terribles y amargas secuelas.

Mi guerra tuvo un antes y un después de conocer a José María Bassols. El antes se puede resumir en miedo, caos y confusión. El después en relativa confianza y tranquilidad. Pero ¿alguien puede estar tranquilo cuando toneladas de bombas le están cayendo sobre la cabeza, arrasando media ciudad? No, ahora que lo pienso tranquilidad quizá tampoco sea la palabra adecuada, a lo mejor debería haber dicho protección, porque con él me sentía protegida, segura. En los meses en los que nos conocimos, y después, cuando nos casamos, José María siempre se comportó conmigo como el más cariñoso, amante y entregado de los hombres. No escatimó esfuerzos para ponernos a salvo a mis hijos y a mí. Al final no pasamos a Francia, pero entonces ya me dio igual. Nunca pensé que llegaría a decir eso, pero es cierto, llegó un punto en el que París ya me daba igual…

Lo conocí en el refugio al que solía acudir con mis hijos cuando había bombardeos. Al principio no reparé en él, no me fijaba en los que había a mi alrededor, si quiere que le diga la verdad todos me parecían iguales, yo misma no debía de ser muy diferente. Todos asustados, nerviosos, queriendo aparentar normalidad…

Ah, pero ¿ya ha hablado con él? Entonces, ¿para qué me pregunta si ya sabe la respuesta? Como quiera…

Él era un hombre mayor que yo, con aspecto de oficinista. Pulcro, bien peinado y un poco pasado de moda. No sé si me entiende, era como si tuviese cosas mucho más importantes en la cabeza que requiriesen toda su atención. Aspectos como la vestimenta, comer o dónde dormir eran para él tan nimios que a veces hasta se le olvidaban… No es broma, se lo digo muy en serio. La primera vez que se acercó a hablar conmigo, parecía muy nervioso y tímido. Falsa impresión. Si supiera usted lo extraordinariamente inteligente que es mi marido…

Por favor, no me repita la monserga de que no estamos casados. Lo hicimos durante la guerra y para ambos así seguimos le guste a usted o no, a Paco, a media Barcelona o a media España. Nos casamos dentro de la legalidad y así considero yo que continuamos. Aunque le reconozco que todo esto resulta un poco complicado y paradójico. Me caso con Ricardo, me separo y me vuelvo a casar con José María. En 1941 muere Ricardo, y de repente me convierto en viuda estando casada… ¿Comprende usted qué absurdo es todo? Y como yo miles de mujeres y de hombres, supongo.

Pero como le decía, cuando nos encontramos pareció totalmente deslumbrado conmigo. No sé qué tipo de mujeres había conocido a lo largo de su vida, nunca hablamos de ello aunque le parezca extraño, y tampoco me refiero a su anterior mujer, lo aclaro antes de que su mirada maliciosa vaya acompañada de alguna inconveniencia. Cuando más adelante tuvimos mayor confianza el uno con el otro, me dijo que jamás había conocido a una mujer con tanta fuerza como yo. Que era la más extraordinaria, la más inteligente, la más viva… Sí, utilizó esas mismas palabras, hay cosas que una nunca olvida. Y, por si le interesa, no era la primera vez que las oía…

¿Que si me enamoré? Sí, lo hice, pero me costó un tiempo. Al principio me sentí como si un perro cariñoso y juguetón me persiguiese por todas partes buscando mi afecto. No se extrañe, ya sabe lo que los perros significan para mí. Después pareció como si a fuerza de darme amor, yo también tuviese la obligación de corresponderle. Al final me encontré mirándolo con algo más que tierna simpatía. Y para mi sorpresa, un día me descubrí enamorada.

Jamás me había sucedido algo parecido. Con Ricardo nunca hubo nada más allá de una juvenil emoción por descubrir qué era eso de amar. Con los demás, Abd el-Krim, Manuel, Henry… la pasión y el deseo lo arrasaron todo. Pero si he de decir un hombre del que he estado total y sinceramente enamorada, ese es mi marido, José María.

Mis relaciones con los hombres, que siempre habían sido intensas pero fugaces, de repente se convirtieron en un remanso de paz y respeto mutuo. Pudo influir también la edad, lo reconozco, yo ya no era tan joven, y él era bastante mayor que yo. Si algo definió entonces nuestra relación, y lo hace todavía, creo que es la entrega. José María lo abandonó todo por mí. Renunció a su primera familia para crear una nueva conmigo. Dejó atrás Barcelona, ciudad a la que amaba, y se vino a vivir conmigo en medio de La Mancha a una finca en un páramo, donde el pueblo más cercano se hallaba a varios kilómetros y tampoco había nada.

Abandonó también su trabajo en el despacho, que siempre le había apasionado, para ocuparse exclusivamente de mí y de mis asuntos. Desde el primer momento, aun a pesar de que yo también era abogada, él se encargó de todos y cada uno de los litigios en los que estaba inmersa, y en los que aún sigo en muchos casos. Tengo que reconocer que José María tiene mucha más experiencia que yo y es como un perro cazador, olfatea y busca hasta que encuentra a la presa: algún ardid legal, alguna prueba.

Gracias a él pude ver en muchas ocasiones cómo la cara de mi hermana Soledad se desencajaba. Ganamos muchos de los juicios que tenía pendientes contra ella. Finalmente, Albacete fue mío, así como varios cuadros y enseres de mis padres. Es verdad que aún no hemos resuelto el espinoso tema de la baronía, que llevamos veinte años pleiteando, pero José María lo conseguirá. Estoy segura. Lo hará por mí.

Es un gran hombre y me quiere mucho.

Fue providencial que nos conociésemos cuando lo hicimos. Yo acaba de entrar a trabajar en el periódico de la organización Mujeres Libres, para escribir artículos de apoyo a la emancipación femenina. Estaba feliz, pues significaba mi vuelta a la escritura, aunque fuese en un medio anarquista. Ya sé que a usted le parece algo deleznable, pero piense que de esa forma conseguí ciertas mejoras en la vida de mi familia durante la guerra. Además yo siempre abogué por la emancipación femenina, no lo olvide, y de paso pude servir de ayuda al SIFNE. Cuando

José María me contó para quién trabajaba, me quedé atónita. Nada más y nada menos que para el jefe del espionaje del norte de España.

Mi marido jamás espió para nadie, no diga tonterías, él es un hombre íntegro que no se mete nunca en asuntos que pueden resultar sospechosos o peligrosos. En eso no nos parecemos.

Claro que colaboró con la República durante la guerra. ¡Estábamos en Barcelona, por el amor de Dios! ¿Qué podíamos hacer? ¿Sabe a cuánta gente ayudó a huir a Francia? Es curioso que yo, que tanto lo ansiaba, fuese la única a la que no pudo ayudar a escapar de allí, o no quiso, esto nunca lo sabré. Debería haber visto nuestras reuniones, duraban horas. Nos pasábamos la tarde hablando de viajes, de nuestra vida futura, de cualquier cosa… ¿Cómo no iba a terminar enamorándome de él? Si hubiese podido usted ver la atención con la que me escuchaba… Era como si en el mundo no existiese nadie más para él.

No, José María no es un hombre romántico. Me pidió matrimonio en el refugio, una noche en la que los bombardeos arreciaron y la ciudad entera tembló. El anillo era un sencillo aro de oro con un pequeño brillante encima, que había pertenecido a su abuela. Modesto, no muy de mi estilo la verdad, pero una antigüedad al fin y al cabo.

Tendría que habernos visto en aquel momento. Los muros temblaban con cada estallido y caía un poco de polvo del techo. La gente estaba apiñada, yo tenía a mis hijos abrazados junto a mí. José María me había cogido de la mano y me miraba como si en vez de allí, estuviésemos en un café de Roma disfrutando del sol en nuestras caras. Irradiaba felicidad.

Cuando las explosiones comenzaron a espaciarse, mis hijos se levantaron para moverse un poco, y alguien volvió a conectar la radio. José María me cogió de las manos y acercó sus labios a mi oído. Me dijo con voz queda que si una bomba se lo llevase al día siguiente de este mundo, tan solo lamentaría una cosa: no haberse casado conmigo. Así que se puso de rodillas sobre el suelo frío y húmedo, y mirándome con emoción, me pidió en matrimonio. La gente en el refugio nos miró atónita, mis hijos estaban boquiabiertos.

Lo miré y le dije que si una bomba cayese sobre mí al día siguiente, tan solo habría lamentado una cosa: no haberle dicho que sí. Me abrazó. ¡Madre mía cómo me abrazó! La gente sonreía y aplaudía, y nos besamos ¡vaya cómo nos besamos!

¿Mis hijos? Lo aceptaron. Hacía tiempo que se habían hecho a la idea de que su padre y yo no íbamos a volver juntos, así bajase mi venerada Virgen de los Desamparados a pedírmelo. Y eran listos, sabían perfectamente que a partir de ahí la guerra ya no sería tan sufrida para ellos, como así resultó ser. Nos fuimos a vivir a una casa enorme que la familia de José María tenía cerca del refugio. Allí había luz, agua y varias chimeneas con las que poder caldear la casa. No es que viviésemos como marqueses, pero todos los días comíamos algo, que ya era mucho en aquel entonces.

Celebramos nuestro matrimonio en el ayuntamiento de Barcelona, y como testigos actuaron mis hijos. Nadie de la familia de José María quiso asistir, lo que no me importó, a fin de cuentas no me casaba con ellos. Llevé un sencillo vestido blanco, con pequeños botones en las mangas y el cuello. La tela la saqué de unas viejas cortinas que rebuscando vi en un baúl en casa de José María. En aquellos tiempos era imposible conseguir un vestido decente. El ramo estaba hecho con cuatro rosas que conseguimos de milagro. No pude encontrar nada mejor. Después, tomamos un té. Qué boda más diferente a la mía con Ricardo… Me hubiese gustado casarme con mi marido de otra forma, algo más lujoso, más selecto, claro. Si hubiese podido elegir, habría

celebrado una recepción en el Ritz, aquí en Madrid. Pero amaba a José María, y no sabíamos cuánto más iba a durar la guerra. ¿Por qué esperar?

Pocos meses después de la boda, me habló de don José Bertrán y Musitu. Me explicó lo que hacía desde Marsella, cómo controlaba el norte del país y el sur de Francia ayudando a Paco en su cruzada. Aquel hombre tenía muchísimo dinero y fue listo, supo poner toda su fortuna a salvo cuando estalló la contienda. Yo nunca tuve dudas sobre a quién le debía lealtad en una España dividida en dos bandos, por ello en cuanto José María me trasladó la oferta del señor Musitu, acepté.

Oh, señor, no sabe usted lo emocionada que estaba. Fue como volver al Rif. Sentir el peligro acechando en cada esquina, verme inmersa en una conspiración de la que podía salir muy malparada, que podía pagar con mi vida. Confieso que echaba de menos sentir esa emoción, ese cosquilleo lleno de promesas de aventuras, esa intensa sequedad en la boca.

No piense usted que no sé lo que digo. Solo el que ha vivido bajo esa tensión, bajo ese riesgo constante, puede entenderme. Aquello era otra vez como Marruecos, solo que yo tenía algunos años más, pero también más experiencia.

Me lancé de lleno a escribir, y conocí a muchas mujeres que estaban en una situación parecida a la mía. Luego había otras como Teresina o Aurora, que vivían con pasión las ideas que defendían. Las mujeres con las que me relacioné en Mujeres Libres no conocían otra forma de participar en una guerra. Aprovecharon la ocasión para clamar por su libertad, para exigir que se las reconociese como personas independientes de un marido, un padre o unos hijos, algo que yo también había hecho muchos años atrás.

Cierto que muchas actuaban por revanchismo, pero yo conocí a otras que lo único que querían eran mejores condiciones para ellas y sus familias. A esas mujeres era a las que yo me dirigía en mis artículos.

Piense usted en ellas. La República les dio alas y luego se las cortó violentamente. Durante los primeros meses de la guerra les dejaron creer que podían luchar por mejorar sus condiciones, que eran heroínas de la patria, que su valor y su temple eran iguales a los de un hombre. Pero, al cabo de poco tiempo, no solo las hicieron volver a la retaguardia, vestidas con esos horribles monos masculinos, sino que se les acusó de ser un estorbo, una distracción, unas prostitutas transmisoras de enfermedades. La opinión sobre ellas cambió de forma tan radical, que muchas no consiguieron recuperarse nunca del golpe. Por la cara que pone, veo que usted no tenía conocimiento de estos hechos. Yo lo supe de primera mano.

Si quiere que le diga la verdad, durante todo el tiempo que estuve recopilando información para el señor Bertrán y Musitu, creo que no tuve acceso real a información auténticamente relevante, aunque quién sabe, igual entre todo aquello sí hubo algo decisivo que cambió el curso de la guerra. En definitiva, siempre me agradecieron entusiásticamente mis servicios durante la contienda. En las pocas reuniones que tuve con el resto de las que hacían la revista, estaban más preocupadas por cosas tan mundanas como encontrar pan, hilo para coser, vestidos o zapatos para sus hijos, que de los asuntos de la guerra.

Eso es lo que tiene una contienda, que la rutina le gana el pulso. Al principio el miedo, el terror y la incertidumbre te paralizan. Piensas que la vida se va a quedar así, en suspenso. Pero no, la vida continúa y te exige su atención. Hay que comer, hay que dormir, lavarse, estudiar, trabajar, ir en tranvía, escuchar la radio, lavar la ropa. Y esa cotidianidad te hace olvidar a veces

que mientras tú estás leyendo un periódico, la gente muere en el frente. Recuerdo que en el refugio los más jóvenes jugaban, reían y charlaban como si estar allí fuese lo más natural del mundo. No asociaban el refugio con la posibilidad de que una bomba nos borrase a todos de allí, porque la muerte, a pesar de estar tan cerca, era algo que no podían imaginar.

En realidad, ¿quién puede hacerse a la idea de la muerte?

La información al SIFNE la enviábamos escondida dentro de las tapas de un grueso ejemplar de *Le comte de Monte-Cristo*, que José María tenía en su biblioteca. Durante los meses que aquel libro viajó entre Barcelona y Marsella, muchas veces volvió acompañado de encendidas notas de agradecimiento del jefe de mi marido. De hecho, cuando todo acabó, Paco me dijo que don José Bertrán y Musitu, al saber que éramos viejos amigos, lo había estado informando puntualmente de mis actividades.

Por cierto, imagino que aún no han hablado con Paco, porque si lo hubiesen hecho, yo no seguiría aquí encerrada. ¡Todo esto es una locura! Y entiendo aún menos por qué han encerrado también a mi marido. Poca culpa tengo yo de haber tenido un hijo desagradecido, pero él no creo que tenga ninguna.

Le doy vueltas y vueltas, porque qué otra cosa puedo hacer entre estas cuatro paredes, más que pensar y pensar, y no consigo entender a Luis. ¿Qué le he podido hacer para que trate así a su propia madre? ¿Qué mal, qué odio he despertado en él para que me denuncie? Yo amaba a Margot, la adoraba, ¡y él lo sabe! Pensar que la he cortado a cachos es algo absurdo, ¡absurdo!

El misterio de la mano cortada

***ABC*, DOMINGO, 31 DE ENERO DE 1954.**
EDICIÓN DE LA MAÑANA

Capítulo de sucesos
HALLAZGO MACABRO

Anoche circuló por Madrid la noticia del hallazgo de restos humanos, pertenecientes al cadáver de una mujer, en un piso de la calle de la Princesa. Trasladado uno de nuestros redactores al lugar indicado del hallazgo, núm. 72 de dicha calle, algunas personas comentaban el suceso por los alrededores de la finca.

En el piso tercero derecha habita doña Margarita Ruiz de Lihory Resino, de sesenta y siete años. Parece ser que esta señora sufre frecuentes manías y trastornos, que la llevan a recoger animales domésticos, perros y gatos, y cuando mueren les practica la disección con unas pinzas, tijeras y otros instrumentos. Ha llegado a reunir en ocasiones hasta treinta o cuarenta animales, a los que interviene cuando mueren.

Doña Margarita habita el piso en compañía de una sirvienta, pues una hija que vivía con ella, llamada Margarita Shelly Ruiz de Lihory, de treinta y siete años, falleció el pasado día 19. Desde esa fecha algunas personas visitantes de la casa sospechaban que doña Margarita, dado su carácter y las manías y aberraciones que padece, pudiera haber mutilado el cadáver de su hija.

Practicado un registro por la Policía, por orden de la autoridad judicial, parece ser que han sido hallados en un armario los restos de una mano de mujer, perteneciente a la difunta.

***ABC*, VIERNES, 5 DE FEBRERO DE 1954.**
EDICIÓN DE LA MAÑANA

Capítulo de sucesos

EL SUCESO DE LA CALLE DE LA PRINCESA

El pasado sábado, por la noche, circuló el rumor de que en una casa de la calle de la Princesa habían sido hallados por la Policía, escondidos en un armario, algunos despojos humanos. Confirmada la noticia por un redactor de A B C, el domingo dábamos cuenta del hecho, que en síntesis era el siguiente: Por orden del Juzgado de Guardia, dos inspectores de la Brigada de Investigación Criminal practicaron un registro en uno de los pisos de la casa número 72 de la calle de la Princesa, del que es inquilina doña Margarita Ruiz de Lihory, de sesenta y siete años de edad, y en el transcurso de la investigación fué hallada en el interior de un armario una mano de mujer. Precisamente aquella diligencia se practicaba porque el Juzgado había recibido una denuncia en la que se insinuaba la posibilidad de que doña Margarita, a quien se atribuían ciertos trastornos mentales, hubiese realizado alguna mutilación en el cadáver de su hija Margarita Shelly Ruiz de Lihory, de treinta y siete años, fallecida en el domicilio materno el día 19 del pasado mes de enero.

Como consecuencia de las primeras actuaciones judiciales, fueron detenidos doña Margarita Ruiz de Lihory, su esposo don José Bassols Iglesias, con quien contrajo segundas nupcias durante la Guerra de Liberación, y los criados Luisa Bayarri y Antonio Torrero. El mismo lunes los dos criados eran puestos en libertad, y el martes, después de prestar declaración ante la autoridad judicial, quedaron libres doña Margarita y su esposo.

Mientras se practicaban esas diligencias cundían por la calle múltiples versiones en torno a las posibles circunstancias en que pudiera haberse realizado la profanación del cadáver, basadas casi siempre en meras conjeturas, y se especulaba acerca de la posible participación de cuantas personas se hallaban de un modo o de otro relacionadas con el suceso.

Entre tanto, el Juzgado enviaba a la Escuela de Medicina Legal el despojo humano hallado y algunos otros de origen animal, que también fueron encontrados en el piso.

Ayer, a las once y media de la mañana, se verificó, por orden del Juzgado de Instrucción número 6, que lleva el sumario, la exhumación del cadáver de la señorita Margarita Shelly Ruiz de Lihory. Extraído el féretro del nicho que ocupaba y descubiertos los restos, se comprobó que, aparte de la mutilación de la mano derecha, que, según comprobó el forense, correspondía al miembro hallado en el piso de la calle de la Princesa, se había practicado la extirpación de ambos ojos y de la lengua.

Allí mismo, el juez ordenó la práctica de la autopsia y dispuso que la Policía realizase un nuevo registro en el domicilio de doña Margarita. Esta vez, después de minuciosa búsqueda, los inspectores de la Brigada Criminal hallaron en el cuarto de baño un recipiente que contenía aquellos órganos.

A primera hora de la tarde, después de someter nuevamente a interrogatorio a doña Margarita y al Sr. Bassols, el juez dictó auto de procesamiento y prisión contra ambos y dispuso su ingreso en el Hospital Provincial para ser sometidos a examen y observación por el departamento de Psiquiatría. Sin embargo, los detenidos no pudieron ser admitidos en este establecimiento y por la tarde fueron trasladados a la Casa Psiquiátrica aneja a la prisión provincial, mientras uno de los hijos de doña Margarita, Luis Shelly, puesto en libertad por el Juzgado que instruye este sumario, quedaba detenido a disposición del número 9, que le reclamaba por supuesta estafa.

Cuando terminaron las declaraciones del Sr. Bassols y de su esposa, los periodistas abordaron al juez, pero no obtuvieron de él declaración alguna. Sin embargo, las disposiciones que esta autoridad adoptó parecen indicar que el desdichado suceso ha entrado en la fase de su desenlace, aunque ambos detenidos insisten en negar su intervención en la profanación cometida durante las dos noches que el cadáver de la señorita Margarita Shelly permaneció insepulto.

47

Albacete

La casa de Albacete era grande, de techos altos, oscura, fría y estaba llena de telarañas. Una gruesa capa de polvo lo cubría todo como un manto gris. Margarita recorrió enfurecida una estancia tras otra, insultando al servicio. Había avisado de su llegada la semana anterior, y aun así la casa no había sido abierta, no habían limpiado y recogido, las ventanas seguían cerradas y la casa sin ventilar. Olía a moho, a sucio, a ratas, a cucarachas que campaban a sus anchas por las paredes.

Mientras iba impartiendo órdenes con ira, salió al jardín donde se encontró con la misma desolación que en el resto de la casa. Las malas hierbas y la maleza trepaban por todas partes fagocitando los árboles, los arriates y los muros de la propiedad. Sus rosales, antaño llenos de perfumadas y blancas rosas, ahora yacían tristes y muertos sobre la tierra. Daba la impresión de estar en medio de una selva.

Se sentó en uno de los bancos de piedra, sin reparar en la capa de suciedad, de hojas y hormigas que lo cubría. Así que en ese estado se hallaba el palacete familiar tras la guerra, pensó. Desolada miró a su alrededor y comprendió que iba a tener que invertir mucho dinero para adecentarlo. Toda la casa, tanto en su interior como en su exterior, necesitaba de muchas reparaciones: una buena mano de pintura, tapar grietas y que un equipo de albañiles, fontaneros, electricistas y jardineros se emplearan a fondo una buena temporada. El palacio albaceteño, conocido como La Bastida, y que ocupaba parte de una manzana entre la calle Mayor y la del Tinte, era uno de los más grandes y nobles de la ciudad, y ponerlo a punto iba a costar sin duda una fortuna.

Cuando terminó la guerra, José María y ella acabaron por aceptar que en Barcelona no podrían ser felices, ni tener la vida que ansiaban tener. El que ambos estuviesen separados era algo muy difícil de asimilar incluso en una ciudad tan cosmopolita como aquella, y tras la victoria del general Franco, la situación se había vuelto todavía más complicada. El abogado quería permanecer en Barcelona, amaba la ciudad y los contrastes que la conformaban y la hacían única. Le encantaba pasear por la orilla del mar, comprar en el mercado de Santa Caterina, tomarse un vermut en el bar Marsella. No podía imaginarse viviendo en otro lugar que no fuese aquel.

Había conocido a Margarita cuando pensaba que su vida estaba ya hecha y encauzada, a pesar de lo cual se sentía muy desdichado. Lo había abandonado todo porque creía firmemente que cualquier persona tiene derecho a ser feliz y a procurarse su felicidad por cualquier medio, aunque sea ya a edad tardía. No miró atrás y no se lo pensó dos veces a la hora de abandonar a su familia para irse con ella. Jamás se reprochó a sí mismo aquella decisión, pues había conocido por fin el amor de verdad y siempre se sintió feliz a su lado. Aunque lo que sí lamentó fue que la

relación con sus propios hijos se volviese cada día más difícil. Para ellos había sido duro admitir que su padre se fuese de casa por otra mujer. Aunque si la conducta de su madre hubiese sido diferente, las cosas habrían sido seguramente más fáciles.

Pero no, su exmujer decidió inmediatamente odiar a José María, es más, lo convirtió en una cruzada personal donde la única misión de su vida a partir de entonces sería odiarlo y hacérselo pagar de cualquier forma posible. Consiguió que se le considerara persona *non grata* no solo en su familia, sino también en los ambientes más selectos de la ciudad. A tal punto llegó su odio, que logró que se sintiese completamente repudiado por todos aquellos a los que conocía en Barcelona, algunos incluso amigos de él de hacía muchos años.

En esas condiciones, el trabajo en el despacho y en los tranvías se volvió algo insoportable. Muchos de los mejores clientes no querían tratar con él, y eso a pesar de que era uno de los abogados más respetables y brillantes de Barcelona. José María Bassols comenzó a deambular por la ciudad, sintiéndose perdido. ¿Cómo era posible que aquella que siempre había sido para él su casa, que sus calles y sus gentes, que tanto había amado y por los que tanto había hecho, ahora lo despreciasen? ¿Por qué los que antes tanto afecto le profesaban ahora lo rehuían? No conseguía entender por qué el amar a una mujer con la lealtad, la admiración y la profundidad con la que él amaba a Margarita, pudiese significar un problema, y mucho menos causa de escarnio y burla. Pensó que aquello terminaría por pasar, por olvidarse, y al final recuperaría la estima y consideración de los suyos. Pero pasaban los días, las semanas y los meses, y la situación no hacía más que empeorar.

A Margarita le encantaba Barcelona, para ella era la magnética ciudad donde había conocido a su querida Isabel, y secretamente abrigaba la esperanza de que su amiga volviese en cualquier momento y retomasen su relación como si el tiempo, la guerra y el dolor no hubiesen transcurrido mientras tanto. Sin embargo, Isabel no solo no volvía, sino que no parecía tener intención de hacerlo.

Su círculo de amigos se fue restringiendo cada vez más, y al igual que había sucedido en Valencia tantas veces, no podía soportar los cuchicheos que parecían acompañar sus pasos cada vez que salía de casa, las miradas furtivas, los gestos reprobatorios. Era repetir la misma pesadilla, pero encima en una ciudad donde no contaba con ningún tipo de apoyo, sobre todo familiar. Tenían que irse de allí y lo antes posible.

—Vámonos a Albacete —le dijo un día a José María.

—¿¡Albacete!? ¿Qué demonios se nos ha perdido allí? —respondió él.

—Piénsalo, querido, heredé de mi madre varias fincas allí. Está el palacio Bastida en la ciudad y varias fincas en el campo, que seguro producen buenas rentas de lo sembrado. Si nos vamos allí no solo tendremos casa y comida, sino también ingresos. No olvides que cuando ganaste el pleito por la herencia de mi abuela, me lo adjudicaron todo, pero aún no hemos ido a reclamarlo.

—Pero… ¿Albacete? Margarita, yo vengo de Barcelona y no sé si podré acostumbrarme a vivir en un lugar sin mar. ¿Y tú? ¿Serás capaz? Has recorrido medio mundo, llevas años fuera. Incluso te costó al principio hacerte a Barcelona. Imagina vivir en una ciudad tan pequeña y pacata como Albacete.

—¿Tenemos otra opción? Si eres capaz de plantearme otra idea, estaré encantada de escucharte, pero yo por más que pienso en ello no la encuentro. Y estoy ya cansada de que la

gente me mire como si hubiese cometido un pecado mortal, cuando lo único que he hecho ha sido amarte. Un día no sé qué locura voy a cometer si vuelvo a escuchar un cuchicheo a mis espaldas.

—Querida mía, yo soy abogado y me gustaría continuar ejerciendo mi profesión. No sé si esa ciudad es la adecuada para hacerlo, si habrá clientes importantes, si podremos prescindir de las comodidades que, ahora que ha acabado la guerra, disfrutaríamos aquí.

—Piénsalo. Abogados se necesitan en todas partes, y conque te dediques a mis asuntos ya tienes trabajo más que suficiente. Entre los pleitos de herencias y los de la baronía, no creo que vayas a tener mucho tiempo para aburrirte. Y en Albacete hay muchos señores latifundistas, de dinero viejo, que estoy segura que estarán encantados de contar con la experiencia y sabiduría de un excelente abogado como tú. Además, no soporto ya esta situación; si seguimos así, un día le pego un tiro a tu exmujer. Y, dime la verdad, ¿realmente eres feliz aquí?

José María no pudo engañarla. No, no era feliz, hacía mucho que sus paseos por Barcelona habían empezado a perder su atractivo.

Margarita tenía razón, debían irse.

A finales de 1939, dedicaron tres meses a poner a punto la gran casa y el jardín de Albacete, durante los que tuvieron que trasladarse al Gran Hotel. Recorrieron en coche las fincas heredadas y descubrieron con gran sorpresa que una de ellas, la más grande e importante, había sido ocupada durante la guerra y que los que allí vivían no estaban dispuestos a abandonarla. Incluso llegaron a gritarles y amenazarles, diciéndoles que los verdaderos dueños estaban muertos, que la finca era suya, que ellos nada tenían que hacer allí y que no volviesen o algo grave podía sucederles.

Margarita no dudó en acudir a la Columna de Orden y Policía, a presentar la denuncia correspondiente ante el comisario jefe de investigación y vigilancia, exigiendo que le fuese devuelta de inmediato la Finca Cortés. El comisario solicitó a su vez el informe sobre la ideología político social de Margarita, y a los pocos días le enviaron un dosier donde se podía leer: «*Que es persona de intachable conducta político social y afecta en sumo grado a nuestra Santa Cruzada*».

Gracias a tan impecables referencias, la diligencia se solucionó en un periquete. La Guardia Civil, en tan solo dos días, expulsó a los ocupantes ilegales de la finca. Margarita estaba exultante, solo esas tierras darían tanto dinero que podrían vivir con cierta holgura el resto de sus días.

Cuando sus hijos llegaron, se les cayó el alma a los pies. Aquello no era Madrid, ni Barcelona, ni siquiera Valencia. Les pareció que hacía frío, que la casa era fea, que el servicio era torpe, que los días se eternizaban, que no había nada que hacer. Se aburrían soberanamente. Margarita les reñía, les decía que no sabían apreciar la suerte que tenían, que podían dedicarse a los campos, a administrar las fincas, a controlar las siembras y los animales. Pero, en el fondo, se aburría tanto como ellos.

Aquella ciudad se le quedaba pequeña. Sus gustos, antaño exquisitos, tenían ahora que adaptarse a una realidad más austera y dura. Las obras que se representaban en el teatro Circo eran casi siempre obras clásicas que ya se sabía de memoria. Volver a ver por enésima vez algo

de Lope de Vega aún podía soportarlo, pero a Calderón de la Barca sí que no lo aguantaba, y, por desgracia, debía de ser el favorito del público allí, pues casi todo lo que representaban era de él. Cuando leía a Azorín describir la ciudad como «el Nueva York de la Mancha», Margarita pensaba que el escritor estaba de broma, o realmente jamás había cruzado el Atlántico.

La guerra había terminado hacía tan solo unos meses y aún se veían restos de los bombardeos por todas partes. Los izquierdistas eran perseguidos con ahínco, se establecieron tribunales militares, había miseria y hambre y el ambiente en general en la ciudad era bastante deprimente.

Pero nada de todo esto interesaba en realidad a Margarita y su marido. El matrimonio se dedicó a ver crecer sus cultivos de cebada, trigo y maíz, a criar ovejas y vacas y a soportar las caras largas y los reproches de sus hijos, que ya mayores y sin oficio ni beneficio, preferían quejarse a trabajar. Todos querían marcharse de allí, todos se aburrían enormemente, se sentían extraños en una ciudad que no significaba nada para ellos. La única realmente feliz en Albacete, la única que se adaptó fue Margot.

48

Margot

La hija mayor de Margarita había descubierto en la ciudad manchega un lugar donde sentirse en paz por primera vez desde hacía mucho tiempo. Le gustaban sus campos y sus ríos, el frío del amanecer y del anochecer, el cielo límpido, las gentes sencillas y amables. Cierto que el ambiente era bastante deprimente, que las represiones y la pobreza hacían difícil pensar que existiese un futuro esperanzador por delante, pero cuando la banda sinfónica municipal de Albacete comenzaba a tocar un pasodoble o una zarzuela, parecía que todo se olvidaba, que el mundo podía ser un lugar digno y amable en el que vivir.

Los años pasaban y ella cada vez estaba más a gusto en la ciudad. Mientras trabajaba como funcionaria en el Instituto Nacional de Previsión de Albacete, Margot comenzó a ayudar en sus ratos libres en distintas casas de caridad, cuidando de los más pobres. Su fama de buena mujer, piadosa y caritativa, se extendió por doquier. Se la veía en el trabajo, en misa, en el hospital, siempre atareada, siempre con una sonrisa, siempre cariñosa y educada.

Margot aprovechaba los fines de semana para viajar por la provincia. Compraba quesos en La Roda, visitaba la iglesia de San Bartolomé en Tarazona, las montañas en Ayna o el nacimiento del río Mundo. La Mancha se convirtió en su refugio y su alegría, en el lugar donde sentirse libre y escapar al control de su madre, pues ¿qué podría ocurrirle allí? Su sitio favorito entre todos ellos, era Villalgordo del Júcar, donde disfrutaba inmensamente de la compañía de la familia Gosálves.

Había conocido a don Enrique Gosálves, su mujer María y sus once hijos años antes en Madrid, originarios de Alcoy, y habían hecho gran amistad ya que tenían una hija de su misma edad. Así que cuando se marchó a vivir a Albacete con su madre y se enteró de que ahora los Gosálves residían muy cerca, no tardó en acercarse a visitarlos. Aunque lo que nunca habría podido imaginar era que en vez de verlos en una enorme casa solariega, como ella esperaba, los encontraría en un auténtico palacio versallesco.

Don Enrique era un hombre inteligente y emprendedor, que sabía lo que una persona, un pueblo o una ciudad necesitaban lustros antes de que el resto llegase a la misma conclusión. Decidió establecer sus industrias en Villalgordo del Júcar y, para que pudiesen funcionar de la forma más eficiente posible, fundó junto al río la segunda fábrica de electricidad de España. Conservas, bodegas, almazaras, papeleras, las industrias crecían y se diversificaban, y con ellas el pueblo, que había prosperado convirtiéndose en uno de los más ricos de la zona.

Cuando el coche que la llevaba se paró junto al porche de entrada de la escalinata del palacio, Margot pensó que la habían engañado y que en realidad estaba en París. El edificio era monumental, con el techo de planchas de zinc e imponentes ventanales, rodeado de un cuidado

jardín en el que destacaba una hermosa fuente, al parecer regalo nada menos que de la zarina Alejandra.

Salieron don Enrique y doña María a recibirla con gran alegría y la condujeron al interior, donde Margot no pudo evitar una ligera exclamación de asombro. Realmente estaba en Versalles. Del gran vestíbulo partía una escalera imperial que conducía al piso superior. Las alfombras eran orientales y tan gruesas que no se oía sonido alguno al caminar. Las cortinas eran del más rico brocado, los cuadros de los mejores pintores, las lámparas traídas de Italia. Pero si el lujo era desorbitado allí, al subir a la planta superior quedó deslumbrada por el Salón de los Espejos, una estancia acogedora donde resaltaban la enorme chimenea y la fuente.

Todo el palacio era una sorpresa detrás de otra. Cada habitación contaba con un baño, agua corriente y calefacción central. Era sin duda la casa más lujosa en la que Margot había entrado en su vida. Había una sala de baile, un salón oriental con papeles de arroz y caña de bambú, una sala árabe con zócalos geométricos, habitaciones llenas de trampantojos, de molduras *art noveau*… Una auténtica locura para los sentidos.

La trataban como si fuese una más de la familia y ella se sentía feliz. Salían a cazar perdices, le enseñaban a catar el vino de sus bodegas, la invitaban a los bailes que organizaban muy de vez en cuando. Todo era perfecto, hasta que su madre se enteró de sus idas y venidas a Villalgordo.

Margarita conocía de sobra la fama de los Gosálves, y desde el primer momento tuvo claro que su hija debía casarse con uno de los hijos. Con cuál le era indiferente, había muchos para escoger. Por ese motivo comenzó a acompañar de vez en cuando a su hija, siempre vestida de forma extravagante y rica, con túnicas bordadas y numerosos collares, o vestidos largos y exóticos tocados.

Tanto la gente de Albacete como la familia Gosálves la miraban asombrados. Era tal el despliegue de excentricidad del que hacía gala Margarita, que dejaba boquiabiertos a todos los que se cruzaban con ella. Si hubiese llevado un tigre caminando a su lado, el animal habría pasado desapercibido.

Margot acabó hastiada de su madre. Odiaba sus insinuaciones en las comidas con don Enrique Gosálves y sus hijos, odiaba cómo cuchicheaba con doña María, su mujer. No podía soportar verla una y otra vez exhibir sus encantos, convirtiéndose siempre e indefectiblemente en el foco de toda la atención. Hablaba de ella, de sus viajes, de sus experiencias, de la gente famosa y rica que había conocido, de su fortuna, de sus gustos, de los hombres. Opinaba sin tener miedo alguno a que sus opiniones gustasen o no, porque le daba igual. Pero para Margot lo peor era que conseguía hechizar a los presentes, como una avezada e hipnótica Sherezade. Cuando Margarita estaba presente, Margot se diluía como el agua en la leche, y tan pálida como ella desaparecía de la estancia buscando refugio en cualquier lugar lejos de su madre.

Así fue como dejó de ir a Villalgordo, para enfado de Margarita, que ya la veía celebrando una gran boda al pie de la monumental escalinata del palacio de don Enrique. Por mucho que su madre le insistió, por mucho que le habló de las enormes ventajas que entrañaría un matrimonio así, Margot no transigió. Ella era buena, desde luego no había nadie sobre la tierra que pudiese decir que sus deberes como hija no los había cumplido de sobra. Había sido una niña y luego una adolescente obediente, estudiosa, educada. Aunque todo tenía un límite.

Estaban a finales de 1950 y llevaban más de diez años en Albacete. Había sobrevivido a una guerra, había cumplido la mayoría de edad hacía lustros y no iba a dejar que nadie le dijese de quién enamorarse. Pero lo que no había previsto Margot era que su corazón fuese a parar a un simple dibujante.

José Panadero no era un joven especialmente apuesto, pero había sabido conquistarla con su sonrisa simpática, su cortesía y sus dibujos. Lo veía a veces en el Casino Primitivo cuando iba a jugar a la brisca con sus amigas, y al principio no le había llamado lo más mínimo la atención. De hecho, pensaba que no tenía tiempo para los hombres. Su trabajo y sus obras de caridad llenaban su vida. Pero aquel muchacho no la miraba con atrevimiento o insolencia, como hacían unos. No la miraba con admiración o con desprecio como hacían otros. Simplemente, la miraba.

Así, poco a poco, empezaron a hablar, y él le contó que lo que más le gustaba era encuadernar libros antiguos, que hacía de forma artística. Tan bien se le daba, que hasta el duque de Alba o la Biblioteca Nacional habían requerido de sus servicios. Pero además, pintaba. Le regalaba cada dos por tres acuarelas donde plasmaba los árboles y los pájaros, la catedral y el cielo azul, la ciudad y el campo. Pero el día que le dio un retrato suyo envuelto en papel de seda, Margot supo que se había enamorado.

Su madre montó en cólera. ¿Quién era aquel hombre? ¿De dónde había salido? Ella era una Ruiz de Lihory, de familia noble, ¿qué hacía perdiendo el tiempo con un don nadie? Intentó por todos los medios que lo dejasen. Le decía a su hija que él no la amaba de verdad, que lo que en realidad quería eran sus cuartos, su posición, su apellido. Que no la haría feliz, que la haría una desgraciada, que no contasen con ella, no iba a ayudarles, no iba a darles un duro, que si se casaba con él aprendería lo que era ser pobre.

A Margot le dio igual lo que su madre dijese. Escuchaba sus argumentos con la misma indiferencia firme y educada con la que había aprendido a decir no cuando algo no le convenía o no le gustaba. Así cayesen piedras del cielo, cuando Margot decía que no, ni el mismo papa habría podido convencerla. Así que Margarita se resignó a la relación, con la secreta esperanza de que antes o después esta fracasase.

Margot ya no era joven, pero estaba convencida de que podía tener un futuro feliz al lado de José. Se imaginaba que pronto celebrarían una pequeña y discreta boda en la catedral de Albacete, que tendrían muchos hijos, que vivirían en una casa con corral y jardín y que envejecerían juntos de forma tranquila viendo a sus hijos ya maduros casarse a su vez.

Hasta que cayó enferma.

Comenzó de la noche a la mañana, sintiéndose muy cansada. Nunca en su vida se había sentido así. Tan fatigada estaba, que solo de pensar en levantarse de la cama se le hacía un mundo. Cada vez estaba más delgada, pues el apetito la abandonó y solo conseguía comer un poco de caldo cada día. En unas ocasiones tenía fiebre, en otras sudores nocturnos. Durante meses estuvo en esta situación, sin que ningún médico de la provincia diese con la causa del mal.

Su madre mandó llamar a los mejores médicos de Madrid. Le practicaron sangrías, la pusieron a dieta de carne roja, le dieron los últimos medicamentos. Margot pasaba periodos en los que se encontraba mejor y después recaía. Ella solo pensaba en estar con José, en verle, en poder besarle como hacían cuando estaban a solas. Pero su madre no permitía visitas en la casa, la aisló de todos sus conocidos, asfixiándola con sus cuidados.

Una mañana Margot se levantó de la cama sintiéndose mucho mejor. Pensó que por fin se había curado, que iba a poder salir de aquella casa en la que le daba la sensación de haber estado prisionera todos aquellos meses. Tan fuerte se sintió de cuerpo y espíritu, que lo primero que hizo fue decirle a su madre que se iba. Que buscaría otra casa en la ciudad, pero que necesitaba irse de allí y vivir su vida.

«¡Qué escándalo! —gritó Margarita—. Y ¿adónde irás? Eres una Ruiz de Lihory, te debes a tu apellido. No puedes vivir en cualquier casucha, sin servicio, sin las comodidades que tienes aquí. Esta es tu casa Margot, y te guste o no, aquí es donde debes vivir».

Margarita pensó que el asunto había quedado zanjado, pero la voluntad de su hija era más fuerte que cualquier palabra, que cualquier reprimenda. Margot fue a hablar con el marido de su madre, con la esperanza de poder hallar una solución. Su padrastro siempre había sido un hombre cabal y juicioso, y esperaba que está vez pudiese ayudarla a ella, como hacía con todos los pleitos de su madre. Al fin y al cabo, él lo había dejado todo por amor.

José María Bassols la entendió perfectamente. Su necesidad de vivir, de respirar, de no estar controlada de forma permanente, de amar a José Panadero y tener una relación normal, como tenían todos los novios. Había estado muchos meses enferma, y aun así él no había dejado de enviarle cartas y flores, de decirle que la quería, que la esperaría el tiempo que hiciese falta. José María la entendió porque así se había sentido él cuando conoció a Margarita. Esa era la intensidad con la que había necesitado amarla, con la que había decidido dejarlo todo por ella.

Cuando su marido fue aquella noche a hablar con ella, Margarita comprendió que nada podía hacer contra la decisión de su hija. Primero se enfadó, gritó y dio golpes contra los muebles. La desagradecida de su hija mayor, desobedeciendo, buscando apoyos, queriendo escapar de la que por derecho era su casa. Irse con un dibujante que a saber de dónde venía y qué vida le daría. Le daba igual si se querían. ¿Es que no era capaz de pensar en el futuro? ¿Cuánto duraba el amor?

José María le dijo que Margot se parecía mucho a ella, que ambas tenían el mismo carácter fuerte e indomable, aunque la hija lo sacase muy de vez en cuando y siempre sin elevar ni un tono la voz. ¿Por qué no se iban de una vez a Madrid?

—Piénsalo, amor, llevamos ya diez años en Albacete, y ninguno parece feliz de vivir aquí, excepto Margot. Volvamos a nuestra casa en la capital, deja que Margot se quede aquí, que estará más controlada por el servicio, y dejemos que viva su vida, como nos lo ha pedido. Nosotros volveremos a la vida social y las fiestas, a codearnos con lo mejor de Madrid, a comer en los más exquisitos restaurantes, asistir al teatro, comprar en las tiendas más lujosas. ¿Qué más te da si ella se quiere quedar? Mejor así, ya que podrá supervisar nuestras fincas y nosotros dedicarnos a cosas más placenteras. Volvamos a la casa de la calle Princesa ahora que la guerra acabó, que los chicos han crecido y que podemos llevar nuestra vida como queramos.

Margarita lo escuchó sin mucho convencimiento, dejar a su querida hija sola y soltera no le gustaba nada. Pero cuando sus hijos se enteraron de los planes, entraron en éxtasis. ¡Volver a Madrid! ¡Irse de Albacete! A partir de ahí no hubo hora del día en la que no preguntaran cuándo se iban. Al final, no le quedó más remedio que aceptar la derrota. Todos querían irse, incluso ella en el fondo, y parecía que el momento adecuado había llegado.

Margot los despidió desde la puerta de la gran casa señorial, sonriendo y llena de felicidad. Mientras veía alejarse los coches cargados de maletas hasta arriba, pensó que a partir de ahí nada

podía salir mal. Tenía un gran amor y podía vivir de su sueldo holgadamente. Era completamente dichosa.

Un año después, cuando la fecha de la boda se había fijado y ella estaba de camino a Madrid para buscar un vestido de novia, se encontró indispuesta. Nunca llegó a la capital, ni llegaría a probarse vestido alguno. Su enfermedad progresó a pasos agigantados, sin que ningún médico pudiese entender qué era lo que la estaba consumiendo.

A finales de 1953, Margot empeoró de forma tan alarmante, que su madre fue a recogerla a Albacete y la instaló en una habitación de su casa de la calle Princesa. Montó un altar lleno de velas donde pedía todos los días que su hija se curase. La lavaba, le peinaba el cabello, le cambiaba el camisón y le ponía colonia. Se encargaba de que preparasen en cocina los platos que más le gustaban, de los que Margot poco o nada probaba. Se moría, y en un momento de lucidez ella misma se dio cuenta de cuál era su terrible situación. Había esperado, rezado, deseado que lo que fuese que le aquejaba algún médico se lo curase. Por ello se sometió resignada a todo tipo de tratamientos, a las dolorosas sangrías, a no ver a José que la esperaba en Albacete. Pero cuando aceptó que de aquella casa no saldría con vida, lloró durante horas. No porque fuese a morirse, a fin de cuentas solo el Señor era inmortal, sino porque no había podido casarse, ni tener hijos, ni verlos crecer.

Desde la cama miraba por la ventana y veía el cielo azul y la luz del sol. Después cerraba los ojos y se imaginaba cogida de la mano de José Panadero, casados y paseando por la calle con dos niños pequeños, que saltando y gritando a su lado les pedían a sus padres que les comprasen un helado. Y las lágrimas corrían por las mejillas de Margot, impotente ante un destino que creía no merecer.

¿Acaso no había sido una buena persona, una buena creyente? Había trabajado y sufrido, había ayudado siempre a los más necesitados, había sido generosa y amable, y no porque se obligase a serlo, sino porque le nacía de corazón. Lloraba y la vida se le antojaba algo maravilloso que no había tenido tiempo de saborear en profundidad. Cerrados los ojos y las manos sobre el regazo, respiró hondo y se olvidó de su madre, de su familia, de aquel soldado en Barcelona, del cielo de Madrid y se imaginó a ella misma sentada en un sofá junto a José que, con las ceras en la mano, la pintaba despacio con una sonrisa llena de amor en los labios.

49

Extracto del informe sobre el estado mental y psicológico

CLÍNICA MÉDICO FORENSE
SUMARIO 46/54, JUZGADO NÚMERO 6, AUDIENCIA PROVINCIAL DE MADRID, SECCIÓN TERCERA

INFORME SOBRE EL ESTADO MENTAL Y PSICOLÓGICO DE LA PROCESADA DOÑA MARGARITA RUIZ DE LIHORY EMITIDO POR LOS MÉDICOS FORENSES DON BENIGNO VELÁZQUEZ AMEZAGA, DON EDUARDO BLANCO GARCÍA Y DON JOSÉ VELASCO ESCASSI, DIRECTOR ESTE ÚLTIMO DEL SANATORIO PSIQUIÁTRICO PENITENCIARIO

CONSIDERACIONES MÉDICO LEGALES:

Que tras haber sometido a doña Margarita Ruiz de Lihory a varias pruebas médicas, análisis y sesiones con los referidos psiquiatras, podemos afirmar que doña Margarita se da perfectamente cuenta de los hechos que realiza, y que no sufre merma alguna en su capacidad de conocer.

Asimismo su voluntad le permite inhibir sus actos. Ni aun dando por hecho la más intensa reacción afectiva, tal como le originó la muerte de su hija, puede ni de lejos suponerse que su voluntad presentara menoscabo para frenar sus impulsos.

No hemos podido descubrir a lo largo de la minuciosa exploración efectuada un solo momento en que la informada no supiera lo que quería y no hiciera su voluntad. Una muestra elegida al azar entre tantas vamos a exponer aquí: cuando ella se defendía de la posibilidad de que fuera calificado como patológico su cariño a los perros, nos puso el ejemplo de cierta condesa muy amante de los animales, y cuando se percató de que escribíamos título y señas nos dijo: «Táchelo, por Dios, doctor, no sea que esto trascienda y pueda perjudicarme. En la situación en que hoy me encuentro no puedo permitirme el lujo de restar un solo amigo a los pocos que en la actualidad me quedan».

El apellido de tendencia necrofílica que por su afición a la reliquia, en amplio sentido, puede adjudicársele, no rebaja en lo más mínimo su facultad de conocer y obrar con arreglo a conocimiento. De lo expuesto se deducen las siguientes conclusiones médico legales:

1. *Que doña Margarita no padece ninguna enfermedad mental.*
2. *Que psicológicamente presenta una tendencia muy marcada a la reliquia, y por estar en íntima relación con la muerte, en un sentido muy amplio puede considerársela como necrofílica.*
3. *Que conoce perfectamente el valor de sus actos.*
4. *Que puede inhibirlos.*
5. *No se ha obtenido ninguna prueba psicológica (test) de la que pueda deducirse una participación de la inculpada en el delito que le imputa, aunque este concuerda perfectamente con la psicología de la informada.*

Madrid, 8 de mayo de 1954

50

Margarita

—Diga su nombre y fecha de nacimiento, por favor.

—Margarita Ruiz de Lihory, baronesa de Alcahalí, nacida en Valencia el 25 de febrero de 1893.

—Según nuestros datos, nació usted en 1889.

—Eso no es verdad.

—Hemos consultado varios registros, y en cada uno pone una fecha diferente. Pero en el Registro de Títulos Nobiliarios y Grandezas, en el que figura su padre el barón, consta que su segunda hija, Margarita, nació en 1889.

—Fue en 1893. Sabré yo cuando nací…

—Como quiera, pero está usted en un interrogatorio policial no en un té con las amigas. Aquí nos da igual su edad, señora.

—Muy amable. Pero insisto en que…

—No insista tanto y continuemos con las preguntas. ¿Sabe por qué fue detenida?

—Sí y no.

—¿Qué quiere decir con eso? ¿Comprende usted la naturaleza de los hechos que se le imputan?

—Perfectamente.

—Y ¿cómo se declara?

—Inocente, naturalmente. ¡Todo esto es una locura!

—Si es una locura o no, lo decidiremos nosotros. Lleva usted ingresada tres meses en el sanatorio psiquiátrico penitenciario, donde ha sido examinada por varios médicos forenses. ¿Es correcto?

—Así es.

—¿Sobre qué hablaban?

—Un poco de todo, pero sobre todo de mi vida, de lo que fui y de a quién he conocido, de mis viajes y mis misiones. Pero todo esto ustedes ya lo saben, habrán leído atentamente los informes, ¿no es así?

—Nos gustaría repasar varios aspectos de sus declaraciones, por el bien de la investigación. Díganos, ¿por qué cree usted que la denunció su hijo Luis?

—No lo sé. A lo mejor para hacerme daño, por venganza. Vaya usted a saber, debería preguntárselo a él.

—Pero se lo pregunto a usted.

—Mi hijo, al que siempre he querido mucho, es una persona inestable, y como todas las personas inestables tiende a hacer cosas de las que no mide las consecuencias. Le he dado cuanto

ha necesitado, dinero, amor, incluso lo he sacado varias veces de la cárcel. No sé qué mal he hecho para haber merecido un hijo así, siempre metiéndose en problemas, pendenciero. He intentado ayudarle, he hablado con él muchas veces, pero nada ha funcionado. Si me ha denunciado es porque le dije que esto se había acabado. Yo no soy el Banco de España, no puedo seguir sufragando la vida disipada que lleva. No hace honor a su apellido ni a su familia.

—Él sostiene que nunca han tenido buena relación, es más, que en realidad no han tenido prácticamente relación ya que estaba usted siempre fuera.

—¡Por Dios, qué estupidez! Es cierto que pasé los primeros años de su infancia viajando, pero no fue por placer, y que luego seguí haciéndolo, pero no escuchará quejas por parte de ninguno de sus hermanos. Como le he dicho, él es especial. Es mi hijo, eso no puedo cambiarlo, y lo quiero. Pero si hay uno de mis hijos al que nunca pude entender, es a él. He sido una madre atenta y generosa, cualquiera de ellos se lo podrá confirmar.

—Pero aun así, denunciar a una madre son palabras mayores. Dice que sus sospechas aparecieron tras hablar con una de las criadas, doña Luisa Bayarri.

—Luisa es medio boba. Es lo que pasa cuando una trata con gente de pocas luces, que creen ver cosas donde no las hay, y son fácilmente sugestionables. Mi hijo la convencería para que dijese las sandeces que dijo.

—Se encontraron varios objetos de difícil clasificación, y cuyo significado tuvo la deferencia de aclararnos su hijo Luis. Sangre de su hija en un frasco. El fonendoscopio del médico que la asistió durante su enfermedad. El apéndice de uno de sus hijos, operado varios años antes. El traje que llevaba el mayor cuando fue detenido por la policía republicana durante la guerra. Por no hablar de varios perros disecados. ¿Puede explicarnos todo esto?

—Paco se pasea por media España con el brazo incorrupto de santa Teresa, y a él nadie le pide explicaciones.

—Le ruego muestre respeto por nuestro Caudillo. Sabemos de su amistad, pero no le vamos a permitir ni un exabrupto más de este tipo, o en vez del sanatorio conocerá la cárcel de mujeres.

—Pero es cierto. Él tiene la reliquia de una santa, yo de miembros de mi familia, ¿cuál es la diferencia? Me preguntan por los recuerdos que he acumulado a lo largo de mi vida, que he guardado con devoción religiosa. Mi hija ha muerto, es cierto que conservo el fonendoscopio del médico, algo de ella se queda conmigo, algo que podré tocar y venerar hasta el día que yo muera. Pero el que yo quiera recordarla, no significa que la haya mutilado.

—Repasemos la noche de autos. ¿Por qué no permitió que nadie entrase en la habitación donde yacía doña Margot, recién fallecida?

—Mire, no espero que lo entienda, a lo mejor no tiene hijos, pero si los tiene, piense usted en uno de ellos muerto en plena juventud. Me volví loca. Mi pequeña había muerto y ese dolor me acompañará el resto de mi vida. ¿Qué peor castigo puede haber para una madre? Me quedé con ella velándola, nuestra última noche juntas.

—No permitió que nadie viese el cadáver al día siguiente. Lo metieron en el ataúd y lo cerraron, sin permitir que nadie de la familia, ni siquiera sus hermanos, la despidiesen.

—¿Para qué? Habían estado muy ocupados durante la enfermedad de Margot para venir a verla. Y ahora en su lecho de muerte pretendían aparecer para decirme cómo hacer las cosas, a mí, su madre, y en mi propia casa. Además, el cadáver había entrado en fase de descomposición y olía muy mal. Había que cerrarlo ya.

—Pero eran sus hermanos, tenían derecho a verla.

—¡Y yo era su madre! Sé lo que es mejor para cada uno de ellos.

—Entonces, si fue usted la única persona que estuvo con doña Margot aquella noche, tuvo que ser usted quien mutiló su cadáver.

—Yo jamás haría algo así. Tuvo que ser Luis, para vengarse.

—Pero ¿cuándo? No se quedó a solas con la difunta en ningún momento tras su fallecimiento, tal y como usted, su marido y la criada han confirmado.

—Eso pensamos nosotros, pero vaya usted a saber. Ese es su trabajo.

—Sabemos cuál es nuestro trabajo, señora. Pero ¿cómo iba a hacerlo delante de todos los empleados, familiares y amigos? Doña Margarita, quiero que entienda que hemos contemplado todas las posibilidades, y al final las sospechas recaen siempre en usted. Tras el hallazgo de los ojos, la lengua y la mano de doña Margot en su piso de la calle Princesa, se procedió a la exhumación del cadáver comprobando que, efectivamente, dichos órganos le pertenecían a ella. Por otra parte, se le había rasurado el pubis con una cuchilla muy afilada. Entenderá usted que su hijo Luis pudo, quizá, y no imaginamos cómo, cortar una mano deprisa y corriendo en medio de un velatorio atestado de gente. Pero rasurar un pubis no se hace en un minuto. Si no fue usted, nos queda su marido o la criada. Pero usted misma ha repetido varias veces que solo usted estuvo la noche de autos con la fallecida. Así que, reconozca de una vez que mutiló el cadáver de su hija, por las razones que fuesen, y terminemos ya con esta farsa.

—Desde que me detuvieron he defendido mi inocencia, y no voy a cambiar ahora mi declaración porque a ustedes no les cuadren las cosas. Yo soy inocente.

—En efecto, no ha cambiado ni una coma desde su primera declaración hace tres meses a la de hoy. Pero sigue sin contestarme. Nadie pudo haberlo hecho más que usted.

—No es cierto. Aquella noche salí dos veces de la habitación, una para cenar y otra para ir al baño. Esos dos momentos pudieron ser aprovechados por mi hijo Luis para hacerlo, o por cualquier otra persona.

—Pero si a su hija le hubiese faltado una mano, usted se habría dado cuenta. Y si no aquella noche, al día siguiente, al amortajarla.

—Desde el alba en aquella habitación entraron varias personas, cualquiera pudo hacerlo.

—Pero todas declaran que cuando llegó el amanecer, su hija ya había sido lavada y amortajada. La vieron ya en el ataúd, cuando estaban cerrando la tapa.

—Eso no es cierto, mienten todos.

—¿Todos? ¿Me está diciendo que todos sus hijos mienten?

—Pues claro que sí. Le voy a explicar lo que ocurre aquí, visto que ustedes que son los policías no consiguen averiguar nada útil. Mis hijos quieren incapacitarme, quedarse con mi dinero, mis casas, mis tierras. Por eso me denunció Luis, y por eso me han denunciado ahora, meses después, el resto de ellos. Unos desagradecidos eso es lo que son. Si yo fuese esa madre horrible y abominable que dicen que soy, no me habrían escrito todas las cartas que les ha enseñado mi abogado. ¿Las han leído? Sí, esas en las que hablan de lo buena y lo generosa que soy, de lo mucho que les ayudo, del cariño que me tienen. ¿Quién miente aquí, señor? Porque todo esto no es más que una conspiración para desahuciarme, para que me metan en la cárcel, me declaren loca e incapaz, para apropiarse de lo que es mío, de lo que con tanto esfuerzo he conseguido estos años.

—¿Pudo haber cometido las mutilaciones su marido?

—¿¡José María!? ¿Está usted loco? No me haga perder el tiempo diciendo tonterías, por favor. Mi marido es de una rectitud intachable, antes se habría cortado la mano él que hacérselo a nadie.

—Será todo lo intachable que quiera, pero vive en pecado con usted. Le recuerdo que es un hombre casado y que su mujer vive en Barcelona. ¿Cómo es la relación de sus hijos con don José María Bassols?

—Buena, muy buena diría yo.

—¿Mejor que con usted?

—En absoluto. Yo soy su madre, a José María le tienen el cariño y el aprecio que se siente por alguien con quien compartes casa durante años. Les ayuda en temas legales, les asesora en lo que puede, pero le repito que yo soy su madre.

—Una madre que durante años no tuvo tiempo para ellos.

—No lo tuve porque estuve ayudando a mi país en la guerra del Rif, ¿dónde estaba usted, entonces? Le recuerdo que me condecoraron, la plana mayor del ejército francés en Marruecos me felicitó. Me gustaría saber qué ha hecho usted de relevante en su vida, qué proeza ha realizado por la que vaya a pasar a la posteridad, aparte de esta estupidez de detenerme.

—En este momento, gracias a las «proezas» que ha realizado con el cadáver de su hija, donde va a pasar usted la posteridad es en la cárcel.

—Eso ya lo veremos. Estoy convencida de que en un juicio se me declarará inocente. Que se probará que los hechos que se me imputan son falsos, que mi marido nada tuvo que ver, que todo esto es un complot de mi hijo Luis. Recurriré a quien sea, me oye, a quien sea, con tal de probar mi inocencia. Le repito que todos mienten.

—Usted también ha mentido en numerosas ocasiones. Miente con la fecha de su nacimiento, usted no tiene sesenta y un años, sino sesenta y cinco. Miente cuando se presenta como marquesa de Villasante, baronesa de Alcahalí, duquesa de Valdeáguilas y vizcondesa de la Mosquera, ya que dichos títulos le corresponden a su hermana Soledad, la primogénita. Miente cuando dice que fue la primera mujer en licenciarse en derecho, o cuando dice que fue la única mujer corresponsal de guerra en Marruecos. Sí, hemos estudiado a fondo todo lo que dijo durante sus sesiones clínicas, y hemos encontrado errores, inexactitudes, contradicciones y muchas mentiras. ¿No responde ahora? No se preocupe, la verdad la sabemos. Pero nos queda una duda. Se la conoció durante un tiempo como la Mata Hari española, ya que fue agente doble para don Miguel Primo de Rivera y el rebelde rifeño, Abd el-Krim. ¿Cómo pudo ser entonces que la condecorasen aquí en España? ¿Fue por su estrecha relación con Primo de Rivera?

—¡¿Agente doble?! ¡¿Yo?! Si no estuviese esposada a esta mesa, sepa usted que ya me habría levantado a abofetearle. Pero ¿cómo se atreve a decir semejante sarta de mentiras? Yo jamás, me oye, jamás fui una agente doble. No encontrará una mujer más patriota que yo en este país, y si no me cree pregúntele a Paco. Después de todo lo que hice, de estar a punto de morir… No tiene ni idea de lo que dice, es usted un ignorante o algo peor. ¿Sugiere entonces que no salí en la portada del *ABC*? ¿Que no conocí a Henry Ford? ¿Qué no ayudé a salvar a los soldados del Rif? ¿Lee usted los periódicos? ¿O está demasiado ocupado con sus sandeces para hacerlo? Si Paco supiese las condiciones en las que me encuentro, me habría sacado de aquí hace siglos.

—Señora, me temo que la única que vive aquí en la ignorancia es usted. Le aclaro que de todo lo relacionado con este caso se está informando puntualmente a El Pardo. De todo y desde el principio.

—¿Paco sabe que estoy aquí, que se me ha detenido injustamente, y no hace nada? No puedo creerlo.

—Imagino que el Caudillo tendrá cosas más importantes de las que ocuparse, ¿no cree? O a lo mejor es que no son tan amigos como usted dice. A lo mejor es que su vida es una gran mentira, una hábilmente construida a mayor gloria de sí misma. Una que empezó el día en que nació como segunda hija de un padre barón, y que la hizo desear ser lo que no era, su hermana Soledad.

—¿Desear yo ser Soledad? Pero ¿qué dice? Mi fea, tonta y sin gusto hermana, que se casó de milagro, pues no había quien la quisiese, y a quien la vida está dejando medio ciega como pago a todo el mal que ha hecho. ¿A esa hermana se refiere? La única persona que se está montando una historia equivocada en la cabeza es usted. He tenido una vida apasionante que no puede ni imaginar, pues supongo que lo más lejos que habrá salido de su pueblo, habrá sido para venir aquí a Madrid. Deje de hacerme perder el tiempo con este interrogatorio estúpido. No voy a confesar algo que no he hecho. ¡No mutilé a Margot, no soy culpable! Y si a alguien tienen que interrogar es a mi hijo Luis. Si no saben hacer su trabajo, no es mi culpa. Mi hija ha muerto, nada podrá devolvérmela. El resto poco me importa. No tengo nada más que decir.

51

La regina

Margarita se miró en el espejo y sonrió con fingida afectación, en un ensayo perfecto de lo que iba a tener que hacer el resto del día. Tanto su vestido como las joyas eran las adecuadas, ni demasiado ostentosas como para resultar vulgares, ni demasiado simples como para parecer pobre. La seda blanca enmarcaba su figura y le daba aún más realce destacando sus brazos suaves, su talle estrecho y un busto firme velado por un fino tul. La rosa prendida en la cintura era el detalle simbólico que dotaba al conjunto de fragancia y significado. La piel transparente, las cejas espesas y las manos delicadas. El pelo recogido en un moño dejaba ver su nuca esbelta, la cola del vestido arrastraba graciosamente por el suelo. Aquel era el día en que doña Margarita Ruiz de Lihory y Resino de la Bastida iba a ser nombrada reina de los Juegos Florales de Valencia. No podía sentirse más feliz.

Terminó de contemplarse con aprobación y se dirigió al salón donde la esperaba su familia. Su padre, don José María, barón de Alcahalí y San Juan de Mosquera, era en ese año de 1907 el presidente de *Lo Rat Penat*, la prestigiosa asociación para la defensa de la lengua valenciana que la había elegido como su *regina,* y que curiosamente había fundado un republicano, Constantí Llombart. Si había una distinción que todas las jóvenes de aquel tiempo deseaban conseguir, sin duda era aquella. Margarita estaba exultante pues esa tarde toda Valencia le rendiría pleitesía, hasta su alteza real la infanta Isabel había anunciado su presencia. Nerviosa, cogió del brazo a su padre y lo conminó a darse prisa, no quería llegar con retraso al momento más importante de su vida.

El teatro Principal, donde se iba a celebrar el evento, refulgía con la brillante iluminación de las nuevas bombillas recién instaladas, mientras ondeaba en uno de sus balcones el estandarte de *Lo Rat Penat.* Habían colocado columnas y canastillas de claveles y hiedra tanto en las puertas como en el vestíbulo, donde además se escuchaba a una banda militar que tocaba piezas escogidas. Los delicados aromas de las flores y los perfumes de las mujeres se mezclaban en un revuelo de elegantes vestidos y pecheras inmaculadas, lucidas por la alta sociedad valenciana. Se obsequiaba a las damas con encantadores ramilletes y los antepalcos estaban decorados con vistosas guirnaldas de laurel, donde en letras de oro se habían escrito los nombres de los más ilustres hijos de la ciudad.

El teatro estaba lleno por completo. Habían convertido el escenario en un majestuoso estrado, cuyo fondo se veía realzado con un solio coronado por las armas de Valencia y *Lo Rat Penat.* Entre el alcalde y el presidente de la Diputación Provincial se encontraba el trono, el refulgente asiento de oro donde ella se sentaría. El lujo y la ostentación se significaban allí como las marcas de la más antigua aristocracia.

«Huele a claveles y hiedra, a rosas y a limón —pensó Margarita—, veo al público con sus mejores galas, se han perfumado con sus más caras fragancias, han venido de las principales familias, de las más ricas, de las más nobles, a verme, a admirarme, a inclinarse ante mí».

La ceremonia dio comienzo y Margarita observó desde el fondo de la sala cómo su padre pronunciaba un breve pero sentido discurso ante aquella numerosa y magnífica audiencia. Después, el secretario procedió a la apertura de la plica que contenía el nombre del ganador de ese año del trofeo más preciado, la Flor Natural, que coronaba al mejor entre los poetas presentados y que recayó en don Teodoro Llorente. No podía haber mejor broche para su reinado, que la persona que le entregase la flor de *regina* fuese uno de los hombres más importantes de la ciudad, poeta laureado y dueño del periódico *Las Provincias*.

Tras leerse su nombre, el poeta se acercó protocolariamente a ofrecerle la flor de *regina* a la infanta, quien con un gracioso gesto declinó con amabilidad el ofrecimiento.

«La infanta Isabel me observa con interés y asiente con la cabeza, me sonríe. Me sonríe a mí de entre todos los presentes, me da su aprobación, soy una de ellos, de la más alta nobleza. ¡Hasta una infanta española me rinde pleitesía!».

Acto seguido, don Teodoro Llorente se dirigió al fondo de la sala y brindó primero la flor y luego su brazo a Margarita, y juntos recorrieron el pasillo central del teatro entre el encendido aplauso del público allí presente. Nadie hubiese adivinado en aquella cabeza inclinada con humildad, aquel paso tranquilo y la media sonrisa dibujada en su cara, lo que hervía en realidad en su corazón.

«Los clamores y los vítores, los encendidos cumplidos que me lanzan, han emocionado a mi padre. Lo veo enrojecido, arrasado por las lágrimas. Jamás ha mirado así a nadie, con tanto orgullo. Solo a mí. No debo llorar, no puedo dejar que este momento, mi momento, se nuble por algunas lágrimas de felicidad. Debo guardarlo todo en mi cabeza, cada gesto, cada aplauso, cada sonrisa, para recordarlo siempre, para recordar que este fue el principio de un futuro lleno de éxitos. Estoy segura de que más altos reconocimientos obtendré, este es solo el primer paso».

Margarita caminaba sabiéndose merecedora de aquellos aplausos, sintiendo que los más de cuatro siglos de nobleza de su familia, le dotaban de un aura especial. Ella era la hija del barón, su favorita. Su vanidad le hablaba quedo al oído: «Contente, demuestra con naturalidad que esto es para lo que has nacido».

Llegados al escenario, ella se sentó en el trono mientras todos a su alrededor la aplaudían en pie. Observando a aquellos prohombres, a la infanta, a las damas engalanadas y a su mantenedor *mossen* Luis Calpena y Ávila, magistral de la casa real, Margarita sintió un escalofrío que le produjo un placer inconfesable. No sabía cómo, pero habría de conseguir que su vida fuera así, un largo aplauso donde ella fuese la reina de aquella sociedad para siempre.

Colofón

El 19 de enero de 1954, Margot Shelly Ruiz de Lihory falleció a los treinta y siete años de una leucemia no diagnosticada.

Tanto Margarita como su marido permanecieron varios meses ingresados en el sanatorio psiquiátrico penitenciario de Madrid, tras lo cual, y gracias a la intercesión de Francisco Franco, salieron libres a la espera de juicio.

Más de diez años después de producirse los hechos conocidos como «El caso de la mano cortada», la Audiencia de Madrid ratificó, el 25 de abril de 1964, la condena a doña Margarita Ruiz de Lihory a seis meses de arresto mayor y cinco mil pesetas de multa, y a su amante don José María Bassols a tres meses de arresto mayor y dos mil pesetas de multa, como autores de un delito de profanación de cadáveres y otro contra la salud pública, con el agravante de parentesco respecto a la procesada.

Margarita falleció a la edad de setenta y nueve años, el 15 de mayo de 1968, en la residencia del Perpetuo Socorro de Albacete, sola, enferma y pobre.

Nota de la autora

La mayoría de los hechos aquí narrados sucedieron en la realidad (de todos ellos existe documentación fidedigna al respecto, aunque ya se sabe que, en ocasiones, la palabra escrita no siempre es veraz).

Me he permitido, no obstante, rellenar en algunas ocasiones determinados huecos o claroscuros en la biografía de Margarita, supliéndolos con deducciones razonables sobre las circunstancias (biográficas, sociales, históricas…) que la rodeaban en ese momento concreto.

Por razones obvias, no siempre he dispuesto de la información completa y cierta sobre su vida, ya que, como todos los seres humanos, Margarita dio a conocer solo una parte de ella, manteniendo oculta la otra. Pero, por mucho que intentemos esconder algo, un hilo de lo sucedido siempre acaba saliendo a la luz.

No hay constancia de que Margarita conociera a Coco Chanel, Raquel Meyer o Isabel Llorach, aunque bien pudo haber sucedido, pues fueron coetáneas. Lo que sí es cierto es que las personalidades de estas tres célebres mujeres nos han permitido ahondar en el carácter y temperamento de Margarita.

En definitiva, si en ocasiones no podemos dar fe de la verdad de los hechos narrados (la verdad siempre es escurridiza), en cambio hemos intentado mantenernos siempre fieles a la verdad de la experiencia. Nada de lo que se puede leer en esta historia es por tanto inverosímil. Pero si hay algo que pueda parecerlo, como suele suceder, son más bien los hechos acreditados.

Para finalizar, y como se decía antiguamente, queremos advertir al lector que cualquier parecido con la realidad no es mera coincidencia.

Agradecimientos

Siempre me ha llamado la atención cuando en un libro el autor cuenta la historia de cómo se había gestado su novela, de dónde había salido la idea primigenia que había conducido al resto. En mi caso, es una historia un poco larga, espero no aburriros.

En el año 2011 yo tenía una novela escrita, mi primera novela, y no sabía qué hacer con ella. Ni siquiera sabía si era buena, o si mejor me dedicaba a pintar con los pies. Se la di a leer a mi padre (gran lector y la persona más inteligente que he conocido), y me dijo que le gustaba mucho. Que no tenía que dejarla en un cajón, que hiciese algo con ella. Así que busqué en internet premios literarios y la envié al primero que encontré. Quiso la casualidad que mi padre me acompañase a correos cuando fui a enviar el voluminoso paquete (tres copias de una novela impresa no veas lo que pesan y ocupan). Cuando vio el destinatario, se echó a reír y me dijo: «Hija mía, te dije que hicieses algo con ella, no que la enviases al Premio Planeta». Quedé entre los diez finalistas de aquel año.

Aquel libro, que aún sigue guardado en un cajón sin editar, fue la primera piedra que cimentó una idea que llevaba rondando en mi cabeza hacía tiempo: que si yo servía para algo, era para escribir. Gracias a lo sucedido, ahora tengo un blog sobre maternidad y embarazo en *El Mundo* («Diario de una madre inexperta»). Quiso la casualidad que una editora de La Esfera de los Libros se quedase embarazada a la vez que yo. Siguiendo mi blog, decidió que le gustaba mi forma de escribir y el resto ya es historia…

Este libro ha sido un camino muy largo, mucho más de lo esperado, y en él he tenido la suerte de poder contar con gente extraordinaria. En esta mi primera obra editada (¡qué emoción!) e inicio de lo que espero sea un largo futuro en la escritura, tengo mucho que agradecer.

A Julián Quirós y Ramón Palomar de *Las Provincias*, por haberme dado mi primer trabajo escribiendo. Y a Elena Meléndez, Paula Pons y Sonia Valiente porque siempre serán mis damas favoritas.

A Rafael Navarro, exdirector de *El Mundo* en Valencia, porque gracias al trabajo que me dio con el blog surgió este libro.

A Federico Martínez Roda, Juan Fernández y Vicente Navarro, por abrirme las puertas de esa maravillosa institución que es *Lo Rat Penat*.

A Cándido Polo por su magnífico ensayo «Sangre azul: vida y delirio de Margarita Ruiz de Lihory». A Sebastián García y Miguel Panadero, por la información sobre Albacete. A Juan Ignacio Blanco por la charla tan interesante que dio sobre el caso. A la espléndida hemeroteca del *ABC*, por ser tan completa y salvarme más de una vez cuando no encontraba el camino.

Millones de gracias a Berenice Galaz, mi editora, por la paciencia, por creer en mí y darme esta gran oportunidad. Una deliciosa paella te espera en Valencia.

A Manuel Arranz, mi corrector, porque sin tu ayuda, esfuerzo, dedicación y sabias correcciones este libro no existiría. Si triunfa, gran parte del mérito es todo tuyo. Ve pensando qué quieres que te cocine para celebrarlo.

A mis suegros, Luis y Toñi, por su perpetuo amor y apoyo, siempre dispuestos a ayudar en lo que haga falta.

A Miguel Garrido, Rocío Puchol e Ian Montesinos, por ser los mejores amigos.

A mi tía, Blanca Fitera, porque me habló de Margarita y su fascinante historia cuando yo andaba perdida buscando algo que contar, y por su ayuda en la búsqueda de documentación sobre moda y decoración.

A mi madre, Laura Fitera, por sus ánimos cuando no se veía salida, por presentarme al mejor corrector y porque junto a mi hermana Cayetana os lo habéis leído todo varias veces, habéis ayudado a corregir, habéis dado vuestra opinión como buenas lectoras y me habéis apoyado siempre durante el largo (y a veces duro) camino que ha supuesto este libro. Sois las mejores, os quiero mucho.

A mi hijo Carlos, porque naciste cuando no sabíamos lo mucho que te íbamos a necesitar, y tu alegría nos llena de felicidad cada día.

At last but not least a Jorge, porque sin ti a mi lado este libro no habría existido. Gracias por tu amor, por el esfuerzo que has realizado estos últimos meses para que yo pudiese escribir, por creer en mí y apoyarme de forma incondicional. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida. *Ti voglio bene assai*.

Notas

* Las frases que aparecen en cursiva a lo largo del texto son literales.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (*www.conlicencia.com;* 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© Gadea Fitera, 2016
© La Esfera de los Libros, S.L., 2016
Avenida de Alfonso XIII, 1, bajos
28002 Madrid
Tel.: 91 296 02 00
www.esferalibros.com

Primera edición en libro electrónico (mobi): septiembre de 2016
ISBN: 978-84-9060-801-2 (mobi)
Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.